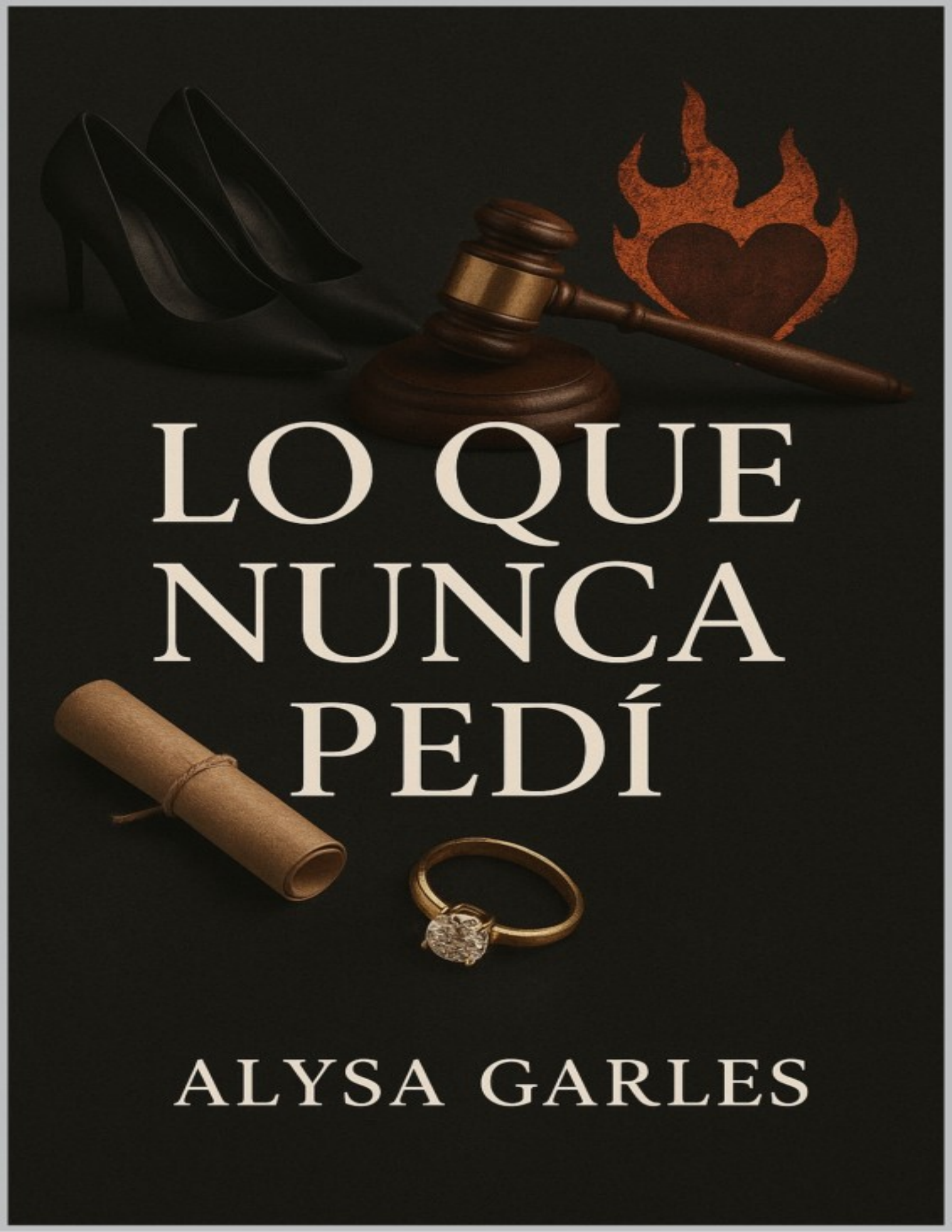
LO QUE NUNCA PEDÍ
ALYSA GARLES

PRÓLOGO

Hola, soy **Mía Beltrán**. Y si estás leyendo esto… supongo que ya estás dispuesto a conocer la parte de mi vida que jamás quise contar.

Me bastaba con sobrevivir, con esconder cicatrices que aprendí a maquillar mejor que mis propios labios. Entonces apareció él: James Bernard. Un hombre al que era imposible descifrar, demasiado seguro, demasiado irritante, arrogante y peligrosamente atractivo. James Bernard apareció en mi vida como la oportunidad de saldar una deuda…

Lo nuestro no debía ser real. Una farsa cuidadosamente construida para ocultar verdades que nadie debía descubrir.

Pero entonces llegaron las miradas que no sabía cómo evitar, las palabras que no debió decirme, y ese algo oscuro que ambos intentábamos ignorar.

No pedí esta historia. No pedí este hombre. No pedí este temblor en el pecho que aparece cada vez que escucho su nombre. Pero aquí estoy. A punto de contarte cómo una farsa se convirtió en mi mayor verdad. Y cómo él… acabó siendo lo que nunca pedí.

Hola, soy **James Bernard**. No sé qué versión habrás escuchado de mí. Quizá que soy un idiota arrogante. Quizá que tengo dinero, orgullo y un apellido demasiado grande. Quizá incluso te han dicho que no tengo corazón. No te culparía por creerlo.

Pero lo cierto es que, si algo en mi vida ha sido real de verdad… ha sido ella: Mía. La mujer más terca, brillante y desesperantemente irresistible que he conocido. La única capaz de devolverme cada golpe… y de descolocarme con una sola mirada.

No nos soportábamos. Esa es la parte divertida. Y la peligrosa.

Lo nuestro empezó como un acuerdo. Un plan frío, práctico, necesario. Y terminó siendo todo lo contrario.

No te diré más. No aún. Solo te adelanto esto: ella vino a mi vida cuando menos lo esperaba. Cuando menos lo quería. Cuando menos estaba preparado. Ella era lo que nunca pedí. Y aun así… me encontré deseándolo todo con ella.

CAPITULO 1: MÍA

Comienza una nueva semana camino al trabajo de mis sueños. Si a mi yo de hace cinco años le hubieran dicho que mi vida iba a ser así, le contestaría ¿qué te has fumado? No existía tanta suerte y menos para ti.

Pero lo que nadie me dijo es que los ángeles terrenales existían y yo tuve la suerte de encontrarme, no sólo con uno, sino con dos.

Merchi Moreno. Mi vecina. La vecina que, tras la retirada de la patria potestad a mis padres biológicos a los doce años –demasiado tardaron-, me ayudó como pudo con su sueldo de limpiadora. La que me dio el cariño que mis padres repudiaron en darme. Esa mujer a la que le deberé la vida.

Manuel Bernard, dueño de uno de los despachos de abogados más importantes de España y Francia. Él fue el que confió en mí, el que me dio la oportunidad de salir del infierno de vida que tuve durante mi infancia, el padre que nunca tuve, al que siempre le deberé un favor, porque estoy en deuda con él de por vida.

Mi vida, básicamente se resume en deber favores, por eso, desde que Manuel confió en mí, no dudé en fijar un mantra en mi mente: no pedir nunca un favor, hacer las cosas sola, ya tenía a mis espaldas dos deudas pendientes que saldar y, desgraciadamente, la de Merchi no podía saldarla. Ya sé que yo no pedí esos favores, ya sé que yo no pedí que me ayudaran, pero si no fuera porque ellos lo hicieron.. no sé dónde estaría yo ahora mismo.

Tras conducir por las calles de Madrid, aparco mi BYD -mi primer coche en condiciones después de muchos de segunda mano que me duraban un año-, en el parking de la torre de oficinas donde

se encuentra BERNARD LEGAL GROUP, en la que ocupo el puesto de CEO-abogada Senior, en la sede de Madrid. Siempre me encantó el derecho y no pretendo ser creída pero soy la hostia. Mis amigos dicen que la primera impresión que doy es de seria y desconfiada (tengo un sexto sentido, lo siento) y no les quito la razón, pero cuando me conocen soy divertida, me gusta disfrutar la vida porque sí, vida solo hay una y yo pienso disfrutarla al máximo –siempre que no tenga trabajo pendiente.

Me subo al ascensor para llegar a la planta 17 donde se encuentra el Bufete. Miro el reloj, las 8:45 horas. Me gusta llegar un poco antes para organizarme la mañana. Me dirijo a mi despacho, una estancia en tonos blancos y negros, salvo la mesa que es de cristal, con ese ventanal gigante detrás de mis espaldas. Cuando necesito reflexionar sobre algún caso sólo tengo que girar mi silla y contemplar la vista desde aquí. Sólo hay una palabra que lo describa: impresionante.

Cuando me siento en mi silla, me suena el móvil. En la pantalla aparece una videollamada de mis mejores amigos: Liam, Adriana y Camila. Cojo la video y aparecen las tres caras de las personas más locas que conozco.

***Cami**: Hola amores, ¿cómo ha empezado el lunes?*
***Liam**: Sigo en la cama, no puedo con el cuerpo. No entiendo por qué me hacéis siempre lo mismo. Estoy harto de decir que no llaméis antes de las 10.*
***Yo**: eso te pasa por salir un domingo y recogerte a….¿a qué hora fue ayer?*
***Liam**: 4 de la mañana.*
***Adriana**: te lo tienes bien merecido.*
***Liam**: bueno ya no puedo volver atrás.*
***Yo**: sabes que aunque pudieras, saldrías igual.*
***Liam**: también es verdad. Bueno, ¿qué plan hay este finde?*
***Yo**: ya sabéis que este finde no salgo chicos. Tengo el juicio del Sr. Vázquez el martes, tengo que dejarlo todo muy bien atado, no me permito ninguna distracción.*

Cami: *es cierto!! Bueno, ya nos dijiste que Manuel te lo dio sin ningún tipo de esperanza, así que poco puedes hacer, aunque ya sabemos como eres…*
Liam*: cabezota a más no poder y la mejor abogada que mi padre pudo encontrar.*

Sí, cuando empecé a trabajar en Bernard Legal Group no sabía que me haría la mejor amiga de uno de sus hijos. Lo conocí un día en una discoteca. Le ayudé mientras vomitaba en la planta de la entrada y, desde entonces – desde hace cuatro años-, nos volvimos inseparables. Liam es el que lleva el tema de las redes sociales del despacho, no le puede gustar más, ya que, a sociable y divertido, no le gana nadie.

Cami trabaja en una tienda de ropa de lujo, siempre que hay algún descuento o rebajas nos manda fotos de vestidos espectaculares para que vayamos a por ellos. Sin ella no me vestiría tan bien para las distintas reuniones o eventos con mega magnates de todo el país.

Adriana es la que nos consiente en los mejores manjares del mundo, los dulces, pasteles, tartas…es repostera en una pequeña Bakery, no muy lejos de mi oficina.

Son los mejores amigos del mundo y, desafortunada o afortunadamente, la mejor familia que podría haber elegido.

Yo*: bueno, os dejo, hablad vosotros del plan que haréis este finde. No contádmelo que me moriré de envidia.*
Liam*: no te preocupes, te daremos todos los detalles.*
Cami*: qué malo eres.*
Liam*: sí, lo soy* (poniendo esa cara que sólo Liam puede poner de payaso)*.*
Adriana: *te echaremos de menos Mia, un perreo no es lo mismo sin ti.*
Yo*: me debéis uno para el finde siguiente.*
Todo*s: hechoooo!! Te queremos.*

Cuando cuelgo la llamada estoy de buen humor. Hablar con mis amigos siempre me anima el día pero…no hay sitio para una distracción más. Tengo que seguir con el caso del Sr. Vázquez.

Hace tres semanas mi jefe, Manuel, me mandó a llamar a su despacho. Cuando entré estaba inmerso en miles de documentos encima de la mesa y cuando me miró, me dijo:

- Lo siento Mía. Acabo de tener una conversación con el Sr. Alfredo Vázquez. Es uno de los mejores arquitectos de Barcelona. Contrató allí a un despacho de abogados que, ahora, a tan sólo tres semanas para que se celebre el juicio, le han dicho que no lo van a ganar y le han dejado tirado. Sin más.
- ¿Qué? –contesté.
- Lo que oyes. Hace unos días me llamó y me dijo que quería tener una reunión conmigo para comentarme su asunto y saber mi opinión. Me envió los documentos y lo que te voy a decir es lo que le he dicho a él: el despacho anterior ha hecho un desastre, o mejor dicho, no ha hecho nada, no han pedido pruebas importantes, no han aportado documentos que considero eran necesarios, por lo que, al igual que le he dicho a él, al 99% este caso esta condenado al fracaso por lo que la constructora se verá absuelta y no indemnizarán al Sr. Vázquez en la suma de más de un millón de euros, reflejada en el contrato que firmaron y que reclamamos como responsabilidad civil. –me comentó.
- ¿Qué le has dicho entonces? Porque entiendo que, si tienes todos esos papeles sobre la mesa, me has llamado y me estas contando todo esto, es porque me tienes que contar algo más. – le dije.
- Exacto. Por eso te he dicho lo siento. Este caso lo vas a llevar tú, eres mi mejor abogada y confío en ti. Sé que es imposible que lo ganes, de verdad, no quiero que tengas esa presión sobre tus hombros. Se lo he comentado al cliente, que es, palabras textuales, imposible ganar el asunto, pero

que lo intentaremos, que tengo a la mejor abogada del país y sé que hará el mejor trabajo. Y esa eres tú. Es un cliente muy reconocido en el país, es una promesa de la arquitectura, por eso pienso que, si ve que hacemos un buen trabajo, lo mantendremos como cliente fijo y, ello, económicamente hablando, es un paso gigante para todos. – me dijo Manuel.

- Lo entiendo, sabes que voy a dar lo mejor de mí, pero tres semanas para un asunto tan complejo y como me lo has planteado… no puedo hacer milagros. – le contesté siendo totalmente honesta.

No me gusta engañar a nadie y a Manuel tampoco.

- Sé que vas a dar lo mejor de ti y no creo que puedas hacer un milagro, pero la impresión que se llevará con tu trabajo será increíble y querrá que le llevemos sus otros contratos. – me dijo.
- Está bien, pásame todo lo que te ha enviado y me pongo a ello. Reasignaré mis otros asuntos a algunos Junior, pediré ayuda a otros y a los becarios durante las próximas tres semanas. Ojalá encuentre algo donde rascar. –le dije.
- Esa es mi chica. Te lo mando todo. Para cualquier ayuda que necesites me llamas, te ayudaré en todo lo que pueda. No me encargo yo mismo porque sabes que estoy con las negociaciones del magnate de la construcción Jersey. Me comería yo este marrón, pero sé que lo dejo en buenas manos. –me dijo.
- Gracias por esa adulación tras darme el marrón –dije sonriéndole- No te preocupes. Me pongo a ello.

Salí de su despacho con toda la documentación necesaria para ponerme al lío durante tres semanas, tres semanas en las que, como saben mis amigos, no vería la luz del sol, salvo para mis carreras nocturnas que ayudaban a despejarme la mente. Era un caso grande, perdido, pero grande. Tenía que dar mi mejor versión. Siempre intentaba dar lo mejor de mí pero, con esto entre mis manos, no había opción al fracaso, aunque la palabra fracaso ya

estuviese escrita. Mi mantra las próximas tres semanas sería que: el Sr. Vázquez iba a llevarse una buena imagen de mí y del despacho Bernard Legal Group y nos contrataría tras este caso.

Y allí estaba, solo quedaba una semana para que llegara el juicio. Mi mente iba a mil por hora, me había entrevistado con el Sr. Vázquez dos veces desde que mi jefe me asignó el caso y me daba la sensación de que estaba encantado con el trabajo que estaba realizando.

Mi semana continúo con la rutina que, desde hace dos semanas llevaba. Ir al despacho, volver a mi pisito de alquiler –espero que deje de serlo pronto-, trabajar en casa –iba algunas tardes al despacho pero solía trabajar desde casa por las tardes-, salir a correr cuando me agobiaba con mis auriculares y mi música a todo volumen –me encantaba escuchar música, era mi medicina para todo-, ducharme y dormir. Ah, y entre documento y documento comía algo.

El jueves llegué al despacho a las 8:30. Cuando llevaba aproximadamente una hora releyendo y modificando el informe para el juicio, alguien entró, como cual vendaval, a mi despacho, sin llamar por supuesto. Mi cara de enfado se vio medio empañada por el hombre que surgió tras la puerta. Aunque, aún sigo pensando si era realmente un hombre de carne y hueso, porque eso sólo lo podían haber esculpido los dioses. Qué metafórica y poética me he vuelto de repente ¿no?

CAPÍTULO 2: JAMES

¿Pero quién demonios es el bombón increíblemente sexy que me encuentro cuando entro en el despacho de la arpía Mía Beltrán? Giro la cabeza hacia el letrero que está fijado en el centro de la puerta y, no, no me he confundido, es el despacho de Mía Beltrán, pero es imposible que sea ella.

Abrí la puerta cuál huracán descontrolado. Llevo unos tres años pensando en la abogada que mi padre asignó como CEO de nuestro despacho de abogados de Madrid, recién salida de la carrera y con dos años de experiencia en la empresa. Siempre escuchando palabras maravillosas sobre ella, que si era trabajadora, constante, elegante, educada, sabía manejar cualquier situación, con carácter… él y mi madre siempre hablándome de ella como si fuera su propia hija. Es más, me consta que va a casa, mínimo, una vez al mes a una comida familiar y, además, es la mejor amiga de mi hermano Liam. Desde que conozco de su existencia no me cae bien, no puede ser tan perfecta, algo trama, y lo único que se me viene a la cabeza es que quiere mi empresa. Le ha comido la cabeza a mi familia entera, cómo sino, le hubieran dado el cargo de CEO del despacho de Madrid. Soy su hijo, me lo tendrían que haber dado a mí. Aunque soy CEO del despacho que tenemos en Francia, me hubiera venido para estar más cerca de mi familia y, en definitiva, mis orígenes. Pero al parecer, mi padre no pensó en ello.

Pero allí estaba, en su despacho, por fin, y no pudiendo apartar los ojos de la mujer que tenía delante, de su cuerpo –impresionante-, de sus ojos de color como la menta– que en ese momento sólo querían asesinarme -, su boca –dios, que boca-…la cual me hizo despertar de mi yo interno.

- ¿No te han enseñado modales? –me dijo con una mirada que directamente me enterró y, a la vez, me encantó.
- ¿Eres la Srta. Beltrán? –le pregunté.
- Definitivamente no, o no te enseñaron modales o has olvidado como se aplican. Fuera de mi despacho, cuando recuerdes cómo entrar a un despacho ajeno, me dirigiré a ti. Hasta entonces… -me señaló, rodeando su mesa e indicándome la puerta para que me largara, lo que hizo que pudiera fijarme en su trasero.

¿Pero cómo se atreve? Esa mujer rubia con un semirecogido "despeinado", una blusa blanca con tirantas anchas y encaje en escote, junto con ese pantalón de traje color azul marino que se le ceñía a sus caderas y a su culo…-lo que haría con ese culo-, me estaba echando de su despacho, a mí. Otra vez me estaba distrayendo, vuelve a la realidad James. Concéntrate, plántale cara.

- Definitivamente no sabes quién soy –le dije.
- Definitivamente me importa una mierda quién seas. Este es mi despacho y nadie entra sin llamar –me dijo, aún más enfadada.

Me encantaba esa cara de enfadada ¿lo había dicho ya? ¿No? Pues lo digo ahora.

- Ahora, si haces el favor de salir de él… -continuó señalando la puerta de su despacho para que saliera.
- ¿Me vas a decir quién eres? – le pregunté.

Necesitaba saber quién era esa maldita mujer que me estaba volviendo loco.

- Sal de mi despacho ya, a no ser que quieras que te saquen los de seguridad. –me gritó.
- Muy bien, pagarás por esto –le amenacé.
- Uh, que miedo. Cierra la puerta al salir –se giró para bordear la mesa y sentarse en su silla, lo que me dio una mejor visión de ese culo que me había vuelto loco.

Mierda, ya no podría parar de pensar en él.

Una vez fuera, respiré hondo y miré hacia abajo ¿Qué había pasado ahí dentro? ¿Por qué una mujer me había retado y humillado y yo, en cambio, me había empalmado? Era la primera vez que me pasaba que, con sólo mirar los ojos –y lo que no son ojos para ser sinceros- de una mujer, me había puesto cachondo. Su voz autoritaria, su mirada, su cuerpo en tensión... En ese momento me la imaginé cogiéndola de su cintura y atrayéndola a mí para comerle esa boca deslenguada. ¿Pero qué mierda de sentido tenía eso? El James autoritario, dominante y, por qué no decirlo, tirano, la habría despedido en ese preciso momento, después de haberle gritado algunas burradas. Aunque es cierto que no soy el jefe de este despacho y aquí tengo que controlarme, pero, joder, soy el hijo del jefe, puedo hacer lo que quiera.

No me quedó otra opción en ese momento que acudir al baño y enfriarme un poco antes de ir a ver a mi padre, ya que, tal y como el avión aterrizó, vine directamente para ver a la Srta. Beltrán. Sin embargo, me había encontrado con una exuberante sorpresa.

Mientras me encontraba en el baño, supongo que dos abogados del despacho de mi padre, entraron hablando de una mujer. Pararon la conversación para saludarme y continuaron a lo que estaban. Evidentemente, no sabían quién era yo. Nadie en este despacho me había visto nunca. Aunque había salido en algunas revistas y asistía a algunos eventos, junto con mi padre y el resto de mi familia, por ser uno de los mejores despachos de abogados de España y Francia, no creo que la gente me reconociera en el despacho.

- ¿Has visto como viene hoy? –dijo el abogado moreno uno.
- Es impresionante tío, está cañón. Me pone muchísimo pero me intimida aún más. Me encantaría pedirle una cita porque, que yo sepa, no tiene pareja –dijo el abogado moreno dos.
- No se le ha visto nunca con nadie. Pero vamos, como tú, estamos todos en este despacho, deseando que nos diga algo para ver si podemos meterle ficha, pero es, a nivel

personal, inaccesible. A nivel laboral es un gustazo trabajar con ella, es la mejor –dijo el abogado moreno uno.

- Ya, es una maravilla, en todos los sentidos. Al menos nos alegra la vista con ese cuerpo de modelo de revista y ese pelo rubio que hipnotiza –dijo el abogado moreno dos.

¿Estarían hablando de la mujer que me acababa de dejar cachondo con sólo gritarme? No puede haber otra, no creo que este despacho este repleto de abogadas buenísimas, como modelos de revista y rubias –citando textualmente las palabras del abogado moreno número dos.

Una vez listo, salí del cuarto de baño y me dirigí al despacho de mi padre. Estuve a punto de entrar sin llamar, pero mi mano se detuvo acordándose de la rubia descarada. No puede ser cierto, sonreí, ¿en serio James? Me la saqué de la mente y entré –sin llamar- al despacho de mi padre.

En cuanto entré al despacho, mi padre se levantó de su silla, bordeó la mesa y llegó hasta mí dándome un profundo abrazo.

- Hola hijo, por fin, qué alegría verte, ¿cómo estás? ¿cómo ha ido el vuelo? –me dijo mi padre cuando me daba un beso en la mejilla e indicándome que lo siguiera hasta el sofá que había a la izquierda del despacho.
- Hola papá. Estoy bien y el vuelo también bien. Tenía muchas ganas de volver aunque nunca querría haberlo hecho por estas circunstancias –le dije en un tono serio.

No venía a España desde hace tres años a visitar a mis padres. He dicho a visitar a mis padres. Sí, venía muy asiduamente porque mis mejores amigos estaban aquí: Eric y Enzo. Los únicos que sabían de mis escapadas a España eran ellos y mi hermano, con el que me llevo muy bien y siempre quedábamos cuando venía. El trayecto en avión, entre la sede de Francia y Madrid, era una hora aproximadamente. Mi familia era la que siempre venía a Francia a visitarme. Si ellos no habían querido que fuera CEO del despacho de

Madrid para estar más cerca de mí, no les iba a dar el gusto de venir a verlos. Sí, soy muy rencoroso y esa espinita de apartarme de su vida la tengo clavada.

- Lo sé hijo, la muerte de tu tío nos ha dejado a todos un vacío enorme. No puedo creer que ya no esté. –me dijo mi padre mirando hacia un punto en la habitación con los ojos llenos de rabia.

Mi tío Antony, hermano de mi padre, era el accionista al 50% de BERNARD LEGAL GROUP. Ambos crearon su marca de abogados en Francia puesto que, a pesar de ser españoles, mi abuelo era francés y se mudaron a Francia con 18 años. Mi padre conoció a mi madre, que es española, se enamoró perdidamente y no dudó en trasladarse a España. Mi padre le propuso a mi tío expandir la marca a España y a mi tío le pareció una inversión económicamente muy rentable, intentando crear, en un futuro un grupo de empresas. No se equivocaron. Acordaron que mi tío dirigiría la sede de Francia y mi padre la sede de España. Mi tío nunca se casó, no tuvo hijos (sólo tres sobrinos: mi primo, hijo de un hermano de mi padre que falleció hace unos años, mi hermano y yo), pero me adoraba como si lo fuera, por eso él no tardó en proponerme y asignarme el cargo de CEO en la sede de Francia. En cambio, mi padre…ya sabéis a quién colocó. Hace un mes mi tío falleció después de llevar varios años luchando. Todos pensábamos que saldría adelante, pero el hijo de puta del cáncer se lo llevó.

- ¿Cómo va la empresa en Francia? –me peguntó mi padre, cambiando de tema.
- Muy bien, va prácticamente sola. Bryan, mi director ejecutivo, es una máquina. Él se va a encargar de todo mientras estoy aquí, por lo que, mientras estoy aquí y se soluciona todo el tema hereditario, me gustaría encargarme de algunos asuntos de aquí y echarte una mano. Me gustaría saber cómo va la empresa aquí en España –le dije sin rodeos.

- Me parece estupendo hijo. Te presentaré, por fin, a Mía, estoy deseando que la conozcas –me dijo mi padre con tono de emoción.
- Yo también estoy deseando conocerla –le dije aunque mi voz no sonaba a la misma emoción con la que lo dijo mi padre, sino todo lo contrario.

No me gustaba esa mujer.

- Aunque hasta el martes estará un poco ocupada porque tiene el juicio del Sr. Alfredo Vázquez y, muy a mi pesar, esta perdido –me dijo.
- ¿QUÉ? –grité- ¿LE HAS ASIGNADO A MÍA UN ASUNTO DEL ARQUITECTO MÁS FAMOSO DE ESPAÑA Y ENCIMA ME DICES QUE ESTÁ PERDIDO? ¿POR QUÉ NO TE HAS ENCARGADO TÚ PERSONALMENTE DE ESE CASO? –grité aún más, levantándome del sofá.
- Sí, le he dado el caso del Sr. Vázquez a Mía porque es la mejor abogada que tenemos, incluido yo. Ese caso, como bien le dije al Sr. Vázquez, está prácticamente perdido, sus abogados anteriores no hicieron las cosas bien y le dejé bien claro que íbamos hacer todo lo que pudiéramos pero que tuviera cero esperanzas –dijo mi padre con la voz calmada.
- No puede ser –le dije más calmado- ¿Cómo puedes confiarle a Mía un cliente como ese papá? Es uno de los mejores arquitectos que hay en España y probablemente será uno de los mejores del mundo. Mueve muchísimo dinero, sería un cliente que nos abriría muchísimas puertas con otros clientes potenciales.
- Lo sé, por eso he hecho lo que creo que es mejor. Nadie como Mía para llevar este asunto. Además, el Sr. Vázquez está encantado con ella. Han tenido varias reuniones y ha salido muy contento. A pesar de no ganar su caso, tendrá una buena imagen de nuestro despacho –me dijo mi padre confiado.
- Papá, ¿por qué no te has encargado tú? –le pregunté de nuevo.

- Sabes que estoy con las negociaciones de Jersey. Además… -hizo una pausa pensando detenidamente las palabras que iba a utilizar- además, no siempre voy a estar trabajando. Tengo una edad y llegará el momento de que esta empresa siga a flote sin mí –remató.
- ¿Y estás pensando en Mía para capitanear este barco? –pregunté totalmente asombrado, enfadado y a punto de gritar otra vez.
- No, no es eso. Sólo estoy evaluando continuamente al personal que tengo a mi alrededor –me dijo.

Lo que me dijo mi padre me dejó apesadumbrado durante parte de la mañana. Durante el tiempo que estuve con él me estuvo poniendo al día sobre los distintos asuntos que se estaban cociendo en el despacho –aparte del mega caso del Sr. Vázquez que llevaba la sabelotodo y perfecta Mía Beltrán-. Cómo odiaba a esa mujer y aún no la había conocido.

Según la mosca cojonera de mi hermano Liam, Mía era un pibón, atractiva, elegante, inteligente, a la que le encantaba la música, bailar, leer, nadar... Conociendo los gustos de mi hermano, la descripción de pibón la descarto. Una vez me envió una foto de su nuevo ligue, supuestamente súper guapo; cuando vi la foto, me atraganté con el filete que estaba comiendo. Ese día aprendí dos cosas, una, que mi hermano no sabe lo que significa la característica guapo o atractivo –el tío parecía un frailecillo, buscadlo en google, porque tenía su cara tal cual- y segundo, jamás abriría una foto de WhatsApp enviada por mi hermano mientras comía. También conocía la existencia de sus otras mejores amigas, Camila, la alocada y siempre bien vestida, y Adriana, la más equilibrada y madre de todos. En palabras de mi hermano, todos ellos formaban un cuarteto equilibrado y perfecto. Ahora que lo pienso, ¿por qué ni mi hermano ni mis padres me habían enseñado una foto de Mía?

Sobre las 12 de la mañana mi padre recibió la llamada de un tal Carlos, encargado de obra de una de nuestras empresas a las que representábamos, y puso el altavoz del teléfono para que yo

pudiera escuchar la conversación. Nuestra empresa llevaba todo tipo de procedimientos pero la mayoría de nuestros clientes eran empresas de la construcción y nosotros, a nivel legal, le solucionábamos todo. Al parecer un inspector del Ayuntamiento, que pude presuponer no lo estaba poniendo demasiado fácil en esa construcción –desconozco el trasfondo de su inquina-, se había presentado por tercera vez en un mes en la obra, requiriendo documentos y licencias con el objetivo último de parar la obra y no conseguir llegar a tiempo a la entrega. Mi padre le contestó que el asunto de la obra Alonay lo llevaba Mía, pero que estaba inmersa en otro asunto muy urgente y le había pasado el asunto a un compañero de despacho, aún así le avisaría para que resolviera el asunto del problemático inspector.

Después de colgar la llamada, mi padre me dijo:

- Voy a llamar a Mía para que venga a mi despacho, por fin podrás conocerla.
- Lo estoy deseando –dije con todas mis ganas.

Mi padre llamó con su intercomunicador al despacho de Mía y le dijo que viniera. En ese momento me acordé de un detalle:

- Papá, ¿dónde se encuentra ubicado el despacho de Mía? –le pregunté.
- Es el despacho que está a mi izquierda –contesté.

No podía ser. Ese despacho es al que acudí esa mañana y en el que me había encontrado a la rubia sexy y contestona. No pude dar más vueltas a la cabeza cuando llamaron a la puerta y mi padre, automáticamente, gritó adelante.

Definitivamente no podía ser, pero lo fue. Al despacho entró la misma mujer que me había puesto cachondo esa misma mañana, la misma que me humilló y echó de su despacho, que recordemos ese despacho se encontraba en mi empresa. Sí, ahí estaba ella, con su mismo pelo rubio, sus ojos verde menta, sus tetas que…¿por qué no me había fijado antes en ellas? Estabas muy ocupado mirando su

boca y culo, no te dio tiempo para más –gritó mi subconsciente. Definitivamente, mi hermano sí tenía gusto para las mujeres, aunque jamás lo reconocería. Además de ver, por segunda vez, a la mujer más impresionante que había visto en mi vida, también vi, por primera vez, a la mujer que más odiaba porque estaba intentando ocupar mi lugar.

CAPÍTULO 3: MÍA

Otra vez él. Otra vez el hombre que entró en mi despacho esta mañana sin llamar, el que me dejó cual flan en mi despacho después de haberlo echado por maleducado. No sabía quién era, podría haber sido un cliente y yo lo eché de mi despacho ¿qué diría mi jefe?. Actué impulsivamente pero así era yo, lo siento, nadie entra en mi despacho sin llamar. Además, aunque no lo fuera, ¿qué persona entra en el despacho de un desconocido sin llamar? Definitivamente él.

A pesar de que contesté como si no me hubiera percatado de su imponente presencia, como he dicho, me quedé como un flan. El tipo maleducado era alto, musculoso –me imaginé cuantas onzas de chocolate tendría esa tableta que se vislumbra bajo su camisa blanca-, tenía una barbita recortada perfectamente y sus ojos –dios, sus ojos- eran de un tono azul como el océano, por fuera, y conforme se aproximaban al centro del iris se volvía como un azul hielo. ¿Qué como me fijé en eso en tan poco tiempo? Porque el tiempo se paró, no puedo describiros lo que sentí, pero lo único que sé es que era el hombre más impresionante que había visto en mi vida.

Cuando entré al despacho de mi jefe y miré al desconocido, se me vino el mundo encima y todos los recuerdos anteriores me vinieron a la mente. Seguramente sería un cliente y le habría ido con las quejas de mi actitud a mi jefe. Si no era un cliente, por favor, que me diera el número para llamarlo y que esas manos me toquen por primera vez, quería saber qué se sentía al ser tocada por ese espécimen no terrenal. ¿Por qué empecé a divagar? Sin sentido.

- Buenos días, Mía. No te he visto en toda la mañana –me dijo mi jefe.

- Estoy inmersa en el juicio del martes y no me he levantado ni para ir al baño –le respondí.
- Te creo –rió mi jefe-. Antes de decirte el motivo real de por qué te he llamado, quiero presentarte a alguien –dijo mi jefe.

En ese momento empecé a temblar en mi interior. ¿Me caería una bronca? Aunque había visto a Manuel como siempre.

- Te presento a James Bernard, mi hijo.

No puede ser, es el hijo de Manuel, el hijo de mi jefe, y yo le eché de mi despacho que, retóricamente, le pertenece ya que, vuelvo a repetir, es el hijo de mi jefe y CEO de la sede del grupo en Francia. No era un cliente y, en este momento, desearía que así fuera, antes que haber conocido su relación personal con mi jefe.

- Encantada de conocerle, Sr. Bernard, soy Mía –le contesté como buenamente pude.
- Por fin la conozco, Srta. Beltrán. Esta mañana fui a su despacho…-me dijo con una voz profunda, pausando lentamente la frase, que hizo que me temblaran todos los huesos de mi cuerpo- …pero no la encontré. Supongo que no habría llegado todavía al despacho o realmente sí se ha levantado para ir al baño. –terminó la frase con una medio sonrisa que sólo pude percibir yo al encontrarse de espaldas a su padre.

Este tío es imbécil. De una manera u otra está dejando a entrever ante mi jefe (y su padre) que, o bien llegué tarde a trabajar, o bien le he mentido y sí he estado fuera de mi despacho. Aunque en ese momento no sabía si prefería eso o que lo eché de mi despacho.

- O puede que fuera con mis compañeros para solucionar algo sobre el juicio del martes. Y llámame Mía, no me gusta que me llamen por mi apellido –intenté mantener la compostura.

No iba a conseguir que me dejara por mala trabajadora ante mi jefe y odiaba que me llamaran por el apellido del padre que nunca tuve.

- Puede ser –intervino Manuel.

La tensión entre James y yo se palpaba en el ambiente pero no sabría decir qué tipo de tensión era. No podía dejar de mirarlo a él entero y me dio la impresión de que él tampoco podía apartar los ojos de mí, ya que lo vi más de una vez recorriendo mi cuerpo y parándose en alguna zona poco apropiada para una primera presentación profesional. Descarado.

- Bien, ya que por fin se conocéis, tengo que decirte Mía que ha llamado Carlos, el encargado de la obra de Alonay –me dijo mi jefe y automáticamente giré mi cabeza hacia él.

No iba a permitir que el imponente de su hijo me intimidara.

- Al parecer está allí, nuevamente, el inspector del Ayuntamiento, pidiendo determinada documentación –continuó mi jefe.
- ¿Qué? ¿Otra vez? Me tiene harta –blasfemé y me puse a dar vueltas por el despacho.- Bien, esta vez iré yo a la obra y me encargaré personalmente de él. Me voy ya.
- ¿Seguro? ¿Quieres que vaya yo? –me peguntó mi jefe.
- No, no estás muy al día sobre esta obra y tardaría más en decirte cómo va el tema con el incordio de inspector que yendo yo misma. No tardaré mucho y luego seguiré con el juicio. –le respondí.
- Muy bien. Espero que no te distraiga mucho este inconveniente. Buena suerte –terminó mi jefe.

Cuando me estaba girando para salir por la puerta del despacho, mi jefe anunció:

- Oye James, no te apetecería acompañar a Mía a la obra y así te vas familiarizando con algunos asuntos. ¿No eras lo que querías? –preguntó mi jefe.

- Voy a tardar muy poco en realidad –contesté rápidamente, intentando esquivar a toda costa pasar un rato con ese tipo que me nublaba la mente.
- Sí, la verdad es que me parece muy buena idea. A no ser que la Srta. Beltrán tenga algún problema con mi presencia –dijo James con un tono divertido que me estaba poniendo de los nervios.

Y dale con Srta. Beltrán.

- Por supuesto que no me importa. Voy a recoger unas cosas antes de irnos –dije, y salí como alma que lleva el diablo hacia mi despacho.

Al llegar a mi despacho cogí el expediente de la obra Alonay, mientras el señor maleducado esperaba apoyado en el marco de la puerta de mi despacho pero sin entrar dentro. Me siguió con la mirada cada paso que daba dentro del despacho y me estaba poniendo mala, pero mala de verdad. Cogí mi teléfono móvil que estaba encima de la mesa y llamé a Carlos; puse el manos libres para poder buscar todos los documentos necesarios.

Yo: *¿qué pasa Carlos?*

Carlos: *el inspector del Ayuntamiento, don Armando no se qué, ha vuelto. El mismo de siempre, dando por culo con los papeles de la obra. Dice que faltaban algunos cuando vino la última vez. Le he dicho que se los hemos entregado todos desde el principio pero me ha dicho que no fue así, que se los vuelva a entregar. Como ya se lo entregamos todos, se los llevó Meri.*

Yo: *no te preocupes, voy para allá.*

Carlos: *¿vas a venir tú?*

Yo: *sí, estoy harta de que os mangonee y no podáis trabajar tranquilos. Salgo en unos minutos, así que en 20 minutos estaré por allí.*

Carlos*: vale. No se lo espera. Deja que te vea.*

Yo*: Hasta ahora.*

Carlos: *Hasta ahora.*

Cogí la carpeta de la obra y me dirigí a las mesas de trabajo del resto de mis compañeros. El resto de mis compañeros del bufete estaba compuesto por siete abogados Junior y tres pasantes que procedían de la Universidad Complutense de Madrid. Me gustaba tener futuros abogados para ayudarles en lo que necesitasen, pues yo también tuve ayuda y mirad donde estoy ahora. Ya se habían incorporado al bufete dos desde que entré al despacho hace cinco años como abogados Junior, una de ellas era Meri.

Cuando entramos en la Gran Sala en la que se encontraban las zonas de trabajo de mis compañeros, mediante cubículos (todos ellos bastante amplios con su escritorio y sillas para recibir a los clientes y armarios para guardar expedientes), me di cuenta que no me miraban a mí, sino al hombretón que caminaba tras de mí como si fuera mi sombra. Me di cuenta que, las mujeres sobre todo, estaban con la boca abierta. Cuando llegué al cubículo de Meri, ella era una de ellas.

- Deja de babear y cierra la boca –le dije en voz baja- es el hijo del jefe.

Automáticamente la cerró y se concentró en mí.

- ¿Me puedes dar todos los documentos y licencias de la obra de Alonay? –le pedí.
- ¿De Alonay? Ya está archivada, todos los documentos y licencias se presentaron al inspector la última vez –me contestó sin comprender para qué quería otra vez los dichosos documentos.
- Lo sé Meri, pero el inspector está en la obra ahora mismo pidiéndole a Carlos esos documentos. Voy a ir a cerrarle la boca y así deje trabajar tranquilos a los chicos –le respondí.
- ¿Ha vuelto a ir a la obra? Que incordio de hombre, está dejando claro a quién debe su lealtad… -me respondió mientras buscaba los documentos que le había pedido en su armario trasero.

Mientras hablaba con Meri, miré de reojo a don maleducado y, una vez más, le pillé observándome, concretamente, miraba mi

trasero. Cuando vio que lo pillé, se giró hacia la Gran Sala y se puso a observarla. Vaya descarado.

- Aquí los tienes –me entregó Meri.
- ¿Están también el resto de permisos que se solicitaron con antelación? –le pregunté a Meri.
- En esta carpeta no. Aún no son necesarios –me comentó.
- Dámelos también –le contesté.

Ella se fue de nuevo al armario y me los entregó. Me despedí de ella y, cuando estaba saliendo de la Gran Sala (como llamábamos a la sala dónde se ubicaban el resto de mis compañeros) me di cuenta que, en todo momento que estuvimos en ella, James no había saludado a nadie de allí y yo tampoco le había presentado. Ahora la maleducada había sido yo, pues él no conocía nadie, creo que nunca había estado siquiera, al menos desde que yo trabajo aquí. Este hombre hacía que se me olvidaran mis modales. En ese momento, me volví sin avisar y me choqué contra un muro de piedra y reboté. Madre mía estaba duro como una piedra. James me sujetó por ambos brazos para que no perdiera el equilibrio.

- Perdón y gracias –le dije.
- De nada, Srta. Maleducada –me contestó.

Evidentemente, me lo dijo con doble intención aunque, en lo que respecta a su no presentación, tenía razón. Así, que le contesté:

- A eso iba Sr. Bernard, pero me he topado con una piedra en el camino.

Vi una media sonrisa en su rostro altivo. Lo bordeé y me dirigí al equipo que estaba en la Gran Sala.

- Buenos días a todos. Sólo quería presentaros al Sr. James Bernard, hijo del Sr. Bernard. Creo que va a estar algunos días con nosotros viendo el negocio familiar, si necesita cualquier ayuda no dudéis en solucionárselo.
- Buenos días. Será un placer pertenecer a este equipo del que mi padre me ha contado maravillas, y espero que no

sólo sean unos días –terminó de decir.

¿No serán sólo unos días? ¿Va a estar mucho tiempo? No puedo pensar en eso ahora, este hombre me distrae muchísimo. Debo estar en la obra a la de ya.

Nos dirigimos al ascensor y pulsé el botón -1. Miré mi reloj, son las 12:20 de la mañana. No entiendo por qué está vacío. James se ha apoyado en un lateral del ascensor y lo único que hace es mirarme, mirarme y mirarme, todo el cuerpo, y yo estoy totalmente nerviosa, histérica y atacada. El ambiente está cargado de tensión, pero aún no adivino de qué tipo, lo único que sé es que ese hombre me intimida muchísimo. Es tal la tensión que no aguanto más.

- ¿Quieres que te firme un autógrafo o prefieres hacerme una foto y ponerla en tu mesita de noche? –le pregunté irónica.
- Si que te lo tienes creído, ¿no? –me contestó.
- Todo es gracias a ti, que no dejas de mirarme –le contesté sin ningún tipo de vergüenza.

Mi subconsciente me recuerda que es el hijo del jefe, que debo controlarme.

- Simplemente estoy observando todos tus movimientos porque hace mucho que quería conocerte y en mi mente, no te divisaba así –contestó James.
- ¿Por qué tanto interés en mí? No me conoces de nada –le pregunté.
- Intentaba ponerle cara a la mujer que quiere hacerse con mi empresa –me contestó de sopetón.

¿Qué? Mi cara debe ser un poema porque para nada me esperaba esa respuesta. Creo que es la primera vez que me dejan sin palabras, pues soy muy impulsiva y suelto lo primero que se me ocurre. Pero esta vez no entendí nada.

No me di cuenta de que el ascensor había llegado a la planta -1 hasta que él salió hacia el parking. Fui corriendo hasta él y le

pregunté:

- ¿Qué has querido decir con eso? ¿Quedarme con tu empresa?
- No es el momento. Vamos en mi coche –me dijo.
- No, vamos en el mío, que sé llegar hasta allí. –le contesté.
- Sube a mi coche y pones el GPS con la dirección. No hay más que hablar –me contestó tajante.

Abrió su coche y se metió en el asiento del conductor y arrancó el coche. No me quedó más remedio que montarme en el asiento del copiloto de su maldito coche. Bueno, maldito coche tampoco, es un puto Porsche Panamera, de color negro. Este coche olía a dinero.

- Pon la dirección en la pantalla –me dijo mientras se dirigía a la salida del parking.
- Definitivamente eres un maleducado –le contesté mientras ponía la dirección en la pantalla, intentado no romper nada.
- Es la segunda vez que me lo dices en una misma mañana –me contestó.
- Entonces creo que ya puedes ir creyéndotelo –le dije con una sonrisa fingida.

No me dijo nada más, lo único que vi es esa media sonrisa de nuevo. Me encanta esa sonrisa. ¿Pero qué estoy diciendo? Detesto a este hombre. Por muy bueno que esté e irradie perversión y lujuria, no es mi tipo. Mentirosa, es tu tipo y lo sabes, no haces más que buscar chicos malos. Odio a mi subconsciente.

El trayecto duraba unos 15 minutos, así que abrí la carpeta de la obra Alonay y localicé todos los malditos documentos que supongo que el dichoso inspector quiere ver de nuevo. No sé qué hago aquí en vez de estar con el caso del Sr. Vázquez. Suspiré hondo e intenté relajarme. Miré de reojo al dios griego que tenía a mi izquierda y me maldije a mí misma, así no vas a relajarte. Tenía el ceño fruncido mientras conducía, estaba dándole vueltas a la cabeza

a algo, eso está claro, se le veía concentrado. Es guapísimo y esta buenísimo, no puedo negarlo, aunque su personalidad sea una mierda. Me fijé en sus manos, eran grandes, y me imaginé lo que sería capaz de hacer con ellas, y ese cuerpo, necesito desesperadamente saber cuantas onzas de chocolate tiene, me está creando una necesidad y, joder, a mí no me gusta el chocolate, aunque no me importaría probar las suyas. Vale, ya he perdido totalmente la cabeza.

De repente, siento que el coche se ha parado. ¿Hemos parado en un semáforo? Miro a mi alrededor y estamos ya en la obra. Se gira hacia mí y me dice:

- ¿Quieres que te firme un autógrafo antes de ver al inspector?. –boom, en la cara.

Lo tengo merecido.

CAPÍTULO 4: JAMES

Tal y como terminé esa frase, Mía se bajó del coche despavorida. Sí, la he pillado, me ha estado mirando con lujuria. He visto su mirada clavada en mi cuerpo, he visto esos ojos profundos imaginando que hacerme…me he follado a bastantes mujeres para saber cuando me están mirando con deseo y la Srta. Beltrán lo estaba haciendo.

Me bajo del coche y la sigo y, nuevamente, no puedo no fijarme en su maravilloso trasero, pero esta vez alzo la vista y alcanzo ver su espalda y su semirecogido rubio. Es despampanante. Aunque lo siento, mis ojos vuelven a ir a ese culo que mueve con tanta naturalidad con esos tacones del infierno de al menos 10 centímetros (no he visto a ninguna mujer andar tan bien en tacones como ella). Definitivamente, esos hombres del baño de esta mañana, estaban hablando de ella. Es una súper modelo de pasarela.

Mientras la miro, Mía va a toda velocidad al puesto de control que hay a la entrada y se mete dentro, y yo me quedo fuera viendo la construcción que, por lo que he oído mientras hablaba mi padre con ella, es un complejo hotelero.

Mientras admiraba la construcción, un hombre se aproxima a mí.

- ¿Es Usted el abogado recadero que han mandado de Bernard Legal Group para traerme unos documentos? –me pregunta.

Lo primero que pienso es que este tío es gilipollas, así que no me puedo resistir.

- Soy abogado, sí, pero ningún recadero. Realmente soy James Bernard, hijo de Manuel Bernard, cofundador de Bernard Legal Group –contesté serio, sin titubeos.

La cara que se le quedó al gilipollas no tenía precio. Está claro que a la última persona que pensaba ver allí sería a mí. Cuando pienso que va a contestar, unos tacones repiquetean por el asfalto. Sólo con ese sonido, sé quién se aproxima hasta nosotros, seguida de un hombre al que identifico como el tal Carlos, el encargado de obra que llamó a mi padre.

- Señor Benjumea, ¿usted de nuevo por aquí? –le pregunta Mía.
- Srta. Beltrán, no sabía que sería usted quién traería los documentos que necesito en persona, que alegría volver a verla –le contesta admirando su cuerpo de arriba abajo y con una sonrisa de pervertido que me pone negro.
- Pues sí, he tenido que venir personalmente para que deje a mis chicos, de una vez por todas, terminar la obra porque... si sigue viniendo puede entorpecer la fecha de entrega y… eso… no es lo que queremos, ¿verdad? –le contestó en un tono conciliador pero amenazante al mismo tiempo.
- No, para nada… -contestó con una media sonrisa y agachando la cabeza hacia su carpeta-. Veamos, terminemos con esto. Necesito: la licencia urbanística, incluyendo el Proyecto técnico firmado por el arquitecto y visado por el colegio profesional, Memoria urbanística, Estudio de seguridad y salud, el Pago de tasas e ICIO… -empieza a recitar el inspector.
- Discúlpeme, esos documentos ya los tiene en su poder, pues cómo si no, estaríamos ya en casi la mitad de la construcción. Son los primeros que se sacan cuando se realiza una obra –responde Mía con total confianza.
- Sí, lo sé, pero necesito que me los facilitéis de nuevo junto con otros nuevos, concretamente… -el inspector sonrió de

una manera que me pareció maliciosa, y no me gustó ni un pelo- la Licencia medioambiental, la Licencia de terraza o piscina, el Permiso de vertidos y el de abastecimiento de agua. –terminó de recitar.

- Perdóneme señor Benjumea, pero esos permisos son complementarios, por lo que no hace falta solicitarlos hasta que se termine la obra, y cómo verá –señaló hacia la zona en construcción- aún queda por terminar.
- Pues, siento decirle Srta. Beltrán que si no disponéis de esos permisos tendré que paralizar la obra. –dijo con cara de superioridad y con una sonrisa, que confirmaba que sí, que era malvada.
- No puede hacer eso, si paraliza la construcción no se entregará en la fecha prevista –intervine por ver semejante problema.
- Es cierto, la fecha de entrega está prevista para cinco meses, que ya de por sí es poco tiempo para un complejo hotelero como este –remató Carlos.
- Oh chicos, lo siento pero ese no es mi problema. Si no me entregan esa documentación, esta obra se paraliza en este momento –dijo el inspector tocapelotas, con una sonrisa de suficiencia.

En ese momento miré directamente a los ojos de Mía. Estaba mirando fijamente al inspector y juro que en su reflejo vi que lo estaba despedazando lentamente pero, además, vi como una sonrisa apareció en su rostro. Un momento, ¿estaba sonriendo? De repente se giró, vi que tomó aire y, nuevamente, con una sonrisa fingida en los labios procedió:

- Oh, ya veo que no todas las partes aquí reunidas quieren que se entregue la obra en el plazo estimado, la cuestión es, ¿qué interés puede tener usted en que esta obra, obtenida por mi cliente Alonay en la licitación, no se consiga finalizar en el tiempo indicado? –preguntó Mía.

- ¿Está usted insinuando algo? –preguntó el inspector entre ofendido y, por qué no decirlo, acojonado.
- No estoy insinuando nada, se lo estoy diciendo directamente. Tome –sacó unos documentos que le plantó en el pecho al inspector- Coja las malditas licencias que me está pidiendo sin sentido y márchese. Ah, y no crea que esto se va a quedar así, me ha tocado tanto las narices que, ahora sí le voy a investigar, y como averigüe que usted tiene algún tipo de interés en que perdamos esta licitación me las pagará. Me conoce y sabe que lo mío no es ir de farol. Ahora márchese de mi obra –sentenció Mía.

Y, por segunda vez en el día, Mía Beltrán me ha puesto cachondo. Esa voz directa, seria, intimidatoria y contundente no puede dejar a nadie inadvertido.

El inspector miró a Mía totalmente petrificado sujetando los documentos que ella le había estampado en el pecho, los metió en su carpeta sin mirarlos y se marchó sin despedirse.

- Eres la puta ama –indicó Carlos disipando el ambiente de tensión que se había vivido hace unos segundos.
- Sí, soy una puta ama que está hasta los cojones de ese tipo. Esto no se va a quedar así –dijo Mía.
- Eso ya lo sabía, lo vas a investigar y estoy segura que sabes por donde van los tiros –señaló Carlos.
- Todo esto me huele mal, espero equivocarme. Bueno me voy, que tengo un juicio importante. Ah, por cierto, este es el Sr. Bernard, hijo del jefe –me presentó Mía, esta vez de forma natural, a pesar de la tensión.
- Encantado de conocerle, soy Carlos –me indicó el muchacho.
- James, encantado –le saludé.
- Bien, nos vamos. Adiós Carlos –se despidió Mía.

Nos dirigimos al coche en silencio, ella abrió la puerta del copiloto y se metió en el coche. Yo hice lo mismo y arranqué el

coche. En ese momento, vi que suspiró lentamente.

- ¿Te encuentras bien? Ha sido un encontronazo bastante duro –le pregunté porque realmente quería saber si estaba bien.
- Estoy bien. Este inspector nos la jugó a comienzo de la obra y nos ha dado por culo desde entonces, me tiene harta –respondió con dureza.
- Si te sirve de algo, has estado impresionante. –dije.

Sinceramente, no sé por qué dije tal cosa, pero era la verdad. Me dejó asombrado su capacidad de reacción, su actitud, no querer dejar que le pisen, su seriedad y, sobre todo, su inteligencia, ya que fue un paso por delante del inspector y consiguió permisos que no eran necesarios por si llegaba ese momento, y ese momento llegó y estaba preparada. ¿Qué estás diciendo James? Es el enemigo ¿recuerdas? Te quiere quitar tu empresa. No más halagos.

- Gracias. Algo amable por tu parte, no lo esperaba de ti –me respondió Mía.
- No me conoces –le dije.
- No, no te conozco –me dijo.

Y no contesté. Ella suspiró y miró fijamente a la carretera intentando calmarse. Cuando llegamos al parking del bufete, Mía se bajó del coche y se dirigió a uno de los ascensores, pulsó el botón de subida y el ascensor empezó a cerrarse. Yo aún seguía dentro del coche con el aroma que ella había dejado impregnado, un olor mentolado –menta como sus ojos, recordé- y viendo como las puertas del ascensor se cerraban apartándola de mi vista.

CAPÍTULO 5: MÍA

Llegué a nuestra planta y entré al despacho, me fui directamente a la Gran Sala. Allí me dirigí a dos de mis pasantes.

- Emi, Jorge -les llamé.- Necesito que busquéis información sobre un tal Armando Benjumea, es inspector del Ayuntamiento y de nuestra obra Alonay. Buscad cualquier tipo de información relevante o cualquier unión que pudieran tener con el bufete Averis Lawyer, o cualesquiera de los clientes de éstos.
- Aquí tenéis la carpeta del asunto, por si os sirve de ayuda –dijo James soltando la carpeta encima de una mesa cerca de nosotros.

Me la olvidé en el coche. Lo miré con sorpresa y él me dedicó esa media sonrisa que tanto me ponía. A lo que ibas Mía, que te distraes.

- Como he dicho, cualquier cosa. No quiero que volváis hasta que encontréis algo. Mi sexto sentido me dice que existe algún tipo de relación y por eso nos está jodiendo –les digo a mis pasantes.
- Y tu sexto sentido nunca falla –recalcó Emi.
- Exacto. Gracias chicos. Por favor, no es del todo urgente, así que no me digáis nada antes del martes. No quiero ninguna distracción más. Hasta luego –les dije.
- Eso está hecho. Adiós Mía, suerte en el juicio –me dijeron ambos.

Me dirigí a mi despacho y le dije a la secretaría del bufete, Belén, que no me pasara ninguna llamada. Necesitaba concentración y esa era la única manera de conseguirla. James pasó por mi lado, me miró fijamente a los ojos y continúo su trayecto hasta el despacho de su padre y, como imaginaba, no llamó al entrar.

Durante los siguientes cinco minutos no pude sacarme a James de la cabeza. Recordé todos los momentos del día y a las conclusiones que llegué eran que estaba cañón y me ponía muchísimo su mirada dura y su media sonrisa, que tenía que averiguar por qué me dijo que quería quitarle su empresa (estaba loco) y tenía que averiguar el motivo real de por qué estaba aquí –aparte del testamento de su recién fallecido tío.

Después de esos cinco minutos de reflexión, me puse manos a la obra y, para cuando me di cuenta eran las cuatro de la tarde y aún no había almorzado. Me recliné en mi silla y decidí que comería algún sándwich cerca de casa y luego seguiría trabajando en el juicio. Estaba muy contenta en cómo lo estaba enfocando así que no podía parar en este momento, quedaban muy pocos días. Es el último empujón Mía, me decía a mí misma.

Imprimí varios documentos para llevármelos a casa, metí mi portátil junto con los documentos en mi maletín y salí de mi despacho. Justo en ese momento, maldije mi mala suerte. Del despacho de Manuel salían él y su hijo.

- ¿Qué tal Mía? Ya me ha contado James el incidente con el inspector y que lo pusiste en su sitio. Buen trabajo –me dijo.
- Sí, bueno. Simplemente le di lo que me pidió –señalé quitándole importancia al asunto y caminando hacia el ascensor.

Ambos me siguieron hasta él, estaba claro que estaban marchándose del despacho.

- ¿Vas a trabajar desde casa? –me preguntó Manuel.
- Sí, aunque antes voy a parar a almorzar algo, me rugen las tripas –dije con naturalidad.
- ¿Aún no has almorzado? –preguntó James en tono serio.
- No, he estado demasiado enfocada en el juicio y no me he dado cuenta de la hora que era ya –dije.
- Tienes que alimentarte bien, hija, tu vida no puede ser sólo trabajar –me dijo mi jefe.

- Ya sabes que no todo en mi vida es trabajar, me gusta divertirme, pero no cuando tengo trabajo pendiente… –dije sonriendo recordando mis salidas con los tres cafres que tengo como amigos.
- Sí, Liam me cuenta alguna de vuestras locuras –rió con bastante entusiasmo mi jefe.

La cara de James era de asombro ¿acaso pensaba el señor "palo metido por el culo" que no me divertía?

- Bueno, espero que no todas –me reí pensando en matar a mi mejor amigo por contarle a su padre, que era mi jefe, nuestras salidas diurnas y nocturnas.

El ascensor llegó y los tres nos montamos en silencio. Miré de reojo a James y me topé con esos ojos azules del color del hielo y el océano. No pude apartar mi vista de sus ojos, eran como si me llamaran. No puedes hacer esto Mía, ¿qué te ocurre con este hombre? ¿Por qué te llama tanto la atención? Es uno cañón como cualquier otro. Céntrate. Las puertas del ascensor se abrieron y fueron las que me sacaron de esa realidad paralela. Me despedí de los dos hombres con un "hasta mañana" y me dirigí a mi coche.

El camino a mi piso eran unos quince minutos en coche, estaba muy bien ubicado, cerca del despacho, no muy céntrico de Madrid y, la vez, cerca de un parque por el que salía a correr a menudo. Esta tarde estaba fijada en mi agenda una buena carrera para despejar la mente. Hoy más que nunca lo necesitaba.

Hice lo que me propuse. Pillé un sándwich en un bar que había cerca de mi casa que me encantaban y le dediqué la tarde al caso del Sr. Vázquez. Cerca de las ocho de la tarde no podía más, necesitaba levantar el culo del asiento y darle movimiento, además de que la cabeza me iba a estallar. En ese momento sonó mi móvil. Habían hablado por el grupo de "Las petardas".

***Liam**: ¿qué tal el día chicas?*
***Yo:** yo he tenido un día de mierda por culpa del inspector de la obra de Alonay. El muy gilipollas ha vuelto a ir pero esta vez se*

ha ido calentito. Me tenía hasta los cojones. He salido del despacho a las cuatro, me he comido un montadito piripi en el Bar La Esquina, he seguido con el juicio y acababa de levantarme para salir a correr, ¿y tú qué tal?

***Liam**: Sí, algo me ha contado James. Por fin has conocido a mi hermano ¿qué te ha parecido? Tú puedes con el caso, nena, eres la mejor. Pues yo me he reunido con un periódico que querían hacernos una propuesta para añadir publicidad del bufete. No me ha parecido mal pero quiero negociar algunas cuestiones económicas.*

Vaya, Liam y James han estado hablando de mí. Necesito sonsacarle a Liam de qué han hablado. Aunque eso es mejor cuando nos veamos en persona.

***Yo**: vaya, así que hablando de mí a mis espaldas. De tu hermano ya hablaremos mejor en persona, lo único que te puedo decir es que no sé como lo aguantas.*

***Liam**: jajajaja con práctica nena. No me queda de otra, es mi hermano.*

***Camila**: hola amores! Estoy cerrando la caja y sólo puedo decir que… hay vestidos rebajados que son de infarto. Por cierto Mía te recuerdo que tienes el evento del bufete dentro de tres semanas, por lo que ya puedes ir moviendo tu maravilloso trasero hasta aquí e ir mirando modelito, ya sabes como es ese evento de pijo.*

Cierto, no me acordaba del evento. El próximo evento reunía a los empresarios más potenciales del país. No me gustaba asistir a ellos y se lo hice saber a Manuel en los anteriores eventos. Él me dijo que lo viera como una manera de, por un lado, ver al enemigo, confraternizar con él y ver como se comportan estando medio borrachos y ver sus puntos débiles, por otro lado, conseguir clientes potenciales para el bufete. Mirándolo desde esa perspectiva me lo tomé como si me convirtiera en detective por una noche. Lo que decía Camila era cierto, esa noche era de gala a reventar y, evidentemente, no podía repetir modelito.

Yo: *cierto Cami, gracias por ser mi agenda personal.*
Liam: *oye que yo también voy al evento.*
Camila: *sí, pero tu tienes suficiente pasta para comprarte el traje chaqueta que te de la gana. Mía está ahorrando para su casita.*
Yo: *síííí, mi casita! Que ganas tengo. Bueno, Cami, guarda detrás de los percheros los mejores vestidos que veas y la semana que viene, el miércoles, me paso a verlos. Antes sabes que no puedo.*
Camila*: hecho. Te los guardo para el miércoles.*
Adriana: *Hola chicos. Yo no he parado en toda la tarde. No sé qué hay hoy pero no he parado de sacar cupcakes sin azúcar. ¿Hay algún congreso de dentista cerca o algo?*
Liam: *jajajajaja sin azúcar. Eso no puede estar bueno.*

No puedo con estos tres, me alegran la vida. Tras unas cuantas quejas más de Adriana sobre su clientela, me pongo unas mallas, una camiseta y mis zapatillas. Me pongo mis auriculares y empieza a sonar Karol G y empiezo a tararear su canción *"Si antes te hubiera conocido".* Y, automáticamente, me paro en seco ¿Por qué se me ha venido a la cabeza el Sr. Maleducado? ¿Es una broma, verdad subconsciente? Salgo a correr durante una hora. Cenar y a la cama.

El resto de la semana transcurrió sin incidentes reseñables con el engreído hijo del jefe, salvo el miércoles que me lo encontré en la cocina del despacho. ¿No había otro momento en el que ir a por un café? Estaba sirviéndome café en la cocina del despacho cuando lo sentí antes incluso de verlo. No levanté la vista. No pensaba darle el gusto.

- ¿Ese es tu quinto café o solo el primero con cara de quinto? –dijo detrás de mí, con ese tono suyo tan insoportablemente tranquilo.

Apreté los dientes mientras removía el azúcar.

- Es el primero de alguien que trabaja –respondí sin mirarlo-. Tú deberías probarlo algún día.

Escuché cómo se apoyaba en la encimera, peligrosamente cerca.

- Trabajo mucho. Otra cosa es que tú no lo valores –me dijo con su tono grave.

Por fin lo miré. Sonreía. Como si todo le diera igual.

- No valoro a los que confunden trabajar con pasearse por su propio despacho como si fuera un desfile de ego –solté.

James levantó una ceja.

- Vaya… y yo que pensaba que solo eras borde con el café.

Me llevé la taza a los labios, sin apartarle la mirada.

- Y yo que pensaba que eras más listo de lo que aparentas.

Sonrió aún más. Odio admitirlo, pero lo hizo.

- Tranquila, Beltrán. No todos podemos ser perfectos como tú.
- Menos mal –respondí-. El mundo no sobreviviría a dos como yo.

Me rodeó para coger su propia taza. Demasiado cerca.

- Tienes carácter –dijo-. Eso explica por qué mi padre te aguanta.
- Y tú tienes demasiado ego –repliqué-. Eso explica por qué nadie te baja de tu nube.

Se inclinó un poco hacia mí.

- Tú lo estás intentando.
- No –dije, firme-. Yo solo señalo el problema.

Nuestros ojos se engancharon unos segundos de más. Incómodo. Denso. El tipo de silencio que quema. Luego él se apartó con calma.

- Nos vemos en algunos de mis paseos por el despacho, señorita borde.
- No gracias, señor insoportable.

Cuando salió, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Lo odiaba. Eso era lo que me repetía.

El viernes cuando llego al despacho, me pongo a ultimar los últimos detalles y las últimas llamadas necesarias para recordar la cita tan importante que tengo el martes a las once de la mañana. Cuando lo tengo todo bajo control, decido que es hora de que empiece mi súper finde en casita entre pilas de papeles. Arreglo mi maletín con todo lo necesario porque no quiero que se me olvide nada, me aliso la falda de color verde pino y me miro al espejo que tengo en mi despacho, para ver cómo tengo los pelos (cuando suelo trabajar me molesta mucho y siempre acaba recogido con gomillas o pinzas, lo que tenga a mano). Parece que no está muy mal aunque decido dejármelo suelto y descansar la cabeza.

Esa mañana no he visto a mi jefe, mucho menos a su hijo. Me alegro de esto último. Todos los viernes, dependiendo de quien se vaya antes, pasamos a despedirnos el uno del otro, es un hábito que ambos hemos convertido en costumbre. Llamo a su despacho y me indica que pase.

- Manuel, ya me voy, nos… -me interrumpo al ver que, en su despacho, también se encuentra su hijo.

Y, Dios. Lleva un traje chaqueta verde militar con la camisa blanca. Está increíblemente sexy y más cuando me mira directamente a los ojos, me hace un repaso y le veo esa media sonrisa que intenta ocultar.

- Perdón, pensé que estabas solo. –continué.
- No te preocupes Mía, estábamos poniéndonos al día. ¿Cómo llevas el caso? ¿Estás bien? –me preguntó.
- Sí, estoy bien, y estoy más que satisfecha con el informe final pero estoy deseando quitármelo de encima –dije con total sinceridad.
- Normal, hija, llevas tres semanas encerrada, no te ha dado la luz de sol, y ambos sabemos lo que gusta salir a pasear. Es más, deberías salir un poco este fin de semana con tus amigos y cuando pase el juicio deberías irte unos días a descansar –me recomienda mi jefe.

- No, este finde no salgo, ya lo sabes. Y cuando pase el juicio tengo que ponerme al día con el resto de asuntos que dejé en manos de Cristian, Almudena y Kai –le contesté.
- Sí, me ha dicho Liam que lleva sin verte casi tres semanas y tampoco es así, puedes salir a cenar, comer tienes que comer de todos modos –me dijo ni jefe, en un tono paternal.
- No te preocupes por mí. Bueno ya me iba. Lo más probable es que el lunes no pase por el despacho, tengo todo lo necesario para trabajar desde casa y el lunes tengo varias reuniones, entre ellas, con el Sr. Vázquez para ultimar los detalles de su declaración. Así que te veré el martes antes de salir para los Juzgados –me despedí.
- Muy bien, Mía. Que tengas un buen fin de semana productivo. Recuerda que la semana que viene te queremos en casa para cenar. Gloria te echa de menos –me dijo mientras me daba un abrazo.

Manuel siempre me había tratado con cariño, como si fuera su hija, y él y su mujer eran muy cariñosos conmigo.

- Yo también me voy papá, he quedado –dijo James de repente.

Mierda. Salimos juntos del despacho de Manuel directos al ascensor y pulsé el botón para llamarlo, justo en el instante exacto en el que James lo hacía también.
Nuestros dedos chocaron.

- Podías esperar dos segundos –bufó él.
- Podías apartar tu mano –repliqué.
- Yo he llegado primero –continuó.
- ¿Y qué quieres? ¿Una medalla por eso? –pregunté indignada.

James soltó una risa nasal, de esas que ya llevan la intención de irritarme.

- Qué carácter tan encantador a estas alturas del día, Srta. Beltrán –dijo irónicamente.

Otra vez con el maldito Srta. Beltrán.

- No estoy aquí para encantarte, gracias a Dios –repliqué irritada.
- Tranquila, lo noto.

El ascensor llegó y nos metimos dentro. Me crucé de brazos, mirando al frente. James hizo lo mismo, pero podía sentir su mirada de reojo, como si le divirtiera profundamente mi existencia.

- Deberías probar a sonreír algún día –dijo-. Dicen que es incluso saludable.
- Deberías probar a no hablar –le dije sin mirarlo.
- No te prometo nada –remató.

El ascensor siguió bajando, lento, como si disfrutara torturándome. De pronto, James suspiró.

- ¿Sabes? Podríamos intentar llevarnos bien. –dijo.
- ¿Y por qué querría yo eso? –pregunté.
- Porque compartimos trabajo, planta, pasillo, reuniones, compartimos ascensor… -dijo James.
- Y aun así no compartimos absolutamente nada más –dije, esta vez mirándolo fijamente.
- Oh, sí que compartimos –replicó él con ese tono suyo arrogante—. Compartimos tu mal humor. No falla.

Giré la cabeza lentamente.

- Si no te gusta mi cara, evita coincidir conmigo –le solté.
- Créeme –dijo él sonriendo apenas-, si pudiera teletransportarme del despacho a mi casa y viceversa, lo haría. Pero no puedo. Así que aquí estoy. Sufriendo.
- No eres tú el que sufre –maticé.
- Ni te imaginas cuánto… -dijo con voz profunda.

Ding. El ascensor llegó al vestíbulo por fin. Salí inmediatamente. Él también, claro. Mis tacones sonaban más fuerte de lo normal, quizá fruto de la rabia contenida.

- Que tengas un día maravilloso, Srta. Beltrán –soltó él detrás de mí, claramente sin desearlo.

- No me hables –le grité.
- Entonces deja de escucharme –gritó James aún más.

Salí del edificio, pero antes de irme a casa pasé por una cafetería, enfrente de nuestro edificio, donde hacen un Té Matcha maravilloso. Los hay de todos los sabores (original, vainilla, cacao, arándanos, coco, jengibre, melón, mango, fresa…) y, desde esta mañana llevo pensando en el de arándanos. Ese iba a ser mi súper capricho de mi loco fin de semana –nótese la ironía.

Al salir de la cafetería me dirigí de nuevo al edificio para coger mi coche que estaba en el parking. Cuando iba a cruzar me percaté de la presencia de James, justo a la entrada del edificio, parado, como si estuviera esperando a alguien. Decidí sentarme en un banco a observar cómo se iba, no quería cruzármelo de nuevo. No me equivocaba. Hacia él se dirigía una morenaza, un poco más baja que yo, con taconazos y cuerpazo, que resaltaba con un vestido que se ajustaba a su cuerpo de color rojo. Definitivamente creo que ese vestido no la dejaba respirar. Cuando se acercó a él, se dieron un beso en la mejilla, aunque demasiado cerca de los labios, a mi parecer. En ese momento me descubrí que estaba frunciendo el ceño. No me puede dar más igual con quién se vea el Sr. Maleducado. No puedo llegar a entender qué mierda hacia yo, sentada en un banco, con mi té en la mano, mirando aquella escena y encima ponerme de mal humor.

Cuando vi que se montaban juntos en un coche que los esperaba en la puerta del edificio, me levanté y fui al parking del edificio a por mi coche. Me descubrí andando con un paso demasiado decidido ¿Estaba molesta? ¿Por qué?

CAPÍTULO 6: JAMES

El viernes por la mañana, Vanessa me envió un mensaje preguntándome si almorzábamos juntos. Vanessa era, por así decirlo, mi folla-amiga. Cuando venía a Madrid, si no había ninguna mujer cerca para poder follar, acudía a ella, siempre estaba dispuesta. Ambos sabíamos lo que queríamos y lo que queríamos era pasarlo bien, tener sexo sin complicaciones. A mis 30 años nunca había tenido pareja formal, ni la quería, la libertad se sentía muy bien.

La prensa, de vez en cuando, sacaba algún titular en el que se me mencionaba pero tampoco me daban tanto bombo. Al ser hijo de uno de los dueños de los mejores bufetes de España y Francia y al tener una rivalidad, más que manifiesta, con otro de los mejores bufetes, "Averis Lawyer", siempre sacaban artículos intentando desprestigiarnos, y a mí era con que no sentaba la cabeza. Todo lo hacían por puro marketing, ya sabíamos quién publicaba esos artículos, y a mí me la resbalaba. Nuestro trabajo era impecable y como con eso no podían meterse…atacaban a lo personal.

Cuando Vanessa apareció en la puerta del edificio, la saludé con un beso en la mejilla, aunque ella giró un poco la cara y casi nos damos un pico –no me gustaba eso, si quiero darte un beso te lo doy, y ese no era el momento-. Nos subimos al coche y al mirar por la ventana vi un destello rubio con una falda verde, esa misma falda que había visto hace tan solo unos minutos en el despacho de mi padre y en el trayecto en el ascensor, cuando sonreí al ver que los dos nos habíamos puesto el mismo tono de color en la ropa. Mía Beltrán. Otra vez en mi cabeza. Supuse que había sido un espejismo y seguí enfrascado en mi mundo.

En el coche decidí enviar un mensaje a Eric y Enzo y decirles que iba a almorzar con Vanessa, por si querían apuntarse. Me dijeron que se encontrarían allí con nosotros. Cuando llegamos al restaurante, el maître nos preguntó:

- Buenos días señor, señorita, ¿tienen reserva?
- Sí, a nombre de James Bernard –contestó Vanessa.

Siempre que reservaba daba mi nombre, era más fácil conseguir mesa con mi apellido.

- Oh, por supuesto, Sr. Bernard, por aquí –contestó el maître.
- Perdone, seremos dos más, en total cuatro, se nos han unido unos amigos –le dije al jefe de sala.

Vanessa abrió la boca y me miró con el ceño fruncido.

- Muy bien señor, le cambiaré a una mesa para cuatro –contestó el maître.

Nos dirigíamos a la mesa y Vanessa me preguntó indignada:

- ¿Cuándo ibas a decirme que venía alguien más?
- No lo creí necesario, esto no es una cita romántica. Además, son Eric y Enzo, sabes que los viernes almuerzo con ellos. No es nada raro –le contesté un poco seco.
- Aunque no sea una cita romántica tengo el derecho de saber con quién voy a almorzar, podrías habérmelo dicho. Bueno, no importa –me contestó y cambió su cara con total naturalidad.

¿Ya está? ¿Ese había sido su enfado? En ese momento me vino a la cabeza otra vez la Srta. Beltrán. Ella seguramente me habría llamado maleducado y, con solo haberla conocido hace apenas unos días, sabía que me habría llamado cosas peores y estaría enfadada durante todo el almuerzo. Eso me hizo sonreír y no entendí por qué. Mía era un mujer complicada y de armas tomar.

Llegaron Eric y Enzo. Nos los veía desde el entierro de mi tío que tuvo lugar en Francia. Ellos vinieron, nunca me han fallado,

estamos siempre los tres a una.

- ¿Qué tal tu vuelta a España? ¿Tu padre? ¿El bufete? –me preguntó Eric.
- Bien, he estado poniéndome un poco al día con los asuntos del despacho –contesté mirando de reojo a Vanessa, no me gustaba hablar de mis temas privados con nadie que no fueran mis amigos.

Ellos me miraron y captaron mi mirada por lo que dejaron de hablar del despacho. Cambiamos del tema y nos pusimos a hablar de los respectivos trabajos de ambos. Eric era dueño de las discotecas más lujosas de Madrid, ahora estaba inmerso en la expansión de nuevos locales fuera de la ciudad. Enzo era arquitecto, por lo que hablamos de algunas obras que compartíamos, al llevar nosotros el tema legal. Cuando estábamos inmersos en una conversación banal, Vanessa se levantó de la mesa y cogió su bolso.

- Bueno, yo me voy. Tampoco es que pintara nada aquí –contestó sin darle importancia a sus palabras.- Si esta noche vais a salir y queréis que nos veamos, me llamáis.
- Por supuesto –dijo Enzo.
- Te llamaré –le dije.

Nos dio un beso a todos y la despedimos.

Cuando se fue ya pude relajarme realmente con mis amigos. Era con los únicos en los que realmente podía ser yo, bueno, con ellos y con mi hermano Liam. Adoraba a ese torbellino sin cabeza.

- Bien, respira y cuéntanos ahora qué tal ha ido en la oficina. Bueno mejor, estaba deseando hacerte esta pregunta, ¿has conocido por fin a la víbora Mía Beltrán? –me preguntó Eric.
- No creo que sea una víbora, la he conocido por algunas obras y parece que es transparente. O eso, o es una experta embaucadora –me contestó, para mi total sorpresa, Enzo.

- ¿Has conocido a Mía y no nos dijiste nada? – preguntó medio mosqueado Eric.
- No quería decir nada de ella hasta que James la conociera en persona, ¿qué? Cuenta – me miró Enzo con una media sonrisa, llevándose la cerveza a la boca.
- Bueno, no he estado con ella el suficiente tiempo como saber de qué pie va, lo que sí sé es que es insoportable. Aunque asistí con ella a una reunión con un inspector pesado y me dejó bastante impresionado –contesté.
- ¿ESTÁ BUENA? –me preguntó casi gritando Eric.
- Profesionalmente hablando me refiero –contesté secamente.
- ¿Entonces es fea y espantosa? –me preguntó de nuevo Eric.
- Es guapísima, sexy y está tremendamente buena –contestó con una sonrisa de lujuria Enzo que me dejó totalmente helado.

Definitivamente, él se había fijado en ella, bueno quién no, no pasa desapercibida, maldita sea. La boca de Eric se abrió tan grande que pensé que le había dado un tirón y no podía cerrarla.

- No me puedo creer que hayáis obviado esa información tíos –nos dijo indignado Eric.
- No creo que fuera relevante viendo que mis intenciones no van por ese camino –contesté.
- Vale que tú no te vayas a acostar con ella, pero joder, podríais presentármela –señaló Eric.
- Ya la conocerás, va mucho por tus discotecas, ya sabes que es la mejor amiga de Liam y van, junto con dos amigas más, a todos los sitios juntos –contestó Enzo.

La manera en la que Enzo hablaba de Mía no me gustaba. Joder, sabía mucha más información que yo, y en todo este tiempo no me había comentado nada del físico de Mía ¿le gustaba o qué? ¿Por qué no me ha contado nada? Quizá no quería darme ningún

tipo de información antes de encontrarme con ella personalmente y que yo sacara mis propias conclusiones –como me había dicho.

- Bueno, ¿cuándo es la apertura del testamento de tu tío? –me preguntó Enzo cambiando de tema, lo que agradecí.
- El miércoles, 21 de mayo, en menos de dos semanas –contesté.
- Uuuh, el sábado 24 de mayo es el evento, buen momento para presentarte como accionista de Bernard Legal Group –dijo Enzo, levantando su caña para brindar.

Los tres bridamos.

- Eso espero, mi tío Antony me dijo que me había dejado a mí sus participaciones de la sociedad, por lo que sería socio, junto con mi padre, del 50% del grupo –sonreí satisfactoriamente.
- Tu tío te quería como un hijo y al no tener descendencia… enhorabuena tío, te lo mereces –me dijo Eric mientras Enzo afirmaba con la cabeza.

Sabía que lo decían de corazón. Me he esforzado mucho para conseguir llegar hasta aquí.

Cuando terminamos de almorzar quedamos en vernos en "Zyra", una de las discotecas de lujo de mi amigo. Sí, no sé si habéis caído, pero el nombre es de un personaje del videojuego "League of Legends", a mi amigo le encanta. El resto de sus locales se llaman "Ekko" y "Kayle". Zyra es un local ambientado en la naturaleza, tienes plantas colgadas, enredaderas con espinas (todo artificial evidentemente), y tonos en verde y rosa. Ekko, es un local más futurista y eléctrico, en distintos tonos de azules y blanco. Kayle, es como si estuviésemos en el olimpo, bolas colgantes como si fueran soles, con tonos dorados y brillantes. El concepto es brutal y yo estoy muy orgulloso de él, ya que, sin ayuda de nadie, este friki salió adelante.

Le dije a mi chófer, Neil, que me recogiera. Cuando voy a beber, él se encarga de llevarme y traerme. Lleva conmigo desde que cumplí la mayoría de edad (hace doce años), me conoce muy

bien y conoce muy bien mis salidas, mis juergas y a las mujeres que me tiro. Es mi persona de confianza y me es totalmente leal.

Llegué a mi piso, un ático en uno de los edificios más lujosos de Madrid. Sí, me gusta vivir bien, para eso trabajo como un condenado. Me pongo a trabajar un rato en mi despacho, revisando los correos que Bryan, mi director ejecutivo de la sede de Francia, me ha enviado poniéndome al día de los acontecimientos. Me ha enviado un asunto laboral de un trabajador que nos pide una indemnización bastante importante por su despido. Los abogados de la sede de Francia no ven solución óptima que no sea pagarle lo que pide, quizá negociar una rebaja.

Tras trabajar unas dos horas sin encontrar una solución, decido que se lo comentaré a mi padre el lunes por si él viera otra opción que no sea pagar esa suma de dinero. Es un crack. Me preparo algo de cena, me gusta cocinar pero no tengo demasiado tiempo. Me meto un rato en el jacuzzi, me relajo, le mando un mensaje a Vanessa indicándole que iremos a Zyra. Necesito desfogar un poco y ella es la mejor solución. Acepta sin pensarlo. Miro hacia el agua y veo que, tanto yo como mi compañero de batalla nos ponemos muy contentos. Esta noche la vamos a pasar muy bien.

CAPÍTULO 7: MÍA

Una vez salgo de la ducha, me pongo mi pijama, con la toalla en el pelo húmedo, me siento en el sofá con el móvil pensando en qué me apetece para cenar. Es viernes por la noche, todo el mundo sabe que no me voy a meter en la cocina. Mientras estoy meditando sobre dos opciones, italiano o mexicano, llaman al timbre. No espero a nadie. Abro la puerta y…

- Cena a domicilioooo!!! –gritan Liam, Cami y Adri.
- ¿Qué hacéis aquí? –contesté en tono de sorpresa.

No habíamos quedado. Todos sabían que no iba a hacer nada este fin de semana, tenía trabajo.

- Sabemos que no sales pero eso no quiere decir que no te alimentes –me contestó Liam.
- ¿Has hablado por casualidad con tu padre? –me dirijo a Liam recordando la conversación de esta mañana, antes de salir del bufete.
- No. Lo hemos decidido por nosotros mismos. No queríamos salir sin ti. Necesitamos tus movimientos de caderas para llamar a los hombres –replica Camila.
- No es lo mismo sin ti, y lo sabes –me abraza Adriana.
- Os quiero mucho –le digo mientras le devuelvo el abrazo.

Son los mejores.

- Bien, hemos traído pasta y burritos y pastelitos de postre de Adri, no sabíamos qué te apetecía cenar, así que las dos cosas –dice Liam. ¡Cómo me conocen! – y… de beber… hemos traído coca cola zero zero. Nos apuntamos a tu causa y hoy no beberemos.
- ¿Os he dicho ya que sois los mejores amigos? –les digo mientras les abrazo.
- No lo suficiente –me dice Camila uniéndose al abrazo.

Nos acomodamos en la mesita baja que tengo delante del sofá, sacamos todos los platos que huelen delicioso y Cami trae los vasos para la bebida. Mientras cenamos, charlamos un poco.

- ¿Qué tal con mi hermano? ¿Te cae mejor? –me pregunta Liam.
- No –contesté automáticamente.
- Estoy deseando conocerlo, tanto James, tanto James, y aún no le ponemos cara al susodicho –dijo Adriana.
- ¿Qué es lo que ha hecho? –me pregunta Liam.

Les cuento mi última semana con el Sr. Maleducado, hasta que Adri se pronuncia:

- Cómo te refieres a él parece que ha cometido un delito muy grave, y sólo entró a tu despacho sin llamar… ¿no estás exagerando?
- ¿Exagerando? Me mira con superioridad, me dio a entender como que le quería quitar su empresa… ¿yo? No es normal, es muy misterioso, intimidatorio, y esa media sonrisa… me pone nerviosa –solté sin pensar.
- UN MOMENTO. ¿Te pone nerviosa? ¿Está bueno? –pregunta Cami, mirándonos a Liam y a mí alternativamente.

Yo me quedo callada.

- Mi hermano está buenísimo y parece que te has fijado mucho en él porque lo describes a la perfección –me suelta Liam en un tono burlón.
- ¿Te gusta? –pregunta Adri.
- ¡ESTÁIS LOCOS! –grité.

Todos se miran entre ellos y sueltan: *"Le gusta"*. Me quedo boquiabierta ante dicha afirmación y continúo:

- No me gusta. No es mi prototipo de hombre. Ya os he dicho que lo detesto. Que está bueno…no lo puedo negar. Es guapo y tiene cuerpazo… -me callo porque no puedo decir lo que pienso realmente- pero no, no es mi tipo.

Mis amigos vuelven a mirarse y sueltan: *"Le gusta"*. Sigo sin poder creer lo que escucho pero no digo nada más porque empeoraré las cosas. Así que le pregunto a Cami: *"Bueno, cuéntame, ¿cómo son los vestidos que has seleccionado para mí esta vez?"*. A Cami se le abren mucho los ojos al sacar el tema de los vestidos y empieza a describírmelos. Bien, cambiamos de tema, objetivo conseguido.

Durante la cena charlamos de los problemas de Adri en la Bakery. Le decimos que tiene que ir pensando que montar ella su propia cafetería, se le da genial, es una pastelera increíble y tendrá éxito, pero aún no ha conseguido ahorrar todo lo que necesita para ello. Cami nos vuelve a decir que le encanta la moda y que se ha decidido a ahorrar para abrir su propia boutique. ¡Ya era hora!, gritamos. Y Liam nos dice que el otro día, en una de las reuniones con uno de los periódicos conoció a un chico que le gustó mucho, Arón, y que quedaron en tener una cita la semana que viene. No nos lo creemos. A mi amigo, como a todas nosotras, le rompieron hace tiempo el corazón y, desde entonces, no había abierto a su corazón así que, que tenga una cita, ya es motivo para ilusionarnos.

Por mi parte, les cuento los avances de mi casita. Con mis primeros ahorros me compré el coche, con los segundos invertí en un terreno, a las afueras de Madrid (pero a unos 25 minutos del trabajo) que, poco a poco, y según voy teniendo algo de dinero, voy construyendo. Mi sueño era tener una casa con jardín, así que no había otra que comprarme un terreno, ahora mismo, eso era lo que tenia, un terreno con los pilares de la casa construidos, faltaban muchas cosas. Mis constructores esperaban a que les diese orden, cuando tuviera otro colchón económico, para continuar.

Sobre las doce de la noche, los tres abandonan mi casa, no sin antes desearme suerte para el martes, darnos millones de besos y abrazos y decirnos que nos queremos. Tengo a los mejores amigos del mundo y, esa noche, me voy a la cama con la mente despejada y feliz.

El sábado y el domingo transcurrieron con lo previsto. Documentos, más documentos y más documentos. Mi cuerpo no da para más. Necesito que llegue el martes para soltar todo lo que tengo en mente y, ahora sí, descansar.

El lunes quedo con el Sr. Vázquez y con un perito informático que, por suerte y bondad de su señoría, nos puede ayudar en la situación del Sr. Vázquez.

El martes por la mañana me despierto temprano, no puedo dormir, así que a las ocho de la mañana estoy en el despacho imprimiendo mis tres modelos de informe de conclusiones finales: si no aceptan mi prueba, si aceptan mi prueba y si la aceptan parcialmente.

A las 8:30, cuando me encuentro en la impresora que tenemos junto a la mesa de Belén, la secretaria (que aún no ha llegado porque todo el personal entra a las nueve), viendo como salen los folios impresos, el ascensor se abre y aparece él, James Bernard, con un traje de chaqueta azul marino, y una camisa de raya diplomática que le sienta como un guante. Mientras divago si algún traje o prenda de vestir le quedará mal, me doy cuenta que se dirige hacia mí y yo no estoy preparada para una conversación.

- Has llegado muy temprano hoy. No esperaba verte por aquí ¿No tienes hoy el juicio del Sr. Vázquez? –me pregunta en tono cortante.
- Buenos días, Sr. Bernard –le digo.

Sigue siendo un maleducado y no me gusta ese tono. ¿Se piensa que soy inútil y me he olvidado del juicio o qué?

- Buenos días, Srta. Beltrán –me dice al fin.

Bien. Lo ha captado.

- Sí, tengo el juicio hoy pero es a las once y tenía que imprimir mis distintas conclusiones según se desarrolle el juicio. Tengo que estar preparada –le contesto esta vez de mejor tono.

- ¿Quieres que te lleve? Así compartimos coche –me pregunta y yo no entiendo a qué se refiere.
- No te entiendo, ¿compartir coche? ¿Acaso vas a ir al juicio? –le pregunto atónita.

Mi jefe nunca ha acudido a ninguno de mis juicios.

- Sí, tengo curiosidad en cómo se desarrolla –me contesta.
- ¿Tienes curiosidad o quieres controlarme? –le contesto en un tono altivo.

No voy a dejar que este imbécil se crea superior a mí.

- Ambas cosas –admite con esa media sonrisa que me mata, pero esta vez de verdad.
- Si piensas que no soy capaz de hacer bien mi trabajo lo hablas con tu padre y, que el próximo, te lo encargue a ti… quizá si aparecieras alguna vez por este despacho te tendría más en cuenta –le suelto sin pensar enfadada.

Me mira con sus ojos azules penetrantes, que en ese momento se han vuelto tan oscuros como su traje, con el ceño fruncido, mordiéndose el labio, preparándose para lanzarme algún improperio pero no se lo consiento. Recojo los informes que ya han terminado de imprimirse y me dirijo a mi despacho a paso acelerado. Cuando llego a él, abro la puerta, entro y cuando voy a cerrarla veo que James entra en mi despacho, cierra la puerta y me agarra por mis dos brazos de manera posesiva, me sobresalto y no sé como reaccionar.

Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos, me hundo en su mirada y parece como si el tiempo se hubiera detenido. Olvido porqué estamos en mi despacho, olvido porqué me tiene aprisionada contra su cuerpo, olvido porqué estamos tan cerca. Lo único que sé es que no puedo apartar mi mirada de sus ojos.

- No vuelvas a hablarme así –me susurra contra mi nariz puesto que es más alto que yo.

Su mirada baja lentamente hacia mis labios.

- No vuelvas a insinuar que no merezco estar aquí –le susurro en el mismo tono, dirigiendo yo también mis ojos a

sus labios.

- Yo no he dicho eso –me dice.
- Lo has insinuado –le contesto.

El tiempo sigue detenido, mi cuerpo sigue inmóvil, y lo peor de todo, quiero seguir así, me encuentro cómoda entre sus brazos. Quiero besarlo, quiero que me bese, ¿pero qué coño me pasa? Basta, Mía, reacciona. Él parece ver lo que estoy pensando cuando me mira a los ojos y se aleja, y a mi cuerpo le entra frío. Pero qué coño… Se voltea para abrir la puerta de mi despacho y marcharse cuando mi yo interno, ahora sí (por fin), reacciona:

- Última vez que te lo digo, no vuelvas a entrar en mi despacho sin llamar.

Se gira, me dedica esa media sonrisa –me tiemblan las piernas-, y se marcha. Esto no puede volver a pasar. Al estar tan cerca de él me he sentido expuesta, vulnerable y no, me niego. No sé qué me ocurre con ese hombre pero no me puedo volver a sentir así. Coraza, vuelve a donde estabas. Desde mi última relación, me prometí a mí misma que nadie más me haría daño, ya tuve suficiente con mis padres, y eran de mi propia sangre, un tercero no volvería a entrar.

Me recompuse como buenamente pude y preparé mi maletín. No era momento para pensar en otra cosa que no sea el juicio, así que me fui a los Juzgados.

Antes de la hora señalada para la celebración del juicio, me reuní, antes de entrar, con el Sr. Vázquez, repasando su declaración y comprobé que mi perito estaba allí. Cuando accedimos a las instalaciones comprobamos que, como siempre, las celebraciones de juicios iban con retraso, nada sorprendente.

Esperamos nuestro turno. Cuando la funcionaria nos llamó, me puse mi toga y me dirigí a la parte derecha del estrado (a la izquierda de su señoría), era un juicio penal y nosotros éramos acusación.

Tras las pertinentes presentaciones de los letrados, de partes y de los distintos resúmenos de los escritos de acusación y defensa, comenzó la función. Comenzó declarando el Sr. Vázquez que contestó a todas las preguntas realizadas por su señoría, por mí y por el letrado contrario sin titubear, estuvo genial, fue una declaración contundente: dejó bien claro que él no había firmado ningún documento que autorizara dicha construcción (la cuál se había derrumbado), anexa al edificio principal y, por la que mi representado solicitaba, aparte de la condena de prisión, una indemnización de más de un millón de euros.

Tras su declaración, llegó el momento del interrogatorio del acusado que, como ya me indicó el Sr. Vázquez en una de reuniones que tuvimos, su Letrado intentaría aportar un documento nuevo que reflejaba la firma de mi representado autorizando dicha construcción anexa. Mi estrategia era no oponerme a dicho documento nuevo y eso hice. La cara del Letrado contrario fue de sorpresa, no entendió que yo admitiera la aportación de dicho documento, a pesar de que, si me hubiera negado, se la hubieran denegado. Iba con todo, era todo o nada, no había otra solución, sólo rezaba para que me saliera bien.

El interrogatorio al acusado giró en torno a dicho documento, así que cuando finalizó, llegó el momento que tanto estaba esperando, así que intervine:

- Con la Venia de su señoría, durante el interrogatorio del acusado, se ha introducido un documento cuya autoría resulta controvertida y que no constaba previamente en las actuaciones. El Sr. Vázquez, en su declaración, ha manifestado con rotundidad que él no firmó ningún documento que autorizara la construcción anexa que se derrumbó y, en este acto, la parte contraria ha aportado uno que dice que sí lo firmó. Es por ello que, en base al artículo 746.6º de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, solicitamos que se realice una prueba pericial informática, a la vista de que dicho documento se firmó digitalmente.

- Protesto señoría, no puede pretender la parte contraria solicitar más prueba en el presente acto, ha tenido tiempo, durante la fase de instrucción para solicitar la misma –manifestó casi tartamudeando el abogado contrario.

En sus ojos había miedo. Perfecto.

- Dicha prueba no ha sido solicitada anteriormente porque, como se ha visto, ha sido la parte contraria quién ha traído documentos nuevos al procedimiento, concretamente, al presente acto, menoscabando nuestro derecho de defensa y, haciendo acopio de ese mismo derecho que nos asiste, solicitamos dicha prueba pericial –sentencié.
- Silencio letrados –nos gritó su señoría.

En ese momento recé porque el Juez aceptara dicha prueba pericial nueva. Su señoría pensó un momento, que me resultaron horas y dijo:

- Bien, a la vista de las contradicciones que se han manifestado en esta Sala, estimo la prueba solicitada por la parte denunciante pues, como ha manifestado la Letrada, la documental, de la que se ha solicitado dicha pericial, no constaba en las actuaciones hasta este momento. Por lo tanto, suspendo el presente juicio hasta que se realice dicha prueba pericial informática y comprobar si dicho documento fue firmado o no por el Sr. Vázquez, como sostiene la parte denunciada.
- Con la Venia de su SSª., habiéndose admitido la práctica de la prueba pericial informática, y encontrándose en este momento perito judicial informático en las dependencias de esta sede judicial, solicitamos se acuerde un breve receso para que dicho perito proceda a realizar la pericia correspondiente, cuyo resultado estaría disponible en menos de treinta minutos. Entendemos que esta solución resulta la más adecuada y eficiente, no solo porque garantiza la inmediación y la contradicción procesal al permitir que el perito se ratifique en el acto, sino también porque este

procedimiento lleva ya más de tres años pendiente de resolución, por lo que, evitar nuevas dilaciones innecesarias, resulta esencial para la pronta finalización del proceso y para salvaguardar el derecho de las partes a un proceso sin dilaciones indebidas, conforme al artículo 24 de la Constitución Española.

- Sra. Letrada ¿está segura que dicha pericial puede realizarse en media hora? –me preguntó su señoría.
- Sí, puede comprobarlo usted mismo –me dirigí al Juez.
- Bien, realizaremos un receso de una hora, donde se realizarán los trámites oportunos para que el perito informático realice dicho informe pericial, luego regresaremos y continuaremos con la sesión de juicio, con la ratificación y declaración del perito encargado de la realización del peritaje –sentenció su señoría.
- Protesto su señoría, esta parte considera que la suspensión del juicio es la solución más óptima para que el perito pueda realizar su informe –manifestó el Letrado contrario.
- Que se haga constar su protesta. Ahora, vayan con la funcionaria de Sala para las gestiones pertinentes. Seguiré con el siguiente juicio y luego retomaremos el presente –terminó de decir el Juez.

Ambos letrados nos levantamos y yo respiré. El Sr. Vázquez me miró con esperanzas. No estaba todo hecho pero, al menos, había conseguido lo que quería. Cuando me disponía a salir de la Sala, vi a James, sentado en unos de los bancos de la Sala y me miraba muy seriamente, no me había dado cuenta de su presencia hasta ese momento. Al parecer era cierto que estaba controlándome. Pasé por su lado y seguí a la funcionaria.

Cuando el perito informático terminó de realizar su informe, esperamos a que terminase el juicio que se estaba desarrollando y entramos en Sala de nuevo. Todo salió como estaba planeado en mi mente. El informe del perito informático concluyó que el documento

aportado por la parte demandada era falso, habían "copiado" la firma del Sr. Vázquez.

Recité mis conclusiones finales, opción número dos (si aceptaban mi prueba), y fui contundente, valoré todas las pruebas y no me dejé nada en el tintero. El Letrado contrario recitó sus conclusiones finales con la voz temblorosa y no hacía tanta calor para que estuviera sudando tanto.

El juicio había salido redondo pero hasta que no saliera la sentencia no se sabía nada. Sí, tener ese informe pericial era necesario para tener algún tipo de oportunidad pero, muy a mi pesar, no era determinante, pues existían pruebas documentales que obraban en autos que podían decantar la balanza para un lado o para otro. Al menos me sirvió para desconcentrar a la otra parte y que sus conclusiones le hubieran salido, hablando mal, como el culo.

Salimos del edificio y respiré. En ese momento y sin esperármelo el Sr. Vázquez me abrazó.

- Muchas gracias, Mía. Menos mal que hice caso a Manuel y confié mi procedimiento a vosotros, a ti. Sé que has hecho lo imposible porque tuviera una oportunidad. A pesar del resultado, te estaré siempre en deuda –me dijo el Sr. Vázquez al oído mientras me abrazaba.
- Sólo he hecho mi trabajo, Sr. Vázquez. Aún así, de nada. –le dije en tono afectivo, devolviéndole el abrazo.

Sé como se sienten los clientes en un procedimiento judicial, y si los letrados vivimos con tensión todo el procedimiento, ellos aún más porque son realmente quiénes se juegan todo.

En ese momento, vi que del edificio judicial salió James. Cuando me vio, me dirigió una sonrisa, podría considerarse que no era media, sino más bien tres cuartos de sonrisa, seguía sin ser una sonrisa plena, pero cuando vio que me encontraba en un abrazo con el Sr. Vázquez, esa sonrisa de tres cuartos desapareció, apareciendo un ceño fruncido. Giró la cabeza y se marchó.

No me importó. Sólo pensaba en que ya había terminado este sufrimiento y estaba deseando que llegara el viernes para salir de fiesta con mis amigos. Me monté en mi coche y los llamé para contarles todo y fijar nuestra quedada.

CAPÍTULO 8: JAMES

Salí del Juzgado con una sensación extraña. Por un lado, sentía orgullo y no lograba comprender el motivo. Esa mujer no era nada mío para que yo estuviera orgulloso de lo hacía pero es que, lo que hizo…creo que hacía tiempo que no me sorprendían tanto. En el poco tiempo que la conocía, he podido percibir parte de su fuerte e implacable carácter pero, verlo en plena acción, ha sido mucho más. Por otro lado, ha estado impecable, he notado su pasión por su trabajo y he comprobado en primera persona lo que me decía mi padre. Ahora entiendo su confianza, ahora entiendo porqué le dio el cargo de CEO de la empresa y eso me hacía replantearme muchas cosas. ¿El odio que sentía por ella tenía algún fundamento? ¿Había estado todos estos años odiando a una persona que solo hacia bien su trabajo, sin ningún plan oculto? O, por el contrario, ¿tenía un don para embaucar a los demás y conseguir su objetivo? Solamente había que ver el juicio de hoy para saber que se ha llevado al Juez a su terreno, no impugnando la documental, aportando, de esa manera, pruebas al procedimiento que el anterior bufete del Sr. Vázquez no había incorporado.

Definitivamente, mi mente no estaba clara en este momento. Sopesé la idea de que hubiera sido mejor no haber venido. Sin embargo, la descarté cuando la vi esta mañana, vestida para acudir al juicio, con ese vestido entallado negro, que realzaban todas sus excitantes curvas, sobre todo ese culo que me volvía loco, ese pelo rubio suelto que le caían en ondas sobre su pecho, ese escote que, aún no siendo pronunciado, incitaba a observarlo y ¿qué hacia con esos ojos verdes y esa boca que me incitaba constantemente a acercarme a ella? Sí, no pude contenerme y tuve que ir al juicio. Ahora, con la mente fría, lo único que pienso es que no puedo acercarme a ella a menos de un metro, porque esta mañana en su

despacho me contuve al ver la expresión de sus ojos que me decían que era un error, a pesar del deseo que vi en los mismos segundos antes de que su cabeza interviniera y, en otro momento, no sé si tendré esa fuerza de voluntad. No, no podía prometer nada.

Eran las tres de la tarde. Llamé a mi padre y me dijo que estaba en el despacho y me confirmó que tampoco había almorzado. Me dirigí al despacho, aparqué en el parking del bufete y decidí ir a alguna tienda cercana para comprar algo de almorzar para ambos.

Entré en el despacho de mi padre. Estaba al teléfono atendiendo una llamada. Coloqué el almuerzo sobre la mesa y me senté frente a él y esperé a que terminara la llamada.

- Por tu expresión, entiendo que finalmente decidiste ir al juicio de Mía –se recostó en silla y me dedicó una sonrisa.

Intuí que el cabrón sabía de mi asombro solo con verme la cara.

- ¿Cómo ha ido? –me preguntó.
- Tenías razón, es muy buena –admití, muy a mi pensar.

Mi idea era ir al juicio, ver una actuación de Mía nefasta, y echarle en cara a mi padre que él o yo lo hubiéramos hecho mejor, pero, sin que nadie se entere, no sé si alguno de los dos lo hubiera hecho mejor.

- Lo sé. Lo sé desde el primer día en que la conocí. Ahora, dime James, ¿Qué ocurre? Hace años que te fuiste a Francia y ocupaste el puesto de CEO que te ofreció tu tío y, desde entonces, aunque nuestra relación padre-hijo es buena, siempre he pensado que tienes algo guardado. Necesito saberlo –me pregunta mi padre directamente.

No esperaba que mi padre me preguntara eso en ese momento. Medité si era el momento adecuado para soltarle a mi padre todo lo que llevaba guardado desde aquel momento en que mi tío me propuso como CEO para la sede de Francia. Medité y decidí que lo era.

- ¿Por qué no me nombraste a mí como CEO aquí? –le pregunté directamente.
- Porque tu tío te ofreció el puesto en Francia, estabas feliz trabajando a su lado, me daba la sensación de que no querías estar aquí, que tu sitio estaba allí. No quería ponerte entre la espada y pared. No quería que pensaras que estaba interfiriendo en tu vida haciéndote elegir entre tu familia (aquí en España) o tus ambiciones y felicidad (allí en Francia). Lo hice pensando en ti –me respondió apoyando los codos en la mesa, mirándome fijamente a los ojos.

Sus ojos me decían que decía la verdad.

- Era feliz allí pero lo hubiese sido aún más aquí, con mi familia y mis amigos –dije con total sinceridad y quitándome un peso que llevaba cargando durante tres años.
- ¿Y por qué no nos dijiste nada? ¿Sabes como hemos estado tu madre y yo todos estos años echándote de menos? Hubiésemos hecho lo que hiciera falta y hubiésemos buscado una solución juntos –me respondió enfadado.

Y estaba enfadado de verdad.

- Siempre he creído que no confiabas en mí para dirigir Bernard Legal Group, que no me veías capacitado. Y, meses después de que el tío Antony me ofreciera el puesto de CEO en Francia, le ofreciste a Mía que lo fuera aquí. ¿Sabes cómo me sentí en ese momento? –le grité más alto de lo normal.
- El puesto de CEO en España era tuyo hijo. Antes de que Antony te lo ofreciera, él y yo tuvimos una conversación sobre ponerte al frente del Grupo, yo te quería no sólo aquí, sino en todo, te quería en ambas sedes, pero eso, en ese momento, era imposible. Debías curtirte primero en una para después ocupar nuestro puesto en ambas. Sabes que todo esto te pertenecerá, bueno os pertenecerá a tu hermano y a ti, pero quien dirigirá esto, todos sabemos que serías tú, aunque tu hermano te acompañe, como está haciendo hasta ahora. Debías prepararte como CEO primero y luego ya llegarías a la presidencia. Yo quería que lo ejercieras aquí, con nosotros. Tu tío consideró que allí

estabas más integrado y yo lo vi también, aunque con lo que me dices ahora…está claro que cometí un error –contestó mi padre.

- ¿Me estás queriendo decir que querías ofrecerme el cargo de CEO aquí y el tío Antony te dijo que desempeñaría mejor el cargo en Francia? –pregunté totalmente descolocado, no me esperaba esa respuesta de mi padre.

Mi padre asintió.

Todos estos años pensando que mi padre no me ofreció el cargo de CEO aquí en España porque no me veía capacitado, que el único que confió en mí fue mi tío y resulta que fue mi padre quien se lo propuso. Mi padre pensó que lo mejor era que me quedara en Francia para no interferir en mi decisión, en mi vida. Yo quería mi vida aquí, joder.

- ¿Por qué nadie preguntó mi opinión? – pregunté cabizbajo.
- Quería hacer lo mejor para ti, pensaba que querías estar allí. Nunca vi señales que indicaran que tu elección sería venirte –respondió mi padre con los ojos vidriosos– Lo siento hijo.
- Está claro que hubo falta de comunicación por ambas partes –admito vulnerable.
- No volverá a pasar. ¿Qué es lo que quieres hijo? Haré lo que sea para enmendar mi error –preguntó mi padre con cautela.

Me quedé pensando en la proposición de mi padre. La situación había cambiado. Mi tío ya no estaba y la empresa, inevitablemente, sufriría un cambio tras el testamento.

- Esperemos a abrir el testamento del tío Antony y, entonces, esta vez juntos, tomaremos una decisión –dije a mi padre que, tras mis palabras rodeó la mesa y me abrazó.

Sentí ese abrazo como si estuviera en casa, un abrazo que no sabía que necesitaba. Lo abracé más fuerte.

- Bien, ahora comamos, antes de que se congele la comida –dije intentando disipar la tensión de la conversación anterior.

Mientras comíamos sentí que todo volvía a ser como antes, cuando estamos juntos en España, compartiendo anécdotas de todos estos años. Sentí que volví a conectar con mi padre. No sabía que lo echara tanto de menos, la coraza de rencor que había forjado se estaba desmoronando poco a poco.

- Bueno, hijo, cuéntame, ¿cómo ha ido el juicio? Hasta que no vea a Mía no tendré noticias sobre ello, dame un avance –me preguntó mi padre.

Le conté todos los detalles de cómo se había desarrollado y la expresión de mi padre pasó de sorpresa a orgullo. Vi reflejado en su rostro la misma sensación que sentí cuando salí del Juzgado, pero no tenía sentido. Sí tenía sentido en mi padre, me consta que la quiere como a una hija, que la admira y confía en ella, en definitiva, la conoce mejor que yo. Pero, ¿yo? ¿Por qué tenía yo esa sensación de orgullo?

- Es la mejor abogada que he conocido, además de ser una muy buena persona y trabajadora. Sabía que iba a ir con todo –dijo mi padre con rotundidad.
- Liam, mamá y tú siempre tenéis buenas palabras para ella. Nunca me has contado cómo la conociste –pregunté intrigado a mi padre.

Siempre quise conocer la historia de esa mujer a la que odiaba en la distancia pero nunca había preguntado a mi padre directamente. Ya que estábamos hablando con sinceridad y abriendo el cajón de mierda, continuemos.

- Conocí a Mía hace unos seis años. Estábamos más que asentados ya en España y queríamos invertir en un terreno para montar una gran oficina. Contraté a un bufete de abogados, expertos en el sector inmobiliario, para que se

encargaran en conseguir un buen terreno donde montarla. Mía estaba en su último curso de universidad y estaba realizando la pasantía en ese bufete. –mi padre paró para darle un bocado al sándwich que le había traído.

Tras el bocado, continuó.

- Cuando estaba en la sala de juntas para proceder a la compra del terreno conseguido por mis abogados, valorado en un millón de euros, nos interrumpió una chica rubia con cara de preocupación e intentando recomponerse. Le pidió a Alejandro, su jefe y, en ese momento, el dueño del bufete y abogado que me representaba en la transacción, que tenía que hablar urgentemente con él y detuviera la reunión hasta entonces. Él le dijo que se fuera, que estaba todo controlado, que no era urgente. Ella le insistió y Alejandro le gritó que se marchara. Imagínate la cara que se le quedó a aquella chica cuando su propio jefe le gritó delante de todos los que habíamos en la sala: mis abogados, los abogados contrarios, el vendedor…había más de diez personas –dijo mi padre.
- Tuvo que ser una situación incómoda –dije valorando la situación.
- Lo fue. ¿Sabes que hizo ella? –me dijo.
- ¿Salió del despacho y huyó despavorida? –dije en tono divertido y mi padre se rió.

Definitivamente, la conozco poco, pero por el carácter que tenía, no hizo eso.

- Déjame adivinar. Se quedó –dije finalmente.
- Exacto. Se mantuvo en el mismo sitio que ocupó al entrar. Su expresión cambió a una determinación que nunca había visto en alguien tan joven y, más, teniendo en cuenta en la situación en la que se encontraba, era una simple pasante en una reunión en la que predominaba la testosterona. Le dijo a Alejandro, su jefe y mi abogado, que no se iba a ninguna parte sin antes decirme algo importante, así que se dirigió directamente a mí y me preguntó: "Por favor, Sr. Bernard ¿podría concederme, en privado, cinco minutos

antes de firmar?" En ese momento, miré a la joven y esos ojos verdes me confirmaron que debía concedérselos. No perdía nada. Le dije a los asistentes que salieran de la sala de juntas, quedándose la joven y mis abogados –mi padre se reclinó en la silla observándome.

No comí ni un bocado cuando mi padre me contaba la historia.

- ¿Qué pasó? –no pude aguantar más y le pregunté.
- Le pregunté a Alejandro quién era. Me dijo que se llamaba Mía, que era una pasante de último curso y que hace una semana le dieron mi caso para que estuviera entretenida. Ella los miró decepcionada, no esperaba que ese fuera el fin por el que le dieron mi caso. Ella, sin embargo, se lo tomó como un reto personal, como si fuera ella quién estuviese negociando el acuerdo. Y menos mal que lo hizo. Le pregunté qué quería decirme. Me dijo que había estado investigando, ya que no entendía que un terreno con tan buena ubicación no hubiera sido adquirido hasta ese momento. Al ser un terreno tan antiguo, había documentos que no estaban incorporados al expediente porque no estaban digitalizados. Esos documentos debían inspeccionarse personalmente en los archivos del Ayuntamiento. Y allí fue ella. Al examinar todos los documentos, observó que a dicho terreno le habían realizado sondeos geotécnicos profundos que indicaban con claridad que, debajo de los mismos, se encontraba una cavidad subterránea que provocaban riesgo de hundimiento, haciendo inviable la edificación, por lo que, en opinión de ella, cito sus palabras textuales "sería una locura comprar ese terreno" –dijo mi padre con lentitud.
- ¿ÍBAIS A ADQUIRIR UN TERRENO CON UNA CAVIDAD SUBTERRÁNEA? Pero que cojones… -grité enfadado.
- Exacto, y eso lo había averiguado una pasante, una pasante que se arriesgó a perder su oportunidad de continuar en unos de los supuestos mejores despachos de abogados, por mí. Y ya puedes intuir a qué bufete me refiero… -dejó la frase a medio terminar mi padre.

- “Averis Lawyer”. No puedo creérmelo. ¿Qué se supone que hicieron en todo ese tiempo? ¿Cómo una simple pasante pudo averiguar eso en una semana? –pregunté irradiando enfado contra esos tipos.
- Mía arriesgó su carrera por mí, para que no tirara a la basura un millón de euros –sentenció mi padre orgulloso- Una abogada como Mía, que ama su trabajo y con valores, los que demostró conmigo a arriesgarse a eso –dijo mi padre.
- ¿Qué pasó después? –quise saber.
- No puedo describirte mi cara al escuchar aquello de aquella chica. Le dije que me lo mostrara, venía del Ayuntamiento en aquel momento, por eso entró acalorada. Mis abogados no sabían dónde meterse, gritaron, blasfemaron, dijeron que era mentira, pero los documentos no dejaban lugar a dudas. Le dijeron a Mía que abandonara la sala. Ella, después del trabajo hecho, se giró para marcharse, le cogí el brazo y la retuve. Le dije que no iba a ninguna parte. La puse a prueba, le dije que el resto de asistentes iban a entrar a la reunión y ella iba a explicarles la situación, quería ver si realmente valía para eso. Mis abogados intentaron convencerme de que no le echara cuenta, que como iba a dejar que una niña se encargara de la reunión. Ya me conoces, sólo bastó una mirada mía para que cerraran la boca. Le pregunté a Mía si se veía capaz de acabar con todo esto, pues el terreno no se iba a comprar, y ella me dijo “estoy lista”. El vendedor y sus abogados entraron y ella procedió, en un tono serio, contundente y autoritario, a explicarles la situación, manteniendo los modales, pero diciéndoles que se metieran su puto terreno por el culo. Sus palabras no dejaron indiferente a nadie, mucho menos a mí –mi padre terminó la historia sonriendo.
- Me estás describiendo a la misma chica que he visto hoy en los Juzgados. No me esperaba esta historia, tenía una idea muy distinta sobre ella –me sinceré.

- Cuando la reunión acabó le dije “te vienes conmigo”. Imagínate la cara de los dueños de “Averis Lawyer”, de Alejandro. Les quité a una de las mejores abogadas que podían tener en plantilla y a un cliente que ya sabían que era su competencia directa –mi padre rio- A raíz de ahí, la conocí mejor, conocí su historia de superación, su valentía al enfrentarse a la vida y todas las adversidades que llevaba acumuladas a sus espaldas y me dije a mí mismo que ya había tenido suficiente, que nunca le faltaría de nada. La considero como una hija. No quiero que le pase nada malo y, además, es la mejor abogada que podía encontrar. Sin duda, soy un puto viejo con suerte –se rió de nuevo mi padre y yo con él.

Me marché del despacho de mi padre con muchos temas en la cabeza pero necesitaba analizarlos tranquilamente en el salón de mi ático. Aún así, de todo lo que había hablado con mi padre, lo que más me llamó la atención y lo que quería averiguar, a toda costa, era ¿quién era realmente Mía Beltrán? ¿Qué adversidades tuvo en su vida para que mi padre quisiera protegerla de todo? Está claro que, con lo que mi padre había dicho, a Mía nunca le faltaría de nada, pero muy a mi pesar, todo se lo había ganado con su trabajo. Mi mente iba a mil por horas.

CAPÍTULO 9: MÍA

Tras el juicio me fui a casa, necesitaba descansar mi mente tras todas estas semanas de infarto y, porque no decirlo, tras el juicio, me dio un bajón de adrenalina.

El miércoles me levanté contenta, con ánimo y con ganas de fiesta, así que me puse la música a tope para ir al bufete. "Maníaca", de Abraham Mateo, sonaba en mi coche a todo volumen y yo cantaba a pleno pulmón, mientras estaba llegando al parking. Me encanta la música de este hombre y cómo se mueve, qué manera de bailar.

Llegué hasta el parking del bufete pero no me bajaría del coche hasta que la canción no terminase, así que terminé de cantarla y me uní a su famoso baile de TikTok dentro del coche.

Como me encontraba en mi mundo, no me di cuenta que un coche había estacionado en el aparcamiento libre de mi izquierda. Cuando giré la cabeza, paré en secos mis movimientos descontrolados y contuve la respiración. Un Porsche Panamera. Negro. James. Y esta vez no me dedica media sonrisa, sino una sonrisa plena. Se estaba divirtiendo a mi costa ante mi efusivo baile. No me importó. Si mis payasadas animaban a alguien tan frío como él, merecerían la pena. Sonreí y continué con el espectáculo.

Esperaba que se bajara del coche y subiera al despacho, pero no lo hizo. Esperó a que terminase la canción para salir del coche a la misma vez que lo hacía yo.

- Buenos días –dije.
- Buenos días, Srta. Beltrán. La veo hoy muy animada ¿tiene fiebre? –me preguntó.

- Siempre soy así pero no me conoces lo suficiente. Y, por favor, no me llames más Srta. Beltrán, no me gusta que me llamen por mi apellido. Soy Mía –le reiteré nuevamente.
- ¿Se puede saber el motivo? ¿No te gusta tu apellido? –me preguntó en tono curioso.
- No, no puedes saber el motivo. Quédate con que no me gusta lo que representa para mí –le dije en un tono más serio del que utilicé como saludo.

Me miró con el ceño fruncido e hice caso omiso a él. No iba a sacar nada más de mi vida. Subimos al ascensor vacío.

- Me gustaría decirte que quedé impresionado con tu actuación en el juicio de ayer. Sólo quería que lo supieras. –me dijo en tono serio.
- Muchas gracias. Significa mucho para mí –respondí totalmente sorprendida por su adulación.

No esperaba que me dijera algo bueno.

- ¿Te importa mi opinión? –me preguntó con media sonrisa y levantando las cejas.
- Eres el hijo de mi jefe y el hermano de mi mejor amigo –respondí levantando los hombros.
- Entonces ocupo un lugar importante en tu vida –dijo divertido.
- No te me vengas arriba Eros –contesté sin pensar.

Mierda, ojalá no le guste la mitología griega.

Durante el trayecto en ascensor noté cómo mis manos buscaban algo que hacer, un gesto que disimulara el desorden que me provocaba su presencia. No estábamos tan cerca, pero bastaba saber que estaba ahí, a pocos pasos, para que todo dentro de mí se sintiera un poco más despierto.

Llegamos a la planta 17 y cuando entré me fijé que la sala de juntas 1 estaba con papeles alrededor como si estuvieran reformándola. No me había dado cuenta hasta ahora. Miré a Belén, que ya había llegado.

- Buenos días, Belén. ¿Están reformando la sala de juntas 1? –le pregunté.
- Buenos días, Mía. Sí, cambio de mobiliario más bien. –me contestó.
- ¿Cambio de mobiliario? –pregunté nuevamente sin entender nada.
- Están redistribuyendo para fijar mi despacho –respondió James mientras caminaba al despacho de su padre, al que entró, como siempre, sin llamar.

Así que el hijo de mi jefe y el que me pone tan nerviosa se va a quedar una temporada en España. Tenerlo en el bufete significa verlo todos los días, escuchar su voz, notar su perfume flotando en el aire sin que nadie más parezca advertirlo. Me repito que no tiene importancia, que es solo trabajo, pero una parte de mí sabe que algo va a cambiar. Y no estoy segura de estar lista para eso.

Entro en mi despacho y me dispongo a llamar a mis chicos. Necesito concretar el plan de este fin de semana y tengo que quedar con Cami para pasarme por la tienda esta tarde para comprarme el vestido del evento del bufete. Hago la llamada grupal y empiezan a incorporarse tres cabecitas, a las que amo, a saludar.

Yo: *hola chicos, oye Cami, ¿te viene bien si me paso esta tarde por la tienda?*

Cami*: por supuesto, tengo los tres vestidos escondidos para ti jaja*

Adri*: como no le queden bien ninguno… verás tu jefa.*

Cami*: imposible, son los tres espectaculares. Me sé el cuerpo de mi amiga mejor que ella misma.*

Yo: *en eso tienes razón. Nunca has fallado en ningún evento.*

Liam*: bueno, dejarse de tonterías, ¿dónde salimos el viernes?*

Yo: *donde queráis, solo quiero bailar, beber y pasarlo bien.*

Cami*: te ha faltado decir…encontrar un hombre que esté cañón y te dé un meneo.*

***Yo**: rectifico, solo quiero bailar, beber, pasarlo bien y encontrar un hombre que esté cañón y me dé un meneo.*
***Adri**: yo me pido lo mismo.*
***Cami**: tres por uno, por favor.*
***Liam**: ya me encargo yo de complacer vuestros deseos. Os haré bailar, beber y os encontraré un hombre para cada una. Yo de momento voy a seguir dándole una oportunidad a Arón.*
***Adri**: uau, parece que te mola bastante.*
***Liam**: Ya veremos como avanza. Bien, ¿vamos a Zyra?*
***Yo**: vale.*
***Liam:** Mía, recuerda que el viernes tenemos la cena con mis padres en su casa. Tras la cena tiramos para Zyra, ¿os viene bien a eso de las 12 de la noche, chicas?*
***Yo**: ¿cena? No me han dicho nada.*
***Cami**: por mí vale. Nos vemos a las 12 allí.*
***Adri**: perfeeee.*
***Liam:** te lo dirá mi padre hoy seguramente. Mía, has estado desaparecida.*

Tras comentar varias chorradas varias, terminamos la conversación. Es hora de que me ponga con el trabajo que delegué a mis compañeros cuando me asignaron el juicio del Sr. Vázquez. Concerté una reunión con mis compañeros Almudena, Cristian y Kai, sucesivamente, para que me informaran de los avances que habían tenido los casos que les delegué durante estas semanas. No había nada reseñable.

Cuando eran las 11:30 horas, Belén me dijo por el interfono que Manuel quería verme. Me levanté, me ajusté el vestido color vino tinto, con cuello camisero, abotonado por el escote y cinturón negro, conjuntado con mis cuñas negras de tacón, y me dirigí al despacho de Manuel.

Llamé a la puerta y cuando escuché la voz de Manuel diciéndome que entrara, abrí la puerta y, de nuevo, lo acompañaba su hijo. Hasta que no tuviera su despacho, no debería sorprenderme que trabajara en el despacho de su padre.

- Buenos días, Mía. ¿Cómo te encuentras? ¿Más relajada? –me preguntó Manuel.
- Hola. Sí, me he quitado un peso de encima –respondí.
- He hablado con James y me ha dicho lo brillante que estuviste en Sala. Por cómo me lo ha pintado mi hijo estoy deseando ver la grabación del juicio –me dijo Manuel y vi como James miró a su padre diciéndole con los ojos que se había excedido en el halago.

Manuel le sonrió con picardía.

- No fue para tanto, solo hice mi trabajo –respondí un poco avergonzada.
- No infravalores tu trabajo, eres muy buena, hija, créetelo –me dijo en tono paternal.
- Gracias, Manuel. Sólo espero que el Juez también lo crea –respondí con una sonrisa.

Estuvimos hablando del resto de casos que tenía entre manos y los avances que me habían comentado mis compañeros. De repente, Manuel interrumpió:

- Por cierto, se me olvidaba, quiero que le eches un vistazo a un asunto laboral de la sede de Francia que me acaba de comentar James. Están…bueno, un poco hasta el cuello –dijo Manuel, dándome una carpeta.
- Papá sólo lo he comentado contigo. No es necesario –dijo James.
- Ya, pero no habéis encontrado una solución. Veremos si desde otra perspectiva… -dijo Manuel mirándome a mí.
- Papá, no hace falta que se lo endoses. Me encargaré yo –intervino, sin mirarme-. Además, la legislación francesa es distinta a la española. No tiene sentido que ella…

Levanté la vista despacio. Muy despacio.

- ¿Que "ella" qué, James? –intervine.
- Que no estás familiarizada con el sistema laboral francés –me dijo mirándome.
- Ay, gracias por iluminarme –respondí con una sonrisa venenosa-. Yo pensaba que en Francia usaban jeroglíficos.

Él apretó la mandíbula.

- Solo digo que puedo ocuparme yo –dijo entredientes.
- Y yo solo digo –repliqué- que puedo leer. Y, sorpresa, entiendo lo que leo.

Manuel levantó las manos.

- Bien, bien, calma los dos. Simplemente deja que Mía le eche un vistazo. Nada más –dijo Manuel mirando a su hijo.
- Perfecto. Lo revisaré -dije, dedicándole una muy falsa sonrisa a James.

Me fui con la carpeta bajo el brazo y le eché un vistazo. Cuando estaba apuntando algunas notas del asunto, Manuel me llamó de nuevo a su despacho. Acudí a él con la carpeta, pero cuando entré no estaba James.

- Por cierto, Mía, se me olvidaba, el viernes cenaremos en familia los cinco en mi casa. Liam me ha dicho que te lo ha comentado, pero quería hacerlo yo mismo. Te espero allí a las nueve de la noche.

¿Los cinco? Me olvidaba que en esta cena estaría James. Todas las veces que he cenado en casa de Manuel con Gloria lo hacíamos con Liam. Esta vez tenemos a otro miembro más en la mesa. Está claro que la que sobra en esa cena soy yo.

- No te preocupes, si van a cenar en familia no hace falta que tengas que invitarme por compromiso. Lo entiendo perfectamente –dije.

Entendía perfectamente que quisieran cenar con sus hijos a solas.

- Eres parte de la familia Mía, que no se te olvide. Es más ¿quieres que Liam me mate? –me respondió con ternura y a la vez divertido.
- No, eso no. Gracias. Nos vemos allí entonces –respondí riendo.

Me levanté de mi asiento y me giré hacia la puerta, pero choqué de lleno contra algo sólido: James. Más concretamente, con su musculoso pecho. No lo había oído entrar. El impacto fue leve, pero suficiente para dejarme sin palabras por un instante. Sentí el calor de su cuerpo antes de apartarme, ese segundo suspendido en el que el mundo parece reducirse a una sola sensación. Ambos nos miramos intensamente pero desvié la mirada más rápido de lo que quería.

Iba a rodearlo pero me detuve en seco. Me giré hacia el escritorio y dejé la carpeta sobre la mesa, delante de los dos.

- Ah, por cierto –dije- Aquí tienes tu caso milagrosamente solucionado –le dediqué una media sonrisa de las suyas.
- ¿Cómo que solucionado? –dijo James frunciendo el ceño.
- Ha prescrito –respondí encogiéndome de hombros-. Ya puedes respirar.

Él agarró la carpeta, pasó las hojas rápido, volvió atrás, revisó fechas…
Sus cejas se levantaron, incrédulas.

- ¿Qué…? ¿Cómo no hemos visto esto? –murmuró para sí.
- Porque estabas muy ocupado explicándome que "la legislación francesa es distinta" –ataqué con una sonrisa fingida que no escondía nada.

Manuel se rió por lo bajo pero los ojos de James me fulminaron, y aun así, algo en ellos… brilló. Al pasar junto a James, le dediqué una mirada de arriba abajo, absolutamente calculada.

- Tranquilo, Sr. Bernard. No todos los días tienes la suerte de que te resuelvan el trabajo en…-miré mi reloj recochineándome- …una hora.

Salí antes de que pudiera contestar. Pero alcancé a escuchar su voz, baja, frustrada… y divertida.

- Me va a matar esta mujer…

Y sonreí. Porque la tensión estaba ahí. Ardiendo.

Después de almorzar me dirigí al supermercado, mi nevera estaba temblando. No suelo cocinar nada muy elaborado pero pan, pasta, chacina, huevos, frutas, ensaladas y verduras no puede faltar, es algo básico en cualquier despensa y, en la mía, no había ni una mísera cebolla.

Tras colocar la compra, me dirigí a la tienda de ropa de lujo donde trabajaba Cami. Me recibió con los brazos abiertos y nos comimos a besos. Nos echábamos de menos. Me acompañó hasta una de las pequeñas salas privadas. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera clara y espejos que multiplicaban cada movimiento. En el centro, un par de sofás bajos de terciopelo gris invitaban a tomarse el tiempo necesario para decidir qué riñón ibas a donar para comprarte el vestido de tus sueños.

Mi amiga me entregó el primer vestido. Era bonito, sí, pero demasiado correcto. El segundo tenía algo de brillo, aunque no decía nada de mí. Pero cuando me puse el tercero… lo supe. El tejido se deslizó por mi piel con una naturalidad que me desarmó. No tuve que ajustar nada, no tuve que convencerme de que me quedaba bien. Simplemente encajaba. No sabía realmente de qué color era, parecía que cambiaba según la luz. Me miré al espejo y me costó reconocerme. En ese momento no pensé si ese vestido era el adecuado para el evento del bufete, lo único que sabía era que, fuera lo que fuera ese evento, iba a llevarme ese vestido. Decidí que la mejor opción era donar el riñón derecho, me sentía más a gusto con el izquierdo.

CAPÍTULO 10: JAMES

Jueves. Estoy organizando mi nuevo despacho. No hemos tardado tanto en adaptarlo a mí, a fin de cuentas, sólo había que poner muebles en la estancia para que fuera un despacho y dejara de ser una sala de juntas. Me gustaba como había quedado. El ventanal detrás de mi silla era impresionante y me daba una sensación de poder y seguridad indescriptible.

Me apoyé en el marco de la puerta de mi despacho esperando a que aparecieran por el ascensor los muchachos que traían una estantería para colocarla. Inconscientemente, miré al despacho de Mía y la vi. Tenía la puerta abierta y estaba en su mesa ojeando unos documentos con el bolígrafo metido en la boca, mordiendo el capuchón. Esa imagen tan sensual no iba a desaparecer de mi mente en mucho tiempo.

Cada vez que la veo, algo dentro de mí se tensa. Su voz, su manera de retarme, mirarme, ese gesto casi imperceptible cuando sonríe… todo en ella me desarma y, a la vez, me asusta. Intento mantener la distancia, fingir que no me afecta, pero basta con que esté cerca para que el aire se vuelva espeso, cargado de algo que ninguno de los dos se atreve a nombrar, porque cuando nuestros ojos se cruzan sé que ella también lo siente.

¿Qué coño te pasa James? ¿Por qué tienes esos pensamientos con esa mujer, precisamente con esa? Es la protegida de mi padre, la mejor amiga de tu hermano y encima es insoportable. Y está buenísima, me grita mi subconsciente. Y esos ojos verde menta son los más bonitos que jamás has visto. Y esa sensualidad no la has visto en otra mujer. Y ese carácter tan fuerte y difícil tampoco. Y esa inteligencia natural… Para. Definitivamente, mi subconsciente me odia. No voy a darle la razón.

Durante el resto del día organizo mi nuevo despacho y evito, a toda costa, cruzarme con Afrodita. Nunca le admitiría que la llamaba así pero investigué un poco sobre la mitología griega tras llamarme Eros. Afrodita era, según Google *"la divinidad del amor, la belleza, el deseo, y reunía en sí misma todos los aspectos de la sexualidad hasta el punto de que, con tan solo susurrar al oído tanto a dioses como a mortales, podía hacer que estos no pudieran negarse a yacer con ella"*. Le venía al pelo, pero jamás lo admitiría delante de nadie. Eso quedaría entre mi insurrecto subconsciente y yo.

Esa noche quedé con mis amigos para ir a cenar. Enzo estaba ansioso por contarnos un nuevo proyecto que tenía entre manos. Se refería a una de las negociaciones que mi padre había conseguido: la obra Jersey. Así que Enzo trabajaría con nosotros en la construcción del nuevo Museo Jersey, destinado a las nuevas reliquias antiguas encontradas en las profundidades del Canal de la Mancha. No pude alegrarme más por mi amigo y por nosotros. Haríamos un buen trabajo juntos. Concretamos hora y lugar para salir de fiesta al día siguiente.

Tras la cena con Eric y Enzo, me escribió Vanessa para vernos. Sabía lo que eso significa: sexo desenfrenado y sin sentimientos. Una combinación perfecta. Pero, esa noche, sin saber porqué, no me apetecía.

El viernes por la mañana, tras una reunión con mi padre y cuando salía por la puerta de su despacho, vi aparecer por el ascensor a Mía, con un conjunto de pantalón y blazer beige, y una blusa color caramelo con escotazo. Bueno, y por supuesto, unos taconazos del mismo tono de la blusa. Con ese conjunto y su pelo rubio era, a todas luces, una aparición divina. Esa aparición quedó eclipsada al comprobar que no entraba sola, sino que iba acompañada del abogado moreno uno, ahora identificado como Cristian. Mientras Mía hablaba con Belén, la secretaria, el susodicho no apartaba sus ojos de su escote. No le culpaba, cualquiera miraría,

pero, joder, me molestaban esos ojos recorriendo su cuerpo con descaro, como si pudieran imaginar lo que yo apenas me atrevo.

- Mía, necesito hablar contigo –intervine, intentado interrumpir esa visión.

Ella se despidió de Belén y Cristian, y vino hacia mí, la conduje a mi nuevo despacho.

- Buenos días a ti también James –me dijo ella con su descaro natural.- bonito despacho –continuó mientras andaba por él recorriendo con la mirada cada rincón y sentándose finalmente en mi escritorio.

Dios. Ya no podría imaginar mi escritorio de otra manera. Lo había inaugurado plantando su trasero en él. Y mi cabeza ya no pudo controlarse. Me imaginé a Mía tumbada sobre mi escritorio y haciéndole mil y una perversiones. Eso sí que hubiera sido una buena inauguración.

- Mi padre nos ha encargado el proyecto Jersey –le dije rápidamente apartando mis pensamientos sucios.
- ¿A los dos? No creo que sea necesario que los dos nos encarguemos. Con uno bastaría –me respondió nerviosa levantándose del escritorio.
- Puede ser. Pero también es uno de los mayores proyectos que tenemos y quiere que me presentes al cliente y trabajadores del mismo ya que tú has trabajado con ellos en otra ocasión –le insistí.
- Si tu padre así lo quiere… -me dijo dirigiéndose a la puerta de mi despacho para salir.
- Te veo esta noche –le dije.
- Sí, te veo esta noche –me dijo mirándome con sus ojos llenos de ¿nerviosismo, deseo, preocupación? No sabría muy bien qué quisieron decirme.

No volví a ver a Mía en todo el día, así que cuando salí del bufete me dirigí a mi ático, hice un poco de deporte, me duché y me preparé para ir a casa de mis padres a cenar. Después había

quedado con Enzo y Eric para salir a uno de los locales de éste último.

Llegué a casa de mis padres un poco antes, quería estar un rato con mi madre y ayudarla a terminar de preparar la cena. Cuando entré en su casa encontré a mi madre en la encimera preparando una ensalada. A pesar de tener personal que se encargaba de la casa y la cocina, a mi madre siempre le ha encantado preparar los tentempiés de las cenas familiares. Aún recuerdo cocinar junto a mi madre galletas para mis cumpleaños, que siempre celebraba en casa con mis amigos.

En mi familia nunca ha faltado, por el esfuerzo de mis padres, el dinero, pero siempre se ha respirado un ambiente familiar (hasta que me fui a Francia con mi tío). Mis padres, a pesar de estar muy ocupados, siempre han estado en nuestros momentos más importantes, nunca faltaron a ninguno. Mi madre es una mujer guapa, con unos ojos azules, los cuales heredé, y se conserva muy bien, siempre va de punta en blanco, una mujer educada e impecable.

- Buenas noches, mamá, ¿qué estas preparando? –saludé a mi madre dándole un beso en la frente.
- Buenas noches, hijo. Una ensalada y unos canapés de foie y mermelada de frutos rojos. El resto están puestos en la mesa. He preparado la mesa de la terraza porque hace un tiempo maravilloso –me contestó mi madre ofreciéndome la bandeja de foie para que la llevase a la mesa.

Cuando iba camino de vuelta a la cocina, veo como mi padre le da una palmada al trasero de mi madre y ella se sonroja. Luego le da un simple beso en la espalda mientras ella sigue con la ensalada. Mis padres son la pareja ideal. Nunca se han faltado el respeto. Siempre había rechazado la idea de formar una familia, de no comprometerme, de vivir siempre libre, pero viéndolos me sorprendo en que estoy pensando en ello.

Me voy con ellos a la cocina cuando la puerta de casa se abre y escucho voces, no puede ser otro, Liam. Cuando lo veo aparecer por la cocina, lleno de energía como siempre y dando besos a tutiplén, me sorprendo al ver a Mía tras él, con un vestido negro, con escote sexy pero sin ser demasiado atrevido, que le llega a la rodilla y con una abertura muy sugerente de sus muslos. Lleva el pelo suelto con esas ondas que me encantan y sus mechones ondulados del flequillo. Cuando me ve coge esos mismos mechones y se los pone detrás de la oreja. Ahora, lo que me mata son esos labios rojos a conjunto con unos taconazos rojos (a juego con el bolso) ¿Pero esta mujer no repite tacones o qué? No digo nada. No puedo. Menos mal que mi madre habla por mí.

- Mía, como siempre, espectacular. Estás guapísima. Me encanta ver tus modelitos –se acerca mi madre a Mía, dándole dos besos y un abrazo maternal.
- Siempre impecable, hija –le dice mi padre mientras le da un abrazo afectuoso.

Me he fijado que mi padre siempre utiliza la coletilla hija con ella. Está claro que mis padres la quieren como si lo fuera.

- Muchas gracias, Gloria, Manuel, siempre hacen que me sonroje –dice educadamente y realmente avergonzada- Buenas noches, James. –dirigiéndose a mí para darme dos besos.

La vi aproximarse a mí y parecía que el tiempo iba más lento de lo normal. Escuchaba las voces del resto en la cocina pero acartonadas, como si estuvieran a más de dos metros, que era lo que nos separaban. Cuando ya se hubo aproximado, pensé que iba a ser el primer contacto con su piel. Me tensé. El primer beso en la mejilla fue rápido, un toque amable, casi formal. Pero el segundo… se inclinó un poco más, y su perfume me golpeó como una emboscada: dulce, cálido, con ese toque que no sabes si viene del cuello o de la intención. Me quedé medio segundo de más –solo medio, lo juro-, lo justo para que me sonriera con esa expresión que dice "te he pillado". Y sí, me había pillado. No sabía si quería otro

beso o una ducha fría. Me controlé porque había más personas a mi alrededor, lo que no estaba tan seguro es si podría controlarme en otro momento.

Nos separamos intentando disipar la tensión que había en el aire, en el espacio, en el espacio que siempre compartíamos.

Mi madre nos dijo que saliéramos fuera, y nos sentamos en la mesa de la terraza. La cena transcurrió sin incidentes, salvo que descubrí a la Mía divertida que mi familia siempre resaltaba. Comprobé que mi hermano y ella hacían un buen tándem. Ahora entendía el motivo de su amistad. Cuando ya estábamos por el postre, mi hermano dijo:

- Nosotros después del postre nos vamos. Hemos quedado con Adri y Cami dentro de 45 minutos.
- Yo también. He quedado con Enzo y Eric –dije.
- ¿Sólo con Enzo y Eric, sin ninguna fémina? ¿A dónde vas hermanito? –me preguntó mi hermano.
- De momento solo con ellos, la noche es larga –respondí bebiendo de mi copa de vino y mirando tras ella a Mía.

Ella miró su copa y bebió también.

- Y el sitio…creo que dijeron que iremos a Zyra –dije y la mirada de Mía se dirigió directamente a mí.
- Pues nos veremos allí todos entonces, porque nosotros también vamos a Zyra –me respondió mi hermano contestando a la mirada de asombro de Mía.
- Allí nos veremos pues –sentencié levantando mi copa.

Así que Mía iba para allá con mi hermano y el resto de sus amigas. La noche iba a ser interesante.

Neil me dejó en el local y mis amigos ya me esperaban en la puerta y juntos entramos entre la multitud. Estaba a reventar. Sin duda, mi amigo lo estaba petando. Subimos las escaleras que conducían al mejor reservado del local. La vista de allí era la mejor, ¿la mejor para qué? Para ver a Mía, no mientas, no piensas en otra

cosa desde que sabías que te la ibas a encontrar allí –me gritó mi subconsciente. Me pedí un whisky y me asomé a la barandilla y la busqué. La encontré cuando vi a mi hermano. Al lado de ellos, había dos chicas más a las que identifiqué como Cami y Adri. Me fijé en Mía. Allí estaba, se había recogido el pelo en una coleta alta pero con esas ondas más cortas cayendo por su rostro. Impresionante.

La música empezó a subir y ella ya estaba en medio de la pista, como si el ritmo la reconociera antes que yo (algo intuí cuando la vi bailar dentro de su coche). Se movía con esa mezcla de elegancia y descaro que hacía que todo el mundo la mirara, incluso los que fingían no hacerlo. Yo intentaba parecer tranquilo, copa en mano, apoyado en la barandilla como si estuviera ahí por casualidad. Pero mis ojos no sabían de disimulos. La seguían, hipnotizados, como si cada giro suyo fuera un desafío. Ese movimiento de caderas me estaban matando…

Y entonces apareció él. Alto, seguro, con esa sonrisa de tipo que no necesita pedir permiso. Le dijo algo al oído, ella sonrió –esa sonrisa-, y en un instante ya estaban bailando juntos. Muy juntos. El tipo marcaba el paso y ella lo seguía, perfecta, como si lo hubieran ensayado.

Sentí un nudo en el estómago. No tenía ningún derecho a sentirlo, no éramos nada. Pero igual me ardía la sangre, y no por el whisky. Era una mezcla rara: enojo, deseo, y una pregunta que no quería responderme. ¿Celos? No… o sí. Tal vez solo era que me molestaba ver a otro disfrutando lo que yo todavía no sabía que quería.

De repente vi como ella le decía algo al tipo, se apartó de él y fue a la mesa alta con sus amigos. Cogió su copa y empezó a mirar alrededor del local ¿Estaba buscando a alguien? Algo en mi interior deseó que fuera a mí. Su mirada me encontró y no sé que vi en sus ojos pero creo que fue el reflejo de los míos. Joder. ¿Qué estaba pasando ahí?

Estábamos mirándonos descaradamente, en nuestro mundo, por lo que no me di cuenta de que Vanessa había subido al reservado y se dirigía a mí. Nos interrumpió esa conversación que estábamos manteniendo Mía y yo con la mirada, cuando me cogió la cara, me la giró y me besó con pasión. No quise profundizar en el beso, por lo que me aparté rápidamente e intenté localizar a Mía. No estaba donde la dejé. Ahora estaba con el tipo con el que había estado bailando antes. Definitivamente había visto el beso y no supe como interpretar su reacción. Tenía que averiguarlo.

Tras un par de horas en la discoteca viendo como se movía, como bailaba con sus amigos, como bailaba con el tipo, como bebía dos copas más y una ronda de chupitos, vi que se dirigía al baño. Me deshice de Vanessa que, u hoy estaba muy pesada o siempre era así y no me había dado cuenta, y me dirigí al baño.

La vi salir del baño y fue como si el ruido del lugar bajara un par de decibelios solo para dejarme pensar una estupidez. No sabía a qué había ido tras ella. Tenía que decirle algo, cualquier cosa, y lo único que se me ocurrió fue que bailaba muy bien. Genial, pensé, el comentario más original desde "vienes mucho por aquí".

- Bailas muy bien –le dije, con mi mejor tono de hombre casual pero interesado.

Ella levantó una ceja, divertida, y se cruzó de brazos.

- ¿Sí? ¿Y tú cómo lo sabes, si no te vi moverte ni una vez?- me dijo.

Touché. Me encogí de hombros, sonriendo. De esa pregunta me quedé en que se había estado fijando en mí.

- Porque cuando alguien baila así, el resto solo puede mirar. Algunos con admiración... otros con cierto riesgo de lesionarse el cuello –contesté sin pensar.

¿Eso había sido un flirteo? ¿Desde cuando yo flirteaba?

Rió, y por un segundo todo el bar pareció encogerse a ese pequeño espacio entre nosotros. Olía a menta y no era su perfume ¿por qué siempre a menta? ¿Es que sus ojos desprendían olor?

- ¿Sabes? No soy muy fan de la mitología griega así que busqué quién era Eros. Resulta que es el dios del amor y el deseo, considerado un joven apuesto y atractivo, representándose, en el arte, como un joven alado y el ideal de belleza masculina. ¿Te represento el deseo y la belleza masculina? –le dije dejándola complemente en shock.

Su cara de asombro me dijo que se arrepentía de haberme llamado así. En ese momento me dio igual admitir que había buscando en google lo que ella me dijo.

- No estoy muy interesada en la mitología griega, quizá me confundí de dios, puede que representes mejor a Zeus, el dios supremo y, por tanto, más creído -respondió evadiendo la pregunta.

No sé como su cuerpo se aproximó tanto al mío. Estábamos tan pegados que su respiración aliviaba a mis labios que, en ese momento, estaban ardiendo por unirse a los suyos. Mi pulso se aceleró sin que pudiera evitarlo, una parte de mí deseaba acercarse, y otra disfrutaba con prolongar ese instante. Había una electricidad suave, contenida, como si el tiempo esperara a que uno de los dos se atreviera a cruzar el límite. ¿Dónde estaba mi autocontrol?

- Bueno, era un dios justo y mantenía el orden, no creo que se me diera mal, aunque, entre los dos, me quedo con Eros –le dije aproximándome más a sus labios.

Mi voz salió ronca al pronunciar cada palabra y vi como se le erizó la piel. Nuestras miradas indicaban que sabíamos lo que iba a suceder. Repito. SOS ¿Dónde está mi autocontrol? Y justo cuando creí que no podría sostener su mirada un segundo más, una voz irrumpió detrás de nosotros.

- ¡Eh, os estaba buscando! –nos llamó Liam, con esa torpeza involuntaria que solo tienen los hermanos que llegan en el peor momento y que, además, han bebido unas cuantas copas de más.

Me aparté un poco, disimulando la respiración agitada. Ella sonrió, mostrando una sonrisa nerviosa que evidenciaba lo que había quedado suspendido entre los dos. En ese momento me ofusqué, quizá más tarde, le daría las gracias a mi borracho hermano.

- Hombre hermanito, por fin te dignas a bajar a la tierra con los mortales. Ven con nosotros a nuestra mesa y te tomas algo. Te presentaré a Cami y Adri.

Los acompañé hasta la mesa. No soy creído pero soy un cañón, así que las miradas que se dirigieron Adri y Cami no me sorprendieron cuando me la presentaron.

Mientras charlamos de cosas que no tenía que conocer, como que mi hermano lo hizo una vez en los baños de esta discoteca –borrar imagen-, el chico con el que Mía estuvo bailando, se le acercó y le dijo algo al oído. Ella me miró mientras asentía. Se disculpó con todos los que estábamos allí y se fueron juntos hasta la salida de la discoteca.

- Mía ya ha encontrado a su cañón para su buen meneo –dijo Camila riéndose.

¿Cómo? ¿Estaba buscando a alguien para follárselo? No puede ser. Lo he entendido mal.

- Faltan los nuestros –continuó Adriana.
- Veamos que hay por aquí –dijo mi hermano haciendo un repaso visual a la discoteca.

Vi a Mía marcharse con el tipo y, aunque sabía que no tenía ningún derecho, algo dentro de mí se revolvió. No quería imaginar lo que podía pasar ahí afuera, entre risas, humo de cigarro y esa música que apenas se escuchaba. No podía consentirlo. No quería. Así que, les dije a los presente que iba a pedir algo de beber y los seguí.

Cuando los alcancé, él estaba demasiado cerca de ella, demasiado cerca de sus labios, con su mano puesta en su cintura.

Me acerqué y, sin pensarlo dos veces, solté: "Mía, tenemos que hablar".

El tipo me miró con cara de "¿en serio?". Intentó mantener la compostura, pero bastó con que lo mirara a los ojos para que diera un paso atrás.

- No es el momento –me dijo el tipo.
- Tranquilo –le respondí, sin apartar la vista de ella-, no tardaré.

Él vaciló enfadado, luego se giró hacia ella y murmuró algo como "te espero adentro". Ella asintió, pero su mirada ya estaba fija en mí. Cuando el tipo desapareció, el aire volvió a ser más espeso.

- ¿Tú siempre interrumpes así? –preguntó un poco enfadada.
- Solo cuando lo merece –dije, acercándome un poco-. Y verte salir con ese tipo… bueno, merecía una interrupción.
- ¿Celoso? –me preguntó esta vez con un tono suave, pero con fuego en sus ojos.
- No. Curioso –mentí claramente porque no había otra explicación para que yo estuviera allí y hubiera interrumpido su cercanía con el tipo baboso, y ella lo notó.

Se cruzó de brazos, pero no se alejó.

- Entonces, ¿qué era eso tan urgente que tenías que decirme? –me preguntó.
- Que bailas demasiado bien como para hacerlo con cualquiera –contesté.

Ella soltó una risa baja, de esas que se sienten más que se oyen.

- ¿Y contigo? ¿También bailaría demasiado bien? –preguntó un poco chisposa, no sé si por las copas que se había tomado o porque me estaba provocando.
- Podemos comprobarlo… aunque aviso que yo bailo peor, pero beso mejor –contesté sin ningún tipo de pudor.

Su sonrisa se quebró apenas en un gesto, entre sorpresa y desafío. El silencio que siguió fue eléctrico, el tipo de silencio que no incomoda: el que promete algo. Y mientras la luz del bar se filtraba por la puerta entreabierta, supe que, si daba un paso más, no habría vuelta atrás.

En ese momento hice mi última llamada a mi autocontrol. Ese que horas antes tuve en la cocina de casa de mis padres, pero me di cuenta que me dejó la carta de renuncia encima de la mesa y abandonó su puesto. Ahora nadie me pararía. Así que no me paré. Me abalancé sobre sus labios, aprisionándolos para no dejarle ni un hueco en el que mi boca no tocara la suya.

CAPÍTULO 11: MÍA

El aire entre nosotros duró un suspiro. Después, simplemente ocurrió: me tomó por la cintura y me atrajo hacia él, y yo lo recibí como si lo hubiera estado esperando toda la vida. El beso no fue suave ni calculado sino puro instinto, una descarga que nos borró el mundo entero. Sentí su fuerza, el calor de su cuerpo, su respiración entrecortada mezclándose con la mía. Besaba con hambre, con la urgencia de quien por fin cruza una frontera que llevaba demasiado tiempo mirando desde lejos.

Mis manos se aferraron a su cuello sin pensarlo, queriendo acercarlo más, aunque ya no quedara espacio. Todo era demasiado: su piel, su boca, el pulso acelerado bajo mis dedos. Y cuando por fin nos separamos, lo hicimos a regañadientes, todavía buscándonos con la mirada, con el aliento entrecortado. Me quedé quieta, temblando un poco, sin saber si reír o volver a besarlo.

- Bueno… –dijo él, todavía sonriendo, con la voz un poco más ronca de lo normal-, eso definitivamente no era lo que venía a decirte.
- ¿Ah, no? –le respondí, intentando sonar tranquila, aunque el corazón aún me iba a mil- ¿Entonces qué era tan urgente?
- No me acuerdo –confesó, inclinando la cabeza con una media sonrisa-. Me distrajeron un poco… tus argumentos.

Solté una risa nerviosa, intentando disimular que aún me temblaban los labios.

- Deberías tener más autocontrol, ¿sabes? –le dije, dando un paso atrás, aunque sin despegar del todo la mirada.
- Lo intenté –Encogió los hombros-. Fracasé. Claramente.
- Claramente –asentí, mordiéndome el labio para no sonreír más de la cuenta.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Solo nos miramos, como si todavía siguiéramos hablando con el cuerpo. Hasta que él dio un paso hacia la puerta del bar.

- Vamos –dijo, abriéndola para mí-. Si seguimos aquí, alguien va a tener que llamar a los bomberos.
- ¿Tanto calor crees que damos? –bromeé, pasando a su lado.
- No creo. Lo sé. –su voz me rozó el oído al decirlo, y tuve que contener una sonrisa.

Entramos de nuevo al bar. La música, las luces y las risas nos envolvieron como si nada hubiera pasado. Él se fue hacia su grupo, yo hacia el mío, pero cada cierto periodo de tiempo nuestras miradas se cruzaban entre la gente, con ese brillo cómplice de quienes comparten un secreto que ninguno quiere revelar. No bebí mucho más, no me hacia falta emborracharme para pasarlo bien, además ya tenía el puntito bueno, el que aguanta toda la noche y no me da el bajón.

El local ya olía a madrugada: luces bajas, risas sueltas y ese aire pegajoso que mezcla perfume, alcohol y despedidas. Eran las cinco de la mañana. Decidimos marcharnos y salimos al aire nocturno de mayo, tambaleándonos entre carcajadas. Mis amigos estaban en ese punto en el que todo parecía más gracioso de lo que realmente era. De camino a la parada de taxi, me quité los zapatos. Había aguantado como una campeona toda la noche sin sentarme pero ya no podía más.

Pedimos un par de taxis, pero solo apareció uno y había un muchacho esperando. No cabíamos en ese todos.

- Subid vosotros –les dije, apoyándome contra una farola- Vivís más próximos entre sí, y no tiene sentido que dé toda la vuelta. Yo espero el siguiente.

Entonces lo escuché. “Yo te acompañaré” –dijo una voz que ya reconocía sin girarme. James. Alto, sereno, con esa sonrisa de

quien sabe perfectamente que acaba de entrar en el juego.

- No hace falta –le respondí, intentando sonar firme, aunque la firmeza y el alcohol no suelen llevarse bien.

Pero antes de que pudiera decir más, mi amigo y su hermano, para colmo, tuvo que saltar.

- Anda, vete con él, así me quedo más tranquilo. –Le dio una palmada en el hombro a su hermano y añadió, riendo por el alcohol- Te la dejo en tus manos, cuídala, ¿eh?

"En tus manos". Si él supiera la mitad de lo que esas manos ya habían provocado…

- Prometo portarme bien –me dijo James, con una mirada que claramente mentía.
- No sé si eso me tranquiliza o me preocupa –contesté poniendo los ojos en blanco, intentando no sonreír.
- Depende –replicó, inclinándose apenas hacia mí- ¿Quieres que me porte bien o que no?

No respondí. Solo me crucé de brazos y levanté una ceja, como si no me afectara, pero por dentro tenía un ejército de mariposas haciendo huelga de silencio.

Mis amigos nos miraran como si estuvieran viendo una película. Les faltaba un cubo de palomitas, pero mejor vacío para que pudieran vomitar todo el alcohol que llevaban en el cuerpo dentro. Sabía que habían visto la tensión entre nosotros, pero se subieron entre risas al taxi y me dejaron allí sola, bueno con James. Me giré hacia él, intentando recuperar el control.

- Bueno… supongo que acepto que me acompañes a mi casa. Pero solo porque es muy tarde y no me apetece ir sola por ahí. Y, además hace frío –dije agarrándome los brazos como si tuviera frío intentando parecer convincente.
- Claro –dijo él, cogiendo mis tacones del suelo, agarrándome la mano y abriendo la puerta de un taxi que yo no había visto aparecer-. Por el frío.

Le dije mi dirección al taxista y durante el camino intenté ponerme de nuevo los tacones, al parecer eran muy complicados de poner y no me había dado cuenta hasta ese momento. Llegamos al portal de mi casa, pagamos, nos bajamos y vimos como el taxi se alejó. Ambos nos quedamos mirando el taxi alejarse. Nos olvidamos decirle que esperara. El silencio de la madrugada se instaló entre nosotros, suave y cargado de posibilidades. Él se quedó frente a mí, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa suya que parecía tener siempre un plan.

- Bueno, misión cumplida -dijo, mirando la puerta detrás de mí-. Sana y salva en casa.
- Gracias, caballero –respondí, cruzándome de brazos-. Puedes retirarte, ya he llegado a salvo –añadí en tono guasón.
- ¿Retirarme? –fingió ofensa-. No me digas que vas a dejarme a la intemperie después de todo lo que he hecho por ti.
- ¿Todo lo que has hecho? –reí-. Has estado cómodamente sentado en el taxi mientras yo luchaba por mantener los tacones en su sitio.

Él dio un paso más cerca, acortando el espacio.

- Eso cuenta como apoyo moral. Es un servicio muy infravalorado –me contestó en un susurro que hizo que se me erizara la piel.
- Ajá… -dije, fingiendo dudar-. Pero no creo que el servicio incluya alojamiento.
- Depende –su voz bajó medio tono, y sentí cómo me recorría otro nuevo escalofrío-. ¿Hay vacantes disponibles?

Me mordí el labio sin poder evitarlo. Él estaba tan cerca que podía oler otra vez su perfume, mezclado con el frío de las noches de mayo.

- No suelo aceptar huéspedes a estas horas –contesté, intentando mantener el tono juguetón.
- Podrías hacer una excepción –replicó-. Prometo comportarme… más o menos.

- “Más o menos” no me inspira mucha confianza –esta vez quien susurré bajito fue yo.

No me salían las palabras.

- Entonces tendrás que vigilarme de cerca –dijo, y sus ojos lo decían todo.

No sé quién se acercó primero. Solo sé que, cuando sus labios encontraron los míos, no hubo espacio para bromas. Fue un beso urgente, de los que cierran la distancia que las palabras ya no pueden cubrir. Sentí su respiración acelerada, mis manos buscando equilibrio en su chaqueta, el latido desbocado en el pecho.

Entre risas nerviosas y torpes empujones, subimos los escalones del edificio, tropezando más de una vez, sin poder dejar de reír ni de mirarnos. No necesitábamos decir nada más: cada mirada, cada roce, ya era una promesa en sí misma.

Y cuando por fin la puerta se cerró tras nosotros, lo único claro era que ninguno tenía intención de seguir conteniéndose.

Sin dejar de besarnos, James me levantó los brazos y se deshizo de mi vestido, me alzó entre sus brazos por mi trasero, el cual apretó con sus dos manos, y me aferré con mis piernas a su cintura. Me condujo hasta mi habitación, como si fuera una pluma y sin dejar de besarnos, hasta que me tumbó en la cama. Su mirada de hielo había desaparecido, pasando a ser puro fuego, ese fuego que llevaba instaurado en mi entrepierna desde que lo vi en la discoteca. Se deshizo de su ropa lentamente, sin dejar de mirar mi cuerpo en ropa interior. Yo no iba a ser menos. Su espalda era una mezcla perfecta de fuerza y calma. No necesitaba tocarla para saberlo; bastaba con verla moverse. Cada músculo parecía responder con precisión, como si el cuerpo entero hablara un idioma que yo apenas empezaba a entender. Cada movimiento era una declaración silenciosa; firme, natural, casi instintiva. Podías sentir el calor que desprendía, la energía contenida, ese equilibrio entre tensión y calma que hacía imposible apartar la mirada. Era presencia pura. La línea de la mandíbula, segura, ligeramente terca. Los labios,

con esa curva que siempre parecía contener una sonrisa a medias, como si supiera algo que yo aún no. Su mirada… esa mirada tenía el poder de detener cualquier pensamiento sensato. Ese torso… seis –dije para mí- tenía un total de seis onzas de chocolate que me moría por ver desde el primer día.

Se precipitó sobre mí. Me recorrió todo el cuerpo, en silencio y yo disfruté de su lengua y sus besos, entre gemidos que salían en un susurro de mi interior. Volvió a mi boca, me succionó cada ruido que salía de ella. Le toqué la espalda, le hinqué mis uñas y él gruñó con mi contacto, hasta que aprisioné su trasero con mis manos y soltó un gemido que me encendió aún más. Era mi turno. Lo empujé hacia un lado para quedar a horcajadas sobre él –evidentemente se dejó, no podría haber movido a ese tanque sola-, me desabroché el sujetador, dejando libre mis pechos que no tardaron en sentirse arropados por sus manos. Me incliné y lo besé y él aprovechó para arrancarme mi maravillosa lencería de marca de la tienda de Cami.

No tardó mucho en volver a girarme para quedar atrapada entre el colchón y su cuerpo. Me preguntó con la mirada, me acerqué a su oído y susurré "estoy sana y tomo la píldora", y entendió a la perfección lo que quise decir, pues cuando no lo esperaba entró en mí y la realidad desapareció. Me trasladé a otra realidad sobrehumana en el que lo único que encontraba era deseo, pasión, piel, sudor, excitación, lujuria, sensualidad… y placer extremo por sus embestidas. Fue el placer más intenso que he sentido en mi vida aunque no suficiente. Necesitaba más, necesitamos más. No puedo concretar el número exacto que abarcaba ese más, lo único que sé es que estuvimos durante horas disfrutando en esa realidad paralela hasta caer rendidos.

Desperté con el sol colándose por la ventana y la sensación de calor a mi lado. James estaba allí, medio dormido, con el pelo revuelto y esa sonrisa entre somnolienta y traviesa que hacía que todo lo que pasó la noche anterior pareciera aún más intenso. Y eso era decir mucho. Me moví un poco y lo sentí reaccionar, estirando un brazo para rozar mi hombro.

- Buenos días –dije, intentando sonar casual, aunque por dentro estaba todavía desbordada de la sensación de cercanía.
- Buenos… -se quejó, sin abrir del todo los ojos, y luego estiró los brazos como si quisiera abrazar el mundo-. Buenos días a ti, a mí, a nuestra… interesante madrugada.

Reí y lo empujé suavemente, jugando, aunque mi corazón ya estaba tomando un ritmo más serio. Era hora de hablar.

- James… -empecé, tratando de mantener el tono ligero pero firme—. Esto… esto no puede volver a pasar.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó un poco, como si no hubiera escuchado bien. Lo miré a los ojos, intentando que entendiera la gravedad sin perder la chispa entre nosotros.

- Eres el hijo de mi jefe, hermano de mi mejor amigo… -continué, respirando hondo-. No nos soportamos, no sé como hemos llegado a esto, pero ya no hay vuelta atrás. Esto no puede repetirse.

Se quedó un momento en silencio, y pude ver cómo su expresión cambiaba. Sus labios se apretaron un poco, y asintió con la cabeza.

- Lo sé… Tienes razón. No debería… y no pasará. –soltó con calma-. Una pregunta… ¿te arrepientes?
- No…Sí…Para serte sincera no, no me arrepiento. Es lo que quería en ese momento, pero mejor dejémoslo en un recuerdo de una madrugada –dije finalmente.
- Solo un recuerdo –repitió él, con un deje de ironía, y me hizo sentir que, aunque fingiera conformidad, ambos sabíamos que aquello no se olvidaría fácilmente.

Nos quedamos unos segundos más, mirándonos, conscientes de que ese "solo recuerdo" pesaría mucho más de lo que ninguno de los dos quería admitir, mientras el sol seguía subiendo y la realidad empezaba a colarse por la ventana. James se levantó de la cama –dios, que cuerpo-, se vistió lentamente y yo, mientras, seguía tumbada en la cama contemplando el espectáculo. Cuando terminó

de vestirse, se acercó a mí, me dio un beso en los labios y me dijo : "Adiós recuerdo". Y se marchó. Tardé un rato más en levantarme de la cama.

El sábado lo pasé pensando en la noche anterior, recordando la discoteca, el casi beso, el beso completo y la sesión de sexo salvaje. A cualquiera que se lo contara fliparía. Lo malo es que no podía contárselo a nadie.

El domingo, sobre las 12 de mañana, me empezó a sonar los pitidos de WhatsApp, era el grupos de mis chicos:

***Cami**: hoy, nos vemos, a qué hora?*
***Liam**: tanto nos echas de menos?*
***Cami:** Correcto.*
***Adri**: mi casa a las 4?*
***Cami**: perfecto, yo llevo picoteos varios, pipas, patatas, chuches…*
***Yo:** yo vino.*
***Liam:** yo tequila y un juego de mesa nuevo ☺*

No hizo falta hablar más, esos eran los mejores planes entre amigos. Los improvisados.

A las cuatro estábamos tumbados en la alfombra del salón de Adri, con música de fondo. El salón estaba lleno de risas, copas medio vacías y ese tipo de confianza que solo se tiene entre amigos de toda la vida. Sobre la mesa, un juego nuevo: *Verdad o reto… versión sin filtros.* De momento no me había salido ninguna pregunta comprometida pero no quería tener que mentir a mis amigos, nunca lo había hecho.

Liam, con su sonrisa de siempre, barajó las tarjetas con demasiada emoción.

- Vale –dijo, sacando una carta- "¿Cuándo fue la última vez que…?" –Se detuvo, levantó una ceja y nos miró con gesto

teatral- "…tuviste una noche realmente memorable?" Venga, rompo yo el hielo. Me acosté con Arón el jueves.

- ¿QUÉ? –gritamos las tres al unísono.
- No os lo he podido decir antes. Ayer en la discoteca había mucha gente y no era el momento. Fue increíble chicas –dijo mi mejor amigo.

Liam siguió contando su noche de pasión hasta que dijo: "Venga, siguiente". Y señaló a Adri.

- Creo que fue con el que el chico que estuvo trabajando en el Bakery un par de meses. Le perdí el contacto pero me dejó huella –dijo mi amiga simulando un tono de disgusto.

Todos reímos.

- Pues yo no me acuerdo chicos, parece que tengo un radar para atraer gilipollas, creo que no he tenido sexo memorable nunca. Siempre me he encontrado con patosos –dijo mi amiga y reímos aún más- ¿Y tú Mía? Cuenta…¿qué pasó en la discoteca? Desapareciste dentro en un par de ocasiones y como te fuiste…para mí sigue siendo una incógnita, iba demasiado pedo.

Noté que el corazón me daba un salto. Tranquila, Mía, improvisa.
Me llevé la copa a los labios, respiré y solté con una sonrisa:

- Bueno… digamos que fue el sábado de madrugada –dije para no mentir, la verdad es que fue el mejor sexo de toda mi vida.

Los tres soltaron un "ooooh" colectivo, digno programa de televisión.

- ¿Con quién? –preguntó Adri.
- Un momento… te dejamos con mi hermano en la puerta de la discoteca…¿TE ACOSTASTE CON MI HERMANO? –gritó en tono guasón.

Mis amigas me miraron tras la pregunta de Liam esperando impacientes. No sabía que decir, así que aquí sí tuve que

mentir un poco.

- Con… el chico de la discoteca -dije, intentando sonar natural.

Técnicamente era cierto. Muy cierto. Solo que omití el pequeño detalle de que el "chico de la discoteca" era James, efectivamente, el hermano de uno de los presentes.

- Bueno, al menos tienes buen gusto –bromeó Liam, levantando su copa.

Y ahí fue cuando casi me atraganto. Si supieran lo que en realidad pasó, no estaríamos jugando a preguntas picantes, sino preparando mi funeral social.

CAPÍTULO 12: JAMES

El lunes por la mañana me senté en mi escritorio intentando parecer completamente normal. Como si la madrugada del sábado no hubiera ocurrido. Como si no hubiera pasado lo que había pasado. Como si ella –Mía, protegida de mi padre y mejor amiga de mi hermano- no estuviera metida en mi cabeza y a menos de diez metros.

Después de llevarme toda la mañana inmerso en el caso Jersey, me di cuenta que todos se habían ido a almorzar. Decidí mirar el historial del cliente en el archivo. Cuando me dirigí allí, maldecí. Toda la mañana intentando evitarla y allí estaba: Mía, subida a una escalera intentando llegar a la quinta balda de una estantería. Me paré en seco, pues la visión de su trasero con esa falda estirada hacia arriba, por su inclinación para llegar a la carpeta que quería atrapar, me dejó totalmente paralizado. Se me vino a la mente lo que disfruté el sábado con ese culo entre mis manos.

- Cuidado, que no soy responsable de los accidentes laborales –le dije.

Ella se sobresaltó y me acerqué para que no se cayera.

- ¿Accidentes laborales? –preguntó, girándose lentamente para mirarme-. Qué amable. ¿Quieres provocar uno o es que acaso el recuerdo de la madrugada del sábado ahora es un accidente laboral?

Maldita sea. Yo intentando olvidar lo que pasó sin conseguirlo y ella va y me lo suelta así.

- Tal vez un poco de ambas cosas -repliqué, sonriendo con el mismo descaro que ella había mostrado y me calenté-. Aunque claro, todo dentro de los límites… de la oficina.
- "Dentro de los límites"… -repitió, mirándome con esos ojos verdes que me volvían loco.

Salí del archivo antes de no cumplir mi palabra. Vería los archivos en otro momento, básicamente, cuando el trasero de una rubia explosiva no estuviera recordándome el mejor polvo de mi vida.

Mis amigos me dijeron que habían quedado en el bar de siempre, así que decidí unirme a ellos. La mesa estaba llena de vasos de cerveza a medio vaciar y comentarios que iban subiendo de tono conforme pasaba el tiempo.

- Colega, -dijo Eric, riendo-, en serio, el viernes en la discoteca estabas "ido". No quitabas los ojos de esa chica. ¿Cómo se llamaba? ¿Mía, no? Vanessa estaba enfadadísima.
- "Esa chica", dice –intervino Enzo sonriendo-. Por favor, no me digas que no viste cómo bailaba. Era imposible mirar a otra parte.
- Impresionante –añadió Eric-. Y tú, con cara de hipnotizado. Hasta el DJ te miraba, colega –dijo cachondeándose de mí.

Las risas estallaron. Me dejé caer contra el respaldo de la silla, intentando mantener la compostura, aunque el recuerdo de aquella noche seguía demasiado vivo.

- Vale, lo admito –dije finalmente- Bailaba increíble. Pero ustedes también estaban embobados, no se hagan los santos.
- Ya, pero tú parecías estar haciendo un estudio científico de cada movimiento –bromeó Eric- Si la mirabas un poco más, ibas a aprender a bailar por ósmosis.

Las carcajadas fueron inevitables. Me pasé una mano por el pelo, medio sonriendo.

- Así que… -dijo Eric, con tono conspirador-, ¿la volviste a ver después de la discoteca?
- La acompañe a su casa –tardé en responder, pero lo hice mirando el vaso de cerveza, intentando que dejaran de preguntar, pero el silencio apenas duró dos segundos, antes

de que empezaran a hablar a la vez, sin saber quién dijo qué.

- ¡No puede ser!
- ¡Sabía que pasaba algo!
- Simplemente vi que mi hermano y el resto de sus amigas se iban a ir en un taxi y ella iba a irse sola. No iba a dejar que se fuera de madrugada sola –respondí como si fuera algo normal.

Por favor, que paren de preguntar, supliqué.

- ¡Ooooh, que caballeroso te has vuelto de repente con quien te interesa! –dijo Enzo-. Porque a Vanessa bien que la dejaste tirada.

Se quedaron en silencio, esperando algo más. No se los iba a dar. Sus miradas empezaron a inquietarme, dieron pequeños golpes en la mesa. No iban a parar. Yo seguía mirando mi vaso.

- ¡Tío, ya! ¡Dilo! –insistió en un tono duro Eric.
- Vale –levanté las manos- me acosté con ella. Fue una noche inesperada. Digamos que las cosas se salieron de control.
- Bueno, si "salirse de control" te deja con esa cara, deberías hacerlo más seguido –siguió Enzo, bebiendo de su vaso con una sonrisa divertida.
- Eso no puede volver a pasar –dije contundente.
- Es verdad, es el ojito derecho de tu padre, la mejor amiga de tu hermano y pensabas que se iba a quedar con tu empresa, aunque parece ser que las cosas en ese aspecto han cambiado. Lo siento, eso no hay quien se lo trague… ¿tan mala es en la cama? –preguntó Eric.

Bajé la mirada y sonreí. Era el mejor sexo que había tenido en mi vida y no encontraba la razón exacta. Me había acostado con mujeres iguales de impresionantes que Mía, incluso más –bueno, no sé-, había follado de mil maneras posibles con ellas, pero con Mía fue diferente, fue un sexo más intenso, con más pasión, más lleno de…joder, no sabía qué era.

Vi a mis amigos como se miraron entre sí y chocaron las palmas, no entendí ese gesto pero ellos no dijeron nada más.

El martes por la mañana estaba reunido con mi padre en su despacho. Al día siguiente se abriría el testamento de mi tío Antony.

La conversación giraba en torno a la obra Jersey que mi padre nos había asignado a Mía y a mí, y era uno de esos clientes exigentes que quieren resultados antes de terminar la frase.

- Necesitamos cerrar la estrategia esta semana, solicitar las licencias y la manera en la que proceder. Y todo ello contárselo a Jesús. Necesita ver que ya hemos comenzado con los preparativos iniciales, darle un estímulo para que nos deje trabajar tranquilos –dijo mi padre, hojeando unos documentos con la precisión de siempre-. Es un cliente difícil de tratar por eso os lo he asignado a Mía y a ti.
- No hace falta, puedo manejarlo yo solo –contesté levantando mi mirada de los documentos de la mesa.
- James –replicó, con ese tono que no admitía réplica—, Mía conoce al cliente, trabajó directamente con él hace un año y ella sabía manejarlo a la perfección. Será más rápido si colaboráis juntos.

Me acomodé en la silla, disimulando la incomodidad que me atravesó el estómago. Lo último que necesitaba era pasar horas encerrado con ella fingiendo que nada había pasado. Mi padre me observó entonces, dejando los papeles sobre la mesa.

- ¿Pasa algo con Mía? –preguntó mi padre recostándose sobre su silla.
- ¿Qué? No, claro que no –contesté demasiado rápido.
- Bueno, entonces no hay problema. Llámala –me dijo con un atisbo de sonrisa. ¿Qué le pasaba a mi padre?

Y así, sin más, el hombre que llevaba toda mi vida viéndome mentir sin éxito volvió a su café. Yo suspiré, sabiendo que no tenía

escapatoria. Tomé el teléfono, marqué la extensión y esperé. Un pitido, luego otro. Y entonces, su voz.

- ¿Sí? –respondió Mía.

Tragué saliva.

- Mía, ¿puedes venir un momento al despacho de mi padre? Necesitamos revisar la obra Jersey juntos.

Hubo un silencio breve, como si también ella midiera su tono antes de responder.

- Claro, ahora voy –respondió.

Colgué despacio y miré el reflejo de la ventana. En el cristal, mi propia expresión parecía decirlo todo: sabía que ese "revisar juntos" iba a ser cualquier cosa menos sencillo. Y cuando escuché el suave golpe en la puerta unos minutos después, supe que la jornada acababa de ponerse interesante.

Mía entró al despacho, con esa calma que solo ella podía fingir tan bien. Llevaba la carpeta del caso bajo el brazo, y una sonrisa cordial que habría engañado a cualquiera… menos a mí.

- Buenos días –saludó, mirando primero a mi padre, y luego a mí con la cortesía justa.
- Pasa, Mía –dijo mi padre-. Justo estábamos revisando la obra de Jersey. Creo que tú puedes aportar bastante aquí.

Ella asintió, se sentó frente a nosotros y abrió la carpeta. Yo intentaba concentrarme en los documentos, en las fechas, en cualquier cosa que no fuera el recuerdo de su voz, de sus gemidos en su habitación, otro tono, otro contexto. Pero era imposible. Cada vez que se inclinaba para señalar algo en los papeles, una parte de mí se tensaba. Y por la forma en que evitaba mirarme directamente, supe que a ella le pasaba igual.

- Le he dicho a James que Jesús es un tipo especial, bastante exigente, al igual que nuestras previas negociaciones –dijo mi padre- Sé que en la anterior obra lo

llevaste muy bien, eso podría servirnos para mantenerlo en calma durante la ejecución.

- Bueno, Jesús es intenso, por lo que yo recomendaría tener una primera reunión con él en la que le indiquemos los procesos que hemos realizado hasta el momento, aunque lo estemos realizando todos del tirón, en cada reunión le diremos una cosa nueva, así se siente "querido". Yo propondría decirle en esa reunión que estamos analizando los planos, la memoria técnica y el cumplimiento de normativa urbana para solicitar la licencia urbanística de obra mayor al Ayuntamiento, que eso lo hablaremos con Enzo, que si no me equivoco es tu amigo –dijo, mirándome a los ojos. Asentí– Bien, en una segunda reunión le diremos que hemos conseguido el permiso de movimiento de tierras y cimentación, en la tercera, la licencia de instalación eléctrica, agua, saneamiento y climatización… y así sucesivamente. Así estará contento y nosotros tranquilos realizando el trabajo –finalizó.
- ¿Ves? Te dije que sabía con quién nos estábamos enfrentando –dijo mi padre orgulloso.
- Sí, parece que lo conoce bastante bien –dije en tono sarcástico.
- Sé identificar a las personas –me dijo contraatacando.
- ¿Seguro? –pregunté.

Mi padre carraspeó. Se había dado cuenta de que entre nosotros ocurría algo, era obvio y mi padre no era tonto. Estábamos mirándonos fijamente mientras nos mandábamos indirectas con segundas intenciones. Ambos giramos la cabeza en su dirección y él nos miró a ambos esperando a que le contásemos qué ocurría hasta que llamaron a la puerta. Salvados por la campana.

- Adelante –dijo mi padre.

La puerta se abrió y apareció Dylan, uno de los abogados del bufete. Era rubio y su cabello, algo largo, le caía con descuido

calculado sobre la frente y rozaba el cuello de la camisa. Entró con el gesto apurado de quien trae noticias urgentes.

- Perdón que interrumpa –dijo- Mía, acaban de notificarnos la sentencia del Sr. Vázquez.

Mía se levantó de un salto de la silla, cogió el documento y sonrió de manera tensa.

- Gracias, Dylan –contestó Mía.

Él asintió, miró un instante a mi padre, luego a mí… y noté cómo la incomodidad se filtraba en el aire. Dylan desapareció más rápido de lo que había entrado. Los tres nos quedamos mirando.

- Toma Manuel, ¿quieres leerla tú? –dijo Mía extendiendo el documento a mi padre.
- No, es tu caso. Yo sólo te lo asigné. Mírala –respondió mi padre, cruzándose de brazos.

Mía cogió el documento y pasó de leer los antecedes y fundamentos de derecho. Vi como fue directamente al fallo de la sentencia. Sus ojos se abrieron más de lo que su espacio le permitía y el color menta de sus ojos se profundizó.

- ¡Condena! –gritó- Los han condenado a un año y seis meses de prisión y…-siguió leyendo- a indemnizar al Sr. Vázquez, en concepto de responsabilidad civil, en un millón doscientos mil euros –gritó aún más.
- ¡MÍA! –se levantó mi padre eufórico- lo conseguiste. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella, más eufórica aún, -no era para menos- rodeó la mesa y le dio un abrazo efusivo a mi padre que le respondió con otro de orgullo y paternal. Y entonces, inevitablemente, se giró hacia mí, para abrazarme pero cuando supo realmente lo que había estado apunto de hacer, la alegría en su rostro se congeló. Ambos nos quedamos mirándonos, los dos sabiendo perfectamente que ese gesto debería haber sido natural… pero no lo era. No después de lo que había pasado entre nosotros.

Mi padre, de buen humor, notó el titubeo.

- Vamos, James, felicítala. Ha hecho un trabajo impecable. – dijo mi padre.

Di un paso hacia ella y sentí cómo el aire se espesaba entre los dos.
Intentamos sonreír, pero la sonrisa se quebró a medio camino. La abracé y le dije: "Buen trabajo. Hiciste lo imposible posible". Nos quedamos uno frente al otro, a escasos centímetros. Había algo suspendido entre los dos, una corriente eléctrica invisible que ni siquiera la presencia de mi padre conseguía apagar. Me asintió agradecida. Estoy seguro que mi padre aún estaba pensando qué pasó allí. Ni yo mismo lo sabía.

Al día siguiente, 21 de mayo, estamos en la sala de Notaría, esperando al Notario, donde tendría lugar la apertura del testamento de mi tío Antony. A la notaría acudimos mi padre, mi madre, mi hermano, mi primo Benji y yo. Éramos los únicos parientes de mi tío, al fallecer sin ascendientes ni descendientes, y al haber muerto su otro hermano (Fernando, el padre de Benji).

Benji era el tipo de persona que nunca pasaba desapercibida, aunque no por las razones correctas. Alto -pero no imponente-, con una complexión más de quien prefiere el gimnasio del sábado por la mañana que el trabajo diario; ropa siempre impecable, de marcas que se notaban sin necesidad de alardes. Tenía el pelo oscuro, peinado con esmero, como si cada mechón tuviera su propio propósito; la mandíbula algo redondeada, sonrisa fácil y medida, la clase de sonrisa que suele abrir puertas cuando le interesa. No solía ensuciarse las manos; delegaba con naturalidad y esperaba que otros resolvieran el trabajo sucio. Sus gustos eran caros y sus prioridades claras: comodidad, estatus y placer inmediato. Siempre había hecho la pelota a mi tío Antony para conseguir lo que quería y, ahora, lo que quería era la herencia de mi tío.

- James –empezó Benji, con un tono que pretendía ser conciliador, aunque sus ojos brillaban con avaricia-, sé que llevas tiempo como CEO de la empresa, pero creo que la herencia debería ser mía. Mi tío me apreciaba también, y… bueno, siempre he tenido mis propios planes.

Lo miré directamente, sin pestañear.

- ¿Tus propios planes? –repuse con voz fría-. Tú quieres el dinero para gastarlo, Benji. Para viajes, coches y fiestas. No para sostener la empresa ni para asumir ninguna responsabilidad -Él dio un paso hacia mí, intentando intimidarme con su postura.
- No es justo que pienses así. Tengo derecho a mi parte, y mi tío lo sabía –contestó mi primo.
- ¿Justo? –replicó mi voz, más firme ahora-. Justo sería que alguien que ha estado al frente de la empresa, que ha trabajado, que ha estado con él en cada decisión importante, no deje que otro se adueñe de todo por pura ambición. Y, además, te recuerdo que el resto de la empresa pertenece a mi padre.
- Soy también heredero. Lo merezco -Benji frunció el ceño y golpeó la mesa con la palma abierta.
- Basta. Es de mi hermano de quien estáis hablando y de mi empresa –intervino mi padre furioso- Y tú… -se dirigió directamente a su sobrino- siempre has elegido la comodidad sobre el esfuerzo. Lo único que quieres es gastar el dinero de otros. No asumir ninguna responsabilidad.

La tensión creció pero justo en ese momento entró el Notario en la Sala y todos tomamos asientos alrededor de la mesa alargada. El Notario procedió a la lectura del testamento, tras identificar los datos del testador y los herederos:

"Yo, Antonio Jesús Bernard, nombro como heredero universal de todos mis bienes, derechos y acciones a mi sobrino D. James Bernard, a quien confío la plena disposición y administración de mi patrimonio, libre de cargas o limitaciones, salvo las obligaciones legales que correspondan.

Asimismo, dispongo que, además de su designación como heredero universal, se le haga entrega a mi sobrino D. James Bernard de un sobre confidencial, que contendrá un requisito específico que deberá cumplir para poder hacerse efectivamente con mi herencia.

En caso de no cumplir esta condición dentro del plazo de un año, todos los bienes, derechos y patrimonio que le correspondieran como heredero universal se considerarán nulos, pasando automáticamente a los legitimados como herederos conforme a la línea de sucesión establecida por la ley."

- ¿QUÉ? ¿Heredero universal? ¿Cómo que un sobre confidencial? Esto es ilegal. Exijo saber qué condición le ha impuesto mi tío para que pueda disponer de la herencia –gritó y exigió mi primo al Notario.

Yo estaba aún en trance. No podía creer lo que acaba de escuchar. Sí, mi tío me había dejado como heredero universal -como me dijo-, pero con una condición. Eso nunca lo mencionó. Mis padres y mi hermano me miraron, los cuatro no sabíamos qué estaba ocurriendo allí.

- El sobre se lo entregaré a su primo en cuanto usted se marche del despacho. Como dicta la voluntad del testador, en privado. Que la condición que en dicho sobre se disponga me encargaré yo personalmente de constatarla cuando pase un año. En caso de comprobar que no se cumpla con la misma, lo haré llamar para que pueda exigir su parte de la herencia –le dijo el Notario directamente.
- Esto no va a quedar así. Impugnaré el testamento –me amenazó mi primo antes de salir de la sala.

Nos quedamos en silencio. El Notario sacó un sobre detrás del testamento y me lo entregó.

- Este es el sobre que su tío quiso que tuviera, ahí se especifica la condición que debe cumplir para adquirir todos los bienes y derechos de su tío, incluidas las participaciones de la empresa Bernard Legal Group. Así que pasado un año,

contado a partir de hoy, abriré dicho sobre y confirmaré si la ha cumplido o no. En ese momento, pasará a ser todo suyo…o no –me dijo el Notario- Les dejo solos –y salió de la sala.

- ¿Quieres que nos vayamos, hijo? –preguntó mi padre.
- Si quieres leerlo solo hermanito, te esperamos fuera –dijo Liam.
- Sí, cielo, lo que quieras –terminó mi madre.

Estaba totalmente en shock. Les dije a mi familia que no quería que se fueran. Esta empresa era de nuestra familia, así que tendrían que saber la condición que me había impuesto mi tío para que la misma se quedara con nosotros. Ellos asintieron y me arroparon en un momento en que, por primera vez, no sabía a lo que me enfrentaba.

Le di el sobre a mi padre para que lo leyera. Lo abrió y empezó a leer:

"Querido James. No me odies. En este momento te estarás preguntando en qué condiciones estaba para hacerte esto. Créeme, sólo lo hago por tu bien. Te arrastré hacia una mala decisión. Convencí a tu padre de que querías estar en Francia y que serías más feliz, pero a lo largo de los años me he dado cuenta de que cometí un error. Debí dejar que tu padre te propusiera ambos puestos, CEO en España o CEO en Francia, y tú eligieras. Ahora veo que lo único que hice fue alejarte de tu familia y de que no formaras la tuya propia. Has estado tantos años apartado del amor que, ahora, en mis últimos días quiero remediar.

Quiero que encuentres el amor, ese que yo nunca tuve por dedicar mi vida al trabajo, ese al que he extrañado en mis últimos días con vida. Porque la vida no es vida sino tenemos amor a nuestro alrededor.

Así que necesito que, durante un año, te dediques únicamente a encontrarlo. Transcurrido un año, deberás encontrarte legalmente casado con la persona a quien ames de manera auténtica y libre para acceder como heredero universal a mi herencia.

Te quiere, tu tío Antony."

- ¿Qué…? –gritó mi hermano, sin poder terminar la frase, sus cejas arqueadas de incredulidad.

Mi madre se llevó una mano a la boca, murmurando algo que sonaba a "no puede ser…", mientras mi padre me miraba como si no pasara nada.

- Si no cumplo esto perderemos la empresa –empecé, sin poder articular más que un hilo de voz- Tengo que cumplirlo.
- ¿Cumplir qué? –preguntó mi madre, aún sin reaccionar- ¿Casarte?

Se hizo un silencio que pesaba más que cualquier documento legal.

- Eso… -dijo Liam, incapaz de esconder la mezcla de asombro y horror- … eso es… inimaginable.
- Necesitamos un plan. Es lo que tío Antony quería –dije, tratando de sonar más calmado de lo que me sentía-. Esto no se puede improvisar.

Mi hermano frunció el ceño, ya empezando a devanarse los sesos.

- Vale, plan… ¿qué plan? –preguntó Liam, cruzándose de brazos.
- No hay vuelta atrás. Si quiero la empresa, realmente tengo que casarme –dije.

Todos me miraron como si hubiera dicho que planeaba mudarme a la luna.

- Pero… ¿con quién? –preguntó mi madre, con voz temblorosa-. James, ¿con quién te casarías en tan poco tiempo? No he conocido nunca a ninguna mujer como tu pareja…

Me encogí de hombros, sin una respuesta inmediata, mientras mis pensamientos giraban en espiral. La tensión era casi cómica: tres miembros de mi familia mirándome con ojos enormes, esperando que yo tuviera la solución perfecta para un dilema que acababa de caer sobre mi cabeza como un trueno.

- Eso… eso es lo que tenemos que descubrir –dije al fin, intentando transmitir seguridad-. Y rápido.

Y en ese instante todos entendimos que el juego acababa de empezar, y que ninguna solución sería sencilla ni convencional. De pronto, mi padre, que había estado dándonos las espalda, pensando, dijo:

- Puede que tenga a la candidata perfecta.

CAPÍTULO 13: MÍA

La tarde del lunes la pasé en una nube tras recibir la sentencia. Mis amigos se alegraban muchísimo por mí y yo sabía que era de corazón. Todo el esfuerzo de esas tres semanas tuvo su recompensa. Esa tarde decidí no trabajar en el bufete, decidí trabajar en limpiar mi casa. Menudo planazo.

El martes no aparecieron ni Manuel ni James. Sabía que tenían cita en Notaría ese día por la mañana para la apertura del testamento del hermano de Manuel y tío de James, accionista, junto con Manuel, de Bernard Legal Group. Lo que me extrañó es que no aparecieron ni dieron señales de vida el martes por la tarde. Y, lo que me extrañó, aún más, es que tampoco Liam habló por el grupo mientras comentábamos un capítulo de su serie favorita.

Mientras estaba en mi despacho reunida con Almudena y Emilia, ayudándoles con el juicio que tendría Almudena la semana siguiente, recibí una llamada por el interfono.

- Mía, ¿puedes venir un momento a mi despacho? Necesitamos hablar contigo –me preguntó Manuel.
- Enseguida voy –dije.

Les dije a las chicas que luego les avisaría cuando terminase de hablar con Manuel y salieron de mi despacho. Mientras me acicalaba un poco, metiéndome mechones del flequillo en mi despeinado moño, caí en la cuenta. ¿Necesitamos? Había utilizado el plural. ¿Estaría James con él?

Me dirigí a su despacho, llamé a la puerta y, cuando obtuve permiso, entré. No. No estaba sólo James. Estaba toda la familia al completo: Manuel, Gloria, James y Liam. Miré a Liam, mi mejor amigo, que se encontraba de pie junto a la mesa de su padre,

esperando una respuesta con su mirada y lo que obtuve no me sirvió de ayuda, era una mirada de…¿de qué? Miré a Gloria pero ésta estaba sentada de espaldas en una de las sillas que estaban enfrente de Manuel, quien ocupaba su sitio en su silla. En cambio James se encontraba dándome la espalda, mirando por el ventanal que había enfrente, con las manos en los bolsillos, y no volteó a verme.

Manuel me indicó con la mano que me sentara en la otra silla que quedaba libre frente a él, junto a Gloria.

- Buenos días, Mía. Queríamos hablar contigo sobre un asunto delicado –empezó Manuel en un tono serio.

Él no utilizaba nunca un tono serio conmigo.

- ¿Qué ha pasado? ¿Estoy despedida? –pregunté nerviosa ante su tono.

Él me dedicó una medio sonrisa como la que tenía su hijo. Estaba claro que era genético.

- Lo que le faltaba a mi padre…quedarse sin ti –dijo mi amigo Liam disipando un poco la tensión.
- No es nada de eso. No tiene nada que ver con tu excelente trabajo. Es algo personal –continuó Manuel.
- Vale, ¿qué pasa? –pregunté intentando sonar tranquila.

Los tres se miraron nerviosos. James seguía mirando hacia el exterior por el ventanal.

- Ayer abrimos el testamento de mi hermano. Como sabes, él y mi hijo siempre han estado muy unidos. Como ya le adelantó mi hermano a James, él ha sido declarado heredero universal de su testamento, por lo que las participaciones de la empresa, de momento, se quedan en nuestra familia –dijo Manuel lentamente.

Yo alcé una ceja. Vale, bien. Lo que no entendí fue ese "de momento".

- Me alegro, enhorabuena James –le dije, aunque simplemente asintió sin girar la cabeza tan siquiera.– Lo que

sigo sin entender es qué estoy haciendo aquí.

- Tranquila impaciente –dijo mi amigo apoyando su mano en mi hombro-. Continúa papá.
- Verás, James ha sido nombrado heredero universal. Todo el patrimonio, la empresa, las participaciones, absolutamente todo… Pero –añadió Manuel, lentamente- sólo si cumple una condición.

Yo los miré a todos, un poco confundida, un poco intrigada.

- ¿Y cuál es esa condición? –pregunté sin saber si debía saberlo o no.
- Tengo un año para casarme –dijo en ese momento James con voz grave, girándose y clavando su mirada en mí.
- ¿Perdón? -pregunté, sin poder evitar poner una sonrisa incrédula-. ¿Casarte?

Su padre asintió, suspirando.

- Así lo dispuso mi hermano. Si, al cumplirse un año desde la apertura del testamento, James no está casado con la persona que ame, la herencia pasará a mi sobrino Benji. ¿Sabes algo de él? –me preguntó Manuel.

Me quedé muda unos segundos. La situación era tan surrealista que parecía una broma elaborada.

- Sólo lo que nos ha contado Liam en alguna ocasión –respondí sincera.
- Entonces te habrá contado que mi sobrino es hijo único, proviene de una familia adinerada, que creció rodeado de facilidades y con la convicción de que todo le pertenecía por simple inercia. Es el tipo de persona que confunde la suerte con talento y el apellido con esfuerzo. Se licenció en Derecho, sí, pero no gracias a la disciplina ni al estudio. Más bien por las "contribuciones" generosas de mi hermano Fernando a la universidad y a ciertos profesores que sabían mirar hacia otro lado. Nunca tuvo vocación, ni paciencia para los códigos, ni interés real en el oficio. Lo suyo es el brillo exterior: trajes caros, coches nuevos y fiestas en las

que gasta en una noche lo que otros no ganan en un mes –dijo Manuel enfadado.

- Ya veo, no es el tipo de persona que querrías como socio en tu empresa que, con tanto esfuerzo y sacrificio, habéis construido –dije sincera.
- Exacto. Mi hermano y yo siempre estuvimos de acuerdo en que seríamos nosotros dos y nos confirmó que le daría las participaciones a James. Sin embargo, no esperábamos esa condición que, por otro lado, sólo sabemos nosotros, y ahora tú –me dijo, advirtiéndome con una simple mirada la confidencialidad del asunto.

Asentí por supuesto.

- Lo entiendo perfectamente, lo que no entiendo es esto último, ¿por qué me lo estáis contando a mí? –pregunté.

Manuel se levantó de su silla, se dirigió hacia mí y se puso de cuclillas a mi lado sujetándome la mano. Mientras, la mano de Liam no se había movido ni un centímetro de mi hombro.

- Mía –empezó a decir Manuel, con una voz más cálida que de costumbre-, hay algo que quiero que entiendas antes de que sigamos hablando de esto. Tú eres para mí mucho más que una empleada. Eres parte de esta familia. He sabido de tu historia pasada, te he visto resurgir, te he visto crecer, has trabajado como nadie, y confío en ti ciegamente. Por eso precisamente te lo estoy pidiendo. Créeme que no me hace ninguna gracia ponerme en esta situación, ni ponerte a ti en ella. Pero no veo otra salida.
- ¿Otra salida… a qué? –fruncí el ceño, inquieta.

Manuel miró a Gloria quien me puso la mano en mi otro hombro. Esto no tenía buena pinta.

Vi de reojo que James no apartaba los ojos de la escena que estaba delante de él. Su padre en cuclillas, su hermano con una mano en mi hombro y su madre en otro.

- A todo esto. A lo del testamento. A la condición de James. Si él no se casa en un año, todo pasará a manos de mi sobrino Benji… y eso sería el fin de lo que construimos –continuó Manuel.
- ¿Y qué puedo hacer yo al respecto? –pregunté inquieta.
- Mía… -dijo él despacio, con una media sonrisa de resignación- eres la única persona fuera de mi familia en la que confío por completo. La única en quien sé que James podría apoyarse, la única con la cabeza y el corazón en su sitio.

El silencio que siguió fue tan profundo que podía oírse el latido del reloj de mi muñeca, y eso que era digital.

- ¿Estás sugiriendo que…? –empecé a decir sin terminar la frase.
- Sí –confirmó él- Que te cases con James.

En ese momento todo empezó a darme vueltas. No sabía que cara había puesto pero creo que sería indescriptible. Lo que comprendí es que Manuel me estaba pidiendo un favor, pero no un favor cualquiera. Me estaba pidiendo que me casara con su hijo. Un favor. Esa palabra otra vez. Él me había ayudado sin pedirme nada a cambio. Me dio una oportunidad cuando nadie más lo hizo, confió en mí, me enseñó lo que sé, tengo un trabajo, un hogar y, por qué no, una familia, pues Gloria y Liam para mí lo eran. Siempre estuvieron ahí cuando los necesité, sin condiciones. Y ahora, por primera vez, eran ellos quienes necesitaban mi ayuda… Él me lo había dado todo sin pedir nada a cambio. Y ahora me necesitaba. ¿Podría hacerlo?

Miré al Sr. Bernard, y de repente entendí la magnitud de lo que estaba pasando. Aquel hombre, que siempre había sido mi mentor, mi ejemplo, la única figura paterna que he tenido, me estaba pidiendo algo que iba mucho más allá de lo profesional. Y lo hacía con esa mirada franca, sin dramatismos, pero con el peso de quien sabe que está cruzando una línea y no era una línea

cualquiera, era casarme con el engreído de su hijo. Casarme, con todo lo que eso conlleva. ¿Podría hacerlo?

Un favor… pensé otra vez.

No era solo la situación absurda o lo imposible del plan. Era la lealtad. Esa sensación de deuda silenciosa que te hace querer responder del mismo modo. Y lo supe.

- Lo haré, pero mi deuda contigo estará saldada- le dije a Manuel seriamente.
- Nunca me has debido nada –dijo Manuel sonriendo por mi respuesta.
- Ahora ya no –sentencié.

La cara de Manuel era de orgullo, es la cara que hubiera puesto mi padre –si hubiera tenido alguno claro-, pero lo tenía a él. Gloria me apretó aún más la mano y no pudo controlarse y me dio un abrazo que casi me ahoga. Susurrando en mi oído dijo *"gracias hija, no sé qué hubiéramos hecho si no hubieras aparecido en nuestra vida"*. Y me dio un beso en la mejilla.

Liam, por su parte, se pasó la mano por la boca, intentando disimular la sonrisa que amenazaba con escapársele. No lo logró.

- Bueno -dijo al fin, rompiendo la tensión-, si alguien tenía que salvar el apellido, mejor que sea Mía. Cualquier otra habría salido corriendo por la ventana. Y encima, ¡VAS A SER MI CUÑADA! –todos sonreímos, mientras me abrazaba.

Sin embargo, mi futuro "marido" seguía mirándome con sus ojos color azul intenso.

- ¿Lo has pensado bien? ¿No te importa mezclar los negocios con el placer? –dijo James con un doble sentido que me hizo transportarme a nuestra noche de pasión, noche que solo conocíamos él y yo.

Miré de reojo a Liam y pude ver su ceño fruncido dirigido a su hermano.

- ¿O es que te has imaginado cómo combinarías tu vestido con mi corbata? –continuó en un tono sarcástico, levantando las cejas.

Lo fulminé con la mirada. Y como yo el resto de la familia Bernard.

- Si me caso contigo, será solo por altruismo –dije entre dientes-. Una labor social.

Liam estalló a carcajadas pero sus padres lo fulminaron la mirada.

- James, por favor –le advirtió Gloria-. Deberías estar agradecido. Todo esto no tiene gracia.
- Es cierto, mamá. Es trágico, completamente trágico. Mía, de verdad, lo siento por ti. Gracias por contribuir a una obra de caridad –remató James.

Y has aceptado casarte con él –me recordó mi subconsciente. Podrías negarte y darle en la cara –me volvió a decir. Liam negó con la cabeza, mirando a su hermano con fastidio.

- Eres imbécil –le dijo.

Hubo un silencio incómodo, así que decidí romperlo yo. Si algo había aprendido en años de trabajar con el Sr. Bernard, era que, cuando todos están desconcertados, alguien debe poner orden… aunque por dentro se esté tambaleando.

Respiré hondo, crucé una pierna sobre la otra y miré a todos con la mayor serenidad que pude fingir.

- De acuerdo –dije, sorprendida incluso por el tono firme de mi voz-. Si esta es la única opción viable para evitar que la herencia caiga en manos equivocadas… -Vi cómo los ojos de Gloria y Manuel se agrandaban, Liam dejaba de sonreír y James alzaba nuevamente su mirada hacia mí-. Pero este acuerdo lo llevaremos en privado, James y yo.

Manuel me miró tranquilo y sonrió. Sabía que, en realidad, tenía razón.

- Creo que los términos básicos los habréis imaginado todos –seguí-, tendremos que empezar como si lleváramos tiempo

conociéndonos y fuéramos pareja. Llevarnos unos meses así, para dar credibilidad a la relación y, cuando todo esté "afianzado", comprometernos y casarnos. El resto del acuerdo lo resolveremos, como he dicho, en privado James y yo.

Silencio. De esos que parecen durar minutos, aunque solo pasen unos segundos. James se sentó en sofá y se reclinó un poco, con esa expresión que mezclaba sorpresa y algo de admiración mal disimulada.

- Vaya –murmuró, con media sonrisa-. Parece que alguien ya ha tomado el mando.

Le devolví la mirada, fría pero con un brillo que no supe disimular.

- Si esto tiene que funcionar, más nos vale que alguien lo haga –repliqué.

Manuel asintió, visiblemente aliviado de que alguien hubiera puesto orden en el caos.

- Me parece sensato –dijo.

Me giré hacia James, que seguía observándome con ese gesto que me descolocaba más de lo que quería admitir.

- Te espero en mi despacho en media hora –dije, levantándome de la silla-. Tenemos mucho de que hablar.

Y sin esperar respuesta, me despedí de Gloria, Manuel y Liam y salí del despacho. Sabía que acababa de aceptar algo que podría cambiarlo todo.

CAPÍTULO 14: JAMES

Cuando Mía salió del despacho no pude apartar los ojos de ella y de, porqué no decirlo, de su increíble trasero. Me levanté y me apoyé contra la estantería, con los brazos cruzados. Mi padre se sentó detrás del escritorio, tranquilo, aunque con una expresión que no lograba esconder del todo su satisfacción. Liam, en cambio, estaba sentado sobre la esquina de la mesa, balanceando una pierna y con una sonrisa de esas que ya anunciaban problemas.

- Así que, déjame ver si lo entiendo –empezó Liam, con su habitual tono burlón-. Te vas a casar con Mía. La que tiene un carácter de mil demonios, exigente, que no te deja pasar ni una coma fuera de sitio, y que cada vez que habla, te mira como si fuera a multarte. Menos mal que es mi mejor amiga y saca su mejor versión conmigo. En cambio, tú, te vas a cagar –se rió fuertemente, señalándome con el dedo y vi como mi padre lo miró e, increíblemente, sonrió.
- Bueno, hay que reconocer que tu hermano tiene razón –añadió mi padre-. Si alguien puede mantenerte a raya, esa es Mía.

Mi madre, que hasta entonces había permanecido en silencio, frunció el ceño.

- No entiendo nada –intervino-. Están hablando de esto como si fuera una buena noticia. ¡Es una locura!
- Mamá, es que tienes que admitirlo… Mía y James juntos van a ser puro entretenimiento. Si no fuera por la herencia, esto sería una comedia romántica –dijo Liam lanzándole una mirada divertida.
- ¿Y por qué están tan tranquilos? ¿De qué me estoy perdiendo? –preguntó mi madre.

Mi padre carraspeó, intentando mantener la compostura.

- Luego te lo cuento en casa, cariño –dijo con esa calma suya que, lejos de tranquilizarla, la puso más alerta.

Ella lo observó un instante, luego me miró a mí.

- James… -dijo despacio mi madre-. Aquí hay algo que no me están diciendo.
- No hay nada que contar -mentí, encogiéndome de hombros, justo cuando mi hermano soltó una carcajada.
- Claro, claro… nada que contar. Excepto que no puedes apartar los ojos de ella cada vez que la ves, como ahora, o el otro día en Zyra... –dijo haciéndose el cómico.
- Liam –advertí, con un tono más bajo- Si ya terminaron con las teorías familiares –dije, ajustándome la chaqueta- tengo que ir a hablar con Mía. Tenemos un "acuerdo" que discutir.

Liam silbó, divertido. Puedo odiar y amar a mi hermano por igual. Lo ignoré, aunque la sonrisa se me escapó de todas formas e intenté que no me viera. Mi madre seguía mirándonos con una mezcla de curiosidad y sospecha, y mi padre solo negó con la cabeza, conteniendo la risa.

Salí del despacho dejando atrás los murmullos. Y mientras caminaba hacia el despacho de Mía, no pude evitar pensar que, por primera vez en mucho tiempo, toda mi familia tenía razón.

Cuando entré al despacho de Mía olía a café y a menta. Siempre menta. La vi dándole mordiscos al capuchón del bolígrafo ¿Por qué me ponía cachondo ver sus labios en ese maldito capuchón? Estaba tomando algunas notas en un papel. Era tan imprevisible como admirable: fría, meticulosa, con ese aire de control absoluto que me sacaba de quicio y, al mismo tiempo, me fascinaba.

Cerré la puerta tras de mí. No me invitó a sentarme. Solo señaló la silla frente a su mesa con el bolígrafo, como si fuera un interrogatorio. Cuando lo hice, ya estaba hablando de "estrategias" y "términos del acuerdo". Yo la escuchaba, pero lo único que veía era cómo intentaba ocultar el temblor de sus manos sobre los papeles.

- Esto tiene que parecer real -dijo.
- ¿Parecer? –pregunté, levantando una ceja.
- No. Ser –rectificó.

Eso me hizo sonreír. Teníamos que casarnos de verdad. La idea me pareció tan absurda como inevitable. Y, por alguna razón, no tan mala como debería. Al menos, entretenido como dijo mi hermano, sería.

- Entonces es oficial –dije, hundiéndome en la silla-. Me caso contigo.
- Aún no me lo has pedido –dijo reclinándose sobre la silla.
- Entonces, cuando te lo pida, nos casaremos –dije, aún más burlón.

Me encantaba picarla.

- No te emociones. Es un contrato. Un año. Luego cada uno sigue con su vida.

Un año. Sonaba poco… y mucho a la vez. Me incliné hacia ella, apoyando los codos en la mesa.

- Tendremos que actuar bien. Que parezca amor –dije lentamente.
- Exacto –replicó sin pestañear-. Cenas, eventos, reuniones… todo.
- Todo –dije haciendo que esa palabra dejara en el aire todo lo que abarcaba-. Bien, hablemos de ese todo. Tendremos que vivir juntos.
- Supongo que sí, aunque no tiene que ser ya –dijo.
- En dos semanas te mudarás a mi ático. Allí podremos seguir con nuestro "noviazgo" hasta que nos comprometamos. No podemos alargarlo mucho –dije sin admitir discusión.
- Vale. Tendré que encargarme de hacer la mudanza. Espero que cuando todo esto acabe tenga ya mi casa terminada –dijo con voz melancólica.
- ¿Tienes una casa? –pregunté.
- Aún no. La tengo a trozos. Voy construyendo conforme me dan mis ahorros. Ahora mismo tengo el terreno y los pilares –me dijo sincerándose.

- Ok, seguimos. Besos en público. Tampoco hace falta que te diga que nos tendremos que besar. Somos pareja –dije divertido.
- Cuando sea estrictamente necesario –dijo ella apuntándome con el bolígrafo.
- ¿Tan malos fueron mis besos que no quieres repetir? –pregunté en voz baja.

Vi como se puso nerviosa y en su mirada pude ver recuerdos de nuestra madrugada. Ella lo deseaba tanto como yo. Se incorporó un poco en la silla y dirigió su mirada a sus anotaciones.

- Pasemos a la siguiente cuestión. Nadie puede enterarse de que esto –dijo señalándonos a ambos- es falso. Ni tus amigos ni los míos. Sin contar a Liam, que menos mal que con él puedo hablar de esto, sino me pegaría un tiro.
- Está claro. Siguiente aspecto, sexo –dije.
- Ni de coña –dijo inmediatamente sin dejar ni siquiera que pudiera argumentar.
- Bueno, no me estaba refiriendo a nosotros –dije dejando la frase en el aire.
- Ni de coña –volvió a repetir.
- ¿Pretendes que me lleve un año sin follar? ¡Estás loca! –grité.
- El mismo tiempo que estaré yo por tu culpa. No voy a ser la cornuda de España porque no sepas mantener tu polla controlada. Además, pondría en peligro todo esto –me gritó enfadada.

Me dolía admitirlo pero tenia razón. Acostarnos con otras personas sería muy peligroso. Si mi primo Benji se enterara realmente en qué consistía la condición y yo me estuviera follando a otra que no fuera mi prometida…o si ella estuviera con otros…No. Definitivamente no. A la mente me vinieron imágenes de esa diosa rubia, desnuda, con otro haciéndole lo mismo que le hice la otra noche y me dieron arcadas. Suscribo sus palabras, ni de coña.

- Está bien. Nada de estar con otras personas –reconocí.
- ¿Algo más? –me preguntó.
- ¿Por qué estás haciendo esto? –le pregunté mirándola fijamente a sus ojos.

Me devolvió la mirada.

- Por tu padre –me respondió sin apartar la mirada.
- ¿Por qué? –le volví a preguntar.
- No es asunto tuyo –me dijo bajando la cabeza hacia el papel.- Si ya hemos terminado todos los puntos clave… empezaré a organizar la mudanza. Me gustaría ver tu casa antes de instalarme para ver qué necesito y saber qué llevarme. Le diré a mi arrendador hoy mismo que dejo el piso, aunque tenga que pagar el resto del mes por no preavisar con un mes de antelación.
- Yo te pagaré el alquiler –le dije, y cuando vi que iba a contestar continué- yo te lo pagaré, es lo mínimo que puedo hacer. Esto no te tiene por qué ocasionar gasto alguno.

Me levanté de la silla y me dispuse a salir del despacho.

- Nos vemos mi amor –le dije guiñándole un ojo.
- Cierra la puerta al salir cariño –me dijo tirándome un beso.

Cerré la puerta tras de mí y, mientras caminaba por el pasillo me vi sonriendo. No sabía si acababa de aceptar un acuerdo… o de firmar el comienzo del caos más entretenido de mi vida.

Esa tarde la pasé en mi ático. Miré a mi alrededor y, de momento, todo seguía igual, pero todo en mi vida había cambiado o estaba a punto de cambiar.

Mi primer pensamiento fue para mi tío. ¿Por qué dejarme esta condición? Casarme. Siempre había sabido que él quería que alguien de la familia de mi padre continuara con la empresa, ese alguien era yo, pero esto… esto tenía otra intención. Quería que tuviera una familia, que no me perdiera únicamente en números, contratos y reuniones interminables. Que la vida fuera algo más que trabajo. ¿Pero por qué ahora? ¿Por qué no me lo dijo en vida? Ahora estaba entre la espada y la pared.

Y luego estaba Mía. Dios, Mía. Cada vez que la veía, algo en mí se torcía. No podía explicarlo, y la mitad de las veces me comportaba como un imbécil –como me dijo mi hermano- solo para provocarla. Me encantaba verla enojada, ver cómo fruncía el ceño o cómo me soltaba esas frases que solo ella sabía decir. Y, al mismo tiempo, no podía apartar la mirada. No había lógica en eso, pero tampoco necesitaba que la hubiera.

Al día siguiente, salí a correr temprano, necesitaba empezar el primer día de mi nueva vida con pareja estable con la mente despejada. Antes de subir a mi ático, ducharme y salir para el bufete, compré el periódico en un quiosco. Mientras desayunaba, me encontré con la prensa abierta sobre la mesa. Ahí estaba: una noticia que confirmaba lo que hasta entonces era secreto.

"JAMES BERNARD, HEREDERO UNIVERSAL DEL 50% DE LAS ACCIONES DE BERNARD LEGAL GROUP, PERO CON CONDICIONES"

La condición exacta no estaba especificada, pero yo ya lo sabía: casarme. Nadie más sabía lo de la herencia, con condiciones… salvo Benji. El único que podría haber filtrado esa información a la prensa. Nuestra competencia, "Averis Lawyer", estaría en ese momento, salivando.

Mi primo Benji. Ese tipo que se pasaría cada segundo mirando cada movimiento mío, tratando de averiguar cuál era la condición exacta, esperando el momento para sacar provecho, ese tipo que recurrió a la prensa para que ellos lo averiguaran. Como siempre, delegando. No me sorprendió.

Cogí el periódico enfadado, salí de mi ático y fui directo al bufete, directo a ver a Mía. Entré en su despacho sin llamar y me la encontré revisando unos informes, como siempre concentrada. Dejé la hoja del periódico sobre su mesa con un golpe seco.

- Esto es lo que tenemos –dije, con la voz firme-. Todo tiene que parecer real. Que todos vean que nos amamos, sin

lugar a dudas. Nada de medias tintas.

Ella me miró, alzó una ceja y dejó el bolígrafo sobre los documentos, despacio.

- No has llamado antes de entrar. La última vez James, la última vez –me dijo aumentando cada vez más la voz-. ¿Qué demonios ha pasado? –preguntó intentando calmarse.
- Benji va a tener todos los ojos puestos en mí. Si vamos a ganar este juego, tenemos que actuar como si lo nuestro fuera verdadero. Y tú y yo… vamos a ser los mejores actores que hayan visto –dije contundente.

Ella rodó los ojos, pero no dijo nada. Solo me miró fijamente, evaluando cada gesto. Y yo… yo no podía evitar sentir esa mezcla de diversión y tensión.

- Entonces -dije, señalando la noticia-, empieza el entrenamiento. Aparentar que nos amamos, parecer que esto es real, y asegurarnos de que nadie tenga la más mínima duda. Hagámoslo natural, no hay nada falso en esto. Tú y yo, una pareja que se está conociendo.

Mía suspiró y recogió el periódico.

- Pensé que lo nuestro sería más privado. Ahora veo que no será así. Estoy deseando conocer a tu primo –dijo con ironía.
- Lo conocerás mañana. Estoy seguro que acudirá al evento –le confirmé- Y allí estaremos tú y yo dando un buen espectáculo.
- Está bien, ¿te apetece que almorcemos juntos? –me preguntó dejándome fuera de servicio.
- Esto…sí, claro. Es una buena idea –dije a trompicones.
- Bien. La próxima vez intenta no decir, a una invitación a almorzar de tu pareja, que es buena idea. Un…te me has adelantado, quedaría más natural –me dijo nuevamente, pillándome, nuevamente, con la guardia baja.
- Sí, tengo que practicar. Parece que tú estas hecha toda una experta ¿Has fingido algún que otro noviazgo o matrimonio? –le dije.
- No, simplemente leo mucho –me contestó.

- ¿Novelas de la mitología griega, quizás? –le pregunté divertido.
- Quizás –me contestó siguiéndome el juego.
- Nos vemos luego entonces mi amor –le dije.
- Adiós cariño –me respondió cuando bajó la mirada a sus papeles- Ah, llévate esto –me lanzó el titular de la prensa.

Sonreí, porque lo admito, estaba ansioso por ver cómo reaccionaría ella a cada paso de este "plan".

A las dos del mediodía fui a su despacho a buscarla pero me la encontré por el camino. Subimos al ascensor y nos dirigimos a la planta cero. Había reservado en un restaurante que me encanta y le había pedido a Neil que nos recogiera. Salimos del vestíbulo del edificio, como si todo fuera absolutamente normal. Yo, con la sonrisa justa, ella con esa elegancia natural que la hacía parecer segura de sí misma. Teníamos que aparentar que éramos la pareja perfecta.

Pero no habíamos recorrido ni cinco metros cuando vimos a los primeros periodistas. Cámaras, micrófonos y flashes iluminando cada paso que daba. Sonreí un segundo, pero luego miré a Mía y su cara se descompuso. No esperaba para nada tanto espectáculo. No podía permitir que se sintiera atrapada.

Sin pensarlo, tomé su mano con firmeza y la arrastré hacia el coche que nos esperaba. La presión de su mano en la mía, su leve resistencia inicial… me recordó cuánto me gustaba todo de ella, no solo su belleza, sino esa personalidad que era a la vez arrolladora y natural, fuerte pero frágil. Los flashes de los fotógrafos nos seguían, nos preguntaron por la condición del testamento, por mi padre, por mi cargo en Francia y, cuando me preguntaron quién era ella, no titubeé ante esa pregunta:

- Mi novia –dije con claridad, dejando que la incredulidad y la curiosidad de los periodistas llenaran el aire.

Mía me miró con los ojos abiertos, una mezcla de sorpresa y terror por la tormenta que se avecinaba, pero no dijo nada.

Entramos en el coche, y la vi que temblaba. Definitivamente, esto era algo con lo que no contaba, su privacidad había sido invadida. Sin saber aún porqué lo hice, le desabroché el cinturón y la atraje hacia mí, la abracé. Ella rehusó al principio pero cuando notó mi pecho en su mejilla se tranquilizó. Sentí paz al estar los dos abrazados, juntos.

Llegamos al restaurante. Nada demasiado ostentoso, solo un lugar elegante y discreto donde podíamos hablar sin ser molestados.

Durante la comida, todo fue sorprendentemente… normal. Risas, comentarios sarcásticos, pequeñas bromas sobre documentos y clientes, y esa sensación de complicidad que me fascinaba. Ella tenía la capacidad de hacer que cualquier conversación, por absurda que fuera, se sintiera entretenida y auténtica.

Me encantaba todo de ella. Su risa espontánea, la forma en que movía las manos mientras hablaba, cómo levantaba una ceja cuando quería enfatizar un punto. Pero también su humildad, su manera de tratar al personal del restaurante con la misma amabilidad que mostraba, en ese momento, conmigo.

- ¿Y tú? –dijo, señalándome con un tenedor mientras sonreía-. ¿Cuándo aprendiste a arrastrar a las mujeres como si fueran propiedad de tu imperio familiar?
- Forma parte de mi entrenamiento secreto –respondí, fingiendo misterio mientras ella se reía-. Pero contigo… tuve que improvisar.

Ella soltó una carcajada genuina que iluminó todo el lugar. En ese instante, pensé que, aunque todo esto comenzara como un acuerdo absurdo, quería disfrutar cada minuto de tenerla a mi lado, aunque fuera por obligación… Porque era verdad lo que dije, con ella improvisaba, vivía el momento, porque me enfrentaba, porque me trataba de tú a tú, no cedía. Las mujeres con las que me relacionaba me bailaban el agua, Mía se tiraba de bomba para salpicarme más.

CAPÍTULO 15: MÍA

Todavía no podía quitarme de la cabeza lo bien que me había sentido durante el almuerzo con James. Todo había sido sorprendentemente natural. Risas, conversaciones ligeras, pequeñas bromas… y, aunque habíamos acordado actuar, conmigo no había habido fingimiento. Cada gesto, cada mirada, cada sonrisa había sido auténtica.

Al día siguiente, sábado, me desperté con un ligero cosquilleo en el estómago. Era el evento de la empresa con los mayores empresarios del país. Mientras desayunaba, mi teléfono no dejó de sonar: era mi grupo de WhatsApp. Cami había enviado fotos en las que apreciamos James y yo almorzando.

***Cami**: que está pasando?*
***Adri**: como? Y esas fotos?*
***Liam**: que lo cuente Mía.*
***Cami**: habla tú, no puedo esperar a que conteste. Que sabes?*
***Yo**: no pasa nada. Simplemente nos estamos conociendo. Quedamos para almorzar, nada mas.*
***Cami**: nada más? En el artículo pone que dijo que eras su novia. Eso no es estar conociéndose.*
***Yo**: la prensa es muy pesada. Pero bueno, si nos estamos conociendo, algo de "pareja" somos.*
***Adri**: pareja? Madre mía, ¿pero cuando ha pasado?*
***Liam**: tanto tiempos juntos en el bufete parece que los ha unido.*
***Cami**: no me lo puedo creer. Exijo conocerlo como es debido.*
***Yo**: veré que puedo hacer.*
***Cami**: lo harás. Estaré esperando día y hora.*

Mis amigos me querían, se preocupaban por mí. Liam se había convertido en un buen actor. Todo había sido muy rápido, para ser concretos, habían pasado tan solo 72 horas de que hablásemos en el despacho de su padre y ya sabía de nuestra relación toda España.

Coloqué el teléfono a un lado y miré de nuevo las fotos. Nos veíamos felices, relajados, brindando, sonriendo. Todo parecía natural… porque lo era. Al menos por mi parte. No había pretensiones, solo una comodidad inesperada.

Por la tarde, fui a la peluquería y dejé que la estilista trabajara su magia. Quería estar perfecta, espectacular, para el evento. Cada mechón colocado, cada rizo definido, cada detalle pensado. Cuando me puse el vestido más tarde, me miré en el espejo y casi me sorprendí a mí misma. Estaba espectacular… y mi primer pensamiento fue: *"¿Qué pensará James?".* Pero que estoy diciendo, ¿por qué me preocupaba tanto lo que él pensara?

Llegué en taxi al hotel donde se celebraba el evento. Bajé del vehículo, respiré hondo y subí por las escaleras hasta el vestíbulo. Ahí lo vi: James, hablando con un hombre que no conocía. En su esmoquin impecable, impecable como siempre, pero hoy más imponente que nunca. Cada detalle en él parecía medido, perfecto, y me dejó sin aliento por un instante. Qué guapo era.

El hombre con el que estaba hablando pareció detenerse de repente, como si notara que algo había cambiado. James se dio cuenta de que algo pasaba y se giró. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí que me estaba devorando con los ojos. Una descarga de tensión recorrió mi cuerpo. Se despidió del hombre y caminó hacia mí. Sus ojos bajaron por mi cuerpo, despacio, tan despacio que sentí el calor subir por mi piel.

En cuanto llegó a donde me encontraba, lo siguiente que sentí fueron sus manos en mi cintura, firmes, seguras, como si reclamaran lo que era suyo.

- Dios… -murmuró entre dientes, sin apartar la mirada de mí-. Estás guapísima.

Antes de que pudiera responder, me atrajo hacia él y me besó. Un beso directo, decidido. Me dejó sin aire. Cuando se apartó apenas unos centímetros, su respiración rozaba la mía.

- Tenemos que actuar, cariño –susurró con una media sonrisa, esa que sabía exactamente lo que me hacía por dentro.

Actuar. Claro. Ese era el plan. Pero si alguien se hubiese fijado en mis piernas en ese momento, habría dudado mucho de que yo estuviera actuando.

- James… -intenté protestar, aunque sonaba más a un suspiro.
- Shhh –apoyó su frente contra la mía, rozando mis labios-. No sabes lo impresionante que estás. No puedo apartar los ojos de ti. Y lo malo, es que la mayoría de aquí tampoco, por lo que los ojos van a estar puestos en nosotros toda la noche por tu culpa –me dijo divertido.

Y volvió a besarme. Esta vez más lento. Más profundo. Más… comprometedor. Me sujetó la cintura con más fuerza, como si necesitara asegurarse de que no iba a desvanecerme. Y, sinceramente, podría haberlo hecho.

Cuando por fin se separó, lo suficiente para que pudiera respirar, me rozó la mandíbula con el pulgar.

- ¿Lista? –preguntó, con esa voz grave que me recorría la columna entera.

Tragué saliva y asentí, tratando de recuperar algo de dignidad. Esos besos me estaban volviendo loca y mis labios ya lo estaban echando de menos. Actuar Mía, es una actuación. Vamos, saca a la Penélope Cruz que llevas dentro.

Entramos en el hotel y el bullicio del evento nos envolvió de inmediato: risas, saludos, copas tintineando, conversaciones por doquier. Tomé aire y, con una mezcla de orgullo y nerviosismo, comencé a saludar a los que conocía.

Sostenía el brazo de James mientras caminábamos; él lo sujetaba con fuerza, como si quisiera recordarme que allí éramos un equipo, que nadie podría dudar de que éramos una pareja consolidada. Esa seguridad me hacía sentir… extrañamente cómoda y a la vez excitada por la tensión que creaba.

Llegamos a nuestra mesa y nos sentamos junto a Manuel, Gloria, Liam y, sorprendentemente, Arón. ¿Había invitado mi amigo a su rollete? Esto iba en serio. Sus ojos se iluminaron nada más verme.

- Amiga, estás deslumbrante –dijo Liam con entusiasmo.
- Gracias, tú también. –le dije.

Y acercándome un poco para que solo pudiera oírme él.

- Y tú también tienes cosas que contar a las chicas, deja que se enteren.
- Ssshhh, ya me las veré mañana con ellas. Ha sido improvisado –me dijo riendo.

Todos tuvieron elogios para mi atuendo, incluso el Sr. Vázquez y su acompañante, que no dudó en levantarse y venir a abrazarme por lo que había conseguido. Sonreí, sintiéndome halagada y un poco sonrojada.

Justo cuando nos habíamos sentado, una mujer se acercó a nuestra mesa. Guapa, morena, de rostro amable y elegante. Se inclinó hacia James con una familiaridad natural, y yo la observé con atención, sin moverme demasiado, aunque manteniendo cada músculo alerta ¿Me estaba poniendo celosa?

- ¡James! –dijo con una sonrisa amplia-. Cuánto tiempo sin verte…

James se levantó del asiento, sonrió, relajado pero elegante, y ella siguió hablando, contando anécdotas de sus años de estudiante y preguntando por viejos compañeros. Yo seguía sentada, observando cada gesto, cada palabra, controlando mi sonrisa y mis emociones.

- ¿Tienes pareja ahora? –preguntó de repente la mujer, con un ligero coqueteo en la voz-. No te he visto con nadie desde entonces.

¿Había estado siguiendo sus pasos o qué? James no titubeó ni un segundo. Me miró a mí, y sentí ese pequeño choque eléctrico que siempre me producía. Luego, girándose hacia ella:

- Sí, ¡Mía! –me llamó con firmeza captando mi atención, pero con una sonrisa divertida, y me la presentó.

Mis mejillas se calentaron, y yo no pude evitar sonreír mientras él volvía su atención a mí. Me sentí extrañamente satisfecha. No solo estábamos cumpliendo el acuerdo, sino que éramos convincentes, naturales… y, aunque fingido para los demás, yo disfrutaba cada segundo de esta danza de miradas, gestos y control que James y yo teníamos.

La cena había sido maravillosa. No solo por la calidad de la comida, sino porque todo parecía fluir con naturalidad. El Sr. Vázquez no dejaba de halagar mi trabajo; había visto el video del juicio de nuevo y no paraba de decir lo impresionante que había sido mi intervención. Cada palabra que salía de su boca me hacía sonreír, pero, sinceramente, no podía concentrarme del todo: James estaba allí, pendiente de mí en cada instante, con esa mirada intensa que me recorrió la columna y me ponía los vellos de punta.

- No puedo creer que seas tan buena –me susurró al oído entre risas, apoyando su mano discretamente sobre la mía.

Sentí un cosquilleo mezclado con diversión y algo de… anticipación.

- James…-susurré, intentando mantener la compostura-. Estoy intentando concentrarme en la conversación.
- Lo sé –replicó, con un tono travieso que me hizo sonreír involuntariamente-. Pero no puedo dejar de decirlo. Te ves increíble incluso mientras me ignoras.

¿A qué estaba jugando? ¿Había sido actor en otra vida? Sonreí y, aprovechando una pausa, me excusé:

- Disculpadme un momento, necesito ir al baño.

Mientras recorría el salón, rodeando mesas y evitando los camareros, un hombre se interpuso en mi camino. Perfectamente peinado, traje impecable y una sonrisa descarada que parecía calculada para incomodarme.

- Hola, hermosa –dijo, acercándose sin prisa, con un coqueteo medido-. No te había visto antes por aquí.

Sentí cómo se inclinaba ligeramente hacia mí, invadiendo mi espacio personal. Su confianza me intimidó un instante, pero no por mucho.

- Yo a ti tampoco, y tampoco es que me agrade la idea -contesté con firmeza, cruzándome de brazos-. Ahora, si me disculpas tengo que ir al baño.

El hombre no se inmutó, no se apartó de mi camino y trató de acercarse un poco más, con esa sonrisa que intentaba ser provocativa.

Fue entonces cuando apareció James. Con un simple gesto, se colocó a mi lado. Su presencia era imponente, como si todo el aire a nuestro alrededor hubiera cambiado de repente. Me acercó a él con un brazo alrededor de mi cintura, marcando posesión con naturalidad, sin agresividad, solo seguridad.

- Hola, Benji. Veo que has conocido a mi novia Mía –dijo en un tono serio.
- Oh, que es tu novia. No sabía que un hombre como tú tuviera relaciones estables, pensaba que sólo follabas sin

compromiso –dijo directamente el tal Benji.

- Ahora entiendo muchas cosas –le dije a James.
- ¿Ahora entiendes qué, bombón? –me preguntó.
- Ahora entiendo porqué me decían que eras un imbécil, no sabes hilar más de tres palabras coherentes seguidas –le dije ridiculizándole.
- Ya veo que no estás solo con esta zorrita por su cuerpo, sino para que libre tus batallas –le dijo Benji a James.
- Punto número uno, primera y última vez que la insultas, como vuelvas a hacerlo te partiré la cara, y sabes que no bromeo –le dijo James acercándose a Benji muy lentamente.

Yo lo agarré del brazo para que sintiera mi apoyo y mi advertencia de que tuviera cuidado, estábamos en un salón rodeados de personas influyentes.

- Y punto número dos, sí, he conseguido a una fiera que no duda en sacar las garras ante tipos como tú, así que ten cuidado, no vaya a ser que te arañe.
- Ojalá me arañara –dijo en un tono baboso que me dio ganas de vomitar.

Sentí como a James se le tensaba el brazo, le cogí la cara y se la giré para que me miraba. Mi miró a los ojos y vi como sus pupilas empezaron a relajarse.

- Vámonos, no merece la pena. Esto es lo único que puede hacer, sacarte de tus casillas, porque para su pesar…-aparté la mirada de James y la dirigí a Benji- es lo único que ha podido conseguir –dije haciendo alusión a la herencia.

La mandíbula de Benji se endureció y me dedicó una mirada de odio. Ahí lo llevas baboso –dije para mí. James me miró con una mirada de orgullo, le cogí del brazo y nos alejamos de él. Una vez alejados, le solté el brazo y me dirigí al baño.

Después del enfrentamiento con Benji, todavía sentía la adrenalina recorriéndome. Caminé hacia los baños intentando recomponerme, me miré al espejo intentando calmarme. Toda la

noche cerca de James me hacia estar nerviosa continuamente y, después del enfrentamiento, no disminuyó. Cuando me disponía a salir del baño, algo -más bien alguien- me hizo detenerme en seco.

Allí estaba él. Esperándome, con esa expresión intensa que me desarmaba y me aceleraba el corazón. Antes de que pudiera reaccionar, me cogió del brazo con firmeza, pero sin brusquedad, y me condujo hacia uno de los baños vacíos.

- Lo siento –dijo, con la voz baja y cargada de una urgencia que me hizo estremecerme-. Necesito hacerlo.

Antes de que pudiera decir algo, una de sus manos atraparon las mías, sus labios buscaron los míos. Fue un beso inesperado, cargado de intensidad y desesperación contenida. Cada segundo parecía eterno; el mundo desapareció a nuestro alrededor y solo existíamos él y yo.

Me quedé congelada por un instante, pero luego respondí, dejándome llevar por la sensación que había estado reprimiendo toda la noche, desde que lo vi en el vestíbulo. Todo lo que había sido tensión, juego y anticipación se volcó en ese beso. Me pegó contra la pared, me colocó mis manos atrapadas encima de mi cabeza, mientras que, con la otra, me tocaba haciendo un sendero de caricias desde el muslo hasta mi trasero, el cual masajeo –por llamarlo así- de una manera desesperada, ansiosa y sin control. No fue un beso. Fue el beso. No había nadie, aquí no había actuación.

Cuando finalmente nos separamos, me quedé con el corazón latiendo a mil por hora. Lo miré, intentando recuperar el aliento, y solo pude pensar en que quería repetirlo. Necesitaba repetirlo.

- Vamos –susurró él, con una media sonrisa y un brillo travieso en los ojos-. Antes de que alguien nos extrañe.

Asentí, todavía sintiendo el eco de sus labios, y salimos del baño juntos, caminando como si nada hubiera pasado, aunque el

aire entre nosotros estuviera cargado de una electricidad que solo nosotros sentíamos.

Cuando llegué a la mesa, Liam me dijo:

- Tienes todo el pintalabios corrido –me dijo mi amigo.

Rápidamente me apresuré a coger una servilleta para limpiarme.

- Es imposible, es permanente –dije en un susurro, intentando limpiarme el carmín alrededor de mi boca.
- Lo sé –me dijo mi amigo guiñándome el ojo.

Lo miré boquiabierta. Mierda. Nos había pillado. Nadie era mejor detective que Liam Bernard. Maldito. Finalmente, dirigió dos dedos desde sus ojos hacia los míos, que sólo significaban una cosa: "Te estoy vigilando".

- Oye chicos, papá me ha dicho que mañana se va de viaje con mamá hasta el martes, quieren ver a la hermana de mamá. Nos ha dicho que si queremos ir a casa a echar el día en la piscina ¿quedamos todos juntos? ¿Se lo digo a las chicas y echamos el día? Es un planazo: piscina, sol, amigos, juegos, alcohol… ¿qué decís? –nos dijo Liam a James, Arón y a mí.
- Por mí no hay problema. Puedo decírselo a Eric y a Enzo –dijo James.
- Por mí tampoco, no tengo nada que hacer –dije.
- Yo tengo que hacer unos recados por la mañana, pero puedo unirme más tarde –dijo Arón.

Un poco más tarde, Liam me dijo que las chicas estaban avisadas: *"A las 12 en casa de mis padres"*.

El evento estaba animadísimo. La música, las luces, la gente… todo estaba en ese punto justo entre elegante y desenfadado. Liam y Arón ya estaban en el centro de la pista, dándolo todo como si fueran los protagonistas de un videoclip. James hablaba con un

cliente, al parecer, de la sede de Francia, muy serio, muy intenso, como siempre.

Yo… bueno… no tenía remedio. Si suena música movida, mi cuerpo entra en modo automático. Empecé a moverme en el sitio, suave, sin llamar mucho la atención. O eso creía yo.

- Bonita canción para bailar –escuché detrás de mí.

Me giré y me encontré con un chico muy guapo, moreno, ojos oscuros, sonrisa de anuncio. Definitivamente no era español, o al menos no había crecido aquí.

- Hola –me dijo-. Soy Marc.
- Mía –respondí, cordial.
- ¿Trabajas en el bufete Bernard Legal Group? Te he visto con ellos en su mesa –preguntó, mirándome con interés descarado.
- Sí –respondí-. Y tú… por el acento… ¿francés?
- Sí, Marsella –sonrió, encantado de sí mismo-. Estoy aquí por algunas colaboraciones con la sede que tenéis en Francia. Y… bueno… -miró a la pista-. ¿Te gustaría bailar?
- La verdad es que estaba esperando a... –comencé hablar hasta que una mano caliente se deslizó por mi cintura desde atrás, terminando mi frase.
- …a mí –terminó James con total seguridad.

Su voz salió tan suave y peligrosa que sentí un escalofrío en toda la columna.

- Y ya he terminado –sentenció.

Marc parpadeó, incómodo.

- Oh… no sabía que estabas acompañada –dijo el marsellés.

James sonrió, ese tipo de sonrisa que no es sonrisa sino advertencia con dientes.

- Lo está –dijo, apretando mi cintura un poquito más-. Pero gracias por hacerle compañía.

Marc se disculpó, murmuró algo en francés y se fue tan rápido que casi dejó humo. Yo levanté una ceja.

- Qué sutil –dije mirándole.

James se acercó más, sin despegar su mano de mi cintura.

- No puedo dejarte ni un segundo sola –susurró-. Atraes problemas.
- ¿Problemas? Era un baile, no un secuestro –reivindiqué.
- Peor –me guiñó un ojo-. Parecía encantado contigo. Venga, vamos a bailar. Voy a mostrarte mis dotes artísticas.
- ¿Dotes? ¿Tú? –me reí-. No sabía que bailar era un deporte de riesgo.
- Vas a tragarte tus palabras –dijo, arrastrándome suavemente hacia la pista.

La música subió. Empezó a sonar "Qué haces" de Becky G y Manuel Turizo. Me encantaba esta canción y su letra… Nos colocamos frente a frente. James deslizó sus manos por mis caderas como si fuera parte del papel…

- Por favor, no me pises –dije con sorna.
- Por favor, no te enamores –replicó él.

Empezamos a movernos al ritmo. Y, maldita sea, bailaba bien. Muy bien. Sus manos marcaban mi cintura, mi movimiento, como si conociera mi cuerpo de antes. Como si lo hubiera estudiado. Como si estuviera intentando memorizar cada respuesta. Yo lo seguía sin pensar, pegada a él más de lo necesario. Ya no sabía qué era parte del acuerdo y qué no.

- Mira qué bien lo hacemos –susurró en mi oído-. La prensa va a pensar que estamos perdidamente enamorados.
- Sí… -susurré, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón.
- Mía…
- ¿Qué?
- No sigas mirándome así –me dijo en un susurro.
- ¿Así cómo? –pregunté.
- Como si quisieras comerme.
- Yo no te estoy mirando así.
- Mentira –dijo, riendo contra mi cuello.

La canción terminó, pero seguimos pegados un segundo más. Solo un segundo. En ese momento, esa canción sería mi favorita, siempre que la escuchara me recordaría a él.

James me soltó despacio, sin dejar de mirarme, con esa mezcla de arrogancia y deseo que me desarmaba.

- No te dejo sola otra vez –dijo.
- Lástima –respondí, volviendo a coger aire-. El francés era mono.

James me lanzó una mirada peligrosa.

Después de un rato hablando con Liam, Arón y algunos compañeros del despacho, la noche empezó a apagarse. El evento terminó oficialmente y todos se fueron despidiendo. Yo cogí mi bolso, preparada para pedir un taxi, cuando sentí la mano de James en mi espalda.

- Te llevo.
- No tienes que…
- Te llevo –repitió, esta vez con una suavidad que me desmontó.

No era una orden. Era… algo más parecido a un "por favor". Así que acepté.

James iba conduciendo en silencio, pero no era incómodo. Era ese tipo de silencio cargado de electricidad, del que te hace sentir la piel más sensible, más alerta. Yo miraba por la ventana para distraerme, pero me pillaba robándole miradas todo el tiempo. Y él hacía lo mismo.

- Lo del francés… -empezó a decir de repente.

Ay Dios.

- ¿Qué pasa con el francés? –pregunté, disimulando una sonrisa.
- Nada –respondió él, pero se le tensó la mandíbula-. Solo que… bueno…
- ¿Celoso?

- Cero –mintió fatal.
- No parecía cero –canturreé.
- Mía –me miró dos segundos, los suficientes para que mi corazón hiciera una voltereta-, si voy a ser tu pareja fingida, tengo que… actuar en consecuencia.
- Sí, claro, todo es por el acuerdo –le dije seria.
- Exacto –dijo mirando a la carretera.

Al llegar a mi portal, me acompañó hasta la puerta.

- Gracias por… todo –le dije.
- ¿Por rescatarte del francés? –preguntó con esa media sonrisa peligrosa.
- Por bailar conmigo –contesté sintiéndome pequeña.

Se acercó. Demasiado. Mi espalda encontró la pared fría del edificio y él estaba ahí, delante, con esa mirada que decía mil cosas que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar.

- Mía –susurró.
- ¿Qué?
- Sigues mirándome así –volvió a susurrar.
- ¿Así cómo? –pregunté en su mismo tono.
- Como si quisieras que subiera.

Sentí cómo el aire se me atascaba en la garganta.

- No he dicho eso –respondí.
- No. Pero lo has pensado –me contestó rozando su aliento contra mi mejilla.

Me quedé sin palabras. James levantó una mano y apartó un mechón de mi pelo. Su dedo rozó mi mejilla como si fuera un accidente… pero no lo era. Quieres que te bese, me dijo mi subconsciente. No. No lo niegues, lo estás deseando. No…Mentirosa. Bueno, un poco.

- Buenas noches, Mía –susurró, tan pegado que sentí el calor de su aliento.

- Buenas noches, James –conseguí decir, aunque apenas me salía la voz.

Se dio media vuelta y empezó a alejarse. Yo me quedé quieta, intentando recordar cómo se respiraba. Y se fue caminando hacia su coche, dejándome allí, apoyada en el portal, con el corazón desbocado.

CAPÍTULO 16: JAMES

El sol pegaba fuerte sobre la piscina de mis padres y el ambiente era ideal: música suave, el olor a crema solar y risas que se mezclaban con el sonido del agua. Habíamos decidido pasar el día todos juntos.

Intenté mantenerme relajado, sentado en el borde de la piscina con los pies en el agua mientras charlaba con los chicos, pero era imposible no distraerme. Al otro lado, Mía, junto con Adri y Cami tomaban el sol, y Liam estaba sentado en el borde, de lado, con un pie dentro de la piscina mientras charlaba con ellas. Mía estaba recostada sobre la hamaca, con unas gafas de sol grandes y el cabello rubio suelto cayéndole por los hombros. El bikini verde esmeralda que llevaba hacía que sus ojos brillaran incluso desde donde estaba; y, sinceramente, ni el agua fría me habría quitado el calor que me subía solo de mirarla.

Eric, que tenía la sutileza de un camión, me dio un codazo.

- Tío, lo siento, pero… -bajó la voz con una sonrisa-, tu noviecita está increíble. Ese bikini…
- Ni lo termines –le advertí, aunque sonreía-. No sigas por ahí.
- Vale, vale –dijo riéndose levantando las manos.

Negué con la cabeza, intentando fingir indiferencia, pero la verdad era que no podía dejar de mirarla. Su risa, la forma en que se acomodaba el pelo, el modo en que cruzaba las piernas… todo en ella me sacaba de mi eje. Ella en sí misma era sensual.

Entonces Enzo se levantó de golpe y gritó hacia el grupo de enfrente:

- ¡Eh! ¿Quién se apunta a un partido de vóley en la piscina?

Los cuatro levantaron la mano al mismo tiempo: ¡Yo! –respondieron al unísono.

No pude evitar reír. Mía se puso de pie, recogió su cabello en una coleta alta y se acercó al borde de la piscina. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, supe que aquello se iba a poner interesante.

- Espero que no te creas invencible -me dijo, con esa sonrisa que combinaba desafío y dulzura.
- Eso depende –contesté, entrando al agua y acercándome-. ¿Vas a jugar limpio, o piensas distraerme?
- No necesito distraerte –replicó-. Solo ganarte.

Me reí.

- Lo dudo mucho. Pero te advierto que cuando pierdas, no pienso consolarte –le dije juguetón.
- Ya veremos –dijo, lanzándome una mirada tan directa que, por un segundo, olvidé cómo se respiraba.
- ¿Quieres apostar algo? –le dije, arqueando una ceja, fingiendo inocencia.

Ella entrecerró los ojos, divertida.

- Lo que quieras –respondió sin pensarlo, con esa seguridad suya que me descolocaba cada vez.
- ¿Lo que quiera? –repetí, dándole un tono más bajo a la voz-. Esto se pone interesante.

Ella sonrió, con un gesto que era mitad advertencia, mitad reto.

- No te emociones. Primero gana, luego hablamos –sentenció nadando hacia los demás y, al verla de espaldas con el pelo recogido en su coleta alta, me fijé en una pequeña cicatriz en la nuca.

No se la había visto hasta ahora. ¡Dios! Hasta esa cicatriz me pareció sexy, me recordaba a lo guerrera que era.

Y viéndola como un bobo, se colocó en frente de la red que habían colocado ya los chicos y empezó el partido. El agua salpicaba por todas partes, las risas se mezclaban con los gritos y las bromas, y la competencia se volvió casi tan intensa como las miradas que nos lanzábamos. Ella jugaba bien, demasiado bien. ¿Había algo que se le diera mal? Y cada vez que me bloqueaba un punto, me sonreía como si acabara de conquistar el mundo. Pero al final, ganamos. Y no pude resistirme.

Me acerqué despacio, mientras ella reía con el resto, y sin darle tiempo a reaccionar, la tomé suavemente por la cintura y la hundí en el agua conmigo. Cuando emergió, me miró con los ojos brillantes, sorprendida y divertida.

- ¿Qué haces? –preguntó, entre risas.
- Vengo por mi premio –dije.

Y antes de que pudiera contestar, la besé. Ahí, delante de todos. Sin miedo, sin reservas. Porque podía. Porque a los ojos de los demás era mi novia. Porque no estaba haciendo nada malo. Pero, sobre todo, porque quería hacerlo.

El mundo se apagó por un instante. Solo existía el agua tibia, el sol reflejándose en su piel y el sabor de sus labios. Cuando nos separamos, ella me miró con esa mezcla de asombro y sonrisa que siempre me desarmaba.

Los demás aplaudieron, entre silbidos y bromas. Yo me limité a mirarla, sin decir nada más. Sólo fue una situación… natural. Al parecer se nos daba muy bien dar el espectáculo.

La tarde avanzaba entre risas, sol y el olor a cloro. Después del partido, todos estábamos más relajados, con el cuerpo aún húmedo y las mejillas encendidas. Eric levantó la botella de tequila y soltó con su tono habitual de caos:

- Vale, vale, escuchad… ¡propongo un juego! "Verdad o reto con chupitos". Pero con una condición: si no cumples el reto o no respondes, bebes.

- Pensé que nadie iba a proponerlo -dijo Liam.

Y todos reímos. Las chicas se miraron entre ellas, riendo. Mía negó con la cabeza, divertida.

- No pienso acabar en coma etílico por tus tonterías, Eric –dijo Mía.
- Demasiado tarde, guapa, primera negativa. Bebe –replicó él, sirviéndole un chupito sin esperar respuesta.

Ella lo tomó y se lo bebió entre risas.

Y así empezó la locura. Las preguntas iban subiendo de tono, los retos se volvían cada vez más absurdos, y el ambiente se llenó de carcajadas. En un momento dado, Eric terminó dándole un beso fugaz a Cami, lo que desató un coro de gritos y aplausos.

- ¡Vale, esto se está descontrolando! –dijo Adriana entre risas, cubriéndose la cara.

Cuando le tocó el turno a Mía, todos nos callamos un poco. No sé si fue por curiosidad o por lo magnético que resultaba verla, con el sol bajando detrás de ella, los hombros brillando de agua y esa sonrisa medio retadora.

Eric, cómo no, fue el encargado de ponerle el reto.

- A ver, Mía… te toca reto.

Ella arqueó una ceja.

- Depende del reto –dijo.
- No vale poner condiciones -le interrumpió Eric-. Tienes que hacerlo o beber.
- Vale, dispara –dijo finalmente.

Eric se rió, disfrutando demasiado.

- Te lo voy a poner fácil. Tu reto es… decirle a alguien del grupo la primera impresión que te dio la primera vez que lo viste, pero mirándolo a los ojos. Y tienes que ser completamente sincera –le dijo Eric.

Mía se quedó en silencio unos segundos, mirando a todos, mientras el grupo contenía la respiración. Yo no aparté la vista de

ella. Primero sonrió a Cami, luego a Liam, luego a Enzo, luego a Adri… y finalmente, sus ojos se posaron en mí. El aire pareció cambiar.

- Mi primera impresión de ti… -dijo despacio, con una media sonrisa- fue que eras un idiota arrogante.

Las risas explotaron al instante, pero ella no apartó la mirada.

- Aunque –añadió, más suave-, ahora no estoy tan segura.

Me quedé sin palabras un segundo. Podría haber respondido con una broma, pero preferí no hacerlo. Solo sonreí, y ella lo notó. El juego siguió, pero para mí ya había terminado. Porque con esa mirada, con ese tono, Mía acababa de ganar mucho más que cualquier reto.

El sol empezaba a bajar y el agua de la piscina se teñía de naranja. Cami y Eric fueron los últimos en marcharse. Sólo quedábamos Mía y yo, que se ofreció a ayudarme a recoger los vasos y toallas.

- Vaya día –dijo ella, dejando una botella vacía sobre la mesa-. Entre el vóley, los chupitos y tus amigos… creo que necesito vacaciones.
- No exageres –respondí, sonriendo mientras la observaba-. Admítelo, te lo has pasado bien.
- Puede –dijo con un gesto de falsa indiferencia, pero esa sonrisa traviesa la delataba.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El sol se reflejaba en su piel y el pelo húmedo se le pegaba al cuello. Yo intentaba no quedarme mirándola demasiado, aunque era una batalla perdida.

- Sigo pensando en lo de antes –le dije, acercándome un poco.
- ¿En qué? –preguntó, aunque sabía perfectamente de qué hablaba.
- Tu "primera impresión". Eso de que te parecí un idiota arrogante… -hice una pausa, mirándola con media sonrisa-.

¿Seguro que ya no lo piensas?

- Mmm… -se llevó un dedo a la barbilla, pensativa-. No sé, necesito más pruebas.
- ¿Pruebas? –dije riendo-. ¿Y cómo quieres que te convenza?
- Sorpréndeme –me contestó.

Aquella palabra flotó en el aire. Me acerqué otro paso, pero ella no se movió. La brisa le revolvió un mechón rubio de pelo, y por un instante, el silencio fue más elocuente que cualquier frase.

- Cuidado –dijo, rompiendo la tensión con una sonrisa-. Que te estás tomando muy en serio lo del papel de "novio perfecto".
- Solo estoy practicando –respondí aún más cerca-. Nunca se sabe cuándo puede haber fotógrafos escondidos detrás de los arbustos.

Ella soltó una carcajada, se acercó más aún y… me empujó al agua. Literalmente.

- ¡Oye! –grité, emergiendo empapado.
- Eso por arrogante –contestó, divertida, cruzándose de brazos.
- Muy bien –dije, saliendo despacio por el bode de la piscina-. Entonces tú también deberías practicar… cómo pedir perdón.
- ¿Perdón? -repitió, retrocediendo-. No pienso…

No la dejé terminar. La levanté de golpe, entre risas, y nos lancé al agua. Caímos con un chapuzón enorme que salpicó medio jardín. Cuando salió a la superficie, me miró con los ojos brillando y el gesto desafiante.

- Estamos en paz –dijo, riendo.
- No, no lo estamos –contesté, riendo-. Pero me gusta más así.

El sol desaparecía detrás de los árboles, y por unos segundos, todo fue risas, agua y miradas que decían mucho más de lo que ninguno de los dos se atrevía a confesar.

Estábamos muy cerca el uno del otro. Ambos queríamos que pasara. Ninguno quería dar el primer paso. Así que lo dimos juntos. Nuestros labios se unieron al mismo tiempo y nos besamos como nunca antes. Sin prisas. Sin exigencias. Simplemente lento, recreándonos con los labios del otro. Levantó sus brazos y los puso detrás de mi cabeza, agarrándome el pelo –me encantaba que me hiciera eso-, me resultaba posesivo, como si fuera suyo. La agarré el trasero levantándola y enrolló sus piernas alrededor de mis caderas. Nos conduje hasta el bordillo hasta que su espalda tocó la pared de la piscina, sin dejar de besarnos, de tocarnos. Paré el beso sólo para dedicarle tiempo a su cuello, ella gimió y me encendió. El bulto de mi bañador la hizo reaccionar y mirarme a los ojos. Sonrió. Otra vez esa mirada, esa mirada que incitaba a continuar, a llegar al final. Le desabroché el bikini y continué mi camino hasta sus pechos, los cuales devoré sin compasión. El sonido ronco que salía de lo más profundo de su ser, hizo tener calor. Y estábamos dentro de una piscina. ¿Desde cuando el agua estaba tan caliente? Continué y me deshice de sus braguitas y ella metió sus manos en las tirillas de mi bañador, dejándonos completamente desnudos. Nuestras respiraciones estaban ahogadas de pasión pero no dejamos de besarnos, mientras me clavaba en ella, en un principio, con movimientos lentos y, para terminar, con movimientos raudos, en su interior.

La piscina fue testigo de nuestra unión, hasta ahora, más ardiente, de un clímax intenso que provocó que se me erizara la piel ante sus gemidos. Pues, aunque nuestra primera noche de pasión, sería difícil de olvidar, lo de aquí, lo de ahora, estaba cargado de algo más, algo que ya me encargaría de descubrir.

Seguía riéndome solo mientras entraba en la casa, todavía goteando agua. Mía se había quedado fuera, acomodándose el pelo, recogiendo sus cosas, murmurando algo sobre que yo era

insoportable. Dios… no sabía por qué, pero cada minuto con ella hacía que me sintiera más vivo. Entonces sonó el timbre. Pensé que sería Eric, que siempre se dejaba el móvil o la toalla o cualquier cosa que no fuera su dignidad. Abrí la puerta sin darle importancia. Pero el estómago se me cayó al suelo.

- ¡Vanessa!

Allí estaba. Vestido corto, escote exagerado, perfume fuerte… y esa sonrisa que conocía demasiado bien. Una sonrisa que antes me parecía atractiva y ahora solo me pareció inoportuna. Muy inoportuna.

- Me dijeron que estabas aquí –dijo, pasándose un mechón detrás de la oreja-. Y vine a verte. Te echaba de menos.
- Vanessa, no creo que sea… -empecé a decir.

No me dejó terminar. Se acercó de golpe, agarrándome del cuello de la camiseta, intentando besarme y casi lo consigue.

- Oye, no –dije, sujetándole las muñecas para apartarla-. Basta.

Y fue en ese momento, justo en ese maldito segundo, cuando escuché la voz que no quería escuchar detrás de mí.

- ¿James? –preguntó en un susurró, casi sin voz.

Mía.

Me giré tan rápido que casi perdí el equilibrio. Ella estaba entrando al vestíbulo, aún con el pelo húmedo, el bikini debajo de ese vestido blanco que se había puesto para cubrirse… y tenía esa expresión que dolía más que cualquier golpe.

Antes de que pudiera explicar el motivo de porqué Vanessa estaba a centímetros de mí y de mi boca, Vanessa se rió con desprecio.

- Relájate, cariño. Estábamos teniendo una conversación de adultos.
- Vanessa, cállate. –Mi voz sonó más fuerte de lo que esperaba.

Pero ya era tarde. Lo vi en los ojos de Mía: decepción, rabia…

- Mía, espera –di un paso hacia ella.

Ella negó con la cabeza, apretó los labios y recogió sus cosas como si le quemaran. No dijo una palabra. Simplemente se dio la vuelta y caminó hacia su coche.

- Mía, por favor –corrí detrás de ella-. No es lo que parece. No sabía que venía. No quería…

Ella cerró la puerta del coche sin mirarme. Intenté abrirla, pero ya había echado el pestillo.

- Mía, escúchame. Por favor, escúchame –supliqué.

Pero lo único que escuché fue el motor encendiéndose. Y luego, el coche alejándose por el camino, cada metro que se iba era como si me arrancaran algo del pecho.

Me quedé ahí, con las manos en la cabeza, empapado y respirando como si hubiera corrido una maratón.

No podía creerlo.

Vanessa detrás de mí.

Mía marchándose delante de mí.

Y yo en medio, sintiéndome el mayor idiota del planeta. "Perfecto, James" –murmuré para mí mismo-. "Perfecto. Justo lo que necesitabas".

Y lo peor era que sabía que lo que más me dolía… no era Vanessa apareciendo. Era Mía pensando que significaba algo para mí.

CAPÍTULO 17: MÍA

No dormí. Ni un minuto.

Llegué a la oficina con las gafas de sol puestas, no por postureo, sino porque parecía que me habían echado pimienta en los ojos. Estaba cansada, frustrada… y herida. Esa era la verdad. Herida. Había confiado en él. Idiota de mí. Y él seguía acostándose con otras.

Me dejé caer en mi silla, respiré hondo varias veces intentando recomponerme, abrí el ordenador… y por un instante pensé que, con trabajo, quizá podía olvidarlo. O al menos enterrarlo lo suficientemente hondo.

Alguien llamó a la puerta. Golpecitos suaves. Me tensioné. Él jamás llamaba a mi puerta. Siempre entraba como un huracán sin avisar, sin permiso, sin educación. Esa era su firma. No tenía ganas de ver a nadie, aunque bueno, con la distracción de cualquiera quizá pudiera superar este día de mierda.

- Pasa –dije, sin dejar de mirar la pantalla.

Escuché la puerta abrirse. Su perfume. Su presencia. Tragué saliva. Levanté la vista y ahí estaba. Perfectamente arreglado, serio, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en mí como si quisiera atravesar todas mis defensas.

Genial. Perfecto. El remate del día.

- Tenemos que hablar –dijo James.
- No –repliqué sin un segundo de duda-. No quiero escucharte.

No hoy. No ahora. No después de ver lo que vi. Pero él avanzó hasta mi mesa, apoyó las manos en el borde y dijo con ese

tono suyo que siempre lograba que me hirviera la sangre:

- Me vas a escuchar.

Levanté la cabeza despacio. Mi mirada podía parecer calmada, pero estaba hecha de rabia.

- James no tengo nada que hablar contigo. Ya lo vi todo –dije.
- No viste nada –respondió con firmeza-. Vanessa vino porque le dio la gana, yo no la llamé, no la invité y desde luego no quería verla.

Me reí sin humor. Una carcajada seca e incrédula.

- ¿Y qué? ¿Pretendes que me trague eso? –me detuve antes de decir demasiado-. Os vi muy juntos, como si acabara de interrumpir… Mira, da igual. No importa.

Dejé de hablar porque recordar a Vanessa tan cerca de James me ponía de muy mala leche.

- Importa –insistió él, acercándose otro paso-. Importa porque cuando te fuiste le dije a Vanessa que se largara, que tengo novia y que esa novia eres tú.

Mi pecho se encogió. Quise creerlo. Una parte de mí lo creyó. Pero esa parte era idiota.

- No tienes que darme explicaciones –dije, apartando la mirada-. Todo esto ha sido un error. Nunca debió pasar nada entre nosotros.

Él frunció el ceño.

- ¿Eso piensas? –me preguntó.
- Sí –susurré, tragando el nudo en la garganta-. Esto es un acuerdo. Solo eso. Y si vamos a seguir con este circo, al menos respeta los términos. No voy a ir con una cornamenta por ahí mientras fingimos ser la pareja perfecta.
- Mía -su voz bajó, más grave, más dolida-. No pasó nada. Créeme.

Levanté la mirada y encontré la suya. Demasiado sincera. Demasiado peligrosa.

- Como hicimos la primera vez, vamos a dejarlo en un recuerdo –dije, obligándome a sonar firme-. Eso es lo que quieres, ¿no?

Él dio un paso atrás, como si mis palabras lo hubieran golpeado de verdad.

- ¿Eso quieres tú? –preguntó, sin apartar los ojos de los míos-. ¿De verdad?

Respiré hondo. No quería llorar. No delante de él. Nunca delante de él.

- Sí –mentí-. No quiero que me hagan más daño.

El silencio se volvió insoportable. Finalmente, él asintió. Una vez. Un gesto pequeño, pero suficiente para romperme por dentro.

- Está bien –dijo, pero su voz tembló apenas-. Si eso es lo que quieres.

Y se dio la vuelta. Caminó hacia la puerta. La abrió. Pero antes de salir, murmuró, sin mirarme: "No te confundas, Mía. No fui yo quien te hizo daño.".

La puerta se cerró. Y por primera vez en mucho tiempo… me quedé sin saber quién tenía razón.

¿Por qué le dije que se fuera? ¿Por qué? Si una parte de mí estaba rogando que se quedara, que insistiera, que me demostrara que no era como los demás. Pero lo dije. Lo solté como un disparo.

Y la verdad –mi verdad- era otra. No era él. Era yo. Eran todas las cicatrices que llevo debajo de la ropa. Había pasado demasiada gente por mi vida que primero me miró como si fuera algo valioso… y después me dejó caer como si no pesara nada. Como si no valiera la pena sostenerme. Mis propios padres, parejas... Personas que juraron que nunca me harían daño… y lo hicieron. Personas que me prometieron que no se irían… hasta que un día ya no estaban. Y cada vez, yo era la tonta que se quedaba preguntándose qué había hecho mal.

Había aprendido. A golpes. A base de decepciones. A base de pegar mis pedazos sola. Aprendí que si algo dolía, lo cortaba de raíz. Que si veía la mínima señal de peligro, salía corriendo. Que antes de que alguien pudiera hacerme daño, me protegía.
Me interponía. Levantaba el muro. El mismo muro que ahora estaba entre James y yo.

¿Pero… quería James hacerme daño? Ahí estaba el problema. No lo sabía. Una parte de mí gritaba que no. Que si de verdad hubiera querido lastimarme, no habría salido tras de mí. No habría venido a mi oficina con esa mirada, con esa ansiedad, con ese miedo a perder algo que, técnicamente, ni siquiera era suyo.

Me dije que era mejor dejarlo en un recuerdo. Me dije que así me dolería menos. Pero mientras la puerta se cerraba detrás de él, me di cuenta de algo que me heló por dentro: no dolía menos. Dolía igual. Quizá incluso más. Y aún así, no sabía si podía abrirle la puerta otra vez.

Toda la semana evitándonos. Él en su mundo. Yo en el mío. O eso fingíamos, porque cada vez que escuchaba su voz por el pasillo mi estómago hacía ese maldito nudo traicionero.

Mis amigos lo notaron, claro. Pero solo dije: "He discutido con James, nada grave" Y lo era… pero no de la forma en la que ellos imaginaban. Habíamos quedado los cuatro el sábado en mi casa, un plan de amigos…

Finalmente, y tras toda la semana evitándolo, el viernes no tuve más remedio y tuve que abrir la puerta de su despacho. No tuve escapatoria. Trabajamos juntos en la obra Jersey y teníamos que acudir a la obra para entregar las primera licencias que habíamos obtenido.

Respiré hondo antes de entrar a su despacho. Tres golpes suaves, por costumbre más que por necesidad. Cuando él levantó la vista… Madre mía.

A James se le cayó literalmente un archivador y un bolígrafo al suelo. Y juro por Dios que vi en sus ojos algo. Algo que duró apenas un segundo. Algo que reconocí. Pero lo apagó tan rápido que casi dudé de haberlo visto.

- Vamos –dijo, frío como mármol-. Iremos en mi coche.

Ni un "hola". Ni un "pasa". Ni un "¿cómo estás?". Ese era el precio de decirle que mejor recuerdos y no realidades.

Durante el trayecto apenas cruzamos tres frases técnicas. Nada personal. Ni un roce accidental. Ni una mirada de más. Hasta que sonó mi móvil. Era Pedro, el encargado de la obra:

- Mía, cariño, está aquí la policía pidiendo la documentación. ¿La traes tú?
- Sí, ya vamos –dije, consciente de que James escuchaba todo.

Él no dijo nada, pero el músculo en su mandíbula se tensó. Otra señal que fingió no sentir.

Al llegar, reconocí al policía antes de que se girara. Cómo no iba a hacerlo. Joselu. Mi amigo. Altísimo, guapísimo y con una sonrisa de esas que saben que derriten.

- ¡Hombre! –dijo al verme-. Ya pensaba que no vendrías, preciosa. Y me iba a ver obligado a llevarte al calabozo a pasar la noche conmigo.

Me reí, le di un puñetazo amistoso en el brazo y lo abracé. Un abrazo de esos de confianza, cálidos, inocentes. Pero aun así… Sentí la tensión, en mi espalda. Quemándome la piel. Como si unos ojos oscuros estuvieran perforando el aire. Me separé de Joselu y, al girarme, confirmé lo inevitable: James estaba serio. Demasiado serio. Brazos cruzados sobre el pecho. Mirada fija. Posición de "aquí pasa algo y no me gusta nada".

Joselu lo vio también. Su sonrisa se amplió con malicia.

- Vaya, vaya -dijo mirando a James-. Así que tú eres el guaperas que me la ha robado. Os vi en las noticias.

James soltó un resoplido, leve, pero existió.

- Pareja de hecho y de derecho –dijo él, acercándose a mí con naturalidad… o lo que fingía ser naturalidad.

Su mano se posó en mi cintura sin pedir permiso, firme, cálida. Y mi cuerpo respondió al instante de forma estúpida. Joselu silbó.

- Buena elección, tío. Pero que sepas que, si algún día la cagas, yo sigo aquí –dijo Joselu.
- No la voy a cagar –replicó James, demasiado rápido.

Yo lo miré. Él miró hacia otro lado. Había tensión, sí. Pero también otra cosa más peligrosa.

Después de entregar la documentación y despedirnos, caminamos hacia el coche. Yo delante, él detrás, a un paso. Notaba su mirada en mí. No era imaginación. No era deseo disfrazado de casualidad. Era… Era algo que yo ya no sabía cómo manejar sin salir lastimada.

Subimos al coche. El silencio volvió. Pero era otro. Cargado. Denso. Lleno de cosas que ninguno estaba preparado para decir. Y aun así, mi corazón, el tonto, murmuraba dentro de mi pecho: no te ha olvidado.

- No me ha gustado tu mirada en la obra hacia ese policía –dijo de repente, con esa voz grave que me hacía vibrar por dentro.

Me giré hacia él, arqueando una ceja.

- ¿Mi mirada? –pregunté, tratando de sonar tranquila-. ¿Qué pasa, te preocupas por lo que veo o por lo que pienso?
- ¿Te has acostado con él? –dijo directo, mirándome de reojo.
- Eso no es asunto tuyo –contesté, firme-. Lo que hiciera en mi vida pasada no te concierne.

James soltó un bufido.

- Está claro que alguien como él solo quiere meterse en tus bragas –me dijo.
- Me da igual lo que Joselu quiera –dije, cruzando los brazos, sosteniéndome firme-. Y mucho menos que me lo digas tú. Hago lo que quiero.

El aire en el coche cambió de golpe. Tenso. Irrespirable. Como si cada palabra hubiera cargado de electricidad el espacio entre nosotros. Él frenó de repente. No me di cuenta de habíamos llegado ya al parking del bufete. El motor se apagó.

- Olvidas algo importante… -dijo, acercándose, y yo pude sentir el calor de su cuerpo a centímetros del mío.

Antes de que pudiera reaccionar, inclinó su rostro hacia mí y me besó.
Un beso firme, intenso, que me obligó a detener la respiración. Un beso después de tantos días sin ni siquiera hablar, después de lo que pasó el domingo. Cuando se separó apenas un instante, sus labios rozaron mi oreja y murmuró: "Eres mía".

Mi corazón se aceleró, y por un momento, todo lo demás desapareció: la tensión, los amigos, la obra, incluso el mundo entero. Solo existíamos él y yo, atrapados en un instante que no estaba planeado, pero que lo decía todo sin necesidad de palabras. Y yo… no podía apartar la mirada de él. No quería.

Pero lo hice. Me bajé del coche, intentando recomponerme. Cada paso hacia el ascensor era una batalla entre mi orgullo y lo que mi cuerpo gritaba que quería. Respiré hondo, levanté la barbilla y me forcé a caminar como si nada hubiera pasado.

El sábado por la tarde la casa estaba llena de risas antes de que siquiera llegaran.
Cuando mis amigos aparecieron, se instalaron como si siempre vivieran allí, tirando bolsas, quitándose los zapatos, abriendo cajones y cogiendo vasos…

- ¿Y James? –preguntó Adri nada más abrir la puerta, ladeando la cabeza con curiosidad.

Me senté en el sofá, tomándome un segundo para respirar y decidir cómo contarlo. No tenía por qué ocultarles nada; al fin y al cabo, para el mundo éramos pareja. Pero ellos merecían la verdad, aunque fuera a media.

- Bueno… -empecé, sonriendo con un poco de picardía mientras contaba la historia de Vanessa el día de la piscina-. Digamos que hubo un pequeño malentendido. Nada serio, pero lo suficiente como para que mi paciencia se pusiera a prueba.

Sus ojos se abrieron como platos cuando les contaba el resto del espectáculo que tuve que soportar cuando se fueron de la casa de Manuel.

- ¡Esa Vanessa! –exclamó Cami, frunciendo el ceño-. Qué odiosa.
- Totalmente –dijo Liam, mientras se recostaba en el sofá-. Pero mi hermano es tonto.

Me reí, sintiéndome un poco aliviada.

- Por cierto, chicos… -continué-. Planeo mudarme a la casa de James. No sé cuándo porque esta semana, como ya os he contado, hemos estado enfadados y no hemos casi hablado, pero será pronto. –dije "casi" porque la frase "no hemos hablado" sonaba peor.
- ¡Eso tenemos que verlo! –dijo Adriana, saltando de emoción-. Mañana venimos a ayudarte a empacar algunas cajas.

Y mientras ellos empezaban a organizarse, yo me recosté un poco y sonreí para mí misma. Tendría que hablar con James la semana siguiente, coordinar los tiempos, asegurarnos de que todo pareciera natural para el mundo… y mantenernos lejos de los dramas innecesarios. Pero por un momento, rodeada de risas, bromas y mi grupo de siempre, me sentí ligera.

CAPÍTULO 18: JAMES

El fin de semana pasó rápido. Salí con Enzo y Eric, terminamos en la discoteca de este último y, con un par de amigas de Enzo, tirándome, una de ellas, la caña sin sutileza, pero sin conseguir nada. No sé si era porque no estaba de humor… O porque mi cabeza seguía girando, inevitablemente, hacia el mismo nombre.

El lunes, cuando llegué a la oficina, lo primero que noté fue la puerta del despacho de Mía cerrada. No sé por qué me sorprendió. Llevábamos días evitándonos, esquivándonos… aunque el beso del viernes alegró un poco mis días posteriores.

El despacho estaba insoportablemente silencioso esa mañana. Tanto, que al final decidí bajar yo mismo a por algo de comer. No tenía ganas de seguir revisando el informe de Jersey con la cabeza dándome vueltas, y necesitaba aire. O café. O las dos cosas.

Bajé por el ascensor, salí a la calle y crucé hacia el restaurante de comida para llevar hay justo enfrente de nuestro edificio. Y ahí estaban. Enzo, mi amigo, y Mía, mi "novia", saliendo por la puerta del restaurante, riendo y, para mi gusto, demasiado cerca.

Mía inclinó la cabeza hacia Enzo como si acabara de contarle el chiste más brillante del siglo. Enzo agitó la mano, explicándole algo, y ella lo miró con la boca abierta como si hubiera descubierto minas antiguas.

Una punzada me atravesó el estómago y no era hambre. Ojalá lo fuera. Me detuve en seco, manteniendo la expresión más neutra que pude. No pensaba acercarme. Ni loco me arriesgaba a ser el idiota que interrumpe a dos personas que claramente se lo

están pasando demasiado bien. Mi subconsciente que, últimamente, estaba pasota, apareció sólo para decirme: "te has picado".

Me di la vuelta y decidí comprar algo en un puesto callejero. Cualquier cosa, me daba igual. Un bocadillo envuelto en papel grasiento sería suficiente. Lo importante era no cruzarme con ellos.

Subí de nuevo al despacho. Dejé la puerta abierta. Solo por si… por si Mía aparecía. Por motivos estrictamente profesionales, claro, profesionales e… informativos –me matizó mi insurrecto subconsciente.

Quince minutos después, escuché pasos y risas, risas de los dos juntos. Perfecto, genial, maravilloso, estupendo…

Aparecieron juntos en el umbral de mi puerta y Enzo la golpeó con los nudillos.

- ¿Se puede? –preguntó mi amigo con su sonrisa de siempre.
- Como si estuvieras en tu casa –respondí, fingiendo estar totalmente relajado mientras apretaba el bolígrafo demasiado fuerte.

Mía me dedicó una sonrisita ligera. Justo la suficiente para ponerme de los nervios. Enzo entró primero.

- Tío, justo me encontré a Mía en el restaurante de enfrente –empezó-. Como estamos con lo del proyecto de Jersey, pensamos que tenía sentido sentarnos un rato a revisar un par de detalles de la obra.
- Claro –respondí-. Lógico.

Qué conveniente, pensé. Qué maravillosamente conveniente. Mía añadió:

- Ha sido productivo. Enzo tiene una visión increíble para el diseño. Sabe aterrizar ideas en segundos.
- Bueno –Enzo levantó las manos en gesto humilde-, es fácil cuando tienes a alguien como ella revisando los informes. Lo

hace todo más claro. Si no fuese por ella, las fechas de la obra Jersey serían un caos.

Mía bajó la mirada avergonzada.

- No exageres… -dijo.

A mí se me revolvió el estómago de nuevo. Mía nunca bajaba la mirada así conmigo. Bueno, sí, pero… en otro contexto. Puse los brazos sobre la mesa y apoyé el mentón en la mano.

- Vaya, qué equipo tan… compenetrado –solté con mi mejor tono de ironía camuflada en amabilidad-. Parece que congeniáis muy bien.

Mía me devolvió la mirada con una ceja levantada. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Esa mujer era mi castigo y mi tentación al mismo tiempo. Enzo seguía a lo suyo:

- De verdad, tío, tienes oro aquí –dijo señalándola con un gesto amistoso-. Es brillante, te va a solucionar la vida.
- Ah, sí, sí –respondí mirándola a ella-. Me soluciona muchas cosas.

Y también me complica muchas otras, pensé. Mía frunció el ceño.

- Qué raro te veo, James -dijo ella cruzándose de brazos-. Pareces… no sé… ¿tenso?
- ¿Yo? –me recliné en la silla hacia atrás con una serenidad exagerada-. Para nada. Solo observo. Tengo muy buena vista para los detalles.

Enzo rió y creo que entendió que debía largarse de allí antes de que nos liáramos a discutir.

- Bueno, pareja, mejor me voy y os dejo solos. Mía, hablamos luego de los planos del ala sur.
- Por supuesto –respondió ella sonriendo.

Cuando Enzo salió, la miré sin mover la cabeza.

- ¿Qué? –preguntó Mía desafiante.
- Nada –contesté-. Solo… interesante. No sabía que te hacía tanta gracia Enzo.

Mía alzó una ceja.

- ¿Te molesta? –me preguntó.
- ¿Molestarme? –me reí como si me hubiese contado un chiste ridículo-. Por favor. ¿Por qué me iba a molestar? Que te rías con… quien sea. Es totalmente indiferente para mí.

Ella se acercó un paso, ladeando la cabeza.

- Mmm, claro…
- ¿Qué?
- Nada, nada –dijo, divertida-. Me encanta tu tono "indiferente".
- Es mi tono de siempre –respondí.
- Sí, sí, por supuesto.

Se giró para salir.

- Mía -la llamé antes de que cruzara la puerta.

Ella se detuvo, dándome medio perfil.

- Solo para que quede claro -añadí con una voz más baja-… Enzo es mi amigo. Y tú… -hice una pausa- trabajas conmigo.

Ella sonrió de lado.

- Tranquilo, jefe. Si quisiera ligar con alguien, no sería con él, te recuerdo que también trabaja conmigo.

Y se fue dejándome con el corazón acelerado. Yo también trabajaba con ella y, para colmo, en doble sentido. ¿Qué había querido decir? ¿Con otros sí? Esta mujer iba a acabar conmigo.

Una hora después, mi móvil vibró: Mía. *"¿Podemos hablar sobre mi mudanza?".* Por supuesto, la mudanza. Tendríamos que haberlo hablado la semana pasada pero estábamos y continuamos enfadados, bueno, no sé como estábamos en realidad. Pero nuestro acuerdo, real y no tan real, seguía adelante. Le contesté que viniera a mi despacho cuando quisiera y entrara sin llamar. Me quedé esperando nervioso ¿Estaba nervioso? No me jodas…

Pasaron diez minutos.

Once.

Quince.

Y entonces la puerta se abrió.

Levanté la mirada… y el golpe en el estómago fue inmediato.

Cuando entró en mi despacho, me deslumbró como siempre. Dios, porqué era tan increíblemente sexy, porqué me ponía tan cachondo mirarla y, por un instante, me quedé sin palabras. Literalmente sin palabras. Se me olvidó lo de antes con Enzo, de porqué estábamos enfadados y, sobre todo, se me olvidó el motivo de porqué no podía empotrarla contra el armario y hacerle de todo. Estáis enfadados y dijo que había que mantener la distancia –me recordó como siempre mi prodigioso subconsciente, que hoy había decidido mortificarme deliberadamente.

La tensión apareció en el aire como un *déjà vu*. Inmediata. Real. Casi eléctrica. ¿Algún día dejaría de sentir eso al verla?

- Sobre la mudanza –dijo, rompiendo el silencio, profesional, directa-. Mis amigos vinieron ayer y me ayudaron a organizar algunas cajas. Podríamos llevarlas el viernes, no es mucho. He hablado con mi arrendadora y me ha dicho que me perdona el preaviso y se queda con los muebles grandes.

Asentí, intentando no parecer demasiado obvio al mirarla demasiado tiempo.

- Perfecto –respondí-. Y… -No sabía muy bien cómo plantearlo sin sonar ansioso-. Creo que deberías venir esta tarde a mi casa.

Ella parpadeó, sorprendida.

- ¿A tu casa esta tarde?
- Sí –respondí, apoyándome en el escritorio como si necesitara firmeza-. Para… ver las habitaciones, organizar tus cosas, decidir dónde irán. Todo eso. Lo lógico –dije, mintiendo un poco, porque la verdad era otra: quería que estuviera allí, conmigo, quería verla en mi espacio…

Mía me estudió en silencio.

- Vale, recógeme en mi casa a las seis. Ya conoces la dirección –dijo finalmente, dejándome descolocado, como siempre, ya que no esperaba que me contestara que sí.

Salió de mi despacho sin decir nada más.

Estuve nervioso toda la tarde. No sabía qué me pasaba exactamente, pero ahí estaba: una inquietud absurda que me acompañó incluso cuando bajé a tomar café con mi padre.

Mi padre, con esa capacidad de leerme como si fuera un libro abierto, me observó detenidamente mientras hablábamos de cualquier cosa. Al final, inevitablemente, me preguntó por mi relación con Mía. Le dije que iba bien, que la prensa se estaba relajando, que estábamos llevando todo con naturalidad, pero noté cómo me analizaba. Estaba intentando averiguar qué me pasaba… como si yo mismo lo supiera. Si él lograba descubrirlo que me lo dijera porque esta mujer me estaba volviendo rematadamente chalado.

A las 17:50 estaba aparcado frente a la casa de Mía. Le escribí que estaba abajo.
A las 18:00 en punto, bajó. No me sorprendió, ella tenía que ser puntual.

Llegamos a mi ático y, por primera vez, me di cuenta de que me importaba lo que pensara. Era un ático amplio, moderno, lleno de luz gracias a los enormes ventanales que daban a una terraza con vistas a la ciudad. El salón era lo primero que se veía nada más entrar: todo cuadriculado, colores neutros, sofá amplio gris oscuro con *chaiselonge*, una alfombra gris claro que había elegido mi madre, cuadros que pegaban con los tonos del salón y una chimenea eléctrica incrustada en la pared. La cocina se integraba en el espacio, abierta, con una isla de mármol blanco y detalles en negro. Todo en distintos tonos de negro y blanco, la verdad, era muy yo.

Le enseñé mi despacho: nuevamente muebles oscuros, minimalista, una estantería llena de libro, sin ninguna foto. Y luego mi habitación: amplia, elegante, con una cama grande, un vestidor enorme y un baño con mármol y cristal. Ella lo observó todo con curiosidad. De momento no había mostrado ni un ápice que me dijera qué pensaba al respecto.

Después le mostré la habitación de invitados, y aquí predominaban los tonos beige, con una cama cómoda, un vestidor y un escritorio.

- Esta será tu habitación –le dije-. A menos que quieras compartir habitación conmigo –añadí en tono divertido, intentando suavizar el ambiente.

Mía rodó los ojos y me mostró una sonrisa irónica.

- Esta habitación es maravillosa, es más de mi estilo. Por cierto, tienes un ático precioso –me dijo.

En ese momento me acordé que ella se estaba construyendo un casa.

Cuando terminamos, fuimos a la cocina. Le ofrecí una copa y aceptó. Nos quedamos allí, apoyados en la isla, en ese silencio extraño que siempre se interponía cuando no estábamos fingiendo, cuando no había nadie a nuestro alrededor.

- Tenemos que cambiar esto –dijo ella, moviendo la copa entre sus dedos, señalándonos-. No puedo vivir contigo sin hablarte y luego tener que fingir delante de todo el mundo, es absurdo.
- No eres la única incómoda –respondí, clavando la mirada en la suya.
- Pues actúas como si te diera igual –me respondió tajante.
- ¿Eso crees? –pregunté, inclinándome un poco hacia ella.

Ella se apoyó también en la isla.

- Creo que eres un borde cuando quieres –dijo con una sonrisa ladeada-. Y si quieres que vivamos aquí sin matarnos, tendremos que llevarnos bien.
- ¿Bien? –arqueé una ceja-. ¿Qué significa "bien" exactamente?
- Ser normales estaría bien –hizo un gesto vago con la mano, quitándole importancia-. Hablar, no ignorarnos, pero sin mezclar las cosas –me miró intensamente.
- ¿Sin mezclar las cosas? ¿Qué cosas? –pregunté con una sonrisa lenta, consciente de cómo me miraba.

- Esto… lo nuestro –balbuceó, bajando la mirada un segundo.
- ¿Lo nuestro? –repetí, disfrutando demasiado de cómo se tensaba-. Pensé que no había un "nosotros".

Mía levantó la mirada rápido ¿estaba molesta?

- Y no hay un nosotros, no sin nadie alrededor -dijo, intentando retomar el hilo-. Quiero llevarme bien, no quiero discutir, quiero que podamos estar en la misma habitación sin… esto –dijo nuevamente haciendo aspavientos con la mano que no sostenía la copa.
- ¿Esto? –pregunté acercándome otro paso.
- Sí, esto –susurró, y su voz se volvió más baja-. Esta tensión constante.
- No es mi culpa. Eres tú la que se pone nerviosa cuando me acerco –le dije despacio aún más cerca.
- No me pongo nerviosa –dijo automáticamente.
- Claro que sí.
- No –respondió de nuevo rápidamente.
- Mía…
- ¿Qué? –dijo, más alto de lo normal, desafiante.

Y ahí lo vi. Ese brillo en los ojos que siempre aparecía justo antes de que algo se rompiera entre nosotros. Esa mezcla de orgullo, rabia y deseo. Me acerqué lo suficiente para que nuestras respiraciones se mezclaran.

- Dime que no quieres que te bese –susurré.

Ella tragó. No dijo nada.

- Dímelo –insistí.
- James –empezó, pero su voz ya estaba temblando.

Esa respuesta me sirvió y no esperé más. La tomé por la cintura y la besé. Ella respondió al instante, agarrándose a mi camisa como si llevara días conteniéndose, los mismos días que llevaba yo. La copa golpeó ligeramente la encimera cuando la apoyó sin dejar de besarme, y yo la acerqué más, dejándome llevar por el

sabor de su boca, por ese deseo que siempre aparecía cuando la tenía tan cerca.

El beso no fue suave, ni discreto, ni racional. Fue todo lo que habíamos evitado toda la semana anterior, todo lo que no nos habíamos dicho, todo lo que nos estaba atormentando por dentro. Cuando finalmente nos separamos, ambos respirábamos rápido. Nos quedamos a centímetros, mirándonos, sin atrevernos a movernos.

- Y luego dices que no hay tensión –murmuré, volviéndola a besar.

No hubo más pausa, ni dudas, ni ese espacio frío en el que solemos pensar si es buena idea. Me daba igual si era buena o mala idea. Los dos queríamos ese beso y todo lo que vino después y nos dejamos llevar. La tensión acumulada de toda la semana estalló y acabamos en mi habitación, entre risas ahogadas, miradas intensas de deseo y orgullo y esa urgencia silenciosa que nos perseguía.

Cuando llegamos a la habitación nos separamos apenas un instante, solo para mirarnos. Sus ojos profundos, en la oscuridad de la tarde, eran un espejo donde vi reflejada mi propia vehemencia. No hubo necesidad de palabras; nuestros cuerpos ya conocían la coreografía. Me incliné sobre ella, apoyando mi peso, creando un contacto completo que era a la vez una guarida y una prisión dulce.

Nuestras manos no se quedaban quietas. Las mías recorrieron desde sus hombros hasta el hueco de su espalda, delineando la forma de su cuerpo bajo las capas ligeras de ropa que comenzaban a estorbar. Ella me ayudó con una impaciencia que no podía controlar, deshaciéndose de cada prenda de ropa que nos separaba de un contacto pleno.

Finalmente, el contacto total de piel con piel fue una declaración de intenciones. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, y no era por frío, sino por su simple presencia. Acaricié el arco de su cuello, su pequeña cicatriz y la línea de su mandíbula. Su respuesta fue un gemido suave, un sonido que me ancló por completo al

momento. Me encantaba esos gemidos que salían, de su dulce boca, de placer.

Después de terminar con las caricias en su cuello no pude resistirme, la lamí entera, desde su cuello hasta su parte más íntima, ofreciéndome gemidos de satisfacción, aunque no la dejé terminar, quería que culminara conmigo dentro, así que no me entretuve más. El primer roce en su interior fue un instante de suspensión. Me moví con lentitud al principio, quería saborear cada momento, intentando buscar un ritmo que fuera mutuo, una sincronía que solo existía entre nosotros. Era un subir y bajar, un diálogo de presión y suavidad, donde la posesión no era forzada, sino aceptada y devuelta con la misma fuerza. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Definitivamente, habían sido diseñados para este momento.

Ella arqueó la espalda, una rendición que me hizo sentir poderoso, no por dominarla –que también-, sino por ser la causa de su placer. Cerré los ojos, concentrándome en el *tempo*, en la respiración entrecortada que se convirtió en nuestra única música. Cada embestida era una afirmación, una profunda certeza de que, en ese momento, éramos uno. El mundo exterior se había disuelto; solo quedaban el sudor, la suavidad y el ritmo implacable de nuestro encuentro.

El sexo con Mía era otro nivel, fluía. Éramos uno, sabíamos lo que el otro quería sin preguntar. Era fácil y, más aún, era explosivo.

Solo que cuando todo terminó y el mundo volvió a ser un poco más real, estábamos los dos tumbados en mi cama, respirando despacio, aún con los latidos acelerados.

Ella fue la primera en romper el silencio.

- ¿Ves? –murmuró, con la voz todavía suave por el momento-. Ya hemos vuelto a mezclar las cosas.

Giré la cabeza hacia ella.

- ¿Y qué tiene de malo? –pregunté.

- James…
- Si ambos queremos –insistí, acercando la mano a su cintura y atrayéndola hacia mí-. Además… vamos a estar un año sin acostarnos con nadie, ¿no?
  Se supone que tenemos que "cumplir el acuerdo", bla, bla bla… -sonreí con picardía-. Al menos podemos aliviar la espera.

Ella me miró con esa mezcla de irritación y deseo que ya reconocía demasiado bien.

- Tengo que pensarlo –dijo, sentándose en la cama mientras recogía su ropa esparcida por el suelo-. Tengo que pensarlo sola, sin ti al lado que me distraes.

Me incorporé apoyado en un codo.

- ¿Te distraigo? –pregunté con un tono descaradamente golfo.

Ella se detuvo un segundo, como valorando si contestar o no. Al final, negó con la cabeza con una sonrisa que intentó disimular.

- Mucho –admitió al fin.
- Bien –murmuré-. Es justo lo que pretendo –y volví a besarla.

Tras el beso me sonrió, se levantó y empezó a vestirse. Yo no me moví. No quería perderme el espectáculo, ni perder ese olor suyo que había dejado en mi cama. ¿Cómo se suponía que iba a dormir esta noche aquí? No voy a poder dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir en mi cama, con ella, con su cuerpo, con su boca… Para, James, te estás volviendo a empalmar.

Antes de irse hacia la puerta, se giró ligeramente.

- El viernes… -dijo, acomodándose el bolso en el hombro-. ¿Podemos traer mis cosas? Mis amigos se han ofrecido a ayudar.
- Por supuesto. -asentí sin pensarlo.

Me levanté, aún desnudo y visiblemente contento, y me acerqué a ella.

- Se lo puedo comentar a Eric y a Enzo también, y podríamos cenar todos aquí, en el ático, para celebrar que te instalas en tu nuevo hogar –terminé.
- ¿Mi nuevo hogar? –dijo levantando una ceja.
- El tuyo –confirmé sin apartar la mirada-. Y también el mío. Ahora el de los dos.

No dijo nada, pero esa vez la sonrisa no intentó ocultarla y me dio un beso demasiado dulce y breve que me dejó con ganas de más. Se marchó, dejándome allí de pie… con la sensación inequívoca de que acabábamos de cruzar otra línea. Y yo no tenía intención de volver atrás ni para coger impulso.

CAPÍTULO 19: MÍA

Toda la semana se deslizó entre una extraña comodidad y un cosquilleo constante bajo mi piel. James y yo… encajamos. No sé cómo pasó, ni cuándo exactamente dejamos de hablarnos con distancia para volver a encontrarnos en un punto más cálido, más natural. Con él me encontraba realmente cómoda, salvo cuando era un engreído insoportable. Pero eso –que quede entre nosotros- también me gustaba.

Almorzamos juntos un par de veces, como si fuera lo más normal del mundo –era normal si considerábamos que éramos una pareja real de cara a la galería. Mantuvimos conversaciones eternas sobre trabajo, sobre tonterías, sobre cualquier cosa que se nos cruzara. Los piques, claro, seguían ahí. Esa parte era inevitable, James sabía exactamente cómo sacarme de quicio pero ahora lo hacía con una sonrisa que me desarmaba un poco más cada día.

Y los besos… Los besos que, en teoría, eran parte del acuerdo, ya no se sentían como un guión. No tenía que fingir que me gustaba porque me gustaba y, aunque no iba a reconocerlo frente a nadie, me gustaba cada vez más. Y, aunque intentaba convencerme de que era simplemente porque nos estábamos habituando a la farsa, había algo en su forma de acercarse, en cómo me rozaba la mano sin pensar o en cómo me miraba cuando creía que yo no lo veía… que hacía imposible ignorarlo.

El viernes estaba reunida con Manuel, poniéndolo al día de la semana, hablando de la vista de medidas cautelares del miércoles, repasando correos… Cuando ya no quedaba nada por revisar, Manuel me miró con ese gesto paternal que tanto conocía.

- Mía, ¿cómo estás… con mi hijo?

Sentí que mi estómago se tensaba. No era una pregunta malintencionada, simplemente era directa y, supongo, que también necesaria. Pero no tuve tiempo de responder. La puerta del despacho se abrió y James entró. Salvada por el caballero de brillante y tonificado torso.

Levanté la mirada y lo encontré de pie en el umbral, mirándome como si el resto del mundo no existiera. Le devolví la sonrisa sin pensar, como si mis labios supieran qué hacer antes que yo. Él se acercó sin prisa, con ese andar seguro que siempre me descolocaba, y sin pedir permiso –ni necesitarlo, para qué engañarnos- se inclinó y me dio un beso suave en los labios.

- Hola, cariño -susurró.

Mi corazón dio un salto tan brusco que me pregunté si Manuel podría oírlo. No imaginé que me besara delante de su padre –repito, solo estaba su padre. Me morí de la vergüenza.

- ¿Me he perdido algo? –preguntó él, sorprendido, ladeando la cabeza.
- Somos pareja, ¿no? –respondió James, con una naturalidad que me dejó sin respiración.

Pareja. La palabra resonó en mi cabeza como un eco peligroso. Porque una cosa era fingir y otra era escucharlo así, tan seguro, tan convencido, sin vacilar.

Manuel nos observó durante unos segundos, como si buscara algo entre mis ojos y los de su hijo. Yo solo quería que no notara lo alterada que estaba y lo que aquel simple beso me había provocado. Creo que Manuel encontró la respuesta a su pregunta, aunque no dijo nada. Entonces James se enderezó y añadió:

- Venía a recoger a Mía. Vamos a su piso por sus cosas y luego las llevaremos a mi ático.

Manuel levantó las cejas sorprendido.

- Ah, entonces la cosa va en serio.

- Muy en serio. No hace falta que te recuerde que nuestra empresa está en juego –dijo James antes de mirarme.

Y por un segundo, tuve la certeza de que él no estaba fingiendo.
O peor: que yo tampoco. Pero la frase "nuestra empresa está en juego" me volvió a la realidad. Joder, Mía, todo esto era un acuerdo. ¿Pero por qué, aún sabiendo que todo era pactado, una parte de mí sentía que era real?

Llegar a mi piso con James fue extraño. No incómodo… simplemente era un final, el final de una etapa, final de un espacio que había sido refugio, guarida, excusa, rutina, hogar.
Metimos las primeras cajas en su coche en silencio, él concentrado, yo demasiado pendiente de no mirar atrás. Cuando mis amigos llegaron -con su energía habitual, sus risas, sus gestos exagerados- todo se volvió más ligero. Cada uno agarró una caja, una bolsa, un cuadro. Los muebles grandes se los dejé a mi arrendadora, quien me los pagó perdonándome los quince días de preaviso.

Y entonces, de repente, mi pisito quedó vacío. Tan vacío que me costó reconocerlo. Las paredes parecían más altas, el eco más marcado, y la sensación que me envolvió fue una mezcla de nostalgia y alivio. No esperaba que fuera así. Creía que me dolería dejar atrás aquel espacio, pero no. Lo único que quería era un nuevo comienzo, con mi nueva casa en construcción y esta nueva vida temporal.

Cuando salía detrás de todos, con las llaves en la mano, mi móvil vibró. Un número desconocido. Un mensaje corto: **"Veo que has llegado lejos"** y al que seguían un par de fotos de James y yo almorzando días atrás sonrientes, relajados… No recordaba haber visto ninguna de esas imágenes en prensa. De hecho, no recordaba que nos hubieran fotografiado aquel día ni en aquel restaurante.

Sentí un pequeño nudo en el estómago, no miedo… pero sí alerta. Guardé el móvil, respiré hondo, intenté parecer como si no

hubiera recibido un mensaje de alguien que me estaba persiguiendo, bajé a la calle y me monté en el coche.

Nos pusimos en ruta en fila, como un convoy improvisado. Cuando llegamos al ático de James, Enzo y Eric ya estaban allí, apoyados en el vestíbulo del edificio donde vivía James, como si vigilaran la llegada de un cargamento valioso. Nos recibieron con gritos, bromas y unas sonrisas sinceras.

Entre todos empezamos a subir las cajas: unas por el ascensor, otras por las escaleras porque a Eric se le ocurrió que "así era más rápido", sí, subir unas siete plantas; mis amigas riéndose; Liam y Enzo discutiendo sobre quién tenía más fuerza… y James, siempre cerca como si quisiera asegurarse de que yo estaba bien.

Estábamos en la que sería mi habitación. Cami y Adri alucinaron. Liam se divertía de sus expresiones, evidentemente él estaba acostumbrado a todos esos lujos, nosotras no. Entonces lo vi… Eric jamás debió haber tocado esa caja. Lo supe en cuanto lo vi arrastrarla hacia el vestidor con una sonrisa de diablillo que ya anunciaba desgracia.

- A ver, a ver… ¿qué riquezas trae aquí la Sr. Beltrán? –canturreó, arrancando el celo con una exageración teatral.
- Eric, ¡¡NOOOO!! –grité, adelantándome, pero demasiado tarde.

La tapa cayó hacia atrás y su expresión se iluminó como si hubiera encontrado diamantes: la caja que contenía mi ropa interior. Sacó un conjunto lencero negro, delicado, con encaje fino, tan sugerente como elegante, comprado en rebajas, por supuesto, en la tienda de lujo en la que trabajaba Cami. Lo levantó con dos dedos, haciéndolo ondear en el aire como si presentara una obra maestra.

- ¡Pero bueno! –exclamó-. ¿Esto qué es, Mía? ¿Ropa interior o arma de destrucción masiva?

Las risas estallaron detrás de él: Cami, Liam, Adri, Enzo… todos. Yo me tapé la cara con ambas manos mientras James, a mi izquierda, se tensaba como una cuerda de guitarra.

- Eric –dije entre dientes-, suéltalo.
- Ni loco –respondió él-. ¡Esto merece una explicación!
- Es ropa así que no necesita explicación –respondí alzando la barbilla.
- ¿Ropa? –repitió Eric, arqueando una ceja-. Ya, claro. Súper funcional y súper cómoda para… ¿hacer qué, exactamente? ¿Respirar?

Enzo casi se atraganta de la risa. James chasqueó la lengua suavemente, con esa mezcla de molestia y orgullo posesivo que solo él sabe manejar.

- Eric, deja la ropa de mi novia -dijo firme, extendiendo la mano.

Eric, con total descaro, se lo pasó a James. James lo sostuvo un segundo. Un segundo demasiado largo. No dijo nada, pero su mirada recorrió la delicadeza del encaje y luego me recorrió a mí… Y todo mi cuerpo entró en combustión espontánea.

- Es bonito –soltó al fin, seco, como si hablara del clima.

Pero sus ojos… sus ojos decían "esto me lo apunto".

- ¿Bonito? Amigo, eso no es bonito, eso es una propuesta –remató Eric, encantado consigo mismo.

Mis amigas chillaron riéndose, Liam hizo un chiste solapado que ni escuché porque estaba ocupada intentando no morir de la vergüenza, y yo señalé a todos con un dedo acusador, dejándolo fijo en el abrecajas-inoportuno Eric.

- Como alguien abra otra caja que no vaya etiquetada con su nombre, se queda sin cena.

Eric levantó las manos en señal de rendición.

- Vale, vale. –dijo Eric levantando las manos en señal de rendición.- Pero yo solo digo una cosa: si este es el nivel de tu armario… -me guiñó un ojo-. James, te tocó la lotería, colega.

James me miró con una sonrisa traviesa.

- Sí –dijo despacio, sin apartar los ojos de mí-. Ya lo sé.

Y yo… bueno, yo me tuve que dar la vuelta fingiendo buscar más ropa en la caja, porque si seguía mirando esa sonrisa, no garantizaba mantenerme en pie.

Los chicos se marcharon hacia el salón para decidir qué pedir de cena, mientras Camila, Adriana y yo nos quedamos en mi nueva habitación, rodeadas de cajas medio abiertas, perchas vacías y el caos habitual de una mudanza. Pusimos música de fondo. Les explicamos a todos que James y yo compartiríamos su habitación, pero que yo usaría este dormitorio como despacho y el vestidor completo sería para mí, era lógico y todos llegaron a esa misma lógica. Mientras sonaba "Si juegas conmigo" de Juan Magán y Abraham Mateo, ellas revisaban mis vestidos, ordenaban mis cosas con gesto profesional, hasta que Adri habló.

- A ver…¿Y desde cuándo a Cami le brillan los ojos cada vez que Eric respira?
- ¿Qué? –grité- ¿Qué me he perdido?
- ¡Oye! –protestó Cami, poniéndose roja-. No me brillan los ojos. Solo me parece simpático.
- ¿Simpático? –saltó Adri, riéndose-. Te has peinado tres veces cuando él entró al vestidor, que me he dado cuenta.
- ¡Porque hacía calor! –mintió fatal.

Adriana y yo nos miramos con cara de "claro, claro".

- Cariño –dijo Adri, cruzándose de brazos-, cuando un hombre te parece "simpático", no te recolocas el bikini mental cada vez que pasa por delante.

Me descojoné ante ese comentario de Adri. Si Adri había soltado eso es que era verdad. Era como nuestra madre aunque

fuera unos meses mayor que Cami y un año mayor que yo. Camila se tapó la cara con ambas manos.

- Sois insoportables –dijo Cami.
- Seguramente ¿pero es cierto? –contesté yo.
- Bueno… -murmuró Cami, mordiéndose el labio mientras fingía ordenar una blusa que ya estaba perfectamente colocada en su sitio-. Tal vez… un poquito.
- Un poquito, dice. -Adriana rodó los ojos-. Si ese chico te dice "hola", tú te casas.
- ¡Oye! –rio Cami-. Que la que se está mudando con el heredero millonario es Mía, no yo.
- Eh, toca, pero no hundas –le dije empujándola suavemente.

Cami suspiró con una sonrisa tímida.

- Bueno… si pasa algo… no me voy a quejar.

Adri y yo chocamos las manos como si acabáramos de ganar un partido.

- Claro que no –dije-. Y como Eric es tan… Eric. Tú solo mantente cerca. Él hace el resto.
- Si juega conmigo…que sea en mi cama –cantó Cami a la vez que la canción.

Las tres estallamos en carcajadas justo cuando escuchamos a los chicos gritar desde el salón:

- ¡¿PIZZA O SUSHI?!

Y nuestras risas se mezclaron con su ruido, como si la casa ya estuviera empezando a sentirse hogar.

Volvimos al salón y nos acomodamos en el suelo, sobre la alfombra, rodeando la mesa baja del salón. El ambiente se volvió cálido, casi íntimo, con las luces tenues y las copas de vino que Eric y Liam no dejaban de rellenar. Hablamos de todo y de nada, riéndonos, recordando anécdotas… hasta que la conversación, como siempre ocurre en un grupo de amigos, tomó ese desvío inevitable hacia temas sexuales. Bastó un comentario ridículo de Liam para

que todos estuviéramos lanzando preguntas subidas de tono entre carcajadas.

Adri y yo intercambiábamos miraditas cómplices, sobre todo cada vez que Cami y Eric se cruzaban entre alguna broma. Incluso James sonreía, noté cómo le divertía ver cómo la tensión se extendía más allá de nosotros dos.

Todo era divertido… hasta que Enzo, con una torpeza que sería considerada como la cagada del año, pero sin ninguna mala intención, soltó riéndose:

- Bueno, el sábado fuimos a la discoteca con unas amigas mías, se las presenté a estos dos y me vi sin ninguna. Macarena ligando con Eric y Claudia intentando coquetear con James, que era un muro de piedra, y yo… mirando el espectáculo…

El silencio cayó como un ladrillo. Noté primero la incomodidad en las caras de mis amigos, después la expresión de *hostia, la he cagado* en Enzo, y finalmente la mirada fugaz que James me lanzó antes de apartarla, como si no quisiera que leyera nada en ella.

No sabía que habían salido y encima una mujer le estuvo coqueteando. Y encima no sabía si lo había conseguido aunque Enzo había dicho que solo lo intentó. Sentí un latigazo en el estómago. ¿Celos?

Liam, bendito sea, intervino al instante.

- Esa tía le tira la caña a todos, incluso a mí, y no me gustan las vaginas ¿Quién quiere más vino? –dijo riendo y levantando la botella como si fuera una bandera de tregua.

Le siguieron comentarios tontos, risas forzadas… y poco a poco el hilo recuperó su forma original, o al menos lo fingió, porque yo ya me había enterado. Y aunque intenté mantener mi sonrisa relajada y mi tono normal, dentro de mí algo se tensaba como una cuerda fina a punto de partirse.

Llegó la comida -sushi y pizza, incapaces de ponernos de acuerdo como siempre- y me centré en servir, en probar, en hablar y en ocultar. Intenté olvidar lo que había escuchado, dejarlo pasar, recordarme que la historia entre James y yo era complicada. Lo intenté. De verdad que lo intenté, pero la verdad es que, mientras todos comían y reían, yo solo podía sentir ese murmullo incómodo latente bajo la piel, preguntándome porqué me afectaba tanto… y porqué me afectaba justo ahora que empezábamos, por fin, a llevarnos bien.

CAPÍTULO 20: JAMES

Por fin estábamos solos. Nuestra primera noche en la misma casa. La casa, que durante horas había estado llena de risas, comentarios y ruido, ahora estaba en silencio. Mía y yo nos movíamos recogiendo la mesa, acomodando copas, platos y restos de comida mientras ese silencio incómodo se asentaba entre nosotros.

La observaba mientras pasaba el trapo por la superficie de la mesa: sus ojos verdes brillaban a la luz cálida del salón y su cabello caía con naturalidad sobre los hombros. Era preciosa. Cada gesto suyo me atraía sin remedio. Y mientras recogía, sentí que era el momento de hablar.

- Mía –dije con voz firme pero tranquila-, quiero que sepas que no pasó nada con esa chica en la discoteca. No quiero que esto enturbie nuestra primera noche… nuestra primera noche de convivencia.

Ella se detuvo, levantó la mirada hacia mí, y por un instante el mundo desapareció. Me miró con intensidad, evaluando, buscando si mentía. Noté en sus ojos cómo obtuvo la respuesta. Y entonces, suavemente, me dijo: "Te creo".

Sentí un alivio inmenso, no sabía que había dejado de respirar y esas simples palabras contenían calma. Pero la tensión, esa chispa que siempre nos seguía, estaba allí, vibrante, imposible de ignorar.

- Bueno… -dije con una sonrisa ladeada, acercándome un poco más-, entonces podemos relajarnos un poco…
- ¿Y qué propones? –preguntó, arqueando una ceja, con ese tono que mezclaba picardía y desafío, ese mismo que tantas veces me había vuelto loco.

- Bueno… algo sencillo –respondí-. Nada demasiado comprometido. Solo… besarnos.

No necesité más palabras. La distancia se acortó en segundos y nuestros labios se encontraron. Fue un beso lento al principio, juguetón, cargado de pasión. Cuando nos separamos, nuestras frentes se tocaron y sonreímos sin hablar. Era nuestro momento.

La volví a besar mientras le acariciaba la espalda. Ella me agarró por el cuello como sólo ella sabía hacerlo, poniéndome a mil. El beso era dulce, suave. Nuestras lenguas jugaban a un juego de lujuria y perdición. La levanté y se acomodó a mis caderas. Despacio, sin urgencia, sin prisas, estábamos en nuestra casa. No nos esperaba nadie, no teníamos que ir a ningún sitio, bueno sí, sólo uno, a mi dormitorio, a mi cama, así que, cargándola sobre su trasero la llevé a ella. Nos acomodé en mi cama sin dejar de besarnos. Nuestras manos parecían automatizadas, sabían lo que tenían que hacer y fueron haciendo su trabajo de desnudarnos mutuamente. Me puse de pie un instante, mirando su cuerpo desnudo, en lo alto de mi cama, en mi habitación, en mi casa, me encendí aún más babeando como un perro hambriento, hambriento de ella. Bajé de nuevo a su boca, seguí por sus pechos, donde me entretuve más de la cuenta. Ella me agarró del pelo mientras descendía por su abdomen, por su ombligo, hasta que llegué a mi destino. Di besos alrededor de su clítoris, no dejando un lugar sin probar. La devoré, la devoré con ansia durante no sé cuanto tiempo, hasta que la escuché gritar cuando llegó a un orgasmo intenso. Necesitaba comerme sus gritos así que, no lo dudé, volví a su boca y me la comí. Me comí ese beso con aroma a ella, a sexo, a…dejé mis pensamientos a lo suyo. Yo volví a lo mío, la necesitaba a ella, necesitaba hundirme en ella y lo hice. Intenté hacerlo despacio pero no me dejó, me aprisionó el trasero e hizo que le introdujera mi pene entero en su interior, sin más. Ella se contrajo de placer y comenzamos una marcha al mismo compás, complementados, perfecto. No tardé en venirme. No tardó en venirse de nuevo. El sudor recorriendo mi espalda, nuestras respiraciones sofocadas. No

iba a permitir que ese grito se perdiera así que la besé de nuevo, devorando su placer. Definitivamente, había sido el sexo más impresionante que había tenido en mi vida –lo sé, siempre decía lo mismo- y ya había tenido unos cuantos, pero siempre era ella la causante.

Me desperté con un rayo de luz colándose entre las cortinas, dibujando líneas cálidas sobre la habitación. La vi a mi lado y por un instante dudé si estaba despierto o soñando, pero no, estaba allí. Dormida, perfecta, con el cabello desordenado y la piel acariciada por la luz de la mañana. No había maquillaje, no había artificio, y aun así, era aún más hermosa que cualquier imagen que pudiera haber guardado en mi mente. Me quedé un rato observándola en silencio, disfrutando del lujo de poder hacerlo, de poder quedarme allí sin prisas, solo respirando el mismo aire.

Ella empezó a mover los párpados lentamente, y cuando sus ojos verdes me encontraron, no pudimos evitar sonreír.

- Buenos días –susurré.
- Buenos días -dijo ella, estirándose-. Vaya, parece que estoy en un hotel de cinco estrellas.
- Solo que aquí el desayuno lo tenemos que preparar nosotros –respondí con picardía, tocándole suavemente el brazo y plantándole mi beso de buenos días.

Nos pusimos a hablar, medio dormidos, medio riéndonos de tonterías, de cómo me quitó la sábana a media noche dormida, de cómo le rocé dormido sus muslos con mis manos congeladas, de cómo sus pies estaban congelados… Sus carcajadas suaves me llenaron el alma.

Cuando nos levantamos, fuimos juntos a la cocina. Todo parecía natural, fácil, como si llevara años allí. Preparábamos el desayuno entre risas, ella mezclando huevos, yo sacando café y pan. Mientras lo hacíamos, le comenté:

- Ah, por cierto… la Sra. Rodríguez viene un par de veces entre semana. A ordenar, limpiar, preparar algo de comer y hacer la compra. No hace falta que te preocupes por nada.

Ella asintió, mientras cortaba el pan. Todo era simple, cotidiano y, sin embargo, cada gesto, cada roce, cada risa llevaba un hilo de tensión, de complicidad que solo existía entre nosotros.

Mientras desayunábamos, hablamos de los planes del fin de semana. Le conté que mis padres nos esperaban para almorzar el domingo en su casa –es decir, mañana.

- Bueno –dije al final, tomando mi taza-. Creo que voy a vestirme para salir a correr.

Me acerqué, le di un beso en la cabeza y me marché de la cocina, dejando que ella terminara de desayunar mientras yo salía al aire fresco, con la sensación de que todo empezaba a encajar… aunque solo fuera por esta mañana perfecta juntos.

El resto del sábado lo pasamos adaptándonos a nuestra nueva rutina. Después de correr la busqué y estaba en su dormitorio trabajando. Tras almorzar me dijo que iba a trabajar un rato más. Tras un par de horas, subí por las escaleras y la encontré en su dormitorio, completamente concentrada, rodeada de papeles y el ordenador abierto. Solo ella podía trabajar un sábado con esa intensidad, como si el mundo entero fuera solo su oficina. La miré desde la puerta, divertido y algo frustrado.

- Hola, trabajadora incansable –dije con voz burlona-. ¿Sabes qué hora es? –No levantó la vista, siguió escribiendo- ¿Sabes qué? –insistí, cruzando los brazos-. Te voy a rescatar de esta prisión de papeles.
- James… estoy en preparando la vista del miércoles –respondió sin mirarme.
- En serio, Mía, ahora mismo dejas eso y hacemos algo. ¿Quieres ver una película? Sofá, palomitas, sin manta que hace calor… -añadí, guiñándole un ojo.

- ¿Y si no quiero? –dijo, sonriendo por fin.
- Entonces te cargaré como un saco de patatas hacia el salón y no hay vuelta atrás –le contesté con aire dramático.
- Vale, vale… pero solo porque me obligas –bufó, divertida, pero todavía intentando mantener la autoridad.

La sonrisa que me regaló me hizo olvidar cualquier argumento. La tomé de la mano y la arrastré hacia el sofá del salón. Nos sentamos, uno a cada lado del sofá, encendimos la película… pero cinco minutos después, que para mí fueron horas, no pude resistirme más.

- Ven aquí, que no muerdo –dije tirándole del pie y haciendo que se pusiera a mi lado-. Ven, no seas cabezona.

Ella me miró con esa mezcla de indignación y diversión que siempre me volvía loco. Finalmente, se acurrucó contra mí mientras la película seguía sonando de fondo. Riendo, la empujaba ligeramente y ella me daba pequeños golpes con la mano.

- Eres imposible –dijo entre risas.
- No, tú eres imposible –contesté.

Pasaron los minutos entre comentarios sobre la película, bromas sobre escenas ridículas y miradas que hablaban por sí solas. Cuando aparecieron escenas más subidas de tono, no pudimos evitar comentarlas con picardía, rozando la línea de la provocación.

Al final, sin decir nada más, nuestras bocas se encontraron en un beso que empezó lento, divertido, juguetón… y terminó lleno de tensión contenida, como si todo lo que habíamos guardado, estos días atrás, explotara de golpe. Sentí su risa contra mis labios mientras se colocaba a horcajadas sobre mí, y supe que ese sofá, esa película y este momento serían recuerdos imposibles de borrar. Recuerdos, recuerdos por toda mi casa quedarían grabados para siempre.

El domingo por la mañana, mientras conducía hacia la casa de mis padres, no podía dejar de pensar en lo bien que habían ido las últimas 48 horas. Mucho mejor de lo que jamás habría imaginado aquel día en el que mi padre, con toda la tranquilidad y confianza del mundo, le propuso a Mía casarse conmigo para conseguir la herencia de mi tío Antony y, por tanto, salvar la empresa de las manos de mi primo Benji.

Si alguien me hubiera dicho entonces que acabaríamos así… riéndonos en la cocina, besándonos en el sofá, durmiendo juntos -dos noches seguidas-, le habría dicho que estaba loco. Y sí: Mía seguía sin estrenar su habitación. Mi marcador interno de "noches durmiendo separados" permanecía a cero, y pensaba mantenerlo así. Preferiblemente para siempre. Un año, me recordó mi subconsciente. Le puse un bozal.

Antes de entrar en casa de mis padres, su móvil vibró. La vi revisar la pantalla… y su expresión cambió de inmediato. Se tensó, los ojos se le oscurecieron un segundo.

- ¿Quién es? –pregunté, más rápido de lo que pretendía.
- Nadie –respondió demasiado deprisa-. Se han equivocado.

Mentira. Se le notaba. Pero no insistí…

Liam apareció de la nada en la entrada, con un brillo nervioso en los ojos. Y entonces lo vi: traía a su "novio", Arón. Liam no quería llamarlo así, pero lo que mantenían era una relación, por tanto, estaban saliendo, por tanto, eran pareja, en fin, novios. Mía lo abrazó de la emoción. Yo también me alegré por él. Aunque por dentro pensé: *genial, ahora soy el único de los dos fingiendo una relación*. O, algo parecido.

El almuerzo fue sorprendentemente natural. Demasiado natural, considerando que todo esto había empezado siendo una farsa. Mi madre decoraba la mesa como si fuéramos a anunciar nuestro compromiso. Mi padre nos observaba con sigilo, como si analizara cada gesto para saber qué pasaba en realidad. No lo vas a

averiguar, papá, ni yo mismo lo sé. No podríamos hablar más de la cuenta, Arón desconocía los términos en los que estaba basada nuestra relación.

- Mía, ¿sigues aguantando a mi hijo? -preguntó mi madre mientras servía el vino.
- Con más paciencia de la que imaginé que tenía –respondió ella con una sonrisa impecable.

Yo puse una mano sobre su muslo bajo la mesa. Ella me lanzó una mirada de advertencia pero no retiró mi mano.

Mi padre carraspeó.

- Te veo… relajado, James.
- Es que Mía tiene efectos secundarios positivos –contesté, alzando un poco la ceja.

Ella me dio un codazo en las costillas. Mi madre sonrió con una mezcla de aprobación y picardía.

- Bueno, menos mal que por fin estás con una mujer que sabe ponerte en tu sitio –dijo mi madre.
- Vaya, gracias, mamá –respondí-. Ese es justamente el apoyo emocional que buscaba.

Mía soltó una risa suave. Arón, que no entendía nada, sonreía sin parar. Como no, Liam, que siempre tenía que meterse en todo, intervino:

- Es raro verlos así. Antes discutían más.
- Todavía discutimos –dijo Mía.

Yo asentí.

- Pero ahora los "encuentros diplomáticos" son mucho más entretenidos –continué con picardía.

Su mejilla se sonrojó apenas. Mi padre levantó una ceja.

- ¿Y qué tal la convivencia? –preguntó él.

Yo abrí la boca para contestar, pero Mía se adelantó, con una seguridad que me inflamó el pecho.

- Muy bien. Nos estamos adaptando. James es mejor de lo que esperaba.

Intenté no sonreír como un idiota. Fracasé estrepitosamente.

- ¿Ves, papá? –dije, inclinándome hacia ella y dándole un beso en los labios que le sorprendió-. Mía ya está descubriendo mis encantos ocultos.

Mi madre nos observaba como si estuviera viendo un tráiler de su película romántica favorita.

- Voy a empezar a pensar que pronto tendré noticias importantes –insinuó ella, mirando a Arón.

Ahí mi madre también ejerció de buena actriz, dando a entender que estábamos enamorados y pronto nos casaríamos. Mía casi se atraganta con el agua. Yo le di un golpecito en la espalda, disfrutando demasiado de su incomodidad.

- Cuando las haya, mamá, serás la primera en saberlo –contesté.

Sin duda, la escena no pudo ir mejor. De aquí a la alfombra roja.

Durante todo el almuerzo, la tensión, las miradas, los roces furtivos… todo tenía una naturalidad que no debería existir entre dos personas con un acuerdo temporal. Algo estaba cambiando. Yo lo sabía. Mi padre lo sospechaba. Mi madre lo celebraba mentalmente. Y Mía… estaba escrito en cada gesto suyo.

CAPÍTULO 21: MÍA

Lunes.

Me desperté, otra vez, en la cama de James. Otra vez enredada en sus brazos. Otra vez sintiendo su respiración cálida en mi cuello. Y lo primero que pensé fue: *No puedo seguir haciendo esto.* Y lo segundo: *No quiero dejar de hacerlo.*

Me di la vuelta y sus ojos estaban ahí, abiertos, mirándome con esa mezcla de deseo y lujuria que me desarma por completo. Nos dimos los buenos días como si fuera lo más natural del mundo: besos lentos, suaves, después más intensos…

Nos levantamos, desayunamos juntos, nos arreglamos casi sincronizados, él me esperó en la puerta y salimos hacia el bufete como una pareja consolidada.

Nada más entrar por la puerta, Belén nos recibe sonriendo y divertida.

- Buenos días –dijo, pero antes de que pudiéramos responder, levantó una revista abierta por la mitad-. Creo que querréis ver esto.

James y yo nos miramos al instante.

- ¿Qué es? –pregunté.

Belén lo abrió despacio, como si nos estuviera entregando los resultados de un testimonio clave en un juicio mediático. Y allí estábamos.

"LA PAREJA DEL AÑO EN LA CENA EMPRESARIAL DEL AÑO. **James Bernard y su novia, la abogada Mía Beltrán, derrochan química y complicidad."**

Química. Complicidad. Pareja del año. ¿En serio? James soltó una carcajada suave detrás de mí.

- ¿En serio somos la pareja del año? –repitió divertido.
- Cállate –le dije mientras le arrebataba el periódico a Belén.

Pasé las páginas con rapidez, localizando el reportaje completo. Había al menos cinco fotografías. Cinco.

La primera era de los dos entrando al evento en la que James tenía su mano apoyada en mi espalda. La segunda, de nosotros dos riéndonos por algo -ni idea de qué, seguramente él soltando una de sus estupideces irresistibles. La tercera, bailando. La cuarta… ay Dios, la cuarta… era de él susurrándome algo al oído, demasiado cerca. Y la quinta, la peor, yo mirándolo como si quisiera arrancarle la camisa ahí mismo en medio de la pista.

Belén nos observaba con demasiada atención.

- ¿Queréis que compre más ejemplares? La gente habla mucho esta mañana –dijo, divertida.
- Ni se te ocurra –respondí demasiado rápido.

James se cruzó de brazos, mirándome con esa expresión suya, tan suya, una mezcla de diversión y análisis.

- A ver, enséñame –pidió acercándose a mí y viendo las fotografías.

Él sonrió. Ese tipo de sonrisa que me ponía de los nervios… por muchas razones.

- Claramente somos la pareja perfecta –susurró y me guiñó un ojo.
- A veces eres insoportable –le dije.
- Lo sé –admitió.

Belén nos miraba como si estuviera viendo una serie de Netflix en directo. Yo, cansada de sentirme observada y consciente de que mi cara estaba adoptando su clásica tonalidad de "roja como un tomate", me aclaré la garganta.

- Voy a mi despacho –dije, cogiendo la revista-. Tengo cosas que revisar.

James abrió la boca, seguramente para decir alguna tontería más, pero levanté un dedo.

- Ni una palabra, Bernard.

James me dedicó una reverencia exagerada.

- Como ordenes, mi amor –dijo con teatralidad llevándose la mano a la frente como si estuviera saludando su capitán.

Belén soltó un "ay Dios" y yo quise morirme.

Y así, con el corazón a mil y la revista apretada entre mis dedos, di media vuelta y caminé hacia mi despacho. Consciente de que algo no cuadraba. Consciente de que las fotos no eran las mismas que las que había recibido anteriormente.

Al llegar, me encerré en mi despacho. Presenté un par de escritos, organicé mi semana y me preparé para ponerme con la vista de medidas cautelares del miércoles.
Pero entonces mi móvil vibró.

Número desconocido. Nuevo mensaje: **"¿Liándote con el enemigo?"**. ¿Enemigo? Nuevas fotos. Esta vez eran imágenes de James y yo… en su coche dándonos un beso al salir, imágenes después del evento cuando me acompaño a casa, en mi portal. Imágenes que no recordaba haber visto en ningún periódico o revista antes, menos en el que había salido en el día de hoy. Las fotos de hoy eran dentro del evento, se podría considerar "normal", las que me habían enviado eran en mi portal, cuando nos fuimos del evento. Fotos tomadas sin permiso. Fotos que demostraban que alguien estaba siguiéndonos o siguiéndome a mí.

Mi estómago se encogió. La parte racional de mi cerebro intentó calmarme: Será una broma estúpida, tranquilízate Mía. Pero mi instinto decía otra cosa. No quería decírselo a nadie, mucho menos a James. Esto, como todo, tenía que arreglarlo sola, porque si algo me enseñó mi pasado es que, al final, estoy sola.

Pero esta vez… necesitaba un mínimo apoyo. Así que pensé en Joselu, mi amigo policía, de humor descarado, él podría ayudarme a localizar el número. Le llamé intentando parecer lo más calmada posible. Cuando me cogió la llamada, le dije que el miércoles, tras la vista, ya que los juzgados estaban cerca de la comisaría, me pasaría por allí porque quería comentarle un asunto. No esperaba otra respuesta por su parte: "Por supuesto, avísame y tomamos café en la cafetería de esquina". Y así lo hice.

El miércoles, al salir de la vista, lo llamé y nos encontramos en la cafetería. Lo vi entrar, sin uniforme y con su sonrisa de siempre.

Me quité el abrigo y lo dejé sobre la silla. Joselu llegó con dos cafés y se sentó frente a mí, inclinándose como siempre hacía cuando sabía que algo no iba bien.

- A ver, rubia. ¿Qué pasa? –preguntó.

Saqué mi móvil del bolso y lo dejé sobre la mesa.

- Me están enviando mensajes, Joselu, de un número desconocido, con fotos de James y yo.
- ¿Fotos cómo? ¿Comprometidas? –me preguntó frunciendo el ceño.
- No –negué-. De cuando estamos juntos. Saliendo del bufete, en un restaurante hace unos días, en mi portal, en el parking metidos en el coche... Pero… no son fotos que hayan salido en prensa, así que no deberían existir.

Joselu se quedó callado unos segundos. Me estudió con atención, sacando su cara policial.

- Vale –dijo por fin.- Escúchame, esto puede ser una chorrada. Puede que sea un gracioso o un imbécil con demasiado tiempo libre, pero también puede no serlo. Y como no me gusta la incertidumbre… vamos a hacer las cosas bien.
- No quería montarme una película sola… -admití.
- Mía, si alguien te está siguiendo, no es ninguna película. Y si no lo está, mejor. Pero yo necesito ver ese móvil. –Se lo

señaló con la barbilla-. ¿Me lo das?

- ¿El móvil?
- Sí. –Se cruzó de brazos-. En comisaría podemos extraer los metadatos, rastrear el número, analizar las imágenes. Ver si fueron tomadas con un dispositivo concreto, si han pasado por redes privadas, si vienen del mismo sitio… Pero necesito el terminal, al menos un par de horas para extraer esa información.
- Está bien. Vamos –le dije.
- Perfecto. Vámonos a comisaría. Cuanto antes empecemos, antes sabré quién está tocando los cojones –contestó.

Esto iba en serio. Estuve allí dos horas incomunicada, dos horas en las que me hicieron mil preguntas y Joselu discutió con un técnico sobre protocolos. Cuando terminaron me devolvieron mi móvil y me dijeron que me llamarían cuando hubiera resultados.

Cuando salí, Joselu me pasó un brazo por los hombros y me dijo que, en cuanto tuviera noticias, me llamaría.

Cuando abrí la puerta del ático, el silencio fue inmediato.
James estaba en el salón, de espaldas a mí, mirando la ciudad desde los ventanales.
Se giró en cuanto escuchó la puerta abrirse.

Tenía el ceño fruncido, la mandíbula apretada y los ojos llenos de preocupación disfrazada de enfado.

- ¿Dónde coño estabas? –preguntó sin moverse, con un tono demasiado alto.
- Ha sido un día larguísimo…

Él avanzó dos pasos hacia mí, cada uno más fuerte que el anterior.

- Mía, te llamé ocho veces. Ni una respuesta. Ni un mensaje. Nada.
- Lo sé –respiré hondo-. Cuando llegué a la Vista tenía poca batería, así que lo apagué. Ha durado bastante. Cuando salí,

almorcé, di un paseo y se me olvidó que estaba apagado –mentí como pude.

- ¿Y no te acordaste en avisarme? –Se pasó una mano por el pelo, desesperado.- ¿No has pensado en mí en todo el día? –lo dijo con pena.

Sentí un pellizco en el pecho. No porque me gritara, sino porque sinceramente parecía asustado y yo, encima, le estaba mintiendo.

- No quería preocuparte. Lo siento –dije.
- Pues lo has hecho –contestó rotundo.
- Lo siento –repetí.
- No vuelvas a hacerme esto –dijo, esta vez más bajo, menos duro-. No vuelvas a desaparecer así.
- No volverá a pasar -susurré.

Él cerró los ojos un segundo. Luego me tomó por la cintura y me atrajo hacia él, hundiendo la frente en mi sien. Yo le acaricié la nuca y lo acerqué a mis labios. La preocupación pareció aliviarse en su interior y yo sonreí al ver que todo era por mí. Tanto la preocupación como el alivio.

El viernes, cuando mi jefe y falso suegro Manuel me llamó a su despacho, pensé que sería una reunión más, una de esas en las que repasábamos casos, estrategias, plazos. Entré con mi libreta en la mano, lista para empezar.

Me senté frente a su escritorio, abrí la carpeta del primer asunto y apenas pronuncié dos frases cuando él levantó la mano para detenerme.

- No te he llamado para esto –dijo.

Fruncí el ceño, sin entender. Entonces tomó un papel de su primer cajón del escritorio y me lo entregó. Un cheque.

Levanté la vista, confusa. 220.000 euros. Me quedé muda unos segundos.

- ¿Qué… es esto? –atiné a preguntar.

- Los honorarios del Sr. Vázquez, acordamos el 20% de lo que obtuviera. Son tuyos –respondió con absoluta naturalidad-. Te encargaste tú, conseguiste lo que parecía imposible así que te corresponde.

Sentí cómo se me tensaba el estómago, como si hubiera tragado una piedra.

- No puedo aceptarlo –dije de inmediato, mientras mi mente empezada a dar vueltas-. ¿Es por lo del acuerdo? ¿Por haber aceptado casarme con tu hijo? –pregunté de sopetón.

Lo dije más bajo de lo que pretendía. No por vergüenza, sino por el peso que esas palabras tenían dentro de mí. No quería parecer agradecida por imposición. No quería dar pena. Nunca he querido dar pena.

Manuel apoyó las manos en su escritorio y me miró con un gesto grave, casi molesto.

- No –dijo-. Te pertenece.
- Manuel, no lo hagas para gratificarme por haber aceptado. No quiero deberte nada de nuevo. No me mientas. ¿Lo haces por …? - tragué saliva.
- Mía –me interrumpió, y esta vez su voz fue firme, casi cortante-. Todo lo que tienes es porque te lo has ganado tú. Deja de menospreciarte. Joder, Mía –continuó, y ahora sí sonaba enfadado-. Cree en ti. No me das pena. No me das lástima. Nunca me la has dado. Estoy orgulloso de ti. ¿Lo entiendes? Orgulloso*.* Métetelo en esa dura cabeza que tienes.

Sentí un golpe seco en el pecho. Nadie había dicho algo así de mí en mucho tiempo. Y ahí se me desquebrajó algo por dentro. No un dolor, sino esa coraza que llevo siempre encima. Noté los ojos arderme antes siquiera de poder evitarlo. Un segundo después, las lágrimas ya caían.

Me levanté sin pensarlo y lo abracé con fuerza. Él me devolvió un abrazo cálido al instante.

- Gracias –susurré contra su hombro-. Por todo.

Por creer en mí cuando yo misma no creía. Por ver algo en mí que ni siquiera yo veía. Por no tratarme como alguien rota, sino como alguien capaz.

- Ahora ya puedes darle ese empujón a tu casa –me dijo sonriendo.

Mi casa. Tal y como salí del despacho de Manuel, llamé a mi constructor y le dije que continuara con la obra hasta terminarla. Por fin tenía el dinero que me faltaba.

Las semanas fueron deslizándose con una suavidad que no me esperaba, almuerzos y salidas con James, quedadas con todos nuestros amigos, planes improvisados... Mi relación con James era extrañamente fácil. No perfecta, no exenta de chispazos y algún que otro choque de carácter, pero ¿qué sería de la vida sin esos chispazos? Nos habíamos acostumbrado a compartir espacio, rutinas, mañanas con café y noches con risas, besos y sexo, mucho sexo. Algo en nosotros se había asentado, como si el aire entre los dos respirara más tranquilo.

Una tarde James me propuso salir. Bueno, "proponer" no es la palabra. Más bien apareció en mi despacho, dejó caer una carpeta sobre mi mesa y dijo:

- Hoy no pienso trabajar más. ¿Vienes o te quedas aquí oxidándote?

Evidentemente, no me lo pidió, mucho menos hubo un por favor, pero así era él. A veces era tierno, a veces un idiota engreído, y yo, bueno, me gustaba así. Así que acepté.

Terminamos en un salón de videojuegos enorme, lleno de luces de neón, máquinas retro y adolescentes gritando como si les fuera la vida. James miró alrededor con esa expresión suya entre orgullo y competitividad pura.

- Bienvenida a mi territorio –dijo cruzándose de brazos.

Rodé los ojos.

- ¿Tu territorio? A ver si ahora también eres campeón mundial de comecocos –le respondí divertida.
- No seré campeón, pero a ti te gano seguro –respondió.

Primera parada: Carreras. Nos subimos a los simuladores. Yo seleccioné el coche más pequeño y él escogió uno enorme.

- No llores cuando te gane –me dijo.
- Por favor, James –respondí acomodándome-. A veces creo que exageras para impresionarme.

Su mirada me fulminó, pero había una sonrisa escondida.

La carrera comenzó. Nos adelantamos varias veces. Le choqué el coche dos veces. Él me embistió una, pero fingió que no había sido aposta. Al final… gané. Sobradísima. Me quité el cinturón y me levanté con calma, dándome el lujo de estirarme.

- Vaya… qué sorpresa –solté con falsa inocencia-. Parece que mi territorio también es este.

Él resopló, riendo.

- Quiero la revancha –me dijo.
- Cuando quieras, cariño –le contesté.

Se quedó helado un segundo y yo también. Esa palabra se me escapó pero no lo admitiría ni loca.

Segunda parada: Disparos en equipo. Nos metimos en una cabina de pistolas láser contra zombis. Oscura, cerrada y demasiado estrecha. Sentí su brazo rozar el mío y me puse tensa, o caliente, o ambas. ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba así cuando estaba cerca de él? Él se aclaró la garganta.

- No te pegues tanto –murmuró bajito.
- ¿Yo? Si eres tú el que invade mi espacio personal –le respondí sin mirarlo.

La pantalla empezó y nos lanzamos a disparar. Yo era sorprendentemente buena. Él lo era aún más. Cada vez que uno

fallaba, el otro lo picaba.

- ¿Te tiembla el pulso, James? –pregunté tras un tiro fallido suyo.
- Es que tu presencia me distrae —susurró.

Se me escapó una risa nerviosa.

Cerramos la partida con un récord conjunto. Lo celebramos dándonos un besazo. Dios. Esto no puede estar pasando, esto era demasiado normal, demasiado natural. Disfruta Mía, luego tendrás tiempo de rayarte, me dijo mi subconsciente.

Tercera parada: descanso y palomitas. Nos sentamos en una mesita y compartimos unas palomitas.

- No sabía que te gustaban las dulces –dijo él.
- ¿Por qué? Ah, no, espera… que tú eres más de salado. Salado y borde –le contesté divertida.

James soltó una carcajada.

- Admites entonces que sabes lo que me gusta –me dijo en tono guasón.
- Ni en tus sueños –dije con sorna.
- Pues últimamente mis sueños están siendo muy interesantes.

La frase me golpeó directo al estómago. Nuestras noches estaban siendo muy interesantes, sí.

- Cállate y come palomitas –le dije metiéndole una palomita en la boca.

Última parada: Air hockey. La mesa brillaba y las luces rojas y azules se reflejaban en sus ojos. Se colocó frente a mí, arremangándose los puños de la camisa como si fuera a entrar a un ring.

- Aquí sí que te gano –me dijo.
- Te veo muy confiado –le contesté.
- Porque tú me distraes, pero esta vez no me derrotarás –dijo mirándome fijamente.

- Eso lo dices ahora –le provoqué.

Empezamos a jugar. Estuvo reñido. Él era rápido pero yo más. El disco salió disparado varias veces. Como siempre nos picamos. Íbamos 7-7 pero al final, marqué el último punto y gané de nuevo. Levanté los brazos en señal de victoria.

- Y el público enloquece –dije teatralmente.

James se pasó una mano por el pelo, negando con la cabeza, pero sonriendo con la boca entreabierta.

- Eres insoportable –me dijo.

Me acerqué un paso, solo un poquito.

- Y tú… -susurré- demasiado fácil de ganar.

Sus ojos se oscurecieron. No tardó en cogerme de la cintura y besarme con pasión. Por fin, dijo mi subconsciente. Había pasado mucho tiempo desde el último –mentirosa, fue en la primera ronda, me recordó mi subconsciente. Lo que yo decía, hacía mucho.

- Vamos –dijo cuando finalizó el beso, con voz grave-. Te invito a una cerveza. Pero que conste que quiero revancha.
- Cuando quieras –repetí e hice una pausa-. Cariño.

Esta vez lo dije a propósito. Él cerró los ojos un momento, como aguantando el golpe. Y yo me giré, sonriendo como una idiota.

Un sábado por la mañana fuimos juntos a ver los avances de mi futura casa. La obra ya no era ese esqueleto que visité la primera vez; ya tenía forma de mi futuro hogar. Caminé entre los muros recién enyesados con una emoción que me apretaba el pecho y me hacía sonreír como una boba.

La planta baja estaba casi lista. El salón abierto, ya tenía instalado el ventanal p que daba al jardín. Era una pared entera de cristal que inundaba de luz toda la estancia. Podía imaginarme allí en verano, descalza, con la brisa entrando. El jardín estaba nivelado y delineado; las zanjas para la instalación de la piscina ya estaban preparadas. ¡Iba a tener una piscina! No cabía en mí de gozo. Cada

vez que lo pensaba me daban ganas de saltar de alegría. Siempre había soñado algo así, un rincón donde respirar, desconectar... Y la cocina abierta al salón ya tenía las tomas de agua y electricidad listas. Todo iba avanzado rápidamente y yo aún no me lo creía.

En la planta de arriba, los avances eran aún más visibles. Los tabiques estaban pintados con la primera capa y los suelos preparados para instalar el suelo porcelánico. Las tres habitaciones tenían la estructura lista. Los constructores me dijeron que en unas dos o tres semanas terminarían todo y podría empezar a montar muebles. ¿a quién le gustaba montar muebles? A mí no. Pero ahora mismo estaba deseando hacerlo.

Me apoyé en la barandilla de la escalera, mirando toda la planta inferior desde arriba con una mezcla de vértigo y felicidad. Había tanto futuro aquí que me costaba creer que fuera mío. James se detuvo a mi lado, observándome.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí algo que jamás había sentido de forma tan clara: estaba construyendo algo, mi casa, mi vida. Y me gustaba la persona que estaba a mi lado mientras lo hacía, aunque fuera temporalmente.

CAPÍTULO 22: JAMES

Habíamos salido solos, con amigos, teníamos “citas”, aunque la salida al salón de juegos fue la mejor. No paro de repetirla en mi cabeza. Cómo me ganó en las carreras, cómo levantó los brazos como si fuera campeona del mundo, cómo me rozó el brazo en la cabina de los zombis y tuve que hacer esfuerzos para no pegarme más a ella, cómo se reía… Dios, cómo se reía. Me encantaba su sonrisa plasmada en esa boca que me volvía loco.

Yo pensaba que era un tipo serio. Que no me gustaba perder el tiempo.
Que las relaciones eran complicadas y optaba siempre a la simpleza: hombre conoce mujer, y viceversa, follan y cada uno a su casa.

Pero con Mía nada era simple. Pero era divertido, natural, adictivo. Yo. James. Rey del autocontrol, soltando tonterías solo para verla rodar los ojos, o para escuchar su risa, o para que me mirara con ese brillo desafiante. Porque sí. Porque Mía me desafiaba, contraatacaba, nunca antes una mujer me había mirado a los ojos para asesinarme –ella fue la única que lo hizo, las demás, solo me miraban para meterse en mi cama.

Cada vez que nos veíamos, algo se me encendía dentro. Un resorte, una chispa, un "a ver qué me dice hoy para picarme". Con otras mujeres siempre fui educado, distante y hasta artificial. Con Mía… Con Mía era yo mismo, sarcasmo incluido. Y ella me seguía el ritmo, mejor, lo igualaba. A veces lo superaba. Y me encantaba.

Así que no quería irme. Era así de simple. No en ese momento. No cuando todo con Mía empezaba a encajar.

Pero la sede de Francia llevaba semanas enviando señales de humo, y finalmente prendió el incendio. Un contrato millonario

bloqueado porque requerían de mi presencia, proveedores en guerra porque faltaba un poco de autoridad, sí, mi autoridad.... Desde aquí podía coordinar, sí… pero no apagar el fuego. Bryan necesitaba que fuera yo, y cuanto antes.

La miré mientras elegía distintos tonos de pintura para la pared del salón, apoyando las muestras en una pared recién enyesada. Se veía tan feliz que me dolió abrir la boca.

- Tengo que irme unos días a Francia –le dije sin pensar, directo, porque si seguía pensando no se lo diría nunca.

Se giró despacio. La alegría que tenía en los ojos se desplazó hacia atrás, como si alguien hubiera apagado la luz.

- ¿Cuánto tiempo? –preguntó.
- Dos semanas. Quizá un poco más.

Le jodió. Me jodió a mí también. Dos semanas sin verla, sin despertarme con su cabeza en mi pecho, sin discutir por quién se quedaba con la manta o porqué demonios trabajaba tanto o porqué no la dejaba ducharse sola –me encantaba ducharme con ella, no quería dejar pasar la oportunidad de verla desnuda.

- Tanto… -susurró.

Y entonces, como si activara un interruptor interno, levantó la barbilla y se recompuso. Siempre hacía eso. Era de una fuerza que a veces rozaba lo insoportable.

- Está bien, lo entiendo. Es tu empresa y, por tanto, tu responsabilidad. Todo esto –dijo señalándonos a ambos.- es por la empresa.
- Ven conmigo Francia.

Lo dije casi sin pensar. Necesitaba tenerla allí. Que al final del día pudiera girarme y verla, tocarla, recordarme por qué demonios me costaba tanto dejarla aquí. Ella negó despacio.

- No puedo. Tengo trabajo, señalamientos, los plazos de la obra… tengo que estar aquí. No puedo desaparecer dos semanas.

Lo sabía. Joder, claro que lo sabía. Pero dolió igual. Nos acercamos sin hablar, como dos imanes. La rodeé con los brazos y ella apoyó la frente en mi pecho. No dije que la iba a echar de menos. No me dijo que me echaría de menos. No hacía falta. Estaba escrito en la forma en la que sus dedos se aferraron a mi camiseta, en la manera en que la que suspiró.

- Volveré antes de que te dé tiempo a olvidarte de mí –intenté bromear, pero la voz me salió ronca.

Nos besamos con esa urgencia amarga que aparece justo antes de una despedida. Con rabia, con tensión, con algo que no quería nombrar porque si lo hacía se me iba a quedar encajado entre las costillas.

Dos semanas. Solo dos semanas. Y aun así, mientras la sujetaba contra mí, tuve la sensación absurda y terrible de que estaba dejando algo atrás demasiado importante.

Salí el lunes para Francia, era mediados de agosto. Los primeros días en Francia fueron una mierda. Nueva rutina, reuniones pesadas y largas, franceses cabreados… pero cada noche, cuando veía su nombre iluminando mi pantalla del móvil, me olvidaba de todo el cansancio.

El jueves por la noche, a eso de las once, yo estaba rendido. Mía, por el tono, no.

- ¿Ya cenaste? –me preguntó.
- Sí –mentí, llevaba sin comer desde las tres de la tarde que me comí un sándwich.
- ¿Qué has comido? –insistió.
- Algo francés –respondí sin ganas.
- ¿Croissant con croissant? –dijo divertida e hizo que sonriera.
- Exacto. Menú degustación: croissant salado, croissant dulce y de postre… más croissant.

La escuché reír, su risa espontánea, esa risa que en ese instante me jodió porque quería tenerla delante y ver como lo hacía.

- Eres insufrible –me dijo.
- Pero irresistible –confirmé.
- No te vengas arriba –dijo riendo.
- Mía, estoy en Francia. Aquí nació el concepto "venirse arriba" –dije.
- No, eso nació en Andalucía, concretamente, te diría que en Cádiz –remató, como no.
- Me estás discutiendo geografía por teléfono a mil kilómetros –le dije divertido.
- Para que no se te olvide quién manda –sentenció.

Sonreí mirando el techo. Esta mujer me estaba volviendo loco, loco de verdad y no quería darme cuenta.

- Anda, vete a dormir –añadió ella.
- Solo si me das las buenas noches como toca –le pedí divertido.
- ¿Y cómo es "como toca"? –preguntó sonriendo.
- Con cariño y un poco de ganas.

Y como todas las noches colgué el teléfono, sonriéndole al móvil y empalmado. Buena manera de irse a dormir.

El martes, a mitad de mi segunda semana, estábamos hablando mientras yo me aflojaba la corbata en el hotel y quitándome los zapatos que tanto me molestaban a estas horas del día.

- Hoy casi incendio tu cocina –me dijo de pronto.
- ¿Cómo que "casi"? –pregunté divertido.
- Porque la tostadora decidió suicidarse.
- ¿Sigues viva? –pregunté.
- Sí.
- Pues entonces no veo el problema –dije.
- James, salió fuego -bufó.

- Mía que salga fuego cuando estás tú cerca no es ninguna novedad –dije con picardía.
- Idiota –dijo.
- Tu idiota favorito, admítelo –le pedí.
- Jamás. –dijo tras unos segundos.
- Pero te lo has pensado.
- James…
- ¿Sí?
- Te odio un poco. –me dijo divertida.
- Yo también te echo de menos. –contesté.

Y ahí se hizo un silencio distinto.

El jueves por la mañana, mientras tomaba mi café, me encontré un correo de mi padre. Solo eso ya era sospechoso, porque mi padre no me enviaba correos. Y encima el asunto era… *"Parece que todo va bien entre vosotros ¿Algo que contarme?"* Fruncí el ceño. Joder, papá… ¿qué has visto? Abrí el correo.

Y ahí estaban. Fotos de Mía y yo juntos la mar de "inocentes". Inocentes mis cojones. Salíamos demasiado bien. Mía riéndose con la cabeza echada hacia atrás, yo mirándola con esa expresión que para nada era de alguien que estaba fingiendo. Otra jugando a los zombis. Otra donde yo la agarraba de la cintura mientras ella hacía como que se separaba, riéndose.

Y el titular: **"James Bernard y su novia, de paseo por los recreativos"**

Pasé la mano por mi cara. Mi padre no era idiota y esas fotos decían demasiado. Estaba volviendo a leer el correo cuando sonó el móvil. Mía. Contesté sin pensar.

- Buenos días, cariño –dije con tono suave, provocador-. ¿Durmiendo tranquila después de tu debut como estrella de la prensa rosa?
- ¿Has visto las fotos? –soltó ella, sin saludar siquiera.

- Oh, sí –me eché hacia atrás en la silla-. Y tengo que admitir que salgo espectacular.
- James, no es gracioso –su tono de voz era de ansiedad.
- Lo siento. Tú también sales muy guapa. Incluso un poco enamorada, diría yo…
- ¿¡Que!? No –se atragantó consigo misma-. No salgo enamorada, salgo…
- ¿Feliz? –sugerí, con una sonrisa que ella podía oír perfectamente.
- Salgo riéndome porque me estabas chinchando –dijo finalmente.
- Lo mismo es. Ha sido mi padre quien me ha reenviado el artículo –le informé.
- ¿Tu padre? –preguntó ella, alarmada-. ¿Qué te ha dicho?
- El asunto del correo era: "¿Algo que contarme?"
- Oh, dios… -la oí suspirar.
- Tranquila, solo piensa que si lo sospecha mi padre, es que lo estamos haciendo muy bien –le recordé.
- ¿Y qué te ha dicho exactamente? –siguió preguntándome.
- Nada. Solo el correo. Mi padre no necesita palabras para juzgarme.

Mía suspiró.

- ¿Hacemos algo? –me preguntó un poco inquieta.

Había algo en su voz que no sabía que era. Habían salido fotos otras veces, no era nada raro.

- Absolutamente nada.
- ¿Y si sacan más? –preguntó de nuevo.
- ¡Que más da! ¿Queríamos que se creyeran que lo nuestro era real no? Pues que saquen más. Estoy seguro de que saldrías guapísima en ellas.
- A veces me sacas de mis casillas, James –dijo y pude notar su sonrisa.
- Lo sé, es parte de mi encanto –dije.
- No tienes encanto.
- Y aun así no puedes dejar de llamarme –dije, triunfal.

Silencio. Luego un suspiro resignado.

- ¿Sabes? –murmuró ella-. Lo peor de todo es que a ti te gusta esto.
- ¿Esto? ¿Salir en fotos contigo? Sí, bastante –dije sincero.
- ¡James!
- ¿Qué?
- No digas esas cosas como si… -se quedó callada.
- Mía –dije despacio, sonriendo aunque ella no pudiera verme-. Cuando vuelva, volveremos a salir millones de veces. Y te prometo que si nos vuelven a fotografiar, intentaré no mirarte como si fueras irresistible.
- ¡No me miras así! –explotó.
- Ajá –dije divertido.
- ¡Deja de sonreír así! –me dijo.
- ¿Qué sonrisa? Estoy totalmente serio –mentí estrepitosamente.
- Dios mío, voy a colgarte –me dijo.
- Cuélgame, cariño. Pero recuerda que eso no cambia que salimos muy bien juntos.
- Adiós, James.
- Hasta luego, guapísima.

Colgó. Yo dejé el móvil sobre la mesa, sonriendo como un completo imbécil, y pensé: Estoy perdido, definitivamente perdido.

Era viernes cuando me lo soltó. Yo estaba saliendo de una reunión infernal y la llamé para desahogarme, pero me interceptó ella antes.

- Esta noche saldremos –me dijo-. Liam, Arón, Cami, Adri y yo. Seguramente acabemos en alguna discoteca de Eric.

Frené en seco mentalmente.

- ¿Ah, sí? –respondí con toda la calma que pude reunir.
- Sí, lo normal. –me dijo.
- Perfecto, perfecto. Muy… normal –contesté, estaba diciendo cosas sin sentido.
- ¿Qué te pasa? –preguntó riéndose.
- Nada.

- James...
- Mía...
- ¿Te has puesto celoso? –me soltó riéndose.
- No lo estoy –contesté.
- ¿Ah, no?
- No. Para nada. Cero. Cero coma cero cero –insistí.
- Claro…
- Además –añadí rápido- Eric y Enzo estarán allí, ¿no? –intenté asegurarme de que mis amigos irían.
- Seguramente, les avisaremos que vamos –me dijo.
- Perfecto. Que te echen un… eh… que te cuiden –rectifiqué rápidamente.
- ¿Cuidarme? –preguntó.
- Por si… no sé… se te cae el bolso o algo –no sabía que inventarme en ese momento.
- ¿El bolso?
- Lo digo para que estés… bien atendida –dije sin saber como salir de donde me había metido.

Pude escuchar como sonrió a través del teléfono.

- Eres adorable cuando mientes –me dijo.
- No miento -dije, tragándome el orgullo.
- Entonces perfecto. Mañana te cuento en qué necesité ayuda, si te apetece claro, ya que te importa cero coma cero cero…
- Perfecto –murmuré.

Terminamos la conversación y me quedé mordiéndome el labio, imaginándola bailando, riendo, rodeada de todos… menos de mí. Y lo odié un poco. Y la eché de menos más. ¿Qué me estaba pasando? ¿Qué me estaba haciendo esta mujer? ¿Desde cuando me preocupaba tanto que la mujer que estaba fingiendo ser mi pareja saliera de fiesta?

CAPÍTULO 23: MÍA

Me arreglé con más calma de la que pretendía admitir. No quería pensar demasiado en por qué estaba tan nerviosa… o en quién estaría imaginando mi vestido a kilómetros de distancia. Me puse un conjunto que realzaba mis piernas, dejaba mi espalda bonita y me hacía sentir poderosa. Me miré en el espejo: rompedora.

Estaba guardando el pintalabios en el bolso cuando sonó una notificación. El mismo número desconocido. Sentí un pequeño nudo en el estómago antes incluso de abrirlo. **"Poniéndole los cuernos a tu novio, ¿eh?"** Adjunto: una foto mía con Joselu, en la cafetería, el día que le conté lo de los mensajes. No puede ser. Ninguna de las fotografías que aparecían en prensa coincidían con las que me enviaba este número desconocido pero ahora…ahora no eran sólo fotografías de James y mías. Me estaban vigilando a mí.

Respiré hondo e intenté calmarme. No. Otra vez.. Llevaba varios días sin ver a mis amigos y hacia mucho que no salía a bailar. Hoy no me iba a joder la noche. Ya hablaría con Joselu el lunes y veríamos cómo encontrar a este capullo. Por primera vez en semanas, quería divertirme, despejarme, sentir que mi vida no era solo un cúmulo de tensión, juicios, acuerdos, secretos y bueno, porqué no decirlo, de echar de menos a mi arrogante favorito. Dejé el móvil en el bolso y salí intentando no pensar en ese desgraciado o desgraciada.

Al llegar a la discoteca con mis amigos, las luces de neón, la música vibrante y el ambiente, hicieron que mi cuerpo se aflojara. Eric y Enzo nos esperaban ya en la entrada, impecables, perfectos, y con la misma sonrisa socarrona de siempre, diciéndonos a todas lo espectaculares que íbamos.

- Por Dios… -soltó Eric cuando me vio-. ¿Vas a bailar o a detener el tráfico?
- No exagere usted, señor discoteca –le lancé, dándole un abrazo.

Enzo me guiñó un ojo.

- Yo solo digo que, si James te viera ahora, utilizaría la puerta mágica de Doraemon y se teletransportaría desde Francia.

Reí.

Nos llevaron al reservado, que estaba preparado como siempre: botellas, sofás, una mesa baja y ese toque de exclusividad que Eric siempre tenía al ser el jefe. La música era perfecta. Yo necesitaba bailar y, por supuesto, lo hice. Me perdí en el ritmo, dejando que el cuerpo hablara por mí. Me encantaba bailar. Era lo único que me desconectaba por completo. Notaba miradas, alguna que otra descarada, pero no me importaban. ¿Qué tenía de malo gustar? Me movía libre, feliz, viva.

Llevaba más de una hora cuando sentí el móvil vibrar: James.

Mi corazón hizo… algo. Lo ignoré, como si no estuviera pasando, no quería admitirlo. Luego abrí el mensaje.

James: *Por lo que me han dicho estás despampanante. No rompas muchos cuellos.*

Sonreí sola, en medio de la pista. Malditos Eric y Enzo. ¡Vaya chivatos controladores!

Yo: *Prometo no dejar cadáveres. Bueno, no muchos.*
James: *"Controla."*
Yo: *simplemente estoy bailando.*
James*: bailas demasiado bien.*
Yo: *¿Celoso?*
James*: Define celoso.*

Reí tan fuerte que Cami me miró desde el sofá donde estaba hablando con Eric…

Yo: *Que alguien desde Francia esté imaginándose cómo me muevo.*

James*: Vale, entonces sí.*

Yo*: No te preocupes, estaré aquí cuando vuelvas.*

James*: No sabes las ganas que tengo o mejor dicho, que te tengo.*

Sentí un calor extraño en el pecho, en el estómago y también más abajo.

James*: Pásalo bien, Mía.*

Yo*: Gracias. Lo haré.*

James*: Pero no tanto sin mí.*

Me quedé quieta unos segundos, la música vibrando en el suelo, en mi pecho, y otra música llamada excitación vibraba en mis piernas y en mi entrepierna.

Guardé el móvil, inspiré, y volví a bailar.

Bailaba con mis amigos, soltando risas y moviéndome al ritmo de la música, sintiendo la adrenalina y la libertad que siempre me daba la pista. Liam se reía y bailábamos, con coreografía incuida, "Te pintaron pajaritos" de Yandar & Yostin y Andy Rivera, mientras que Cami y Adri, tan alocadas como nosotros, soltaban carcajadas que llenaban todo el reservado, incluido Arón. Miré hacia Eric y Enzo, que estaban en la barra observando la pista, como siempre atentos a cualquier detalle, más bien fémina andante. Hasta que algo cambió. Ambos se giraron al mismo tiempo, sus ceños fruncidos y sus miradas fijas en mí, aunque más bien, a algo detrás de mí.

Me di la vuelta y lo vi. Benji. El primo de James, el tipo que no podía ocultar su interés en descubrir cualquier detalle que pudiera darle la herencia de Antony. La sonrisa de suficiencia y el aire provocador que llevaba me hicieron tensarme de inmediato.

Se acercó despacio, arrogante, y con esa voz cargada de desdén dijo:

- Vaya, un bombón por aquí…sola ¿Acaso ya te ha dejado tirada mi primo por otra? Demasiado habéis durado.

Sentí el calor subirme a la cabeza. Eric, Enzo y Liam ya estaban a mi lado y se preparaban para lanzarse a por él, pero levanté la mano. No necesitaba que intervinieran. Podía manejarlo yo.

- ¿Así que este es tu estilo? –le solté con voz firme-. ¿Provocar, insultar y pensar que te creerán?
- Vamos, preciosura… -dijo-. Sabes perfectamente que ahora mismo está revolcándose con otra u otras -Benji arqueó una ceja, intentando sonar más seguro que nunca.

Reí, pero fue un sonido corto, cortante.

- Escucha bien, Benji. Mi chico no deja tiradas a las mujeres que le importan. Y si te atreves a insinuar lo contrario, estás muy equivocado.
- ¡Oh, que bonito! Como se nota que no conoces a mi primo. Pobrecita –replicó con desprecio-. Solo eres una más…
- ¡Cállate! –le corté, firme y alta, sin pestañear-. No soy "solo una más", y no te permito ni un segundo de tu mierda. Te convendría aprender lo que significa respetar a los demás… y sobre todo a tu propia familia.

Noté cómo su sonrisa se desinflaba, aunque trataba de mantenerse firme.

- Vamos, no te pongas a llorar ¿Por qué no se la devuelves y te vienes conmigo? –dijo con sarcasmo-. Además, sólo estaba diciendo la verdad y la verdad duele.
- La verdad es que eres un imbécil con aires de grandeza –le devolví-. No sabes nada de nosotros, no sabes nada de James y, mucho menos, sabes lo que es tener a alguien que te protege de idiotas como tú, como lo haré si te metes con él.

Se hizo un silencio tenso. Mis amigas me miraban, Liam, Eric y Enzo estaban listos, pero yo no necesitaba que intervinieran. Estaba en mi terreno, había lidiado en tipos peores, y él estaba retrocediendo, aunque no lo admitiera.

- Intenta conseguir las cosas por ti mismo y no jodiendo a los demás –añadí con voz fría-, pero no vuelvas a abrir la boca sobre nosotros. Porque mi hombre, mi novio, es intocable. Y si no te queda claro… -me acerqué un paso, clavándole la mirada- …déjame repetírtelo: no te metas en nuestra vida. Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Benji tragó saliva, incómodo, y retrocedió un paso. Sus insultos se habían convertido en un murmullo ahogado mientras yo mantenía la firmeza y el control.

- Vete –dije por último, con un tono que hasta a mí me asustó-. Antes de que tengas que aprender a golpes lo que significa sobrepasarte conmigo –mirando a mis amigos preparados para la acción.

Y con eso, mis amigos se relajaron, Eric y Enzo se acercaron más a mí para dejar clara su presencia, y yo respiré profundo, satisfecha. Había defendido a James, a mí y a nosotros con uñas y dientes. Benji se dio media vuelta y se marchó.

- Te arrepentirás de esto –me amenazó.
- Inténtalo imbécil, te estaré esperando –contraataqué.

Eric fue el primero en romper el silencio, alzando las manos como si hubiera visto un exorcismo.

- Perdona, ¿qué clase de posesión demoníaca ha sido esa? –soltó, muerto de risa-. Mía, te juro por mi vida que yo no quiero ser tu enemigo jamás. Ni en un mal sueño.
- Yo… -dijo Enzo- …yo pensé que le ibas a arrancar el alma con la mirada. Y no sé si estoy más orgulloso o más acojonado.

Adri estaba llorando de la risa.

- ¡Dios, tía, cómo lo has dejado!. Ese hombre no vuelve a hablar de nadie hasta el 2040. Le has dado un repaso…

Camila se agarró el estómago.

- ¡Lo de "eres un imbécil con aires de grandeza"! –gimió entre carcajadas-. Casi me ahogo con mi propio margarita.

Ha sido buenísimo.

Liam me abrazó por los hombros, exageradísimo.

- A ver, aviso general -anunció a todos-. Si esta mujer algún día se cabrea conmigo, quiero que sepáis que os he querido mucho. Fue un placer haberos conocido.
- Oh, por favor, que tampoco ha sido para tanto –resoplé, rodando los ojos.
- No, en serio –insistió Liam, levantando un dedo-. Yo he visto tiburones blancos menos peligrosos que tú hace un minuto.
- Y mira que yo pensé que era imposible que alguien me intimidara más que mi madre… pero enhorabuena, preciosura, acabas de superar el récord mundial –continuó Eric en tono burlón..

Enzo infló el pecho teatralmente.

- Propongo que cuando salgamos de fiesta, Mía sea nuestra arma secreta. Al que se acerque con mala intención, se la lanzamos y listo.
- Ni que fuera un Pokémon –me quejé.
- Bueno, técnicamente –intervino Adri-, tienes ataque especial de muerte verbal nivel 200.

Todos soltaron carcajadas. Yo solo pude negar con la cabeza… aunque la verdad, me hizo gracia. Y en el fondo… también me dio un poco de orgullo. En ese momento me di cuenta que todo lo relacionado con James no era un acuerdo, era algo personal.

El sábado me levanté tarde. No tuve noticias de James. Supongo que Enzo o Eric o Liam, le habrían contado el altercado y no sabía como le había sentado. Su ausencia me hizo preocuparme. ¿Estaría enfadado?

El domingo decidí ir a mi nueva casa a empezar a pintar paredes. La construcción había terminado y ahora era mi turno. Tema pintura, muebles y decoración me encargaría yo.

Eran casi las ocho de la tarde y yo seguía pintando como si me fuera la vida en ello. El salón olía a pintura fresca, a yeso, a casa nueva… esa mezcla que siempre había asociado con empezar de cero. Me dolían los brazos, las piernas, la espalda… hasta en el alma debía tener agujetas. Pero ahí estaba, dándole la última capa a la última pared del salón. Ya queda poco Mía –me dije a mí misma.

Tenía pintura en las manos, en el cuello, seguramente en la cara, en el pelo, ni lo quería imaginar. Pero como aún no tenía espejos, decidí que si no lo veía, no existía.

Me quedaba dar unos cuantos brochazos largos más cuando escuché la puerta principal abrirse.

Me detuve, con el corazón dándome un golpe seco en las costillas. Mis amigos habían venido a traerme comida al mediodía y se habían ido hace horas. Que yo sepa, nadie más tenía llaves… Me acojoné.

- ¿Hola? –pregunté en voz alta, agarrando la brocha como arma.

Escuché pasos dirigiéndose al salón y entonces lo vi.

James. De pie en la entrada, aún con el abrigo puesto, mirándome asombrado. La sorpresa, el cansancio, el alivio… todo estaba allí mezclado.

CAPÍTULO 24: JAMES

Cuando la vi, me quedé quieto en la entrada del salón como un idiota.

Mía estaba en mitad del salón, con el pelo revuelto recogido en un moño, las mejillas manchadas de pintura blanca, las manos hechas un desastre… y apuntándome con el palo largo de la brocha como si fuera una lanza y yo un intruso al que estaba a punto de atravesar.

Y, joder… fue lo más sexy que había visto en mi vida. No, en serio. Olvidarse de vestidos ajustados, tacones, lencería transparente. No había nada –nada- más jodidamente irresistible que verla así: concentrada, guerrera, cansada, brillante… En ese instante supe que, volver sin avisar, había sido la mejor idea que había tenido en semanas porque nadie debería perderse semejante vista.

Sus ojos se abrieron como platos al verme, un susto que se transformó en algo cálido, tan rápido que me atravesó el pecho. No se esperaba que estuviera allí. Normal: no la había llamado, ni escrito, ni avisado. Había venido directo del aeropuerto con una única idea en la cabeza: verla.

Ella soltó la brocha tan rápido que rebotó en el suelo, y dio un par de pasos hacia mí con intención de lanzarse a mis brazos hasta que se detuvo en seco. La vi mirarme de arriba abajo: abrigo, camisa, pantalones de vestir. Su expresión cambió en un segundo: horror. Sabía lo que estaba pensado y básicamente era que si me abrazaba me iba a dejar como un fantasma.

- Sé lo que estas pensando. Ni se te ocurra no abrazarme –dije contundente.

Se quedó quieta un segundo. Y después vino hacia mí de golpe, sin pensarlo más, chocando su cuerpo contra el mío con fuerza. La apreté fuerte, enterrando la cara en su cuello. Olía a pintura y a ella. Estaba justo en el sitio donde quería estar.

- Estás lleno de pintura –susurró, medio riéndose, medio avergonzada.
- Genial –respondí contra su piel-. Así la gente sabrá que vengo de ver a mi novia.

Me dio un golpe en el pecho pero se quedó pegada a mí.

- Pareces un dálmata –soltó riéndose.
- Tú pareces una obra de arte moderna –le dije.
- ¿Fea?
- Irresistible.

La sentí sonreír contra mi mandíbula, esa sonrisa pequeña que siempre me enciende.

- Deberías haber avisado que venías -dijo, levantando la vista.

Sus ojos estaban cansados, pero brillaban de una forma que me dejó tocado.

- Me habrías pillado sin… -miró su cuerpo manchado- sin parecer Lord Voldemort –continuó.
- No. Justo quería verte así –le pasé el pulgar por la mejilla, dejándome otra mancha de pintura. Natural. Real. Preciosa.
- Sigues sucio –me dijo, riéndose más.
- Tú también. Vamos a tener que ducharnos juntos –le dije con picardía.
- ¿Ah, sí? –alzó una ceja.
- Para ahorrar agua –contesté con toda la seriedad del mundo.
- Claro, claro… por ecología –se burló ella.
- Exacto. Todo lo hago por el planeta y el medio ambiente, soy un superhéroe verde, bueno, ahora blanco –me encogí de hombros sonriendo-. Y porque necesito tocarte para creer que no me he pasado dos semanas extrañándote como un idiota.

Ella mordió su labio. Yo perdí el resto de la poca cordura que me quedaba.

- Ven aquí –le dije, acercando mi boca a la suya.

Y la besé con pasión, con toda la tensión que había tenido acumulada, pintura incluida.

El baño de su casa aún era un campo de batalla, así que decidimos que nos ducharíamos en mi ático. Pero antes de movernos, ella insistió en terminar la última capa de pintura. Ni de coña.

- Déjalo –le dije, quitándole la brocha de la mano-. Estás reventada. Yo lo terminaré.
- Pero vas a mancharte más… -protestó con poca convicción.
- ¿Y qué más da? Si ya me parezco a Batman con típex.

Ella soltó una risa suave y se dejó caer en el suelo, estaba claro que estaba reventada porque no me discutió. Yo me subí las mangas de la camisa –como si pudiera arreglar algo con eso- y empecé con los brochazos fuertes y largos por toda la pared.

Sentí su mirada fija en mí, esa manera suya de observarlo todo y me acordé del momento en el que recibí el mensaje de Enzo y Eric: "Tranquilo, tu chica está bien. Por cierto… tienes una fiera."

Y luego me contaron lo de Benji. No me enfadé por lo que ocurrió. Me afectó lo que provocó en mí. Algo se movió ahí dentro. Algo que no quería admitir del todo.

- Así que… -solté de repente, sin mirarla, continuando mi tarea con la pared-. Sé lo que pasó en la discoteca con Benji.
- ¿Eric te lo dijo? –preguntó.
- Más bien los dos, Eric y Enzo. Aunque ya los conoces… si se enteran de que le ladraste a alguien, lo cuentan como si hubieras mordido a toda la discoteca.

Ella resopló, divertida y avergonzada.

- Solo me provocó.

- Sí –di otro brochazo largo-. Pero no fue eso lo que me llamó la atención.

Me giré y la miré.

- Fue cómo lo hiciste –terminé.

Ella frunció levemente el ceño.

- ¿Cómo?

Respiré hondo. No iba a admitir demasiado… pero sí lo suficiente.

- Defendiste a tu novio … -tragué- como si te importara –supliqué que no sonara tan ridículo como lo sentí al pronunciarlo-. Y no estoy acostumbrado a eso.

Ella abrió un poco los labios pero yo seguí.

- Me removió algo. No sé explicar qué. Supongo… -me encogí de hombros- que nunca tuve a nadie así.

Mía agachó la mirada unos segundos, pensativa. Ese silencio suyo podía hacerme perder la cabeza.

- Gracias –añadí más bajo-. Por defenderme, aunque no tenías por qué hacerlo.

Ella levantó la mirada despacio, con esa calma suya que siempre me desarma.

- ¿Crees que lo hice por obligación? –me preguntó.
- No lo sé –admití, dejando la brocha a un lado-. Por un momento pensé… no sé. Que quizás solo lo hiciste porque la gente cree que somos pareja y porque tenemos un acuerdo.

Mía se levantó despacio, caminando hacia mí sin mirarme a los ojos hasta el último segundo. Cuando estuvo delante de mí, tan cerca que sentí su respiración, habló.

- Sí, somos pareja de cara al mundo. Pero no lo hice solo por eso –su voz no fue un susurro, fue firme.- Lo hice porque quise –añadió y cada palabra se clavó en mi pecho-. Lo hice sin pensar porque cuando alguien habla mal de ti… algo en mí se enciende y no puedo quedarme callada.

Me quedé quieto. Literalmente.

- No me gusta que te ataquen. Me salió defenderte. No lo pensé, actué –remató.
- ¿No lo pensaste? –pregunté con una sonrisa y una ceja levantada, intentando aligerar el aire que de pronto se volvió más pesado.
- No –respondió ella, divertida.
- Entonces… ¿eres una fiera, como dijo Eric y Enzo, solo conmigo? –pregunté divertido y ella me dio un golpecito en mi pecho con el dedo.
- Contigo y con cualquiera que me toque las narices –dijo seria.
- Wow –dije inclinándome hacia ella-. Mi propia guardaespaldas personal. Sexy, además. No puedo pedir más.

Mía rodó los ojos, pero se mordió la sonrisa. Y eso fue peor, mucho peor.

- Mía –murmuré acercándome un poco más, solo para meterme en problemas-. Si me sigues mirando así, voy a dejar la brocha tirada y te voy a empotrar contra esta pared recién pintada.
- No puedes –me contestó sin retroceder ni un milímetro-. La acabas de terminar.
- Por ti la pinto veinte veces si hace falta –reí.

Ella se inclinó y rozó mi boca con la suya, suave, apenas un toque, me estaba provocando.

- Vamos al ático a ducharnos –susurró-. Que estás asqueroso.
- ¿Yo? –arqueé una ceja-. Tú estás peor.
- Exacto –dijo, girándose con una sonrisa victoriosa-. Y aún así, sigues mirándome como si fueras a comerme.
- Porque voy a hacerlo –contesté rotundo.

Ella sacudió la cabeza, riéndose, caminando hacia la puerta. Y yo la seguí, dejando atrás la brocha, la pintura y el resto del mundo y con una excitación en la entrepierna que me duraría hasta que llegáramos.

CAPÍTULO 25: MÍA

El ático estaba en silencio cuando abrimos la puerta. Yo seguía llena de pintura -cara, cuello, brazos, manos, pelo…- y aun así, James me miraba como si fuera la cosa más irresistible del mundo. Y quizá ese era el problema. James tenía esa capacidad de mirarme como si no existiera nadie más, y mi famosa armadura de mujer fuerte… se derretía como la nieve al sol.

Cumplimos nuestra promesa y fuimos directos a la ducha. El agua cayó sobre nosotros tibia, relajante, y él empezó a quitarme la pintura con las manos, despacio, como si estuviera limpiando algo frágil. Sus dedos recorrían cada zona de mi cara, se entretuvo en mi nuca, sobre mi pequeña cicatriz –suspiré-, descendió por mi clavícula, mi espalda, mis caderas… y yo intentaba fingir que aquello no me afectaba, que no me derretía por dentro, que no me excitaba, pero era inútil. Cada roce suyo era un incendio.

Terminar de quitarnos la pintura se convirtió, inevitablemente, en otra cosa. Con él siempre pasaba. Éramos un imán y un metal desesperado por pegarse. Sexo contra la pared bajo la ducha, lento al principio, luego desesperado.

Después -y esto ya era rutina- terminamos en su cama.

Y ahora, al abrir los ojos por la mañana, me dolía todo el cuerpo.
La pintura, la obra, la ducha, la cama… él. Estaba exhausta pero de una forma deliciosa. Me puse mi pijama, peiné un poco mi pelo húmedo y salí en busca de James.

Lo encontré en la cocina de pie, con el pelo aún algo húmedo, una camiseta gris pegada al cuerpo, preparando el desayuno como si no fuese consciente del efecto que tenía en mí. Se movía con

naturalidad, tostadas por aquí, café por allá, como si no acabáramos de… bueno, de hacer todo lo que hicimos anoche. Me apoyé en el marco de la puerta un segundo, observándolo sin que se diera cuenta. Y sentí ese tirón extraño en el pecho. Ese que me negaba a nombrar. Ese que me hacía sentir vulnerable y, al mismo tiempo, como si estuviera exactamente donde debía estar. Era el hombre más impresionante que había conocido, ese cuerpo imponente, con esas mano que sabían dónde tocarme, dónde acariciarme hasta llevarme al éxtasis más intenso que había experimentado en mi vida, esos ojos penetrantes y esa boca que recorría todo mi cuerpo provocándome miles de sensaciones en un segundo. Ya estaba lista de nuevo para él. ¿Cómo era posible?

De repente, giró su cabeza hacia donde me encontraba y me vio –seguramente babeando.

- Buenos días, dormilona –dijo con una sonrisa torcida.

Y yo solo pensé: *Joder… ¿cómo se supone que voy a mantener mi guardia alta con este hombre?*

Me acerqué a él y le di los buenos días con un beso suave en los labios porque… me apeteció. Él sonrió contra mi boca, y eso ya era suficiente para arruinarme el día o mejorarlo por completo.

Me subí a la silla de la isla de la cocina y me puse a devorar lo que había preparado como si no hubiera comido en semanas. Porque básicamente no había cenado y estaba famélica. Él me miraba con esa diversión silenciosa suya, como si comer con ganas fuera adorable.

- ¿Y cómo fue en la sede de Francia? –pregunté entre bocado y bocado.
- Bien –respondió, apoyándose de espaldas en la encimera de enfrente de la isla, brazos cruzados, mirándome como si yo fuese el verdadero desayuno-. He tenido tiempo para pensar y he decidido algo.

Levanté la vista, masticando más lento.

- ¿Algo? –arqueé una ceja.
- Voy a decirle a mi padre que me quedo aquí, en la sede de Madrid –respondió en tono serio.
- ¿Aquí? –parpadeé, tragando de golpe.
- Aquí –repitió con una seguridad que me dio un vuelco en el estómago-.
  Voy a ofrecerle a Bryan, mi director ejecutivo, que ejerza como CEO en la sede de Francia. Yo supervisaré desde aquí, viajaré cuando haga falta… pero no quiero volver. No quiero dejar todo esto. Espero que mi padre esté de acuerdo.

Me quedé mirándolo con la boca entreabierta. No sabía a qué se refería exactamente a "todo esto". Por favor, que se refiera a mí, gritó mi subconsciente, al que hice callar de inmediato.

- Vaya… -sonreí, sorprendida y, para qué negarlo, bastante feliz-. ¿Y a qué viene ese cambio radical?

James me sostuvo la mirada.

- Digamos que mis circunstancias han cambiado –dijo con una sonrisa ladeada.
- ¿Ah, sí? –entrecerré los ojos, dejando que el tono juguetón se colara-.
  Entonces ¿me vas a quitar el puesto de CEO?

Él soltó una risa suave, de esas que ya anunciaban travesura.

- ¿Tú qué crees? –replicó acercándose despacio-. Aunque si quieres, podemos negociar el organigrama empresarial.

Yo sonreí mordiéndome el labio, intentando no parecer demasiado afectada por su cercanía. El muy cabrón sabía exactamente lo que hacía.

Mientras íbamos en coche camino al bufete, mi móvil empezó a vibrar. Era María. Contesté con la sensación anticipada de *qué coño habrá pasado ahora*, porque una llamada antes de las nueve nunca augura nada bueno.

- Mía, Meri está en el hospital vomitando, fatal. Tiene una Audiencia Previa en hora y media -soltó de golpe.

Me giré hacia James y él me miró de reojo, atento. ¡Qué bien ha comenzado el mes de septiembre!

- ¿Podemos pedir suspensión? –pregunté mientras ya hacía cálculos mentales del tráfico, del tiempo que tardaría en llegar al despacho y luego a los Juzgados.
- Muy justo… no sé si nos la admitirán –contestó María.
- Vale. Da igual, yo voy. Conozco el caso y, si el juez quiere celebrar, lo celebro yo.

James aparcó en el parking subterráneo, el coche aún no había dejado de moverse y yo ya había abierto la puerta. Corrí hacia el ascensor, escuchando mis tacones retumbar como si fueran disparos. Él avanzó detrás de mí.

Llegamos al despacho, dejé el bolso sobre mi mesa sin mirar y María vino con el expediente en la mano.

- Aquí tienes todo. Meri tiene impresa la contestación a la demanda, los documentos ordenados, la nota de hechos controvertidos, la nota de prueba… -me fue diciendo María mientras caminábamos.
- Perfecto. Lo repasaré en el taxi. Localiza a Meri, por favor. Necesito un justificante médico por si podemos suspender –le dije mientras la puerta del ascensor se cerraba.

Salí al vestíbulo y cogí un taxi, donde repasé el caso por encima. Conocía el caso pero mi primera opción era suspender, no podía pasar nada por alto y el caso lo llevaba Meri. Por suerte, recibí el justificante médico de Meri y el Juez suspendió la Audiencia. Menos mal.

Ya que estaba allí, y con la cabeza todavía a mil por hora, marqué a Joselu.

- Tengo varios mensajes más –le solté sin anestesia.
- ¿Qué? ¿Qué te han mandado ahora? –preguntó serio.

- La más impactante… Fotos de ti y de mí, el día que nos vimos para contarte lo de los mensajes –respondí apretando la mandíbula.

Se hizo un silencio. No de esos incómodos; sino de los que dicen *esto ya no es ninguna tontería*.

- Mía, ven a comisaría –me dijo.
- Estoy en los Juzgados, llego en nada –le contesté.
- Esto ya no es casualidad. Voy a meterle prisa al equipo de informática. A ver si sabemos quién es ese cabrón.

El tono de Joselu me puso los pelos de punta. Y eso que yo ya iba con el estrés por las nubes. Fui a la comisaría pero esta vez no extrajeron los datos como la ultima vez, por lo que no estuve más de quince minutos. Con los datos anteriores tendrían suficiente para localizar al propietario del teléfono móvil pero sí les envié las nuevas fotos, para añadirlas al expediente, como otra prueba más.

Cuando salí de la comisaría, todavía con la adrenalina vibrando en los dedos, me dirigí directamente al despacho. Tenía el cerebro saturado: la audiencia, Meri ingresada, los mensajes, Joselu serio por primera vez y James en su despacho, probablemente esperando que le contara cómo había ido todo. Y el día apenas acababa de empezar.

Cuando llegué a la oficina, mis pasos me condujeron inevitablemente hacia la puerta abierta del despacho de James. Me vio aproximarme y levantó la mirada de los papeles.

- ¿Cómo ha ido la Audiencia? –me preguntó mientras sostenía un bolígrafo con un aire distraído.
- Se ha suspendido –respondí, intentando mantener la voz firme, aunque mi corazón latía rápido tras la conversación con Joselu, que no le contaría.

Él soltó el bolígrafo, se levantó y cerró la puerta y, desde allí, me observó con esa intensidad que siempre me hacía sentir vulnerable y segura a la vez.

- Tenemos que hablar. Mientras estaba en Francia pensé, tras las últimas imágenes que se publicaron nuestras… -comenzó, caminando despacio hacia su escritorio- que ya va siendo hora de filtrar a la prensa que estamos comprometidos. Llevamos unos cinco meses a ojos de todos, y en unos meses habrá que organizar la boda. Nos quedamos sin tiempo.

Mi respiración se aceleró un poco. La tensión del momento, la incógnita que nos rodeaba, y el acuerdo que nos mantenía unidos, me hizo sonreír con picardía, pero también con nervios.

- Está bien… lo veo bien –le dije, jugando con la delgada línea entre lo que queríamos y lo que la sociedad esperaba-. Pero antes de filtrar nada, deberíamos hablar con tu familia y nuestros amigos.

Se acercó más, con esa seguridad que siempre me desarmaba, y me miró con curiosidad.

- Me parece bien. Por cierto, hablando de familia… ¿y la tuya? Nunca me has hablado de ella.

Mierda. Era un tema que me ponía tensa, un pasado que no me apetecía abrir, y del que nadie, salvo Manuel, Gloria y Liam, conocían.

- No tengo a nadie. Mis padres están muertos –respondí con evasivas y alejándome de él.

Él notó mi incomodidad, así que asintió, sin presionarme y yo lo agradecí.

- Entonces quedamos así: el viernes por la noche, en la cena en casa de mis padres, les contaremos que filtraremos lo del matrimonio. Y el sábado organizaremos un almuerzo con nuestros amigos en el ático para que todos se enteren.

Sonreí, intentando aparentar naturalidad mientras sentía ese hormigueo en el estómago.

La semana se me pasó volando. Septiembre era catastrófico tras la vuelta de un mes inhábil. La mayoría de los casos los acabé

compartiendo con James y, para ser sinceros, éramos un equipo impresionante aunque nuestros caracteres chocaban constantemente.

- Si hubieras puesto esa cláusula de otra manera, el cliente habría tenido que pagarte más –me reprochó mientras revisábamos un contrato en su despacho, arqueando una ceja con ese aire altivo patentado por James Bernard.
- Ah, claro, como si tú no hubieras estado a punto de hacer que se nos cayera todo el caso por un tecnicismo -le devolví la mirada en tono desafiante.
- Eso fue un riesgo calculado –me dijo, apoyándose en el borde del escritorio, cruzando los brazos.- Mmm, reconozco que me gusta que tengas carácter.
- Pues me alegro de que te guste, porque no pienso cambiar –respondí, mientras guardaba unos papeles.
- Entonces estamos en paz… por ahora –musitó con media sonrisa, y yo pude sentir esa chispa que siempre se encendía entre nosotros.

Después de tanto trabajo, me pasaba también las tardes en mi casa nueva montando muebles con James. Era un manitas y, menos mal, porque si hubiera estado yo sola con esa librería, todavía estaría intentando encajar la puta tercera balda –aunque nunca se lo admitiría.

- Te lo advierto, esto no es tan simple como parece –dije mientras intentaba encajar un panel que no quería alinearse.
- Déjamelo a mí, Mía –respondió él, quitándome la pieza de las manos y colocándola con facilidad-. ¿Ves? Es por eso que me necesitas –me dijo guiñándome un ojo.
- Oh, gracias por salvarme de horas de sufrimiento –le dije con ironía, acercándome peligrosamente mientras me reía.
- De nada… aunque creo que tu risa es más peligrosa que esta librería –me susurró, haciendo que se me erizara la piel y tuviera que apartarme para no caer en la trampa de mirarlo demasiado fijamente.

Llegó el viernes y nos dirigimos a casa de sus padres. Nuevamente, Liam no dudó en invitar a Arón, lo que me hizo sonreír. Ahora entendía por qué Liam no bombardeaba el grupo con mensajes ni quedaba tanto como antes: estaba a otra cosa. Debido a la presencia de Arón, no hablamos de filtrar nada a la prensa, solo de que nos íbamos a casar y ya.

La cena fue una mezcla perfecta de naturalidad y celebración. Sus padres, aunque conocían el acuerdo, mostraron una alegría genuina, y todos nos unimos a la conversación como si todo fuera completamente real. La alegría fue aún mayor cuando James les dijo que quería quedarse en España, no quería volver a Francia. Su padre se levantó y lo abrazó, un abrazo que a James le pilló totalmente desprevenido. Sus padres lo adoraban y él no era consciente.

Mientras tomábamos una copa de pie en la terraza, Liam me apartó un poco del grupo. Me miró con esa expresión que siempre me hacía sentir que podía leerme la mente.

- Mía, esto es en serio… no os veo fingir. Esto se ve natural. –me dijo- ¿Te estás enamorando de mi hermano?
- ¡No, Liam, por dios! Estamos fingiendo por la herencia de tu tío –respondí demasiado rápido

Liam rió suavemente y me dio un codazo amistoso.

- O no te has dado cuenta todavía, o no quieres darte cuenta para no sufrir… pero veo esa conexión entre vosotros –me dijo con tono pícaro-. Venga, cuñada, volvamos con el resto, que tu futuro marido no para de buscarte con la mirada.

Sonreí mientras lo seguía y era cierto, James me buscaba con esos ojos azules que no mentían, llenos de intensidad, diversión y esa chispa de picardía que siempre saltaba cuando estábamos juntos.

El sábado al mediodía el ático de James estaba lleno de risas, bolsas de comida y ese aire de expectación que siempre traían nuestros amigos. Eric, Enzo, Liam, Cami y Adriana se acomodaron

mientras nos sentábamos para dar la noticia. Respiré hondo y, con James a mi lado, lo dije sin anestesia:

- Nos casamos.

Hubo un silencio de unos segundos… y luego las reacciones no se hicieron esperar. Eric saltó casi de la silla, con los ojos abiertos como platos:

- ¡Por fin te cazaron colega! –exclamó, dando un pequeño puñetazo amistoso en el brazo de James-. ¡Era evidente! Se os veía venir desde hace meses.

Enzo, riéndose y sacudiendo la cabeza, añadió:

- Sí, sí... Ya estábamos apostando a cuándo pasaría esto. ¡Felicidades, chicos!

Adriana nos miró con una mezcla de alegría y curiosidad:

- Bueno, me alegro un montón por vosotros… pero, ¿no es un poco pronto? Quiero decir, cinco meses… -dijo, frunciendo ligeramente el ceño-. Solo digo que hay que pensarlo todo un poco, ¿no?
- Es lo que ambos deseamos –dijo James cogiéndome la mano y mirándome a los ojos.

Cami, en cambio, no podía contener su entusiasmo, casi saltando en su asiento:

- ¡Eso es increíble! –exclamó-. ¡Ya puedo empezar a buscar vestidos para la boda en mi tienda! Y si queréis damas de honor, puedo preparar todo, ¡sería un honor!

La velada continúo como si nada hubiera pasado, como si todos esperaran la noticia, aunque mis amigas añadieron, a su tema de conversación, cosas de organización de bodas. Me estaba agobiando. James me miró de reojo, arqueando la ceja con una mezcla de diversión y picardía. Cuando todos se fueron nos quedamos sentados en el sofá del salón, mirando al frente, hacia el gran ventanal.

- No ha ido nada mal. Hasta Cami ya está haciendo planes… -susurró con tono juguetón-. Parece que no hay vuelta atrás.

- No, no la hay –dije mirando al suelo.

Esa noche –como todas las anteriores- dormimos en su habitación. Bueno dormir… pasaron horas hasta que nuestros cuerpos se despegaron y, tras la adrenalina, mi cuerpo dijo hasta mañana.

El martes, nada más abrir la prensa digital, me encontré con la noticia de nuestro compromiso. Todos mis amigos empezaron a bombardearme con mensajes, capturas de la portada de la revista **"El heredero de Bernard Legal Group se compromete"**. Y encima, en el interior de la revista se referían a mí como… "el ojito derecho del Sr. Bernard", así me llamaron. Porqué no decirlo, en ese momento, me agobié.

El miércoles fui a mi nueva casa. Al entrar, respiré hondo porque todo estaba listo para que empezara a vivir allí: el dormitorio montado, el sofá en su sitio, solo faltaba la decoración y algunas cosillas que me impedían que estuviera estrenándola y esa cosilla era básicamente que no había hablado con James, no sabía qué haríamos hasta que llegara el año del acuerdo.

El viernes, con el objetivo de preparar el próximo evento de la empresa, llamé a Cami para pasarme por su tienda y elegir un vestido. El evento, esta vez, era una gala benéfica, destinada a niños de orfanatos y casas de acogida. Me sentí más unida que nunca a esa causa y quería estar perfecta para representar la empresa, pero también para reflejar el compromiso social que me importaba. Mientras escogía "el vestido" –porque eso no era un vestido, era una obra de arte-, el cual dejé en la tienda para algunos arreglos, no pude evitar fijarme en otros complementos que me gustaron, a conjunto con el vestido, y no estaban nada mal de precio.

Al salir de la tienda, la lluvia me sorprendió, al igual que el mensaje que recibí. Un nuevo mensaje anónimo: **"Vaya braguetazo. Aspiras a lo grande"**, esta vez sin ninguna fotografía adjunta. Estos mensajes me estaban dando dolor de cabeza, no

sabía quién podría enviármelos, solo se me pasaba por la cabeza Benji, pero él iba en contra de la familia Bernard, no tenía sentido dirigirse a mí, además, nos habíamos enfrentado cara a cara. No le encontraba el sentido. Decidí correr hacia el ático pensando si contarle todo esto a James o seguir ocultándoselo.

Mi abrigo y mi cabello se empaparon un poco, pero no me importó. Cuando crucé la puerta del ático y vi a James de pie, junto al ventanal, con la lluvia reflejada en su rostro, un escalofrío me recorrió. Giró la cabeza al verme y en un instante, la luz cambió en sus ojos: no era su mirada cálida habitual, sino un enfado contenido, una mezcla de reproche y preocupación que me dejó helada. Algo había cambiado en su expresión y, sin darme cuenta, me pregunté qué habría pasado para provocarlo, mientras mi corazón se aceleraba al enfrentarme a él empapada y vulnerable, y la lluvia parecía ser el menor de los problemas.

Sin decirme nada, puso encima de la mesita baja del salón una revista, lo cogí. Una nota de prensa, varias capturas, fotos de mí con Joselu, otra con un compañero en el Juzgado, y una más mientras bailaba en la discoteca cuando salí con mis amigos cuando James estaba en Francia. En esa nota de prensa se dejaba entrever que a la prometida de James le gustaba salir sola cuando él no estaba y que tenía muchos "amigos". Me quedé paralizada. Su mirada era feroz, contenía ira y decepción a partes iguales.

- ¿Qué es esto, Mía? –dijo, golpeando la mesa con la mano furioso- ¿Me estás engañando? ¿Te has visto con otros mientras yo he estado fuera y mientras estábamos juntos? –gritó.

Me quedé de piedra, sintiendo cómo se me tensaban los músculos. Su voz estaba más alta de lo normal, nunca me había hablado así.

- ¡No me grites! –le contesté, acercándome y plantándole cara-. Con Joselu estaba tomando un café, ¡una maldita

reunión! La foto con el compañero es del Juzgado, se ve la toga, ¿no la viste bien? Y la de la discoteca… ¡tú lo sabías perfectamente! Además, tus amigos estaban ahí para "cuidarme" –hice el gesto de las comillas-, porque tú les pediste que lo hicieran, o ¿es que acaso crees que soy idiota? Pensaba que lo hacías por mí, ¡que te importaba! –grité-. Pero ahora veo que no es así, que solo te importa tu reputación y querías controlarme a través de ellos. ¡Lo primero que piensas es que te estoy engañando! Perfecto, James, perfecto.

Se quedó un instante mirándome con los ojos como platos, pero luego su ira volvió, y su voz subió aún más.

- ¿Por qué no me contaste que habías quedado con Joselu? ¿Qué tienes con él? ¿Te has acostado con él? –me preguntó gritando.
- ¡Qué no me grites! No me he acostado con Joselu ni con nadie. Lo del café con Joselu era un asunto personal que estaba resolviendo, fue hace meses, apenas llevábamos un mes de "relación" –volví a hacer el gesto de las comillas de manera sarcástica.

Se acercó más, furioso, señalándome con un dedo.

- ¿Un asunto personal? –exclamó-. Esto es el colmo. Tienes un problema personal y acudes a ese tipo antes que a mí. ¿Por qué no me lo contaste?
- James, no quiero la ayuda de nadie –dije con firmeza-. Siempre he resuelto mis asuntos sola y no voy a cambiar ahora. Y, además, ya te he dicho que fue al principio.

Su ceño se frunció y respiró hondo, como si estuviera a punto de estallar.

- ¿Sola? –replicó incrédulo-. Y luego… ¿pides la ayuda de él?

Me tensé un poco, pero no me dejé intimidar. Él tenía razón en parte.

- Bueno, él es policía y puede acceder a determinada información –reconocí-. Pero eso no significa que yo no sepa cuidarme sola. No necesito que nadie me solucione la vida, James.

Se acercó un paso, su voz enfadado, seria, más elevada que de lo normal y cargada de exigencia:

- ¡Dime de una puta vez qué está pasando, ya!

CAPÍTULO 26: JAMES

Esto es una mierda. Literalmente, una jodida mierda.

La puta nota de prensa en la mano, las fotos de Mía con otros… y siento cómo me hierve la sangre. No porque crea que me ha engañado. No lo creo. No lo pienso de verdad ¿no?. Pero joder… ver a Mía con otros que no soy yo, con ese Joselu… aunque solo estén hablando, aunque solo estén tomando un maldito café… es como una patada en el estómago.

Y no sé qué coño me pasa. Estoy celoso. Ahí está. La puta palabra. Celoso.

La miro y quiero exigirle que me lo explique todo, pero a la vez sé que no tengo derecho, porque esto empezó por un acuerdo, porque no soy nadie para reclamar nada… pero al mismo tiempo siento que sí lo soy. Porque es mía joder, mi pareja, aunque sea ante los ojos del mundo, aunque fuera por un acuerdo… aunque intente convencerme de que no siento nada más.

Y luego suelta esa frase. *"No quiero la ayuda de nadie. Resuelvo las cosas sola."* Y yo intento respirar. Pero encima añade: *"Él es policía y puede acceder a cierta información."*

Y me dan ganas de estampar mi puño contra la puta pared.

Joder… joder. Pensaba que confiaba en mí. Creía que, después de todo lo que hemos pasado, después de trabajar juntos, de dormir juntos, de despertarme con ella en mis brazos… confiaba en mí. Pero no. Prefirió pedirle ayuda a otro.

- No quiero volver a repetírtelo. ¿qué está pasando? –le volví a preguntar ante su silencio elevando el tono.

Ella tragó saliva y vi el fuego en sus ojos verdes.

- ¡QUE NO ME GRITES! –gritó.

Intenté calmarme porque sino no aclararíamos la situación.

- Dime que está pasando Mía –dije en un tono más bajo.

Ella respiro hondo e intentó calmarse también.

- No te mereces ningún tipo de explicación por cómo me has acusado, por cómo me has hablado pero te las daré y luego me iré. Me han estado llegando mensajes –dijo con un hilo de voz.
- ¿Mensajes? ¿Qué mensajes? –pregunté nervioso.
- Mensajes anónimos como que he llegado lejos, que si me he unido al enemigo, adjuntando fotos. Fotos contigo, con Joselu… Fotos que no han salido en prensa, salvo la de hoy de Joselu, así que me han estado siguiendo y se han asegurado que me enterara –dijo seria.

Se me heló la sangre. No supe qué decir. El corazón me dio un vuelco.

- ¿Y no pensaste en decírmelo? ¿En ningún momento? –le pregunté en un tono más calmado, intentando parecer tranquilo aunque el corazón me iba a mil por hora.
- Acudí a Joselu porque es policía. Me extrajeron los datos del móvil hace meses y estoy esperando resultados –dijo alterada.
- Podríamos haberlo solucionado juntos, Mía. Joder, ¿por qué no me lo dijiste? –me pasé la mano por la cara, frustrado, jodido, perdido.

Y entonces ella levantó la mirada. Y algo en mí se encogió. Había dolor de verdad.

- Porque siempre he solucionado mis problemas sola, he salido adelante sola –dijo temblándole la voz, pero directa.- Nunca he tenido a nadie. Nunca he pedido ayuda. Solo recibí la ayuda que quisieron darme dos personas en la vida: Merchi… y tu padre. Nada más. Y con tus actos me doy cuenta que tenía razón. No hay nadie más.

Se le rompió la voz y una lágrima cayó. Y yo me sentí el mayor idiota del jodido planeta. Di un paso hacia ella, instintivo, desesperado.

- Mía… ¿qué te ha pasado? –pregunté casi sin aire-. ¿Qué te han hecho para que creas que pedir ayuda es cargar a los demás? ¿Para que creas que la gente te ayuda por obligación? Hay mucha gente que te quiere, joder… yo…

No terminé la frase. No pude. Ella levantó la mano para que no continuara. Me miró con una frialdad que me atravesó como una bala. Una frialdad que jamás había visto en ella.

- No voy a abrir mi corazón a alguien que, a la mínima desconfía de mí, no me escucha, me acusa y grita. A alguien que no me da ni un minuto para explicarme. A alguien que piensa primero lo peor de mí. Eso no es apoyo, James. Eso es miedo a perder tu reputación. No voy a abrirme con alguien así y menos mal que no lo hice.- Su voz sonó firme y letal.

Quise contestar. Quise gritar que no era eso. Quise decirle que la miraba y me desarmaba, que me importa demasiado, que por eso perdí la cabeza. Pero no me salió nada. Tenía razón, ella me creyó con Vanessa, con lo que ocurrió en casa de mis padres, y con Claudia, la amiga de Enzo en la discoteca. Y yo a la mínima…

Ella cogió su bolso sin apartar la mirada.

- Me voy.
- Mía… -intenté retenerla.
- No me toques –me dijo y clavo una mirada en mí que no reconocí.

Se giró y se marchó. La puerta se cerró detrás de ella y me quedé solo en mitad del salón. Con las fotos en la mesa, el pecho ardiendo, y la certeza amarga de que acababa de cagarla como nunca en mi vida.

Me llevé las manos al pelo, apretando fuerte, como si eso fuera a ordenarme las ideas, como si fuera a hacer desaparecer el peso en el pecho.

Joder. JODER.

Me senté en el sofá, pero ni siquiera sentía el cuerpo. Las fotos seguían sobre la mesa, como si se burlaran de mí, como si fueran un recordatorio de que metí la pata hasta el fondo.

Había dudado de ella. De Mía. De la persona más firme, más leal, más jodidamente sincera que he conocido. Y lo peor… lo más asquerosamente doloroso… es que en su mirada vi algo romperse. Y yo había provocado eso. Desconfié de ella a la mínima de cambio.

Me levanté de golpe, dando una patada al borde del sofá. No ayudó.

Si me lo hubiera dicho a lo mejor no hubiera actuado como un gilipollas. ¿Por qué no me lo dijo? Pero la verdad, si era sincero conmigo mismo y atendía a las palabras que había dicho, estaba clara: porque ha vivido una vida entera sola. Y yo, en lugar de demostrarle que podía confiar, de que no estaba sola, hice probablemente lo que todos los demás en su pasado hicieron.

Cuando por fin fui a la cama a eso de las cuatro de la mañana, la habitación se sintió enorme y fría. Miré la mitad del colchón donde ella dormía siempre. Era la primera noche que dormíamos separados desde que empezó todo. Desde aquel acuerdo absurdo que ya no tenía nada de acuerdo. Desde que, sin darme cuenta, la necesitaba cerca cada día, cada noche, cada maldito momento. Y por primera vez desde que empezó todo… el marcador de dormir separados subía a uno y, lo peor, no sabía cuántos puntos más subiría.

Pensé en ir a buscarla, en llamarla, en escribirle, pero… ¿para qué? Ella había salido herida y defraudada. Y yo tenía que darle su espacio, aunque me estuviera destrozando.

El silencio era un maldito martillo en la cabeza, así que a las seis de la mañana no aguanté más en la cama. Llamé a la persona que la apoyó, a la que creyó en ella, a quien ella confía:

- Papá, la he jodido pero bien. Tengo que arreglarlo y no sé cómo. Necesito tu ayuda.
- Te espero en casa –dijo mi padre.

A las siete en punto entré en la casa de mis padres. Vi la luz del despacho encendida y entré. Ni café, ni protocolo, ni nada. Se sentó frente a mí con ese gesto firme que siempre usa cuando algo va a ser duro.

- Habla –me dijo.

Tragué saliva. Me dolía hasta decirlo.

- Discutí con Mía anoche y se fue –dije con voz temblorosa.
- ¿Qué hiciste? –me preguntó.
- La cagué. Vi unas fotos en la prensa… fotos de ella con un compañero del juzgado, con el gilipollas de su amigo el policía… y pensé… pensé que quizá…
- ¿Que te estaba engañando? –completó él, con una ceja alzada, como si fuera la peor estupidez que hubiera oído en su vida.

Me pasé las manos por la cara.

- Sí. Bueno… no. No creo que lo creyera de verdad pero me jodió ver esas imágenes. Me puse celoso y exploté –era la primera vez que decía la palabra celoso.
- ¿Y ella qué dijo? –me preguntó.
- Que no me estaba engañando, obviamente. Yo sabía que no… pero estaba tan enfadado que no la dejé ni explicarse. Luego… me soltó que no quiere ayuda de nadie, que siempre ha estado sola. Y cuando le pedí que me contara qué estaba pasando, me lo soltó todo: que le habían estado mandado mensajes anónimos con fotos siguiéndola y que por eso lo puso en manos de la policía.

Vi en los ojos de mi padre un fogonazo de preocupación y de rabia contenida.

- ¿Por qué no te lo contó antes? –preguntó.
- Porque no confía en que nadie se quede. Y porque yo mismo le demostré que tenía razón. Y me dijo –continué- que no iba a abrir su corazón a alguien que, al primer atisbo

de duda, no le da ni la oportunidad de explicarse. Y se fue. Me dejó allí como un imbécil, como el imbécil que era.

Mi padre se reclinó en la silla, cruzó brazos, y me estudió con esa mirada suya que te arranca las defensas.

- James, ¿tú la amas? –preguntó al fin.

Abrí la boca, pero no salió nada. No tenía una respuesta clara. O… sí la tenía, solo que me daba miedo admitirla.

- No lo sé –murmuré-. Sé que la necesito. Que si no está, algo dentro de mí se inquieta. Que llevo meses pensando que esto era solo un acuerdo pero cada día lo siento menos como un acuerdo. Con ella todo fluye, no hay margen para las apariencias, no finjo. Y cuando se fue anoche… me dolió. Me dolió aquí –me toqué el pecho- como si me hubieran arrancado algo.
- Hijo, eso se llama amor. Sé lo suficiente de su historia como para entender por qué reacciona así. Ya te dije que debía contártelo ella porque es su vida. Pero escucha lo que te voy a decir: Mía no confía fácilmente. Cuando da un paso hacia alguien está arriesgando más que tú. Muchísimo más. Y tú la empujaste hacia atrás.

Me mordí la mejilla, sintiendo otra punzada de culpa.

- Quiero arreglarlo, papá –susurré-. Pero no sé cómo. No sé por dónde empezar. No sé si va a querer escucharme.
- Va a escucharte. Porque por mucho que lo niegue, Mía también te ama.

  Pero tendrás que demostrarle que estás ahí para ella, incluso cuando tenga miedo, incluso cuando se cierre, incluso cuando piense que no merece que alguien la cuide. Porque la vida le enseñó lo contrario.

Después de un momento, volvió a preguntar, más suave:

- Hijo, ¿la amas?

Inspiré largo, hondo, sintiendo que algo dentro de mí cedía.

- Sí, papá. Creo que me di cuenta anoche, cuando la vi marcharse, pero no quería admitirlo. La quiero. Y estoy

aterrorizado.

Mi padre sonrió, orgulloso, cansado y un poco triste.

- Bien. Entonces ve a recuperarla. Pero escucha: esta vez no la sueltes.

Me levanté. Y por primera vez desde que empezó el día supe exactamente qué tenía que hacer.

CAPÍTULO 27: MÍA

No dormí. Ni un puto minuto. Pasé toda la noche en el sofá, acurrucada bajo una manta que olía a pintura, mirando al vacío como si, en algún punto de la pared, fuera a aparecer una respuesta mágica. Pero no apareció nada. Solo el eco de nuestra discusión, las palabras que él gritó, las que yo escupí… y ese dolor tan absurdo en el pecho que llevaba horas oprimiéndome.

"No voy a abrir mi corazón a alguien que, a la mínima, desconfía de mí…" Había sido cruel. Sí. Pero también era verdad.

A las ocho de la mañana el timbre sonó. Salté. Porque sabía quién era. Porque no quería saber quién era. Mis piernas estaban entumecidas, pero conseguí arrastrarme hasta la puerta.

La abrí. Tengo que poner una mirilla –me dijo mi subconsciente. Ahí estaba él. James. O lo que quedaba de él. Parecía como si una tormenta lo hubiera arrastrado y escupido en un lugar remoto. Pelo revuelto, ojeras profundas, mirada destrozada. Me vi reflejada en su aspecto.

Durante un segundo me tembló el corazón.
Y al siguiente… portazo.

Pero su maldita pierna se interpuso en el marco.

- ¿En serio, Mía? –soltó con voz ronca-. ¿Me vas a estampar la puerta en la cara? ¿Así empezamos?
- James, vete a tu casa –dije fría, intentando empujar la puerta.
- No pienso moverme.
- Perfecto porque yo tampoco.

Volví a empujar. Él empujó del otro lado.

- Mía, abre la maldita puerta –insistió.

- No.
- Mía.
- He dicho que no –dije decidida.

A terca no me gana nadie.

- Pues voy a seguir aquí hasta que sí –dijo.
- Tengo muchas cosas que hacer –solté sin pensar porque mi boca no pensaba.
- ¿Como qué? ¿Mirar al vacío sentada en un sofá? –dijo con un tono sarcástico suave, que me pinchó más de lo que debería.

Me quedé paralizada. ¿Cómo sabía…?

- No seas tan listillo James. Estoy muy enfadada. Y, además, cansada. Y tú…
- Yo estoy hecho una mierda, lo sé.

Su voz bajó. Demasiado honesta. Demasiado él. Suspiré, incapaz de seguir luchando con la puerta porque mis brazos ya no daban para más. Empujó la puerta cuando vi que flaqueé y pasó dentro. Yo me fui directa al salón y me dejé caer en el sofá, con los brazos cruzados y la mirada afilada. Él me siguió despacio, como si se acercara a un animal herido que podría morderle. Así me sentía.

- Tenemos que hablar. No me iré de aquí sin ti –dijo quedándose de pie frente a mí.
- Yo no pienso ir a ninguna parte –respondí seca mirando a ese maldito punto invisible de la pared.
- Bien. Entonces me quedo aquí. –señaló el suelo.- Montaré una tienda campaña con un saco, quizá me haga una hoguera para hacer malvaviscos… pero no me voy de aquí sin hablar contigo.

El muy imbécil… Llevaba desde anoche sin dormir, con la voz hecha trizas… ¿Y aún así tenía ganas de hacer bromas?

Me rendí. O me cansé. O él me ganó. Otra vez. No quería analizarlo.

- Di lo que tengas que decir y lárgate –dije al fin, dejando caer los hombros.

Respiró hondo dos veces, como si necesitara valor para hablarme.

- Mía… -Su voz sonó rota.- He venido a pedirte perdón. Ayer actué sin pensar. Joder, actué como un crío. Te vi en esas fotos y… sentí que te perdía. Y el miedo me pudo.

Sentí un pinchazo en el pecho.

- ¿Y por eso gritaste? –respondí en voz baja, controlada, pero hiriente-. ¡Pensaste que te engañaba! –grité esta vez.

Cerró los ojos un segundo, como si mis palabras le atravesaran.

- Sí. Por eso. Porque soy idiota. Porque me pueden los celos. Porque eres demasiado importante para mí y no supe gestionarlo.

Mi corazón dio un vuelco que odié profundamente. No quería que me afectara. James se agachó un poco, quedando a mi altura, sin tocarme.

- Ayer, cuando te fuiste… cuando cerraste la puerta… -Tragó saliva.- Me di cuenta de algo. Algo que debería haber entendido antes.
- ¿De qué? –pregunté, intentando sonar indiferente.
- De que el acuerdo ya no era un acuerdo –Sus palabras fueron suaves, pero temblaban.- Que dejó de importarme hace tiempo. Tú te me has metido aquí -se señaló el pecho- Y no quise verlo. O lo vi y me dio miedo. No lo sé.

Mi respiración se volvió irregular. Es más, creo que dejé de respirar.

- James…
- Deja que termine, por favor. –Me miró con una vulnerabilidad tan grande que me desarmó-. Anoche… mientras estaba en casa de mi padre entendí algo que me costó muchísimo decir en voz alta. Y mucho más decírtelo a ti.

Mi corazón empezó a martillar. Él agachó un segundo la cabeza mirando al suelo. Y cuando volvió a mirarme… supe que era real.

- Te quiero en mi vida. Sin condiciones. Sin acuerdos. Sin excusas. –paró por un segundo, cogió aire- Te amo.

Se me escapó el aire de golpe. Él continuó, a media voz:

- Te amo, Mía. No sé en qué momento pasó, pero pasó. Y no quiero perderte. No puedo perderte.

Las palabras parecieron desgarrarle el pecho al salir. Mis ojos empezaron a arder. Pero no lloré. Aún no. Me quedé mirándolo, incapaz de hablar, incapaz de moverme.

Él respiraba rápido, como si hubiera saltado al vacío. Y yo no sabía si quería atraparlo o dejarlo caer.

Cuando escuché *"Te amo"*, sentí que alguien abría una grieta dentro de mí. No una bonita. No una de esas que dejan entrar luz. Porque esas palabras para mí no eran bonitas. Eran peligrosas.

Me quedé quieta, observándolo, sintiendo cómo mi pecho subía y bajaba de forma irregular. No podía respirar.

James dio un paso hacia mí, despacio, como quien se acerca a cuidar a ese animal herido que era yo.

- Mía, por favor, di algo –susurró, con esa voz rota que me estaba destruyendo a mí también.
- No… no puedes decirme eso –dije, y mi tono ya no era frío.

Era miedo puro disfrazado de control. James frunció el ceño, confundido.

- ¿Por qué no? Lo siento, debí decirlo antes, debí…
- ¡Porque no lo entiendo, James! -la voz me tembló-. No entiendo cómo puedes decirme eso. No después de lo de ayer. No después de… todo lo que yo soy.

Él abrió la boca para responder, pero levanté una mano para detenerlo.

- Escúchame. A mí nunca me han querido. Nunca. No de verdad.
- Mía…
- No -negué, con firmeza quebrada-. No entiendes lo que significa para mí que alguien me diga *"te quiero"*. Significa que un día se irán. Porque siempre se van. Porque parece que nunca soy suficiente. Porque nunca lo fui. Porque nadie me antepuso por delante de nada.

James apretó los puños. Su expresión se suavizó, dolida, como si cada palabra le desgarrara la piel.

- Eso no es cierto –dijo.
- ¿No? –solté una risa rota-. ¿Y ayer qué fue, James? ¿Eh? La primera sombra de duda y me señalaste como si fuera una desconocida. Como si fuera… prescindible.

Él cerró los ojos, como si mis palabras fueran cuchillos.

- Sé que la cagué. Y me vas a oír pedir perdón todos los días si hace falta. Pero lo que siento por ti…
- No digas que me amas. No lo digas –le interrumpí, bajando la mirada a mis pies.

James habló entonces, con una calma rota que me atravesó:

- No tienes que hacer nada ahora –Hizo un amago de acercarse, pero se contuvo- Solo quiero que sepas que es verdad. Que no es un impulso. Que no voy a irme.

Mis ojos ardían otra vez. Lo odiaba. Lo odiaba por hacerme sentir. Por romper mis muros. Por decir justo lo que más miedo me daba oír.

- James… -mi voz se quebró sin remedio- yo no sé querer bien. No sé hacerlo sin esperar que me abandonen.
- Entonces –susurró- déjame demostrarte que no voy a hacerlo.

No sé qué fue exactamente lo que me rompió. Si fue su mirada o su "déjame demostrarte que no voy a irme". Pero en ese instante sentí cómo algo dentro de mí cedía. Muy despacio y muy dolorosamente.

Respiré hondo. Y sin saber por qué, mis labios empezaron a moverse antes de que mi mente intentara detenerlos.

- James… -susurré, con un hilo de voz-. No sabes quién soy. No sabes de dónde vengo. No sabes nada de mi vida.
- Entonces explícamelo, por favor –dijo con voz suplicante.

Él me miraba intentando comprenderme, pero sin saber realmente cuál era mi temor. En ese momento mi mente y mi corazón se unieron para sacar mi pasado. Esta vez mis lágrimas empezaron a caer sin que las autorizara.

- Cuando era muy pequeña recuerdo a una familia feliz, llena de vida. Mis padres estaban conmigo, hacíamos picnics, íbamos a parques, me llenaban de besos, abrazos, de palabras bonitas. Recuerdo mis primeros años con amor. Hasta que con ocho años –empecé, y apenas reconocí mi voz- todo se olvidó y mis padres dejaron de ser mis padres.

James se tensó, muy levemente.

- ¿Qué quieres decir? –preguntó.

Tragué saliva. Era como arrancarme la piel por dentro.

- Mi madre enfermó muy grave, con los años supe que su enfermedad era terminal. Mi padre no la ayudó, no la apoyó, no cuidó de mí y, encima, perdió su empresa y, por tanto, el dinero que generaba. Empezó a beber… Se olvidó de que tenía una mujer, una hija, una familia, se olvidó de que existíamos. Le pedí que parara, que cuidara de mamá, de mí… –mis manos temblaban-. Mi infancia… -me reí sin humor- mi infancia, a partir de ese momento, fue aprender a sobrevivir entre botellas vacías, entre cristales rotos, entre armarios oscuros que me ocultaban de las discusiones cuando mi madre le recriminaba su actitud y él se ponía agresivo.

Él dio medio paso hacia mí, pero levanté la mano para detenerlo. Necesitaba soltar todo lo que llevaba dentro y que me consumía por dentro, tantos años de terapia sólo habían servido

para guardar mi pasado en una cueva oscura de mi corazón pero que seguía doliendo y arruinándome la vida.

- Mi madre no podía seguir, no la culpo, esa maldita enfermedad la consumió, hizo que no tuviera fuerzas, que se olvidara de mí, de los te quiero, de los cuentos por la noche, de que tenía una hija. Y mi padre… -mi voz se rompió- no hizo nada. Nada, James. No la cuidó, le hizo pasar sus últimos días de la peor manera… Y a mí, no me protegió, no se ocupó de mí cuando más lo necesitaba. Era una niña… Me dejó ahí como una… como una colilla apagada.

Una lágrima gruesa cayó sobre mi camiseta y manchó mi camiseta.

- Mía ... –susurró él, con el alma en la voz.

Yo seguí, porque ya no podía parar.

- Mi madre finalmente murió en nuestra casa. Yo tenía doce años. Doce. Y me encontraron allí, en un entorno que… -dejé escapar una exhalación temblorosa- que ningún niño debería conocer. –Me limpié las mejillas sin éxito- Si sobreviví esos cuatro años fue por Merchi –sonreí, rota—. Mi vecina. Una señora mayor soltera. Ella me lavaba la ropa, me daba de comer, me ayudaba con los deberes, me curaba las heridas de los cristales rotos estampados contra la pared por mi padre… Me cuidaba cuando mis padres ni siquiera sabían si seguía viva. Si no fuera por ella yo no estaría aquí.

James apretó la mandíbula, y vi rabia, dolor y una ternura terrible en sus ojos.

- El día que mi madre murió, los servicios sociales se hicieron cargo de mí. Le quitaron la custodia a mi padre y… -mis labios temblaron- él no hizo nada de nuevo. Ni intentó recuperarme. Me volvió a abandonar. Aunque lo prefería… –hice una pausa y respiré- Pasé cuatro años en una casa de acogida, donde sólo Merchi venía a visitarme y me traía ropa. Merchi pidió que me dejaran con ella, sin éxito, hasta que me encontraran una familia. No encontraron ninguna.

Nadie quiso adoptar a una niña con ese pasado, con ese entorno, con esas cicatrices. A los dieciséis, finalmente, el Estado le concedió cuidarme aunque debía personarme cada cierto tiempo en los servicios sociales y contarles como estaba.

Me pegué las rodillas a mi torso y me abracé a ellas, como si necesitara sostenerme.

- Trabajé desde muy joven. La ayudaba a pagar mis gastos, mis estudios, mis psicólogos… -mi voz comenzó a perder fuerza- Fue la única persona que me quiso sin condiciones. Y a los dieciocho años… la perdí. Otra vez sola.

James cerró los ojos un instante, como si lo que escuchaba le hiciera daño físico.

- Pero seguí como pude. Me dieron una beca, tuve dos trabajos, compartía habitación con dos compañeras más y terminé Derecho. En mis prácticas conocí a tu padre. Y… -me encogí ligeramente de hombros- supongo que ya sabes el resto de la historia. Me convertí en la mujer que soy ahora y estoy orgullosa de todo lo que superé pero no volveré a pasar por lo mismo.

Cuando terminé, sentí un silencio abrumador, espeso, casi irrespirable pero a la vez, me sentía relajada, lo había contado después de tanto tiempo. Yo lloraba sin poder detenerme. No era un llanto suave. Era ese llanto que viene de un lugar antiguo, profundo, donde guardas todo lo que nunca dijiste.

James estaba allí, frente a mí, quieto y con los ojos brillantes. Como si estuviera viendo cómo me partía en dos y no supiera cómo sostenerme sin romperme más.

Yo bajé la mirada, agotada, expuesta como nunca en mi vida.

- ¿Ves ahora? –murmuré, con un sollozo seco-. ¿Ves por qué no sé pedir ayuda? Porque la pedí y no vino nadie. No quiero que me amen y que me abandonen. No sé amar sin tener miedo a que me dejen. Porque ni siquiera a mis

propios padres les importé. Porque nadie nunca se quedó. Y yo aprendí a no esperar que alguien lo hiciera.

Cuando levanté la cabeza para mirarlo, mis ojos estaban enrojecidos, vacíos y llenos al mismo tiempo. Y ahí me quedé: rota, frente a él y, por primera vez, sin ningún muro.

CAPÍTULO 28: JAMES

Cuando terminó de hablar… cuando dejó caer esa última frase de su historia con la voz rota, agotada, destruida… yo ya no era el mismo hombre.

Nunca había querido matar a nadie, hasta hoy. Hasta imaginar a ese desgraciado que no supo cuidar de su familia. Había sido una niña sola, desamparada, olvidada por quienes debieron protegerla.

Dio un paso atrás cuando me acerqué, y eso me partió.

- Mía… -mi voz salió baja, tensa, rota-. Nadie debería haber vivido eso. No sabía nada –seguí-. Y aun así te hice daño. Te juzgué. Dudé de ti. Te grité. –respiré hondo-. Te hice sentir sola.

Apreté los puños porque estaba furioso conmigo mismo.

- Tú llevas años sobreviviendo. Peleando sola. Construyendo todo sola. Eres más fuerte que cualquiera que haya conocido.

Ella respiraba temblorosa.

- Mía… -levanté los ojos hacia los suyos-. Ya no quiero que estés sola. No soy tu padre. No soy tu madre. Yo no voy a irme.

Ella alzó la mirada, lentamente, como si no creyera haber escuchado bien. Me acerqué un poco más, sin tocarla, por si me rechazaba. Ella no se movió. Supe que podía seguir.

- Anoche me di cuenta de algo –confesé, con el estómago encogido-. Del porqué me comporté como un imbécil. Pensé que te perdía. Porque solo imaginarte con otro me destrozó. Y sí, dudé de ti. Y eso es imperdonable. Pero también… -

tragué saliva- me obligó a enfrentar lo que no quería admitir. Que el acuerdo hace mucho que dejó de ser un acuerdo para mí. Que te metiste en mi vida sin permiso. Y en mi corazón, joder, aunque me cueste decirlo –mi voz se quebró un poco-. Te quiero. Sin condiciones. Sin contrato. Sin calendario.

Silencio. No sé cuánto tiempo estuvimos así, lo que sí puedo jurar es que no respiré.

Ella lloró. Una lágrima pequeña, silenciosa, que cayó como si me estuviera entregando un pedazo de su alma.

No pude más. Me acerqué despacio, muy despacio, y rocé su mejilla con los dedos, temiendo que se rompiera, temiendo romperme yo.

- No pienso irme –murmuré contra su piel-. Ni cuando te enfades. Ni cuando me mandes a la mierda. Ni cuando tengas miedo. Ni cuando yo lo tenga. No me voy a ninguna parte, Mía.

Apoyé mi frente contra la suya.

Y allí, respirando su aire, supe que mi vida acababa de cambiar. Que ella era la mujer a la que no iba a dejar nunca. A la que iba a demostrarle, día tras día, que no estaba sola. Que conmigo nunca volvería a estarlo.

- Déjame demostrártelo. Poco a poco –le dije con toda la sinceridad del mundo, porque lo haría, haría lo imposible por demostrárselo.

Tras unos minutos que me parecieron horas, que parecieron días, meses…

- James… necesito tiempo –me dijo Mía, cruzándose de brazos y secándose las lágrimas-. Tiempo para procesar todo esto.
- Tiempo… perfecto –le contesté con tono pícaro.

Ella frunció un poco el ceño, con esa mezcla de seriedad y desafío que me volvía loco.

- ¿Y el acuerdo? -me preguntó, con un hilo de voz tenso, pero medido.
- Lo que tú decidas –dije, divertido, encogiéndome de hombros-. Tu palabra es la ley, jefa.

Ella suspiró y se relajó un poco, pero su mirada seguía intensa.

- Mi historia… podría decirse que empezó con la pérdida de una empresa –me dijo, mirándome de reojo-. No voy a incumplir mi palabra, continuaremos para cumplir con la cláusula de la herencia pero en lo que respecta a nosotros… no sé si estoy preparada.
- Vale, lo entiendo –dije, con tono ligero-. Pero no olvides que voy a hacer todo lo posible para que lo único que quieras es estar conmigo. Aunque, claro… no sé si realmente quieres estar conmigo.

Mía me lanzó una mirada entre divertida y seria, y yo me incliné un poco hacia ella, en plan travieso. Por fin. Ahí estaba la Mía que conocía, la que me volvía loco.

- No me vas a sacar una palabra sobre eso –susurró, mordiendo suavemente el labio.
- Perfecto –contesté, divertido-. Entonces a jugar con esta tensión hasta que decidas. Solo… prepárate, porque voy a intentarlo sin descanso.

Ella rodó los ojos, pero no pudo evitar sonreír. Yo sabía que en el fondo, aunque pidiera tiempo, parte de ella ya estaba jugando conmigo. Y esa era mi oportunidad…

Nos levantamos del sofá, salí de su casa con una mezcla de alivio y tensión en el pecho. Allí estaba ella, apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, mirándome con esa intensidad que siempre me hacía sentir vivo y vulnerable a la vez.

- Bueno, alguien tiene que volver al ático y temo que tu sofá no me iba a dejar dormir bien –dije intentando quitar un poco de tensión.

No sabía como actuar en ese momento ya que mi corazón quería quedarse pero mi mente recordaba el tiempo y, por tanto, el espacio que me había pedido.

- Crees bien –contestó con una media sonrisa.

Me acerqué con cuidado a ella y le di un beso en la mejilla. Cuando me separé vi que había cerrado los ojos, sintiendo mi beso como si fuera lo que necesitaba. Quise imaginar que también me quería a mí. Me contuve.

- Nos vemos mañana, Mía –susurré en su oído.
- Nos vemos mañana, James –me contestó.

Me fui hacia mi ático con la sensación de que habíamos dado un pequeño paso, un espacio respetado, pero que nuestra tensión y nuestra conexión seguían intactas.

Después de que me hubiera confesado su pasado, sus miedos a expresar amor hacia alguien por pensar que la abandonarían de nuevo, después de cómo la vi, de cómo me sentí, me prometí que haría lo que fuera para que viviera sin miedos, viviera en libertad y yo me encargaría de ello. Aunque no sé muy bien como lo haría. El domingo opté por dejarle su espacio, aunque me moría por verla y hablar con ella.

A la mañana siguiente entré al despacho con la cabeza hecha un nudo. No había dormido casi nada, pero al menos ya podía respirar sin sentir un peso en el pecho. Apenas me senté en mi mesa, mi padre me dijo que fuera a su despacho.

Toqué la puerta y entré. Toqué la puerta…me acordé de Mía y sonreí. Mi padre estaba sentado en la silla de su escritorio y cuando me vio entrar se reclinó sobre el asiento. Me dejé caer en la silla frente a él.

- ¿Cómo fue? –preguntó finalmente.

Me pasé una mano por la cara, agotado.

- Mía me contó su pasado –admití, con la voz más baja de lo que pretendía.
- Ya… -dijo él, como si supiera exactamente el peso de cada palabra-. ¿Y tú?
- Le dije que la quería –solté sin prepararlo.

Vi cómo mi padre bajaba las cejas, sorprendido pero no incrédulo.

- ¿Y qué te dijo ella? –preguntó con calma.
- Que no puede querer a nadie sin pensar que la van a abandonar, es algo que tiene demasiado dentro. Cómo no, si sus propios padres la abandonaron. Y… no sé qué hacer –respiré hondo-. Quiero estar con ella a toda costa, pero no sé cómo entrar en algo que duele tanto. No quiero presionarla. No quiero perderla. No quiero hacerle daño. No sé cuál es el paso correcto.
- James… -dijo con un tono que no escuchaba desde que era niño- sigue haciendo lo que estabas haciendo.
- ¿A qué te refieres? –dije frunciendo el ceño.
- A ser tú. Si ella tuvo miedo a tus palabras es porque siente lo mismo. Por lo tanto, sigue haciendo lo mismo. Demuéstrale que sigues aquí, que sigues siendo el mismo. Lo tienes fácil. No cambies ahora –me dijo mi padre.

Me quedé en silencio. Porque sabía que tenía razón.

- Pero… ¿y si no es suficiente? –pregunté casi en un murmullo.
- Si no es suficiente, hijo, entonces nada lo sería. Pero si alguien merece que le demuestren que el amor no es abandono, es Mía.

Asentí, dejando que sus palabras calaran. Era simple, Mía tenía que ver que el mismo gilipollas de siempre seguía aquí y no me iría a ninguna parte. Y ser gilipollas se me da bastante bien.

Al mediodía teníamos la reunión habitual para revisar los informes. Desde que le había dicho a mi padre que quería quedarme en España compartíamos el cargo de CEO, así que era inevitable vernos, hablar y estar cerca. Y esa cercanía era un arma de doble filo: me alimentaba y me mataba al mismo tiempo.

Mía ya estaba sentada en la sala de juntas cuando llegué. Perfecta. Imperturbable. Con esa calma suya que parecía un muro, aunque yo sabía lo que escondía detrás.

- Buenas tardes, Mía –saludé dejando mi carpeta caer frente a ella y arrastrando una silla.
- Buenas tardes –respondió sin levantar mucho la mirada.

Me senté a su lado, no enfrente. Lo hice con toda la intención del mundo.

- ¿Te molesta si me siento aquí? –pregunté, inclinando un poco la cabeza hacia ella.
- Mientras no invadas mi espacio personal, haz lo que quieras -contestó sin pestañear.

Sonreí. Ah, ahí estaba la Mía que me encantaba picar.

- ¿Mi presencia te pone nerviosa? –pregunté con un tono suave, casi inocente.
- No –pasó una página- Me pone nerviosa el proveedor número tres, que no ha entregado nada en plazo, ni tiene intención de hacerlo.
- Curioso –murmuré apoyando un codo en la mesa y acercándome un poco-. Porque cada vez que llego, no miras a ningún proveedor… me miras a mí.

Levantó la vista, despacio, arqueando una ceja.

- Te miro porque entras haciendo ruido. No eres precisamente discreto.
- ¿Ah no? –solté una risa baja-. Yo pensaba que era porque te gusta verme llegar.
- Claro, James –respondió con ironía-, cada mañana marco un tic en mi calendario: "Míralo entrar y ya tienes la emoción del día".

Me eché ligeramente hacia atrás, disfrutando demasiado.

- Me conformo con ser la emoción —respondí.
- Bueno, serías más bien un pequeño sobresalto, nada más –contraatacó.

Ese comentario me sacó una carcajada. Me encantaba este pique entre los dos, me encantaba ella –para qué negarlo.

- ¿Un pequeño sobresalto? Admito que esperaba algo más grande. –dije riéndome.

Y la vi, juro que vi una atisbo de sonrisa. Ella apartó la mirada un instante, como si quisiera recomponer su escudo. Y empezamos a trabajar, cada uno en su papel. Mía manteniendo la distancia. Yo… disfrutando cada centímetro que intentaba mantener lejos.

Los días siguientes fueron una delicia. Una tortura deliciosa, para ser exactos. Yo la picaba, ella me contraatacaba, y en esa guerra silenciosa -esa tensión eléctrica- yo estaba feliz. Porque siempre había sido así con ella. Desde el primer minuto.

Sí, claro, era hermosa. Sí, tenía un cuerpo que quitaba el aliento. Y sí, su culo… bueno, su culo merecía un monumento nacional. Pero lo que realmente me había enganchado era otra cosa: Mía me plantaba cara. Ninguna mujer me había enfrentado nunca, ni intentado siquiera igualarme en ingenio, carácter o… mala leche. Mía no solo lo hacía: me ganaba a veces –bueno, en la mayoría-. Y eso me ponía más de lo que quería admitir.

El jueves tuvimos una Vista juntos. Salimos de la Sala de Vistas con la satisfacción de quienes habían hecho un buen trabajo. La verdad, Mía era muy buena pero yo también. Ella comenzó a quitarse la toga y a guardar sus papeles, impecable como siempre, cuando escuché una voz masculina detrás.

- Mía –saludó el abogado contrario con una sonrisa que ya me cayó mal de entrada- . Estuviste brillante dentro. De verdad, impresionante.

Ella sonrió con educación.

- Gracias, Javier. Tú también hiciste un buen trabajo –contestó ella.

Javier. Solo escuchar su nombre ya me molestó.

- Siempre es un placer coincidir contigo en sala –añadió el dichoso Javier, acercándose un poco más de lo que me gustaba-. Ojalá se repita pronto.

Mía mantuvo la compostura, pero yo ya veía lo que ese idiota estaba intentando.

- Bueno, ya sabes cómo es esto –respondió ella-. El trabajo nos cruza cuando quiere.
- Espero que nos cruce más seguido –dijo él, con una sonrisa claramente coqueteando.

Ella se tensó un poco. Yo di un paso adelante.

- Buenos días –intervine, extendiendo la mano con una sonrisa que no era una sonrisa-. James Bernard.

El tipo me miró un segundo.

- Oh, has estado impecable, tío. Encantado. –contestó estrechándome la mano.
- Gracias. Soy el prometido de Mía –añadí, con una naturalidad perfectamente estudiada.

Javier parpadeó, sorprendido. Mi sonrisa se amplió un milímetro más.

- Oh, no lo sabía –respondió él, incómodo.
- Tranquilo, salió en prensa hace poco, quizá no lo hayas visto y mucha gente no lo sepa todavía. Pero créeme –miré a Mía con un descaro absoluto-, yo no lo olvido ni un segundo –la atraje un poco hacia mí y le posé un beso suave en su cabeza.

Mía me lanzó una mirada que decía *cállate, imbécil*, pero no dijo nada.

- Bueno –balbuceó Javier-, enhorabuena a los dos. Nos vemos en los tribunales.
- Claro –respondí mientras lo veía alejarse.

Cuando se perdió entre la gente, volteé hacia Mía. Ella me miraba con esa mezcla tan suya de incredulidad, fastidio y un

poquito de diversión.

- ¿Era necesario eso? –preguntó con los brazos cruzados.
- Totalmente –respondí sin dudar-. Muchísimo más necesario de lo que imaginas.

Ella rodó los ojos, pero su boca estaba conteniendo una sonrisa que me hizo el día. Joder. Lo que provocaba esta mujer en mí no era ni medio normal.

CAPÍTULO 29: MÍA

James seguía siendo James. El mismo hombre que podía sacarme de mis casillas en un segundo y, al mismo tiempo, hacerme sonreír cuando menos me lo esperaba.

Estos días había vuelto a esa versión imposible suya: divertido, incisivo, picante… con esas indirectas que no eran indirectas en absoluto. Y yo… yo estaba encantada. Aunque no debería.

Cada vez que me decía algo al oído, cada gesto suyo, cada mirada con esa chispa arrogante -tan suya- me removía por dentro. Me llevaba de regreso al principio, a cuando nos conocimos y él me desconcertó por completo.

Me gustaba estar con él. Me sentía bien con él. Y eso me daba miedo. Miedo de admitirlo. Miedo de que me volvieran a romper. Miedo de querer a alguien y quedarme sin nada. Definitivamente, mi padre me había jodido la vida.

Así que sonreía, respondía, jugaba pero manteniendo siempre un pequeño muro entre nosotros. Uno fino, casi invisible, pero imprescindible para que yo pudiera seguir respirando.

El sábado por fin llegó y, como habíamos planeado, salimos todos juntos. Éramos ya un grupo enorme: Enzo, Eric, Liam, Arón, Cami, Adri, James y yo. James me recogió en mi casa y fuimos juntos a la discoteca. El acuerdo continuaba para los ojos de los demás.

Fuimos a uno de los locales de Eric. De hecho, no sé por qué intentábamos engañarnos con la idea de "probar sitios nuevos". Siempre acabábamos allí.

- A ver –dijo Eric cuando entramos, abriendo los brazos como si nos recibiera en su mansión privada-. ¿Para qué cambiar si aquí lo tenéis todo? Mejores marcas, zona VIP, música decente y sillones donde puedes llorar borracho sin que nadie te mire raro.
- Tú lo dices por experiencia y porque te dejamos a ti la pasta –le soltó Enzo dándole un codazo y riéndose.
- Yo no lloro –replicó Eric indignado-. Expulso elegancia líquida.

Todos reímos. Hasta yo. Y sentí el brazo de James rozar el mío. No me tocó… pero casi. Pero ese casi hizo que mi cuerpo reaccionara. La noche prometía.

La noche estaba siendo una fantasía. El DJ se vino arriba y empezó a poner reggaetón antiguo, de ese que solo con escucharlo ya sabes que vas a perrear como si fuera tu última noche sobre la Tierra. Liam y yo nos miramos y fue como activar un interruptor.

- BUAAAAAF, perreo máximo, cariño –dijo él, girándose como si fuera una peonza, mientras sonaba "Noche de estrellas" de José de Rico, Henry Méndez y Jay Santos.

Nos volvimos literalmente locos. Saltábamos, girábamos, inventábamos pasos que probablemente eran un atentado coreográfico. Pero era imposible pasarlo mejor. Cuando acabó "Rueda" de Chimbala yo ya estaba completamente deshidratada. Tuve que parar, era eso o morir sudando en el intento.

- Voy a la barra, ¿alguien quiere algo? –pregunté.

Y como siempre, me arrepentí con sólo formular la pregunta. No aprendía.

- ¡¡Yo!! –me dijeron prácticamente al unísono.

Me encaminé hacia la barra, esquivando cuerpos en plena euforia colectiva.
Había cola, así que esperé. Y entonces un hombre se acercó. Moreno, bien vestido, sonrisa demasiado confiada.

- ¿Te estás divirtiendo? –me dijo, apoyándose en la barra.
- Mucho –respondí cordial, sin más intención que la justa.
- Soy Íñigo. –dijo.
- Oh, hola, Mía, encantada –sonreí educadamente, lo justo para no parecer borde.

Se puso a hablar de la música, del ambiente, de que me había visto bailando "como loca" con mi amigo. Y entonces, sin saber por qué, giré la cabeza, buscando a esa persona que me saca de quicio y a la vez hace que mi cuerpo reaccione con solo mirarme. Y lo encontré. O eso pensé… Porque lo que realmente encontré fue a una morena pegada a mi chico, demasiado cerca, inclinándose para decirle algo al oído.

¿Había dicho "mi chico"? ¿En serio? Pues sí. Porque algo dentro de mí se incendió tan rápido que casi me salieron llamas por el escote.

Íñigo volvió a hablarme.
- Me has dejado hablando solo –dijo riendo.
- Perdón, me he despistado –murmuré mientras hacía un esfuerzo titánico por no seguir mirando al reservado.

Pero claro, la vista se me iba sola. Y ahí seguía ella. Y ahí seguía él. Y sus ojos y los míos se cruzaron. Encima mirándome con esa expresión, como si supiera exactamente lo que estaba sintiendo.

El camarero por fin puso mis copas delante.
- Apúntalas al reservado de tu jefe. Nos vemos Íñigo –le dije al camarero y me despedí.

Cogí las copas haciendo malabarismos, las solté en la mesa alta del reservado en la que estaban mis amigos. Respiré. Me arremangué las mangas invisibles. Cami que vio mi expresión dijo:
- Mía, tranquila.
- Estoy muuuy tranquila –respondí con una sonrisa que probablemente daba más miedo que tranquilidad.

Me acerqué al sillón donde estaban James y la morena sentados, y ella seguía demasiado cerca. Él me miraba como quien observa cómo empieza una tormenta. Perfecto. Me planté delante de ambos. Sonreí.

- Perdona –le dije a la morena con una sonrisa que podría haber cortado cristal-, ¿te importa apartarte un poquito? Es que… me estás tapando las vistas.
- ¿Las vistas? –repitió ella, frunciendo el ceño.

Yo me giré hacia James despacio, muuuuy despacio, y clavé mis ojos en los suyos.

- Sí –añadí-, mis vistas favoritas.

James soltó una risa por la nariz, esa risa contenida de "estoy disfrutando esto demasiado". La morena se quedó helada y se retiró un poco echando el culo a un lado. Aproveché el hueco, y me senté encima de James, lo agarré de la nuca y sin pensarlo demasiado me incliné y le planté un beso posesivo y territorial pero con elegancia. Un beso de "hola, cariño, ¿recuerdas quién manda aquí?". Como echaba de menos esos labios, no me había dado cuenta hasta que rocé su piel con la mía. Eran una locura y yo estaba rematadamente loca por privarme de probarlos más a menudo.

Me separé un poquito, justo para mirarlo a los ojos.

- Ya está –murmuré-. Vistas despejadas.

La morena parpadeó como si aún procesara el terremoto.

- Soy Claudia –dijo.

Giré la cabeza hacia ella con una lentitud dramática.

- ¿Claudia? –repetí con una sonrisa impecable, luego miré a James-.
  Ah… esa Claudia. –recordaba ese nombre porque había salido en una conversación en el ático.

Esa Claudia, la que intentó ligar con él en la discoteca, amiga de Enzo. James tragó saliva.

- ¿Nos conocemos? –me preguntó la famosa Claudia.
- No, no –negué-. Pero qué curioso que tu nombre me suene tanto…

-y miré a James otra vez, muy, muy intencionadamente.

Él alzó las manos, como diciendo "no me metas en esto", pero la sonrisa que intentaba disimular lo delataba. Claudia nos observó a ambos, incómoda.

- Bueno, yo… voy a… volver con mis amigas –balbuceó.

Claudia ya había desaparecido entre la gente cuando sentí la mano de James rozar mi cintura. Yo todavía estaba ligeramente encendida -no lo iba a negar-, pero no pensaba dárselo en bandeja. Él subió la cabeza para mirarme mejor desde esa posición en la que me tenía sentada sobre él, con esa sonrisa de *sé exactamente lo que estás haciendo*.

- ¿Estabas celosa? –preguntó, disfrutando cada sílaba como un idiota.
- No –respondí demasiado rápido y demasiado seca.

Demasiado "sí, estoy celosa, socorro". Sus cejas subieron poco a poco.

- Ajá… -dijo-. Entonces, si no estabas celosa ¿a qué ha venido eso?
- ¿Cómo que "eso"? –pregunté.
- Ese beso territorial –dijo él, inclinándose un poco hacia mí-. Y esa mirada de si te acercas un centímetro más, te entierro viva.
- Por favor -bufé- No voy a dejar que todo el mundo piense que soy gilipollas.
- ¿Gilipollas? –repitió James, divertido.
- Sí, gilipollas y tonta. –me acerqué un poco, señalándole el pecho con un dedo-. Tú coqueteando delante de mí, delante de tu prometida ¿estás de coña o qué?

La sonrisa de James se abrió como si acabara de recibir el mejor regalo del mundo. Se inclinó aún más, tanto que sentí su aliento en la mejilla.

- Prometida… -repitió en un murmullo que me hizo temblar un poquito-. Me encanta cuando lo dices.

- No te emociones –le advertí, intentando no sonreír- Solo he puesto las cosas en su sitio.
- ¿Ah, sí? –preguntó él, acercando sus labios a los míos sin llegar a tocarme-. Porque parecía más bien que estabas reivindicando el territorio.
- Sueña –mentí, sin éxito al parecer, ya que James sonrió de nuevo, con esa sonrisa arrogante y encantadora que lo hacía irresistible.
- Por cierto -añadió bajito-. Gracias por espantarla. Llevaba diez minutos intentando quitármela de encima sin ser un borde.
- ¿Y no se te ocurrió apartarte un poquito o recordarle que estabas comprometido quizá? –lo miré con recelo.
- ¿Y perderme esa entrada tuya? –me guiñó un ojo-. Ni loco.

El cabrón estaba poniéndome a prueba. Y yo, por mucho que quisiera, no pude evitar sonreír. Pero solo un poquito.

- Bueno -hice el amago de levantarme- vuelvo con mis amigos.
- Ni lo sueñes, ven aquí –me agarró por la nuca y me besó apasionadamente, como solo él sabia hacerlo.

Y yo no me resistí, sino que disfruté del beso aunque con algo de recelo. ¿Yo no quería espacio y tiempo? ¿Qué estaba haciendo entonces? Soy una incoherente. Cuando se despegó de mis labios, me dijo:

- No pongas esa cara. Estamos en público y eres mi pro-me-ti-da –dijo parándose en cada sílaba.

La noche estaba siendo entretenida. Entre el perreo con Liam, mi escena con James, el beso que me plantó, las bromas con Adri y los comentarios ácidos de James… estábamos en nuestro punto. Pero lo que nadie vio venir fue lo que pasó después.

Estábamos todos bailando en círculo cuando, de repente, la música bajó un poquito para un cambio de tema. En ese microsegundo de silencio giré la cabeza y lo vi, bueno lo vimos

todos. Cami abrazada al cuello de Eric. Eric agarrándole el culo con posesión. Y los dos… dándose el beso de su vida. Todos nos quedamos petrificados.

- ¿Pero qué coño…? –susurró Liam con los ojos como platos.

Adri abrió la boca tan fuerte que pensé que se le desencajaba la mandíbula.

- ¿Esa es Cami? –preguntó Arón como si estuviera viendo un fantasma.
- Ya era hora –dijo James.
- ¿Estos dos desde cuándo…? –dije llevándome la mano a la boca.
- Sinceramente, me sorprende que no haya pasado antes –dijo James en alto para que todos lo escucháramos con la música.
- Sí, pero actualmente están haciendo un máster en comerse vivos en mitad de la discoteca –dije riéndome cuando Cami le mordió el labio.

Cuando se separaron, todos empezamos a aplaudir y a gritar como locos. Cami, roja, se tapó la cara. Eric levantó la mano victorioso.

- ¡Por fin! -gritó Adri.

Cami nos agarró del brazo.

- No digáis nada –dijo Cami muerta de la vergüenza.
- Nada –dije haciendo el gesto de poner una cremallera sobre mis labios.

Eric solo se pasó la mano por el pelo y sonrió como un idiota.

- De nada, chavales.

Después del espectáculo erótico que acabábamos de presenciar, seguimos bailando, riendo y pasándolos muy bien.

James no dejó de mirarme en ningún momento y yo, inevitablemente, no podía apartar los ojos de él.

Adriana pasó por detrás, dándome un codazo.

- Tía… -susurró-, si me miraran así yo me embarazaría del susto.
- Cállate –le di un manotazo mientras disimulaba una sonrisa.

Seguimos bailando un rato, todos juntos, desfasando a nuestro estilo. Y aunque yo bailaba, y reía, y fingía estar perfectamente tranquila… cada vez que giraba la cabeza, ahí estaba James. Mirándome como él sólo sabe hacerlo. Sonriendo con esa media sonrisa que sólo él sabe hacer. Y yo me perdía en cada una de sus miradas y en cada una de sus media sonrisas.

De repente, empezó a sonar "Qué haces", de Becky G y Manuel Turizo, la que yo consideraba nuestra canción. Giré mi cabeza buscando a James y lo vi aproximarse a mí como en una película, como si en esa discoteca sólo estuviéramos él y yo solos, y me tendió la mano.

Antes incluso de llegar a rozar su mano, me la cogió y me giró con un suave empujón en la cadera. Mi espalda chocó contra su pecho y sus manos descendieron por mis costados, marcando el ritmo sensual, casi peligroso, bueno, muy peligroso, pues todo lo que giraba alrededor de este ser no humano era peligroso. Me moví con él sin pensarlo. James sabía bailar, aunque no le gustaba demostrarlo, salvo conmigo –y mi yo interno estaba saltando de alegría.

Sus manos subieron a mi cintura, guiándome, alineándome con cada golpe de música. Giré, él me atrapó de la muñeca y me acercó de nuevo, pegándome a él. Nuestros cuerpos encajaban demasiado bien para algo que solo debía ser un "acuerdo".

- Da miedo lo mucho que me sigues el ritmo –murmuró.
- Tú tampoco lo haces mal –respondí, en un intento absurdo de mantener mi dignidad.

Él se rió, esa risa grave que siempre me aflojaba las rodillas.

La canción subió un poco más, el bajo que salía de los altavoces vibró en mis costillas. Me tomó por la cintura con ambas manos y tiró ligeramente hacia él, pegando mi espalda a su pecho otra vez, esta vez más cerca, más caliente. Su respiración chocó contra mi cuello, justo en el punto exacto donde yo no tenía defensas. Mi cuerpo no tenía escapatoria, pues estaba literalmente envuelta entre sus brazos. Así que yo estaba perdida, mi cuerpo estaba perdido, mi deseo ya…ni os cuento.

Bajé la mirada. No podía mirar sus ojos ahora, me sentía totalmente expuesta. Este hombre me ponía muchísimo. No entendía que, ni aun habiéndome tocado sexualmente, yo ya estaba totalmente cachonda, solo una miraba y me tenía ahí, para él.

- Esta canción… me recuerda a nosotros –dijo sin esperármelo.

Mi corazón dio un vuelco tan fuerte que casi me quedé sin aire. Lo sentí en mi estómago, en mi pecho, en mis piernas, en todas partes. James también la sentía. Tragué saliva.

- A mí también –susurré al fin, sin poder fingir.

James apoyó la frente en mi sien, respiró hondo, casi como si esa simple confesión le hubiera atravesado algo por dentro. Teníamos un sentimiento mutuo, al parecer, él ya lo había descubierto, al parecer me quería pero ¿y yo? ¿Qué quería yo? No seas novelera Mía, lo quieres a él enterito –gritó mi subconsciente al que intenté callar sin éxito. Así que…me dejé llevar por el momento. Ya me compadecería de mí misma luego.

Mis dedos se deslizaron hacia atrás, buscando su nuca sin mirar, sin pretender nada… -otra mentira Mía, pretendes todo, me dijo de nuevo mi subconsciente. Como lo odio-. Encontré lo que buscaba, agarré su nuca. James apretó mi cintura un poco más. Seguimos bailando así, como si el mundo se hubiera reducido a un círculo exacto entre sus manos y mis caderas. Como si la música hubiese sido compuesta para nosotros dos, porque así lo sentíamos. Como si no existiera nadie más.

Cuando la canción terminó, me giré, y nos encontramos en una mirada profunda, llena de algo, de sentimientos, de pasión, de lujuria –vamos, lo que siempre había. Pero esta vez, vi algo más y no supe identificar qué era. Lo que sí vi es que estaba cambiaba, me apartó la mirada y se fue a la zona donde se encontraban Enzo y Eric, dejándome allí totalmente desarmada, como hacía siempre. Pensé, medité, sopesé, hice todos los sinónimos de "darle vueltas a la cabeza". James estaba dándome lo que le pedí. Sí, no pudo resistirse a bailar nuestra canción conmigo –lo que me alegró-, no pudo contenerse y me agarró las caderas con posesión y con ansia –lo que me encantó-, pero me dio el tiempo que le pedí –lo que no me gustó. ¿Te estás dando cuenta que eres la persona más necia e ilógica que he tenido que aconsejar en mi vida? Me preguntó mi subconsciente. Y, por una vez, tenía razón. No podía quejarme de que James me diera el tiempo que le pedí, pero eso no significaba que no pudiera decir que no me gustara ¿no?

A la salida refrescaba bastante. Estaba lloviznando y yo llevaba un vestido que era prácticamente una declaración legal de que no tenía frío porque no podía permitírmelo estéticamente. James se acercó por detrás y me colocó su abrigo sobre los hombros sin decir nada.

- No soy una abuela –protesté.
- No, eres peor –se inclinó sobre mi oído-. Eres testaruda.
- Y tú un mandón –contraataqué.
- Pues mira qué bien, hacemos un buen equipo entonces –me abrió la puerta del coche como si fuera algo natural y espontáneo.

En el trayecto hacia mi casa en su coche –James no bebía si conducía- casi no hablamos. Solo esa especie de electricidad silenciosa que a veces pesa más que cualquier conversación.

Cuando aparcó frente a mi casa, salimos del coche y me acompaño hasta mi puerta de entrada. Se quedó ahí, a un palmo de mí, sin prisa.

- Bueno –dije, intentando sonar normal-. Gracias por traerme.
- Siempre –respondió él, mirándome a la boca descaradamente.
- Deja de mirarme así –susurré.
- ¿Así cómo? –me preguntó.

Ya estamos otra vez.

- Como si… -me mojé los labios sin querer-. Como si quisieras entrar.
- Es que quiero entrar –lo dijo sin drama, sin rodeos, sin vergüenza.

Mi corazón dio un salto que casi me deja sin equilibrio.

- James… yo… -no pude terminar la frase.
- Si me dices que no, me doy la vuelta y me voy –dijo bajito-. Pero no me mires como me estás mirando.
- No te estoy mirando de ninguna manera –mentí fatal.
- Entonces dime que me vaya -se acercó un poco más-. Sólo dímelo.

Era imposible. Era absurdo. Era inevitable. ¿Por qué no podía decirle que se fuera? Porque no quieres que se vaya, contestó mi deslenguado subconsciente. Joder, tenía razón.

- Eres un pesado –murmuré.
- Y tú muy mala mintiendo –rozó mi mejilla con la punta de sus dedos.

Tragué saliva. Y ahí se rompió todo. Lo agarré por la camisa -con más necesidad que elegancia- y él me empujó suavemente contra la puerta, atrapándome entre su cuerpo y el marco. Ese primer beso fue como si lleváramos años conteniéndonos. Él sonrió contra mi boca.

- Sabía que no me ibas a mandar a casa -susurró.
- Cállate, antes que me arrepienta –murmuré antes de volver a besarlo, esta vez con más hambre.

Lo demás… No hubo palabras. Solo su risa baja contra mi cuello, mis dedos enredándose en su camisa, y esa forma en la que

nos buscábamos como si nos faltara el aire.

No recuerdo cómo llegamos desde la puerta al interior de la casa. James apoyó una mano en la puerta, a escasos centímetros de mi cabeza y nos miramos.

- Mía… -susurró más que dijo.

Su mano subió a mi mejilla. Su pulgar rozó mi boca. Temblé. Literalmente temblé. Me besó de nuevo. No un beso dulce, ni tímido, ni cuidadoso, sino un beso lleno de tensión, celos, miedo, discusiones, deseo.

Me agarró por la cintura con firmeza, como si por fin pudiera tocarme sin miedo a que me desvaneciera entre sus manos. Yo me aferré a sus hombros, tirando de él con una desesperación que no sabía que tenía guardada.

- Dios… -murmuré contra su boca cuando tuvimos que separarnos un segundo para respirar.
- No sabes cuánto te he echado de menos –respondió él, apoyando su frente contra la mía con la respiración agitada.

Volvimos a besarnos, más profundo, más rápido, casi torpe de tanta urgencia. Su mano bajó por mi espalda hasta mi cintura. Me pegó más a él, tanto que podía sentir cada línea de su cuerpo, cada onza de chocolate de abdomen, como estaba totalmente excitado por mí. Yo gemí al sentir el bulto de sus pantalones.

- No hagas eso –gruñó con una voz tan ronca que me derritió.
- ¿El qué? –pregunté.
- Ese sonido –sus dedos se hundieron un poco en mi cintura-. Me haces perder la cabeza.

Reí entre jadeos, sin poder evitarlo. Él me alzó, literalmente me levantó del suelo, y mis piernas se cerraron por instinto alrededor de su cintura. Él aprovechó la posición y me besó el cuello, despacio al principio, intensificando el ritmo luego.

- James… -dije gimiendo.

Él me miró desde muy cerca, respirando como si acabara de correr una maratón.

- Dímelo otra vez –pidió, casi suplicó.
- ¿Qué?
- Mi nombre.

Me reí contra su boca, completamente perdida.

- James… -lo complací.

Su respuesta fue otro beso más intenso, más profundo, más desesperado. Subió las escaleras conmigo en brazos, sin dejar de besarme ni un segundo, hasta que chocamos con la pared del pasillo. Yo solté una risa entrecortada, él también, pero enseguida los dos volvimos a lo mismo: a devorarnos.

Su cuerpo contra el mío. Mi espalda contra la pared. Nuestras respiraciones entrecortadas. Sus manos recorriéndome sin pausa.

- Si no te suelto ahora… -murmuró contra mi cuello- no respondo de mí.
- No me sueltes entonces –le susurré, hundiendo mis dedos en su pelo.

Él gruñó ante mi respuesta, ante mi aprobación. Un sonido bajo, masculino, totalmente involuntario y absolutamente devastador. Por nada del mundo iba a consentir que parara ahora, ya estaba perdida, ya no pensaba. Me cargó de nuevo, con ansia, y entramos en mi habitación sin pensar, sin hablar, sin detenernos.

Me tumbó en la cama. Se puso de pie frente al colchón y se desnudó sin dejar de mirarme. Fueron segundos pero una eternidad para mí. Me incorporé en la cama poniéndome de rodillas, quedando a la altura de su pene. Dios. Empecé a salivar y no pude evitarlo, me acerqué a él para devorarlo. Le recorrí mi lengua desde un extremo hasta la punta. James me agarró del pelo y lo vi curvarse, echando la cabeza hacia atrás. Me lo metí en la boca y me sentí poderosa.

Cada embestida en mi boca era una explosión de placer. Le faltaba poco para llegar pero paró.

- Quiero terminar dentro de ti –me dijo suplicante.

Se apartó y aprovechó para desnudarme. Le arañé la espalda, me mordió el cuello. Me aprisionó contra su cuerpo y cumplió su deseo. Me empaló tan rápido que ni lo vi venir y esa sensación de placer que había tenido segundos antes volvió a mí, aún más intensa. Tras varias acometidas fuertes y exigentes llegamos juntos a un orgasmo que decía cuánto nos habíamos echado de menos y que el tiempo y el espacio que le pedí, estaba claro, se había acabado. No había tiempo ni espacio que nos impidiera estar así, como en ese momento.

Esa noche… No sé cuántas veces nos besamos. No sé cuántas veces dijo mi nombre. Perdí la cuenta de cuantas veces hicimos el amor, porque realmente hicimos el amor, perdí la cuenta de cuantos orgasmos tuvimos. Lo único que sé es que no dormimos. No podíamos. Nos habíamos echado demasiado de menos.

Siempre había tenía un nudo: el de quien quiere avanzar y teme caerse, el de quien quiere quedarse y teme perderse. Y, por primera vez en mucho tiempo, creo que dejé de tener miedo.

Me quedé tumbada boca arriba, todavía respirando como si hubiera corrido una maratón. James estaba a mi lado, con el brazo sobre mi cintura, la cara enterrada en mi cuello como si no quisiera alejarse ni un centímetro. El silencio era distinto. No era incómodo, no era tenso. Por el contrario, era cálido, era tranquilo, me transmitía paz.

- No pienso pedir perdón por nada de lo que ha pasado –murmuró en mi cuello, con su voz aún ronca, rompiendo el silencio.
- ¿Y quién te ha pedido que pidas perdón? –le pregunté.
- Me espero cualquier cosa de ti, así que me adelanto a los acontecimientos –respondió, levantando la cabeza para

mirarme.

- Eres idiota –le contesté divertida acariciándole el pelo.
- Un poco, sí –sonrió, arrastrando un dedo por mi clavícula-. Pero un idiota que está ahora mismo muy satisfecho.
- No te acostumbres –le advertí, dándole un pequeño empujón en el pecho.
- Tarde –dijo simplemente.

James no se movió ni un milímetro. Al contrario, me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él hasta que quedé medio encima suyo. Se limitó a acariciarme un lado de la cara con una dulzura que no me esperaba de él.

- Si en algún momento… -tragó saliva, como si no supiera si debía decirlo- necesitas hablar, o callar, o que me quede, o que me vaya… solo dímelo, ¿vale?
- No prometas cosas que no sabes si vas a poder cumplir –le dije.

James me sostuvo una mirada seria, honesta, sincera y honesta.

- Solo prometo una –dijo-. Que no voy a salir corriendo.

Me quedé inmóvil.

- No digas eso –susurré, débil, temblando por dentro.
- ¿Por qué no? —preguntó.
- Porque –me mordí el labio- yo sí quiero salir corriendo a veces.

James rió muy bajo, no burlón, más como si entendiera perfectamente lo que estaba diciendo.

- Entonces te alcanzaré –dijo.
- No digas eso –susurré.
- Voy a hacerlo igual –respondió él, en voz baja, hundiendo la cara en mi cuello-. No pienso dejar que te vayas sin pelear.

Tragué saliva. El corazón me iba a mil por hora. ¿Qué hago con este hombre? Le acaricié de nuevo su pelo suavemente, disfrutando el momento y James soltó un suspiro que me derritió.

- ¿Tú estás bien? –le pregunté yo ahora.

James sonrió.

- Estoy contigo así que estoy perfectamente –contestó.
- Me vas a complicar la vida -murmuré, casi como una queja.
- Ya te la he complicado –dijo él-. No pretendo parar ahora.

Reí. Reí de verdad. Y él me abrazó más fuerte, como si ese sonido fuera lo único que había querido oír en semanas. Me quedé así, pegada a él, respirando su olor, sintiendo su piel contra la mía. Y, por primera vez en mucho tiempo… no pensé en correr.

CAPÍTULO 30: JAMES

El lunes entré en el despacho con esa sensación rara de ¿felicidad? No la reconocía del todo, pero llevaba conmigo desde que me fui de casa de Mía el domingo por la noche. Pasamos el resto del fin de semana juntos: sofá, besos, caricias, discusiones tontas, más besos, más sofá… como dos personas normales que están juntas. Como si lo nuestro fuese real. Y joder, cómo me estaba gustando esa mentira que, para mía, ya no lo era.

Pero al llegar, Belén, la secretaria, me dijo:

- El Sr. Bernard quiere verlo en su despacho. A usted… y a la Srta. Beltrán.

Justo en ese momento, Mía salió de su despacho y nuestros ojos se cruzaron.
La misma cara de: *¿qué pasa?.* Tocamos la puerta. Entramos. Él estaba sentado detrás del escritorio, traje gris, expresión seria pero actitud tranquila.

- Sentaos –señaló las sillas frente a él-. Ha llegado esto esta mañana –colocó unos papeles frente a nosotros.

Mía lo tomó antes que yo, lo abrió y empezó a leer. La vi fruncir el ceño, luego su mandíbula se tensó.

- ¿Qué pasa? –le pregunté.

Ella me pasó la primera hoja.

Las palabras me saltaron a la cara: **"Diligencias preliminares solicitando la exhibición del testamento de D. Antonio Jesús Bernard. Solicitante: D. Benjamín Bernard."**

- Será gilipollas… -murmuré en voz baja, pero mi padre me escuchó.

- Quiere ver el testamento completo, incluida la cláusula que menciona tu tío como condición para acceder a su herencia –añadió mi padre.
- Si la cláusula se hace pública… -dijo Mía, dejando la frase en suspenso.

Yo la terminé.

- Benji sabrá que nuestra relación empezó como un acuerdo. Y más importante aún: que podía usarlo contra nosotros. Y podrá pedir investigación sobre la veracidad del compromiso, lo que le permitiría solicitar que se explore nuestra vida privada.

Noté cómo Mía tragaba saliva a mi lado.

- Querrá demostrar que nuestro compromiso no es verdadero, sino una maniobra para beneficiarte económicamente –dijo Mía.

Los tres nos quedamos mirando, mi padre en silencio, tranquilo. No comprendía su tranquilidad.

- ¿Cuándo es la Vista? –preguntó Mía, ya entrando en modo abogada, lo cual… sí, lo admito, es terriblemente sexy.
- El 2 de diciembre –respondió mi padre por primera vez-. Tenéis tres semanas.
- La prepararemos juntos –respondió ella levantándose de la silla con decisión y mirándome.

Abandonamos el despacho de mi padre y nos dirigimos al mío. Nos quedamos en silencio. Yo estaba furioso. Ese hijo de puta no iba a quedarse de brazos cruzados mientras veía pasar su oportunidad de seguir teniendo comodidad económica sin hacer el huevo.

- Bueno… -murmuró Mía- …esto se ha complicado.
- Tranquila –le dije intentando parecer tranquilo-. Benji ha querido joderme toda la vida. No lo va a conseguir ahora.
- Entonces tendremos que trabajar mucho –respondió ella.

Yo me incliné hacia ella un poco.

- Mía, trabajar contigo nunca ha sido un problema. Los problemas siempre vienen cuando intentas ignorarme.

Ella apartó la mirada con una sonrisa oculta.

- Idiota.
- Lo sé, pero tu idiota favorito –respondí sin pensarlo.

Y juro que vi cómo su corazón latía fuerte en su cuello, justo antes de que ella se girara para esconderlo. Pero también vi otra cosa. Determinación. Las tres semanas próximas iban a ser una guerra porque Mía se tomaba muy en serio su trabajo y, ahora, su misión era, despellejar a mi primo. Y no sabía si eso me asustaba o me ponía más cachondo. Claramente, era la segunda opción.

Llevábamos en mi despacho toda la mañana –aunque técnicamente ahora era nuestro despacho, siempre nos reuníamos allí para tratar todos los asuntos, que ahora compartíamos al completo-, con todos los papeles de la vista desperdigados por la mesa: notas, borradores, el maldito testamento fotocopiado, referencias de jurisprudencia y dos cafés fríos.

Levanté la mirada hacia Mía y allí estaba ella, concentrada, con el ceño fruncido, marcando cosas con un subrayador fluorescente. Y no pude apartar mi mirada, mis ojos, no podía estar mucho tiempo sin contemplarla. Al parecer, me entretuve más de la cuenta esta vez.

- Deja de observarme como si quisieras comerme –me soltó sin levantar la vista.
- ¿Quién dice que no quiera? –respondí, llevándome un bolígrafo a los labios-. Además, es fascinante verte en modo "abogada implacable". Me sube la lívido.
- ¿Qué no te sube la lívido, James? –me preguntó alzando una ceja sin mírame aún.
- Todo lo que no tenga que ver contigo –sonreí, mordiendo el bolígrafo.
- Entonces estás excitado la mayor parte del día –soltó ella, ahora sí mirándome con una sonrisa ladeada-. Pasamos

mucho tiempo juntos.

- Pues mira… -dejé caer el bolígrafo y me incliné hacia ella, apoyando mis antebrazos en la mesa- …un poco sí.

Ella resopló, pero vi cómo sus mejillas se teñían apenas. Joder, me encanta.

- Venga –dijo retomando el documento-. Para la vista necesitamos llevar el testamento completo, pero pedir que se mantenga la privacidad de la cláusula hasta que pase el año. Y hay que preparar tu declaración.
- ¿Quieres practicar interrogatorios? –la interrumpí con tono pícaro-. Porque sabes que puedo someterme a todo lo que quieras.

Ella me lanzó un bolígrafo que me dio en el pecho.

- ¿Puedes dejar de sexualizar todo cinco minutos? –me preguntó.
- Puedo intentarlo –respondí recogiendo el bolígrafo del suelo-. Pero no prometo nada –le guiñé un ojo.

Mía abrió la boca para contestar algo pero entonces sonó su móvil. El nombre apareció boca arriba en la mesa, justo frente a mí. "Joselu" Mi estómago se contrajo de golpe. No dije nada. Ella tampoco. No hemos vuelto a hablar de ese tema desde nuestra gran discusión, donde me contó toda su historia.

Mía contestó: "¿Sí?"

Me forcé a seguir revisando el expediente, aunque solo escuchaba su voz. Y su respiración. Y al maldito Joselu hablando al otro lado.

- ¿En serio? –preguntó Mía, su tono cambiando a uno más serio- Vale… sí, puedo pasarme ahora.

Pausa.

- Lo sé, gracias.

Colgó.

Yo dejé los papeles y esperé. Pero no pregunté. Ni un gesto. Quería que ella decidiera contármelo. Ella respiró hondo.

- Ya saben quién es –dijo al fin.

Un latido fuerte me golpeó el pecho.

- ¿Quién? –pregunté, suave.
- El dueño del móvil desde el que me escriben –explicó-. Me esperan en comisaría.

Me quedé quieto solo un segundo. Uno. Luego me levanté, cogí mi chaqueta del respaldo y dije:

- Vamos.
- James, no tienes que…
- Mía –la corté, acercándome a ella-. Voy contigo.

Mía me miró, y hubo algo en su expresión que conmocionó. Como si una parte de ella hubiera esperado que yo dudara. Pero no dudé, ni lo haría nunca. Se levantó despacio y asintió.

Y supe, por primera vez en varios días, que me estaba dejando estar a su lado. Que me estaba dejando apoyarla, sin resistencia, sin muro sobre el que saltar. Y joder, eso para mí lo era todo.

Salimos juntos del despacho, y mientras caminábamos hacia el coche le tomé su mano con fuerza y ella se dejó y me dio un leve apretón. Sólo pensé una cosa. El que esté detrás de esto se va a arrepentir. Porque ahora no estaba sola. Porque ahora me tenía a mí. Y no iba a permitir que nadie le volviera a hacer daño.

Entramos en la comisaría sin decir ni una palabra, con las manos entrelazadas. Mía caminaba recto, con esa rigidez que solo aparece cuando intenta no venirse abajo, la dura, la que se oculta tras una fachada de acero, la que conocía tan bien. Yo iba a medio paso detrás de ella.

Llegamos a la mesa de Joselu y nos hizo una señal para que nos sentáramos.

- Mía -saludó Joselu levantándose de su silla-. James.
- Buenas –respondí con un gesto de cabeza.

Mía se cruzó de brazos.

- Dime lo que tengas –le dijo firme.

Joselu tragó saliva, miró unos papeles, luego la pantalla del ordenador. Hasta que por fin soltó:

- Ya tenemos al titular del teléfono. Es un hombre llamado… -hizo una pausa, buscando el nombre en el ordenador- … Diego Beltrán.

Y mi cerebro explotó.

- ¿Beltrán? –pregunté, girándome hacia Mía-. ¿Tu padre? –pregunté sin pensar demasiado.

Aunque no podía ser, me dijo que estaba muerto, ¿algún familiar entonces?.

Mía no respondió. Porque no podía. Se quedó completamente inmóvil, completamente pálida. Los ojos abiertos, fijos en Joselu, como si él acabara de anunciarle su propia sentencia de muerte.

- No sabía que era tu padre -murmuró Joselu, incómodo-. Lo siento Mía, ¿quieres denunciarlo?

Mía no lo desmintió. Mierda. Tardó unos segundos en reaccionar.

- No –dijo al fin, muy bajito-. No… no puedo ahora. Necesito… necesito pensar. Gracias por todo Joselu, eres un buen amigo.

Yo apenas respiraba. Quería darle una paliza que lo dejara totalmente irreconocible. A un hombre al que ni siquiera conocía.

Mía se levantó de golpe. Joselu intentó decir algo más, pero ella ya había girado sobre sus talones. Me despedí de Joselu con la mano como pude. Yo la seguí sin discutir. Salimos de la comisaría. El aire frío nos golpeó pero ninguno dijo nada. Caminamos hasta el coche. Abrí la puerta del copiloto. Ella entró sin mirarme. Me puse al volante y cerré la puerta. No arranqué el coche.

- ¿Diego Beltrán es tu padre? –pregunté en un tono bajo.

Mía asintió.

- Pensaba que tu padre estaba muerto –continué.
- No está muerto… simplemente desapareció de mi vida. Decidió no ocuparse de mí, no pelear por mí. Ni por mi custodia. Me abandonó. Para mí sí había muerto, hasta hoy –dijo en un tono frágil, ese que nunca deja mostrar.

Joder. Me dolió. Giré el cuerpo hacia ella.

- Mía… -empecé a decir pero no pude terminar.

Las lágrimas empezaron a caerle de golpe. No suaves, ni elegantes. Se derrumbó. Se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Me acerqué inmediatamente, rodeándola por los hombros, tirando de ella hasta mí. Ella se dejó y se acurrucó contra mi pecho como si se hubiera roto por dentro.

- No entiendo nada… -sollozó-. ¿Por qué ahora? Ahora que creo que he construido una vida, una vida que él no quiso vivir y compartir conmigo. ¿Por qué así? ¿Qué quiere de mí, James? ¿Qué… qué…?

La voz se le cortaba. Le acaricié la espalda, la nuca, intentando que respirara.

- Shhh… tranquila. Estoy contigo. ¿Me oyes? Estoy aquí. No te voy a soltar –dije lo más tranquilo que pude.

Ella lloró más fuerte. Yo la apreté contra mí, conteniendo el impulso visceral de salir en ese mismo momento a buscar a ese hombre.

- No estás sola –continué, rozándole el pelo con la barbilla-. Nunca más. ¿Entiendes?

Ella asintió contra mi pecho, temblando. Y me quedé así, abrazándola dentro del coche, hasta que su respiración por fin empezó a calmarse. Hasta que dejó de temblar. Hasta que pude sentirla volver poco a poco a mi mundo. Al mundo donde yo iba a protegerla, costara lo que costara.

No la llevé al despacho. No quería rodearla de papeles, de trabajo, de estrés. La llevé a su casa. La abracé al entrar, y luego nos sentamos juntos en el sofá.

- ¿Qué estás pensando? –le pregunté, dejando mi mano sobre la suya.

Ella suspiró, apoyando la frente contra mi hombro.

- No lo sé –dijo-. No entiendo por qué mi padre hace esto, qué quiere ahora de mí. ¿Dinero? ¿Ahora que tengo trabajo, que me va bien…? Habrá visto tu apellido en las noticias, la reputación de Bernard Legal Group… No puede ser otra cosa. Tiene que ser eso –su voz se tensó, llena de enfado.
- Yo es que aún no lo creo –dije, con un deje de rabia contenida-. Tu propio padre haciendo esto. Te juro que si lo viera, le partiría la cara. Y no lo digo por decir, es un hecho, una realidad. No voy a permitir que te haga daño de nuevo. Estoy contigo, te lo prometo.

Mía me miró, sonrió levemente y susurró:

- Gracias por estar aquí.
- Siempre –contesté, con firmeza, apretando su mano.

Pasamos la tarde entre momentos de risas, pequeñas bromas que nos permitían respirar entre tanta tensión, pero también cargada de sentimientos, de sinceridad, y también en silencio compartido, hablando, tocándonos suavemente, disfrutando de nuestra compañía. Y entre conversación y conversación le recordé:

- La gala benéfica es el sábado, si no quieres ir, lo entenderé.
- No voy a faltar –me dijo, con determinación-. No voy a permitir que mi padre entre en mi vida sin haber sido llamado, después de haber salido de ella por su propia voluntad, y me condicione. Después de todo lo que hizo, de cómo me abandonó, esta vez no. Además, es una gala para los niños, no pienso faltar.

De pronto me miró con la boca abierta y lo ojos como platos.

- ¡Mierda mi vestido! No he ido a la tienda de Cami a probármelo tras los arreglos. Le voy a enviar un mensaje ya.

La semana pasó entre papeles y besos. Entre pruebas legales y roces. Compartíamos miradas cómplices y algún que otro toque que nos hacía sonreír como idiotas. Y, claro, sexo, mucho sexo. Seguíamos durmiendo cada uno en su casa, pero las tardes me las pasaba en la suya, y allí se desataba toda la tensión sexual acumulada durante el día, en la ducha, en el sofá, en su dormitorio. Estaba deseando probar la isla de su cocina. Excepto la tarde que Mía se fue a recoger su vestido para la gala benéfica. Se negó a enseñármelo y, por supuesto, me tuve que conformar con imaginarlo. Pero incluso eso se convirtió en un juego silencioso, un pique constante que me mantenía alerta, como siempre pasaba entre los dos, esa chispa eléctrica.

- ¿Sabes que eso de esconderme cosas no te va a salvar? –le dije, mientras revisaba unos documentos en su mesa, un pie rozando el suyo bajo la misma.
- ¿Ah sí? –me respondió con esa media sonrisa enseñada por mí que me enloquecía- ¿Y que vas a hacer al respecto? ¿Entrar en mi habitación y mirar mi vestidor sin permiso?
- No, eso sería demasiado fácil –repuse, inclinándome hacia ella con picardía- Prefiero adivinarlo y luego castigar tus mentiras.
- ¿Castigar mis mentiras? –replicó, con un tono juguetón-. ¿Y cómo planeas castigarme? ¿Con más Vistas contra primos codiciosos?
- Mmm… no exactamente –dije, dejando caer un bolígrafo cerca de su mano y rozándola accidentalmente mientras lo recogía-. Podría ser… un beso por cada pista que me ocultes.
- ¡Qué injusto! –rió, moviendo la cabeza mientras se acomodaba entre los papeles-. Entonces tú estás dispuesto a quebrar todas las reglas solo para conseguir lo que quieres.

- Exacto –contesté, encogiéndome de hombros con fingida inocencia y sonriendo con picardía.

Y así, entre papeles, risas y pequeñas provocaciones, se nos fue la tarde. Cada piropo, cada roce, cada mirada era un recordatorio silencioso de lo que éramos juntos, un juego divertido que solo nosotros entendíamos, mientras la pila de expedientes seguía creciendo.

CAPÍTULO 31: MÍA

El día de la gala benéfica había llegado y me sentía diferente. Nerviosa, excitada, deseando que todo saliera perfecto, pero sobre todo, deseando que James me viera. Sin duda, tanto esmero era por él. Quería olvidarme de que el hombre que hizo que yo viniera al mundo había aparecido y no de la mejor manera.

Cuando James llegó a recogerme, al abrir la puerta y verme con el abrigo largo negro, soltó con su típica sonrisa traviesa:

- ¿Hasta el último momento me vas a hacer esperar para verte?
- ¿Pensabas que iría sin abrigo para que me congelase? Además, ya me estás viendo… -le contesté, con una mezcla de sarcasmo y nervios.
- Tu peinado no cuenta, no me da ninguna pista –me contestó levantando una ceja.

Me puse el cabello recogido, con algunos mechones rubios cayendo suavemente sobre mis hombros, adornado con delicados brillantes.

Subimos al palacete donde se celebraba la gala: un edificio señorial con columnas altas, grandes ventanales con cortinas pesadas de terciopelo rojo y un suelo de mármol que reflejaba la luz de los candelabros dorados. Al entrar, un vestíbulo amplio, con techos altísimos y una escalera majestuosa que conducía al salón principal, nos dio la bienvenida.

James se detuvo un instante para saludar a un conocido, y yo aproveché para dejar nuestros abrigos en el guardarropa. Cuando me giré, ahí estaba él, mirándome con una intensidad que me hizo detener el corazón por un segundo. Sus ojos brillaban con deseo y

admiración, y supe en ese instante que le había gustado lo que llevaba: un vestido largo negro, con una floritura recogida en el lateral izquierdo delantero con brillantes –a juego con mi cabello-, ajustado en la cintura, con una ligera abertura lateral en la pierna derecha y un escote elegante pero sugerente y, para mí, lo mejor, la espalda completamente descubierta hasta la parte de arriba del culo. Completaba el conjunto unos tacones negros de aguja que me hacían sentir poderosa y femenina a la vez.

- ¡Dios mío! –susurró, con una mezcla de asombro y picardía-. Estás espectacular. Todavía intento pensar opciones que te queden mal.

Le sonreí, un poco tímida y algo coqueta.

- ¿Ah sí? –dije, juguetona-. No me digas que me estás halagando solo para que me olvide de lo nerviosa que estoy.
- Olvídate de los nervios –me agarró del brazo suavemente, firme pero protector-. Solo quiero que disfrutes de la noche y que sepas lo impresionante que eres. Aunque estoy sopesando la idea de girarnos y marcharnos de aquí para no tener que matar a todo aquél que te coma con los ojos –sentenció en un tono pícaro, divertido, pero sincero.

No tuve más remedio que reírme.

Nos adentramos juntos en el gran salón: techos altos decorados con molduras doradas, mesas con manteles blancos y centros de flores que iluminaban el espacio, grandes candelabros de cristal que colgaban del techo y un escenario preparado para las actuaciones benéficas. La música suave de un cuarteto de cuerdas llenaba el ambiente, mientras los invitados se movían entre las mesas charlando y riendo.

Nos dirigimos a nuestra mesa y allí estaban: Manuel y Gloria, con sus sonrisas acogedoras que siempre me hacían sentir como en casa, y Liam y Arón, que se veían encantados de compartir la velada con nosotros. Nos sentamos, y la conversación con ellos fluyó de forma natural, ligera, sobre la organización de la gala, la recaudación y algunos invitados importantes. Pero, como siempre, James y yo no

podíamos mantenernos en conversaciones neutras demasiado tiempo.

- Te juro que cada vez que te veo así, me cuesta concentrarme en cualquier otra cosa –me dijo en una de esas-. Pero, lo peor, es que no soy el único que está babeando ahora mismo –me dijo dirigiendo su mirada a algunos hombres que estaban de pie enfrente nuestra y que, la verdad, no me quitaban ojo.
- ¿Ah sí? –respondí, arqueando una ceja y sonriendo con cierta ironía-. Pues menos mal que eres mi prometido…
- Mmm… tienes razón –dijo, divertido, rozando ligeramente mi mano mientras pasaba la servilleta-. Es que te ves increíble.
- Gracias –dije, juguetona pero firme-. Tú también estás espectacular, me encantan como te quedan los trajes de chaqueta. Pero, no creas que te vas a salir con la tuya intentando intimidarme con esas miradas.
- ¿Intimidarte yo? –respondió con esa sonrisa traviesa-. Vamos, prometida, sabes que no me asusta ningún reto que pongas delante de mí.
- Solo recuerda –le susurré antes de levantar la copa-, que no me voy a dejar intimidar, ni aunque seas el prometido más pesado del mundo.
- Perfecto –dijo él con una sonrisa que mezclaba orgullo y diversión-. Entonces voy a tener que esforzarme mucho para ganarme tu atención esta noche.

Mientras James y yo jugábamos con miradas y comentarios discretos, Manuel y Gloria nos observaban con una sonrisa tranquila. No hacía falta que dijeran nada; la forma en que nos cruzábamos la mirada, la tensión contenida y la complicidad evidente, les dejaba claro lo que pasaba entre nosotros. Sentí un cosquilleo en el estómago al darme cuenta de que no podían ocultar su aprobación, como si estuvieran disfrutando de cada gesto, de cada palabra

susurrada. Manuel y Gloria intercambiaron una mirada cómplice y sonrieron de nuevo.

Nos dirigíamos hacia el pequeño estrado donde se hacían las donaciones. Yo quería contribuir, y James, por supuesto, dijo que venía conmigo. Caminábamos entre las mesas cuando, de repente, nos topamos con él. Benji. Justo a quien no queríamos ver. Su sonrisa sobraba, tan falsa como siempre.

- Hombre, James, y su defensora –soltó, cruzándose delante de nosotros-. ¿Te han llegado ya las diligencias preliminares?

James ni siquiera tuvo que responder. Benji se contestó solo.

- Pos supuesto que sí –añadió con una sonrisa triunfalista.

Vi cómo la expresión de James cambiaba al instante. Los músculos de su mandíbula se tensaron, la rabia iluminándole los ojos. Le tomé suavemente del brazo, recordándole que no debía lanzarse encima de él, aunque tuviera motivos más que suficientes.

- No vas a conseguir nada, Benji –le respondió, en un tono cortante que podría haber congelado el océano-. Y aún si consiguieras algo… ¿para qué querrías el dinero? ¿Para desperdiciarlo como siempre?

Benji alzó una ceja, ofendido, pero también disfrutando provocar.

- Tengo negocios, querido primo –respondió, dándose aires-. Y esta vez van en serio. De hecho, ya he conseguido un nuevo socio que me ayudará a administrar la herencia cuando sea mía.

James soltó una carcajada seca.

- ¿Un socio? ¿Qué pobre desgraciado se ha dejado engañar por ti?

Benji sonrió aún más, esa sonrisa engreída que me ponía enferma.

- Mira, habéis tenido suerte, ahí está. Podéis conocerlo.

James apretó mi brazo. Yo respiré hondo. Estaba lista para girarme y enfrentarme a cualquier idiota que Benji hubiese reclutado para sus tonterías. Pero antes de girarme, escuché una voz detrás de mí. Una voz que conocía. Una voz que llevaba años enterrada en un cajón que jamás pensé que volvería a abrir.

- Hola, Mía.

El mundo se detuvo. Sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda, como si de repente la sala hubiera desaparecido y solo quedara ese sonido, ese nombre dicho con esa voz. Me giré. Y ahí estaba. Mi padre.

Benji sonrió, encantado con el espectáculo.

- Os presento a mi nuevo socio –anunció con orgullo venenoso-. don Diego Beltrán.

James, a mi lado, se tensó como un depredador listo para atacar en cuanto escuchó su nombre. Lo agarré, más fuerte aún, del brazo cuando sentí que se iba a abalanzar contra él. No iba a permitir que se ensuciara las manos con alguien que no merecía ni un hola.

Yo no podía apartar la mirada del hombre que me trajo al mundo, que supuestamente me quería pero me abandonó. Ese hombre que renunció a mí. Que desapareció. Que ahora estaba allí actuando como si nada.

Y él volvió a decir, con esa voz que creía olvidada:

- Hola, hija.

Sentí que algo dentro de mí explotaba. Años de silencio, abandono y dolor… todo subió de golpe como un incendio interno. Todas las terapias y pautas sobre cómo afrontar lo que viví, se me olvidaron de golpe en cuanto lo vi. Lo miré fijamente, mi padre, ese hombre que decidió que yo no valía el esfuerzo.

- Maldito hijo de puta –dijo James, abalanzándose sobre mi padre.

Le agarré del brazo e intenté transmitirle tranquilidad, más bien, una aparente tranquilidad, pues, por dentro, el corazón me iba a mil.

- ¿Qué pretendes? –pregunté, con un filo en cada sílaba.

Mi voz salió firme, fría, sin temblar. Mi padre respiró hondo, como si estuviera preparado para dar un discurso que llevaba ensayando días.

- Pretendo volver a levantar lo que perdí –respondió-. Benji y yo somos socios. Vamos a recuperar lo que una vez tuve, la empresa que destruyó mi vida.

Solté una risa seca, incrédula. Me confirmó lo que siempre sospeché, no me quería. No estaba aquí por mí. Solo le importaba el dinero.

- La empresa se fue a la mierda por tu culpa –le escupí-. Solo por tu culpa. ¿Ahora pretendes quitarle la empresa a alguien que sí sabe mantenerla? ¿Para qué? ¿Para hundirla igual que hiciste tú?

Su expresión cambió al instante. No se esperaba esa contestación por mi parte. La rabia se le encendió en los ojos, como si yo no tuviera derecho a decirle la verdad. Como si él fuera la víctima. Se aproximó a mí de forma intimidatoria. Este no es mi padre, nunca lo fue y nunca lo será.

- No hables de lo que no entiendes, Mía -dijo, dando otro paso hacia mí-. Yo hice todo lo que pude. Fue la mala suerte, las circunstancias… Tú eras una niña, no tienes idea de lo que pasé.
- Aléjate de ella o te juro que no respondo de mí –intervino James amenazante e intimidatorio, tanto que incluso mi padre reculo un paso.
- ¡No! –continué, sin apartar la vista-. No fue la mala suerte. Fuiste tú. Fuiste tú quien destruyó su empresa, quien se destruyó a sí mismo, quien destruyó a su familia… y quien

me abandonó. Y aún así tienes la cara de aparecer aquí y hacerte la víctima.

- Me debes lealtad –soltó, con un tono grave, autoritario, casi amenazante.- Eres mi hija.

Mi estómago se revolvió. James se tensionó aún más. No sabía si podría controlarlo.

- ¿Lealtad? ¿Tu hija? –repetí, incrédula, casi riéndome por lo absurdo-. Tú deberías haber cuidado de tu hija, haberla protegido, no haberle hecho daño de ninguna de las maneras... –paré la frase porque no quería recordar aquella aterradora escena y, mucho menos, sacarla frente a todos.

James notó como corté la frase en seco. Lo supo. Me conoce muy bien. Me miró con el ceño fruncido. Pero yo continué.

- Deberías haber peleado por mí. Pero no. Me abandonaste. Me dejaste sola. Así que no vengas ahora a exigirme nada. Tú no sabes lo que significa la lealtad. La lealtad hay que ganársela. Yo no soy tu hija. Y te lo advierto, no voy a permitir que te quedes con "Bernard Legal Group", la empresa que creó el Sr. Bernard con esfuerzo y sacrificio, él sí que merece mi lealtad, al igual que su hijo.

Mi padre abrió la boca para responder, pero yo ya no lo escuchaba. Había terminado con él. Me giré hacia Benji, que miraba el espectáculo con una sonrisa sádica, encantado de ver cómo mi padre hacía su papel, viendo como otro intentaba desestabilizarme, delegando, como siempre. Me acerqué lo justo para que él me escuchara con claridad.

- Nos veremos en los juzgados, imbécil.

Benji alzó las cejas, sorprendido. James, a mi lado, estaba tensado como una cuerda a punto de romperse. Pero yo ya había dicho lo que tenía que decir. Me di la vuelta, cogí el brazo de James y con paso firme me dirigí a algún lugar en el que no pudieran verme. No iba a permitir que me vieran débil.

James me guió al notar que no sabía a dónde me dirigía. En ese momento no escuchaba, no veía, lo único que sentía era la mano de James rodeando la mía con fuerza mientras me guiaba lejos del salón, lejos de las miradas, lejos de mi padre. Mis pasos eran automáticos, mi respiración irregular. Me temblaba el cuerpo entero.

James abrió la puerta de un pasillo lateral, silencioso, casi vacío. Me colocó contra la pared, pero no de forma brusca, sino como si tuviera miedo de que yo me rompiera.

- Mía… -dijo, suave.

Yo solo bajé la cabeza y me cubrí el rostro un segundo. Todo se me venía encima. Todo. Él me levantó la barbilla con dos dedos.

- Escúchame. Estoy muy orgulloso de ti. He visto cómo te has enfrentado a él… -continuó, su voz ronca, contenida-. Y te juro que en cuanto escuché su nombre tuve que controlar mis manos. Podría haberle partido la cara allí mismo.

Tragué saliva.

- No merecería la pena –susurré.

Mi voz tembló, pero no por miedo. Por rabia.

James esbozó una sonrisa ladeada. Esa que usa cuando intenta quitarle hierro a algo, pero también cuando quiere provocarme.

- Tal vez no –dijo, acercándose un poco más-. Pero te juro que me ha costado. Escúchame, estoy aquí, contigo. Juntos, siempre.

Yo asentí agradecida.

- ¿Te puedo preguntar una cosa? –me dijo, y automáticamente le miré.
- ¿Qué? –le pregunté.
- ¿Tu padre te ha puesto alguna vez la mano encima? –me preguntó serio.

Nunca quise que me hiciera esa pregunta. Era una pesadilla que quería borrar de mi memoria pero que, por más que lo intentaba, no conseguía.

- James… yo… -contesté con la voz entrecortada, no quería responder.

De repente James se separó, se llevó las manos a su pelo echándoselo para atrás y empezó a girar de un lado a otro frente a mí. Se paró y me sorprendió cuando dio un puñetazo a la pared que estaba junto a mí. Estaba furioso.

- ¡JODER! –gritó con frustración.
- James, tranquilízate. Mi padre es el pasado. No voy a permitir que vuelva a mi vida y me vuelva a partir en pedazos –le dije lo más tranquila que pude.
- James me agarró la cara con sus dos manos, una de ellas inflamada por el puñetazo a la pared.
- Eres la mujer más fuerte y más valiente que jamás he conocido. No podría haberme enamorado de alguien mejor. No te merezco, no estaré jamás a tu altura. Pero te juro por dios que estaré a tu lado siempre, hasta que te canses de mí y me mandes a la mierda –me dijo sincero y a mí me volviendo a temblar las piernas pero esta vez de adoración por ese hombre.

Lo miré. Su mandíbula tensa. Sus ojos encendidos. Su respiración agitada.

- Estás justo en el sitio donde quiero que estés, de momento. No te confíes –le dije intentando disipar la tensión que vi reflejada en su rostro.

James me dedicó esa media sonrisa que me encanta y lo vi, vi en sus ojos a ese chico que me volvía loca. Le brilló la mirada con ese humor suyo que tanto necesito… ese humor que siempre me desarma. De repente, cambió por completo el tono:

- Bueno, al menos he descubierto algo más… -murió una sonrisa en sus labios-. He visto en primera persona cómo sacas las uñas por mí, por mi familia y por ti misma.

- ¿Qué? –arqueé una ceja, sin comprender a lo que se refería.
- Sí –respondió, inclinándose más, muy lento-. Enzo y Eric ya me lo habían contado… pero verlo… –susurró, bajando la voz-, ha sido impresionante.

Me reí entre un sollozo ahogado. Recordé mi enfrentamiento con Benji en la discoteca y en la exageración de mis amigos al encararme a ese imbécil.

- Calla…
- No –negó, acercando su boca a mi oreja-. Lo siento, preciosa. Me has puesto muy cachondo.

Sentí su aliento caliente en mi cuello. El pulso me estalló en las sienes.

- James… -susurré, sin saber si regañarlo o tirar de él hacia mí.

Sus manos se posaron a cada lado de mi rostro, con fuerza, con necesidad, con ese tipo de amor que quema. Y me besó con rabia contenida, con deseo sin freno, de angustia y alivio a la vez. De todo lo que ninguno de los dos sabía decir con palabras. Un beso que me robó el aire, que me devolvió el cuerpo y que me devolvió a él.

Opté por la segunda opción y me aferré a su chaqueta, tirando de él como si fuese lo único que me mantenía en pie. Y por un instante, en aquel pasillo vacío, lo fue.

Salimos de aquel pasillo que había sido nuestro refugio tras el enfrentamiento con mi padre y Benji, con James a mi lado, como si fuera un guardaespaldas improvisado. Cuando volvimos con los demás, lo hicimos en otro salón preparado con mesas altas repartidas por toda la estancia. Allí estaban todos: Manuel, Gloria, Liam y Arón.

- ¿Mejor? –me preguntó en voz baja.
- Respirando que ya es algo–respondí.

Nos acercamos a la mesa. En cuanto me vieron, los cuatro dejaron de hablar. Manuel fue el primero en hablar, con esa voz grave que siempre imponía.

- ¿Qué ha pasado? –preguntó mirando primero a su hijo y luego a mí-. Porque los dos venís con cara de haber visto un fantasma.

James no esperó.

- No te equivocas. Papá hemos visto a Benji. Resulta que tiene un nuevo socio, lo hemos conocido y resulta que su nuevo socio… -me miró, pidiendo permiso con los ojos.

Asentí.

- Es mi padre –dije, sin rodeos.

Gloria se llevó una mano a la boca. Liam soltó un "¿qué?" casi audible. Y Manuel… Manuel apretó tanto la copa que pensé que la iba a romper.

- ¿Tu padre? –repitió, como saboreando la palabra.
- Sí –respondí-. Mi padre. El que me abandonó cuando tenía ocho años. El que dejó que mi madre se destruyera. El que nunca volvió. Y ahora… -tragué saliva- ahora quiere tu empresa. Lo siento –dije agachando la cabeza de vergüenza.
- No digas tonterías, ¿tú estás bien? –otra estocada directa a mi corazón.

Le asentí, aunque no lo estaba, y él exhaló fuerte. Manuel respiró hondo.

- Bien –dijo al fin, despacio-. Perfecto. Voy a partirle la cara a ese desgraciado.

Y de repente dio un paso hacia adelante, dispuesto a salir disparado.

- ¡No! –dije yo al mismo tiempo que James lo sujetaba del brazo.
- Papá, espera –dijo James, intentando contenerlo.
- Manuel, por favor –añadió Gloria, agarrándole la chaqueta.
- No hace falta que lo hagas –dije yo, aunque admito que la imagen ya me estaba resultando bastante tentadora-. No

merece la pena.

Manuel abrió los ojos como platos.

- ¿Cómo que no merece la pena? ¡Te ha hecho daño! ¡Te jodió tu infancia! ¡Y ahora quiere joder también a mi familia! ¿Qué más tiene que hacer ese cabrón para que lo pongan en su sitio? –gritó Manuel.

James intervino con su tono relajado, ese que sabía usar cuando quería enfriar un incendio… o avivarlo.

- Papá –dijo, medio sonriendo-. Si Mía no me dejó hacerlo a mí, tampoco te va a dejar a ti.

Manuel lo miró mal.

- ¿Por qué no lo hiciste tú?
- Porque Mía me frenó –contestó James, cruzándose de brazos.

Manuel empezó a moverse sin sentido, a tocarse el pelo, no sabía que hacer. Ese hombre me demostraba con cada gesto que se preocupaba por mí, era el padre que nunca tuve.

- Tengo derecho a un puñetazo –replicó Manuel indignado.

James le dio una palmada en la espalda.

- Pues te apuntas el segundo. El primero es mío –dijo James.
- El primero es mío –intervine yo, seria.

Se quedaron todos callados. Y luego estallaron las risas, salvo Liam que, a pesar de su humor constante, su cara era de preocupación, nuevamente, por mí. Hasta Gloria, que normalmente era la más tranquila y nos transmitía calma, soltó una carcajada suave. Y por primera vez desde que lo perdí todo… sentí que pertenecía a algún lugar.

CAPÍTULO 32: JAMES

Tras la gala benéfica, llevé a Mía a su casa sin decir nada más de lo necesario. Mía iba apoyada en la ventana, mirando la calle sin mirarla realmente. Cuando aparqué frente a su casa, se giró hacia mí, cansada, rota, pero firme. Salimos del coche y cuando llegamos a su puerta, ella dijo directamente:

- ¿Te quieres quedar a dormir conmigo? –preguntó con la voz más vulnerable que le había oído.

Me acerqué, le cogí la cara entre las manos y contesté sin dudar.

- Claro que sí. No voy a dejarte sola. Nunca.

Ella asintió, casi aliviada, y dejó escapar un suspiro. Ambos nos desvestimos sin prisa, sin intención, solo buscando sentirnos cerca. Nos metimos en la cama y la abracé; su cuerpo se acopló al mío como si estuviera hecho para ello. Le acaricié el pelo despacio, sintiendo cómo su respiración cambiaba, cómo el temblor interno que llevaba desde el encuentro con su padre empezaba a apagarse.

- Estoy aquí –le dije en voz baja.
- Lo sé… -susurró, ya con los ojos cerrados.

Esas palabras hicieron que mi corazón se contrajera. A los pocos minutos cayó rendida sobre mi pecho, profundamente dormida. Yo no.

Yo tenía la cabeza ardiendo. Las próximas dos semanas, hasta la vista de diligencias preliminares, iban a ser un infierno. Para ella. Para mí. Para todos. Y no pensaba dejar que se consumiera mentalmente por culpa de, ahora, dos idiotas: Benji y su padre.

Así que, muy despacio, para no despertarla, la acomodé en la cama, la arropé y le di un beso en la frente.

Me levanté, salí de la habitación y llamé a mi padre.

- ¿Qué pasa? –contestó mi padre, medio dormido.
- Voy a hacer algo –le dije-. Algo para que Mía saque de su cabeza todo esto. Se lo merece. Necesita respirar.

Mi padre tardó exactamente dos segundos en responder.

- Haz lo que sea –dijo mi padre automático.

Le conté mi plan y lo vio genial. Colgué y abrí el portátil. Navegué entre varias páginas: hoteles, vuelos, escapadas de última hora… descarté opciones, añadí otras… Hasta que lo vi. Perfecto. Era una locura, sí, pero reservé sin pensarlo dos veces.

A la mañana siguiente, cuando salió de la habitación medio dormida, me encontró en su cocina preparando el desayuno, con la sartén en la mano y café recién hecho. Estaba nervioso por cómo se tomaría mi atrevimiento sin consultárselo.

- Buenos días, preciosa –le dije.

Ella me miró con los ojos entrecerrados.

- ¿Qué haces tan temprano? –preguntó.
- Preparando el desayuno. No tenía sueño –más bien no podía dormir.

Cogió una taza de café, le dio un sorbo, puso la taza en la encimera y me observó, intentando analizar mi humor. Yo me acerqué, le pasé el pulgar por la mejilla.

- ¿Cómo estás? –le pregunté.
- Cansada mentalmente pero mejor que anoche –respondió.

Asentí. Esperé un segundo y luego lo solté:

- Bien. Haz la maleta, nos vamos.

Ella parpadeó.

- ¿Qué nos vamos? ¿A dónde?

Sonreí un poco, disfrutando de la sorpresa.

- Haz la maleta para cinco días. Y mete ropa de playa.
- ¿Qué? –preguntó con una mezcla de incredulidad y confusión.
- Lo que has oído –repetí, dejando el plato en la mesa-. Venga, date prisa. Te ayudo si quieres.

Mía siguió mirándome como si no creyera nada de lo que estaba diciendo. Como si necesitara que se lo repitiera.

- James, ¿qué has hecho?
- Algo bueno. Algo que necesitas. Algo que necesitamos –respondí, rodeándola con los brazos.
- Pero…
- Pero nada Mía –le corté con una sonrisa suave-. Confía en mí. Haz la maleta.

Su expresión cambió. El cansancio, la tristeza, la tensión, todo se mezcló con una chispa de ilusión que llevaba semanas sin ver en ella.

- Voy –dijo rápidamente y salió disparada para la habituación sin desayunar.

Y la miré sonriendo embobado mientras subía las escaleras de dos en dos. Lo que se me pasó por la cabeza en ese momento es que si el mundo quería complicarle la vida, yo iba a ser quien se la hiciera más fácil.

Subí a su habitación y me apoyé en el marco de la puerta mientras la observaba. Tardó una eternidad en hacer la maleta, abría cajones, sacaba ropa, la volvía a meter y me miraba cada cinco segundos como si quisiera preguntar mil cosas y no supiera por dónde empezar.

Luego fuimos a mi ático y preparé mi maleta en diez minutos. Neil nos llevó al aeropuerto. Yo iba tranquilo, pero ella no dejaba de mirar por la ventana, mordiéndose el labio, imaginando mil destinos, pero ni de lejos el real.

- ¿Vamos al sur? –me preguntó ansiosa.

- No.
- ¿A Baleares? ¿Canarias? –volvió a preguntar.
- No.
- James, por favor, dímelo –suplicó.
- Cuando lleguemos al aeropuerto. Nos quedan treinta minutos, creo que puedes esperar hasta entonces –dije divertido por su cara de decepción.

Neil nos dejó en el aeropuerto. Cuando entregaron las tarjetas de embarque y vio la pantalla, se quedó completamente quieta. Su boca literalmente se abrió.

- James… -susurró-. No. No puede ser. Ni loca. Esto… esto no puedo aceptarlo. Es demasiado.

Yo sonreí porque su reacción era exactamente la que esperaba.

- No tiene cancelación -respondí encogiéndome de hombros-. Así que más te vale aceptarlo.
- ¿Maldivas? –gritó y me miró como si le estuviera gastando una broma imposible-. ¿En serio vamos a las Maldivas?
- Sí –dije acercándome a su oído-. Quiero que desconectemos de todo. Fuera móviles, papeles, juicios… Que respiremos. Tú y yo solos. Sin nadie más –levanté su barbilla suavemente-. Quiero tiempo contigo, Mía, tiempo de verdad, tiempo de calidad, sólo contigo.

Mía parpadeó rápido, como si la emoción quisiera escapársele por los ojos. Y, entonces, me abrazó, fuerte, sincero, como si acabara de romperse algo dentro de ella y al mismo tiempo recomponerse. Y yo, con sus brazos alrededor de mi cuello, me sentí plenamente feliz y completo.

En el avión, cuando ya nos acomodamos en nuestros asientos, se giró hacia mí con una expresión que no le había visto nunca.

- Te voy a confesar algo –dijo en voz baja-. No te rías de mí.
- Jamás podría –contesté tocándole el dorso de la mano.

- Es la primera vez que salgo de España.
- ¿Eso era? –sonreí con dulzura-. Me encanta.

Se inclinó un poco, curiosa.

- Que tu primera vez sea conmigo –terminé-. Te mostraré el mundo.

Por suerte en mi vida, he viajado a diferentes países, a veces por negocios, otras por placer, y me encantaba la idea de mostrarle cada rincón del mundo a Mía.

Se rió, tímida, bajando la mirada, pero apretó mi mano entrelazando sus dedos con los míos.

El vuelo fue largo, pero ella lo vivió como una aventura. Cada nube, cada pantalla del avión, cada anuncio le hacía ilusión. Y yo disfrutaba simplemente viéndola mirar todo como si fuera algo mágico. Me vino a la mente entonces aquella niña que me imaginé desde que supe su historia: unos ocho años, demasiado madura, demasiado sola, sin nadie que le enseñara lo bonito de la vida. Y me prometí hacer lo que hiciera falta para darle todo lo que no tuvo.

Llegamos a Malé con el sol alto. Al salir del aeropuerto, el calor húmedo nos envolvió, y ella se quitó una chaqueta ligera riéndose.

- ¡Dios, esto es real! –susurró.

Cogimos el hidroavión que nos llevaría al resort. El trayecto era corto, pero ella no despegaba la cara de la ventanilla.

- ¡James, mira el agua! -decía cada dos minutos, como si yo no la estuviera viendo-. Parece de mentira, como si fuera una fotografía.

Yo la miraba a ella. Capaz de iluminarme más que el mar entero.

- Es real. ¿Te gusta? –pregunté acercándome a su oído.
- Me encanta –dijo sin apartar la vista del océano.

Y su sonrisa… su sonrisa hizo que valiera cada euro, cada minuto y cada km de viaje.

Al aterrizar en la plataforma flotante, el personal del resort nos recibió con toallas frescas y zumos de fruta de bienvenida. Caminamos por pasarelas de madera sobre el mar turquesa hasta la recepción cogidos de la mano.

Todo era perfecto: palmeras moviéndose con el viento, arena blanca, el sonido del agua golpeando suavemente los pilotes. Realmente, Mía tenía razón, era un paraíso. Pero nada superó lo que vino después.

Un carrito nos llevó por el resort hasta una pasarela larga que se adentraba en el océano, flanqueada por villas sobre el agua. Cuando nos detuvimos frente a la nuestra, Mía se cubrió la boca con las manos.

- Mentira –negó-. Es una broma.

La villa era enorme, completamente privada. Una cabaña moderna de madera clara sobre pilotes, con un techo alto. La entrada daba directamente a un salón abierto con ventanales de cristal del suelo al techo, que daban a un mar color turquesa tan transparente que se veían los peces desde arriba. La habitación principal tenía una cama king-size orientada al océano, y detrás, un baño con una bañera de piedra tallada. Pero lo mejor estaba fuera. Una piscina infinita privada, suspendida sobre el agua cristalina, hamacas, sillas colgantes. Una escalera que bajaba directamente al mar. El sonido suave de las olas bajo los pies.

Mía se agarró a mi brazo sin poder hablar.

- ¿James? –susurró-. ¿Esto es para nosotros?
- Para ti –la corregí-. Para que respires. Para que vivas. Para que disfrutes por fin.

Mía no dijo nada. Solo se giró, se lanzó a mis brazos y me besó. Un beso que lo decía todo. Y ahí, en medio del paraíso, supe que lo que sentía por ella… ya no tenía vuelta atrás.

Cuando cerramos la puerta de la villa, Mía todavía no podía cerrar la boca. La veía dar vueltas por el salón como si estuviera recorriendo un sueño. Era la primera vez que la veía así, disfrutando del momento, de la emoción contenida, fuera de la oficina, de la rutina, de su entorno y yo lo único que podía hacer era mirarla embelesado.

- James… -decía tocando las ventanas, la cama, la terraza, todo-. Es que… no sé ni qué decir.
- "Gracias" estaría bien –bromeé, apoyado en el marco de la puerta.

Se giró, me miró con esa sonrisa que solo ella tiene y negó con la cabeza.

- No. Esto supera cualquier "gracias".
- ¿Sabes qué es lo mejor? –me acerqué y le coloqué un mechón detrás de la oreja-. Verte así.
- ¿Así cómo?
- Feliz –le respondí sin rodeos.
- Me haces muy feliz –me dijo mirándome a los ojos.

Y ahí, creí morir. Toda mi presencia de hombre duro, intimidante, incompasivo, autoritario, engreído, se desvaneció solo con esas cuatro palabras.

El primer día estábamos en la piscina privada, recostados contra el borde mientras el océano se extendía infinito frente a nosotros. El sol empezaba a caer.

- Esto es surrealista… -dijo Mía con una sonrisa tonta-. ¿Quién me iba a decir a mí que estaría bañándome encima del mar?
- Yo –respondí-. Yo siempre supe que te debía unas vacaciones decentes.

Mía me dio un codazo.

- No me debes nada –respondió.
- Créeme que sí, has trabajado en mí más de lo que nadie ha hecho nunca –contesté bajito.

Justo entonces Mía soltó un grito que resonó en toda la villa.

- ¡JAMES! ¡JAMES! ¡JAMES, MÍRALO!

Di un salto en la piscina.

- ¿Qué pasa? ¿Qué? ¿Una medusa? ¿Un pulpo asesino?

Mía señalaba al agua con los ojos como platos.

- ¡UN TIBURÓN!

Efectivamente, un tiburón pequeño, quizá metro y medio, nadaba plácidamente junto a la villa.

- Es un tiburón nodriza, no hace nada –reí.
- ¡YA, PERO ES UN TIBURÓN!

Me abracé a ella por la espalda mientras mirábamos al animal deslizarse bajo nosotros.

- ¿Ves? Hasta ellos vienen a verte.
- Qué tonto -dijo, pero sonrió grande, fascinada.

Le saqué una foto mientras miraba el agua con esa mezcla de emoción y miedo adorable. La subió a su grupo de amigos –era lo único permitido con el móvil que le dejé hacer. Minutos después, se empezó a reír leyendo mensajes.

- ¿Qué dicen? –pregunté curioso.
- Que me odian. Que soy una perra afortunada. Que si me caso contigo ya –me miró con picardía-. Que disfrute de Maldivas y de ti.
- Buena gente tus amigos –dije sonriendo.

Al día siguiente, fuimos a hacer una inmersión guiada. Mía estaba nerviosa con el equipo, así que la tranquilicé.

- Solo respira despacio. Estoy a tu lado, ¿vale?
- Vale –dijo agarrando mi mano bajo el agua.

Descendimos y todo se volvió silencioso y azul. Cuando la primera tortuga pasó nadando frente a nosotros, Mía me miró como si fuera una niña de seis años viendo magia por primera vez. Hizo una señal con la mano, emocionada, y yo asentí.

Al salir a la superficie, se quitó la boquilla y gritó:

- ¡HA SIDO INCREÍBLE! ¡JAMES, NO QUIERO IRME NUNCA!

Reí.

- Pues nos quedamos.
- No digas eso que me lo creo –respondió tirándome agua en la cara.

Por la tarde, alquilamos bicis para recorrer la isla. Parecía una excursión romántica y tranquila hasta que el cielo se volvió negro.

- James… creo que va a llover.
- Un poco de lluvia tropical no mata a nadie –le dije.

No habían pasado tres segundos cuando cayó una cortina de agua que nos empapó enteros.

- ¡DIJISTE QUE UN POCO! –gritó Mía entre risas pedaleando más rápido,
- ¡¿Y QUÉ QUIERES QUE HAGA?! ¡NO SOY METEORÓLOGO!

Parecíamos dos protagonistas de una comedia romántica, pedaleando a toda velocidad bajo una tormenta, muertos de risa, chapoteando en charcos cálidos. Llegamos a la villa empapados, y ella se dejó caer sobre la cama, riéndose sin parar.

- ¡Ha sido lo mejor! –dijo jadeando.
- Sí –me acerqué-. Tú haces que todo sea lo mejor.

Me acerqué a ella y la besé. No podía estar mucho tiempo sin besar sus labios. Me volvían loco. Perdón, rectifico, toda ella me volvía loco.

Cada noche, al volver a la villa, se creaba un silencio suave entre los dos. El tipo de silencio que solo existe cuando amas a alguien. Hacíamos el amor con calma, con ternura, con palabras suaves al oído. No había urgencia, no había prisa. Solo nosotros dos, el sonido del mar y sus manos acariciando mi cara como si yo fuera lo más valioso que tenía.

Una de esas noches, estaba saliendo de la ducha, secándome el pelo con una toalla, cuando escuché su voz desde el dormitorio.

- James… -sonaba diferente, más suave, más traviesa-. ¿Puedes venir un momento?

Me reí.

- ¿Qué has roto? –pregunté, caminando hacia la habitación, enrollándome una toalla a la cintura-. Porque te conozco y esa voz…

Y me quedé completamente mudo. Ella estaba allí, apoyada en el marco de la terraza, con las luces cálidas reflejadas en su piel ahora bronceada… llevando un conjunto lencero negro. Sí. Ese.. El que Eric encontró cuando se mudó a mi casa. El que yo juré que algún día vería puesto en ella. Delicado. Perfecto. Y, ello, a conjunto con unos tacones negros que no había visto nunca antes

Me quedé quieto, sin aire.

- ¿Estás…? –tragué saliva- ¿Estás de broma?

Ella sonrió, inclinando un hombro, juguetona, pero nerviosa.

- ¿Te gusta?
- Mía –dije avanzando un paso-. Estoy literalmente babeando.

Ella se rió, preciosa, e hizo un pequeño giro que casi me mata.

- Pensé… que ya tocaba estrenarlo.
- Ese conjunto se hizo para ti –susurré acercándome más-. Para tu cuerpo. Para tu piel. Pero verte así, aquí, conmigo…

Negué con la cabeza porque las palabras se me quedaban cortas.

- Me vas a matar –sentencié.

Ella se mordió el labio.

- Entonces ven y agoniza un poco.

No necesitó decir nada más. La tomé de la cintura, con una mezcla de adoración y deseo y la acerqué a mí. Nos besamos lento al principio, luego más profundo, más necesitado. Sus manos subieron a mi cuello, las mías se deslizaron por su espalda, siguiendo el encaje del conjunto. Seguimos besándonos apasionadamente. Mía recorrió mi cuerpo desde mi cuello hasta mi trasero, al que se agarró con fuerza y se deshizo de la toalla. Me encontraba desnudo frente a una diosa con un maldito conjunto

lencero y tacones, la imagen no era apta para menores, esto era una puta película porno y ella era la actriz principal.

Me acarició el pene con su mano derecha mientras, con la otra, se dirigió a mi nuca y me aprisionó contra sus labios. Sus movimientos contra mi miembro eran lentos, rítmicos, desde un extremo hasta el otro. Me estaba volviendo loco, no aguantaría mucho más y, mucho menos, después de ver como se separó de mis labios y se agachó para quedar frente a la punta de mi hinchado pene, a punto de estallar. Se la metió en la boca sin avisar y yo quise morir ¿Habría muerto alguien por placer extremo o sería yo el primero?. Se acabó, tengo que parar esto.

La cogí por los hombros y le indiqué que parara.

- Ven aquí, es mi turno –le dije.

Se incorporó quedando frente a mí y le quité ese endemoniado conjunto, quedándose solo con los tacones. La tumbé en la cama y le cogí una pierna, y empecé a darle besos hasta llegar a esa zona erógena que estaba deseando probar.

- Nunca te he visto repetir tacones ¿cuántos tienes? –le pregunté en un tono de lujuria mientras me aproximaba a esa zona peligrosa.
- Mmm…no lo sé, no los he contado…nunca –dijo con la voz entrecortada por la excitación que estaba contemplando entre sus piernas-. Me encantan los zapatos.
- A mí me encantas tú –sentencié y accedí a devorar su clítoris sin compasión.

Mía curvó su espalda y apoyó sus piernas en mi espalda, hincándome la punta de los tacones en la espalda. No era dolor lo que sentí, sino un placer masoquista.

Cuando noté que iba a llegar al orgasmo, me separé de ella y entré, sin preaviso, hasta el fondo. Nuestros cuerpos se habían vuelto una sola geografía, moviéndose en un ritmo dictado por una

necesidad mutua, una danza antigua y poderosa. Sentía el aumento de la presión, la fricción cálida y constante que se intensificaba con cada embate. Mi atención estaba fijada en la curva de su cuello, en la forma en que sus ojos se cerraban mientras el placer se hacía cargo de ella. Llegó al instante. Continué hasta alcanzar mi placer, ese que estaba al límite desde que la vi al salir de la ducha. El sonido de nuestras pieles al rozarse, el jadeo contenido que se escapaba de mis labios y el de ella fue la única banda sonora.

Caímos sobre el colchón rendidos pero esa noche no dormí mucho. Me quedé despierto, abrazado a ella, mirando el encaje negro tirado sobre la mesita de noche hasta que el sol empezó a iluminar el mar.

- ¿En qué piensas? –me preguntó medio dormida.
- En que eres lo mejor que me ha pasado nunca –le respondí con total sinceridad.

No había dicho nada más cierto en toda mi vida.

Mía sonrió contra mi cuello. Y yo supe que esa noche la recordaría para siempre.

La última noche, quise aprovechar cada segundo. Salimos a la terraza y nos acomodamos en la hamaca doble. Ella quedó recostada sobre mi pecho, mis brazos rodeándola, el océano extendiéndose interminable ante nosotros, oscuro y perfecto. El viento movía su cabello y ella jugaba con mis dedos.

- James… -dijo después de un rato largo-. Gracias por esto.
- No me des las gracias –respondí besándole la frente-. Te las tengo que dar yo a ti.
- ¿Tú a mí? ¿Por qué? –dijo arqueando una ceja.
- Porque no había sido tan feliz en mi vida –dije sin pensarlo-. Y tú lo has hecho tan fácil, tan natural…
- Yo nunca me he sentido así. Creo que no sabía lo que era ser realmente feliz… -respiró profundamente-, hasta que te conocí.

Mía me miró. Y pude ver la emoción subirle poco a poco desde el pecho hasta los ojos. Le di un beso suave. Pero cuando nos separamos vi como cogió aire de nuevo, como si quiera decir algo más.

- James…
- Dime.

Un segundo. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete segundos. ¡Mía por dios, habla! Y entonces lo dijo.

- Te amo.

Yo parpadeé porque, aunque llevaba queriendo escucharlo desde hacía semanas, no esperaba que saliera así, tan suave, tan roto, tan real. Respiré hondo, la tomé por la cara con ambas manos y la acerqué a mí.

- Mía… -sonreí, sintiéndome pleno-. Yo también te amo.

Y la besé. Un beso lento, profundo, lleno de todas las cosas que no habíamos dicho hasta ahora. Un beso que cerró el viaje, pero abrió algo mucho más grande.

CAPÍTULO 33: MÍA

El viaje de regreso fue… distinto. No triste, no exactamente. Era como si una parte de mí quisiera quedarse allí para siempre, suspendida en ese pequeño universo donde nada dolía, donde nadie podía alcanzarme, donde solo existía James y el mar infinito. Me quedé mirando por la ventanilla del avión mientras las nubes pasaban despacio, sintiendo algo que jamás había sentido: paz.

Pensé en la niña que fui, en cómo habría mirado ese océano turquesa con los ojos muy abiertos, sin poder creer que algo así existiera de verdad. Pensé en todas las veces que creí que nadie se quedaría. En las promesas rotas. En los silencios. En el miedo constante a perderlo todo.

Y de pronto, sin planearlo, me descubrí sonriendo. Porque por primera vez, sentía que mi vida no era una huida. Sentía que alguien caminaba conmigo… no detrás, no delante. A mi lado. Agarrándome fuerte la mano.

Miré de reojo a James. Dormía, con la mandíbula relajada y un brazo sobre mi asiento, tocándome sin tocarme. Como si, incluso inconsciente, necesitara saber que yo estaba ahí. Y me derretí un poco. Otro poco más.

Me vino a la mente la última noche en Maldivas, cuando le dije te amo por fin…
Y él respiró como si llevara meses conteniendo el aire. "Esto es amor", pensé. No el de las películas exageradas, no el que inventan para vender finales felices y comieron perdices. No. El real. El que cura, el que sostiene, el que no exige. El que se construye cada día.

Suspiré. No quería que aquello se acabara cuando llegáramos a Madrid. No quería volver a mi casa sola, a mi cama sola, a mi vida

de antes. Quería esto. Lo quería todo con él.

No pensé más. Me quité el cinturón, giré mi cuerpo hacia él y toqué su brazo suavemente.

- James… -susurré.

Él abrió los ojos poco a poco, mirándome como si hubiera despertado en el paraíso otra vez.

- Mmm… ¿Sí? –dijo con esa voz ronca que me perdía.

Me humedecí los labios, nerviosa pero decidida.

- No quiero vivir separada de ti.

Él parpadeó. Dos veces. Tres. Como si hubiera escuchado mal.

- ¿Cómo?

Tragué saliva.

- Mi casa es… es la casa de mis sueños. Y sé que te encanta tu ático. Así que… -me encogí de hombros-, entendería que no quisieras dejarlo.

James se incorporó rápido, casi indignado.

- ¿Qué? ¿Cómo que entenderías? –me miró con el ceño fruncido-. Mía… ¿tú me has visto? Yo me mudo contigo aunque me digas que solo hay espacio para mi cepillo de dientes.

Me reí, porque él era así: exagerado, intenso y completamente adorable.

- Hablas mucho –dije riendo.
- Hablo claro –corrigió él-. Me voy contigo. Punto. Y lo hago encantado. Y lo hago ya.
- ¿Ya? –pregunté.
- Ya –repitió, con una sonrisita traviesa-. En cuanto aterricemos. Este fin de semana estamos viviendo juntos. No pienso esperar más. ¿Entendido? No vaya a ser que te arrepientas de lo que has dicho… -sentenció haciéndome sonreír.

Intenté mantener la compostura. Fallé estrepitosamente. Terminé apoyando mi cabeza en su hombro, sonriendo como una

idiota.

- De acuerdo –susurré.
- De acuerdo no –gruñó él, feliz, dándome un beso en la cabeza-. Perfecto.

En cuanto aterrizamos y llegamos a Madrid, pasamos por su ático, abrió armarios, llenó dos maletas enormes (y una mochila por si acaso), y dijo:

- Listo. ¿Has pensado donde dejaré mis cosas, cariño?

Yo rodé los ojos, pero por dentro estaba ardiendo de felicidad.

Ese fin de semana, mientras ordenábamos cajas, ropa, trastos tecnológicos y su colección absurda de relojes –tampoco podía quejarme, yo tenía una colección absurda de zapatos-, yo solo podía pensar una cosa: por fin alguien se quedaba. Por fin alguien elegía quedarse**.** Y ese alguien era él.

Volvimos a la realidad. Nuestra pequeña luna de miel adelantada se fue a la mierda en cuestión de horas cuando empezamos con la preparación de la Vista de las Diligencias Preliminares del idiota de Benji. De repente, pasamos del paraíso azul turquesa a una mesa del despacho llena de: papeles, carpetas, cláusulas del testamento, normativa, otra vez cafés fríos, mi estrés, su estrés, y un Benji mental al que yo quería arrancarle la cabeza con un sacacorchos. Y encima, no era sólo él, ahora también estaba mi padre.

Durante una semana completa vivimos para eso. No había otra cosa. Desayunar - leer documentos. Comer - revisar pruebas. Cenar - preparar respuestas. Dormir – más bien intentar, porque yo estaba tan nerviosa que solo dormía bien si James me abrazaba. Era mi sitio de paz: sus brazos.

Nuestra estrategia era simple pero sólida: OPONERNOS a que en esa Vista adelantada se mostrara la condición sobre su matrimonio. Eso era lo que más quería su primo Benji: usarlo como arma, como presión, como ataque. Pero no. No íbamos a regalarle eso.

James lo repetía una y otra vez:

- Cuando llegue el año, que impugne lo que quiera –me decía mientras revisábamos documentos-. Para ese momento tú y yo estaremos casados y él se va a comer los mocos. Con sal. Y sin agua.

Yo me reía, porque su indignación era feroz.

- ¿Con sal? –pregunté alzando una ceja.
- Con sal gruesa –insistió él-. De esa que raspa para que se atragante.

Solté una carcajada, dejando caer la cabeza sobre el dossier.

- Eres idiota.
- Pero tu idiota –respondió él, dándome un beso en la sien.

A pesar de la semana infernal, había algo claro: íbamos a ganar tiempo.
Íbamos a impedir que Benji usara la condición del matrimonio y cuando llegase el año, estaríamos juntos, hechos, sólidos, indestructibles. Porque nuestra relación no era un formalismo. Era muy real.

Le contamos la estrategia a Manuel la tarde antes de la Vista, en su despacho. Era la última cosa que necesitábamos afinar antes de la vista: convencer al juez de que la condición del matrimonio no debía entrar en esta fase preliminar. Una batalla pequeña, sí, pero crucial.

Manuel estaba sentado en su sillón, con las manos unidas y esa calma suya que a veces era desconcertante. James se apoyaba en la mesa, brazos cruzados, observando cada gesto de su padre y empezó a explicar punto por punto cómo habíamos enfocado la Vista.

Cuando terminó, Manuel no dijo nada al principio. Solo asintió muy despacio. Y fue en ese silencio cuando mi mente, como siempre, empezó a divagar: o confiaba muchísimo en nosotros o realmente todo esto le importaba un carajo. Y descarté la segunda

opción, claro… porque nadie que mire así a su familia puede estar tan desconectado.

Finalmente levantó la vista hacia mí. Sus ojos estaban tranquilos pero firmes, de esos que no dudan, que no tiemblan, que no titubean.

- Mía… -dijo con voz profunda, grave- tú eres nuestra abogada. Haz lo que sabes hacer –dijo lentamente esas palabras-. Prepara unas conclusiones finales demoledoras.

Tragué saliva. Sentí un calor extraño recorrerme el pecho.

- Confío en ti –añadió.

Me quedé en silencio unos segundos, intentando aparentar serenidad pero, por dentro, me rompí un poquito. Porque nadie me había dicho así, tan simple y tan directo: confío en ti.

- No te fallaré.

Manuel sonrió con una media sonrisa –como su hijo, tal para cual- como si quisiera decir algo que yo aún no sabía.

Salí de ese despacho con una certeza clavada en el pecho: iba a defenderlos a todos con uñas, dientes, leyes, artículos y lo que hiciera falta.

Esa noche no dormí. Para no variar. Mi insomnio se estaba convirtiendo en rutina, una rutina asquerosamente agotadora. Y creo que James tampoco durmió profundamente: cada vez que yo abría los ojos, él estaba cambiando de postura, respirando hondo, con el ceño fruncido, incluso dormido.

La vista era a las doce, pero a las ocho ya estábamos en el despacho. Llegamos en silencio, tensos, en alerta. El día había llegado.

Apenas dejamos las cosas, me encerré en mi despacho. Tenía encima las conclusiones, ya formuladas y estructuradas pero necesitaba repasarlas sola, mentalizarlas, sentirlas. No quería fallar. No hoy.

Apenas habían pasado veinte minutos cuando escuché un golpe suave en mi puerta.

- Mía –entró Manuel primero, con James a sus espaldas-. Vamos a salir.

Levanté la vista, un poco molesta por la interrupción hasta que vi sus expresiones.

- ¿Dónde vais? –pregunté.

Manuel adelantó un poco el cuerpo, con esa mezcla de serenidad y determinación que parecía venirle de fábrica.

- A recoger a Gloria y a Liam –hizo una pausa-. Quieren estar presentes en la Vista.

Me quedé quieta. Gloria… Liam… La familia Bernard al completo. Conmigo. Apoyándose. Apoyándome.

James se acercó despacio a mi mesa.

- Nos vemos allí, ¿vale? –dijo con esa suavidad suya que solo me dedicaba a mí-. ¿Estarás bien?
- Claro –respondí.

Pero James no se fue aún. Se acercó un paso más, luego otro, y sin importarle que su padre estuviera presente, ni que mi puerta estuviera entreabierta, ni que cualquier empleado pudiera pasar por el pasillo… me tomó la cara entre sus manos y me besó. Pensándolo bien, era lo normal, lo normal siguiendo nuestro acuerdo, lo normal en nuestra actual "relación".

Fue un beso seguro, firme, lleno de lo que los dos estábamos conteniendo desde hacía horas.

- Ahora te veo –murmuró contra mis labios.

No pude decir nada. Solo respiré hondo mientras él y Manuel salían del despacho.

Faltaban tres horas para la Vista. Paré. Bajé la tapa del ordenador. Miré a un punto de mi despacho pero sin mirarlo realmente. Pensé en James, en como nos conocimos, en como

empezó nuestra relación, con un contrato, con una cláusula de una herencia… con una cláusula de una herencia… -repetí. Abrí los ojos cómo si hubiera visto al mismísimo Dios en persona… ¡No! Soy la peor abogada de la historia. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Maldita sea. Abrí el ordenador de nuevo y cambié mis conclusiones íntegramente. Definitivamente me había vuelto loca e iba a por todas.

Llegué a los juzgados dos minutos antes de la Vista –no me preocupaba, siempre iban con retraso-. Y allí estaban. A la derecha, Manuel, Gloria y Liam, impecables, elegantes, unidos. A la izquierda, Benji, ese tipo con cara de estreñido perpetuo que parecía convencido de que hoy iban a hacer historia y su abogado.

James estaba detrás de su familia, apoyado en la pared, traje oscuro, mirada clavada en mí. Cuando nuestros ojos se cruzaron, el mundo se calmó un segundo. Solo un segundo. Pero fue suficiente para recordarme por qué estaba allí.

El funcionario abrió la puerta de la sala de vistas.

- Los letrados, por favor.

Mierda. Hoy, precisamente hoy, tenían que ir puntuales. No pude avisarles de nada. Respiré hondo. Y avancé.

Benji me lanzó una sonrisita arrogante, como quien está a punto de ganar una apuesta. Yo no le devolví ni la mirada. Entramos todos menos Benji y James, que esperarían a ser llamados para su declaración.

Nos sentamos. El ambiente era denso, formal, cargado. El juez entró. La vista comenzó.

El juez, tras escuchar nuestras respectivas representaciones, abrió el expediente que tenía delante. Pasó unas páginas, ajustó sus gafas y, con esa voz monótona y protocolaria que nunca falla, resumió por qué estábamos allí**:**

- Estamos aquí para la práctica de diligencias preliminares solicitadas por D. Benjamín Bernard, quien pretende obtener copia íntegra del testamento de su tío, D. Antonio Jesús Bernard, incluyendo la cláusula condicional establecida respecto de la totalidad de la herencia atribuida a D. James Bernard, con el fin –pausa, mirada al abogado contrario- de verificar el posible cumplimiento o incumplimiento de dicha condición.

El juez dejó el expediente cerrado.

- Llamen al solicitante.
- Don Benjamín Bernard –cantó el funcionario.

El imbécil entró pavoneándose como si fuese a recoger un premio y no a intentar desmontar una herencia que no era suya. Se sentó delante del micrófono. Su abogado le miró y comenzó con su declaración.

- Señor Bernard, ¿puede explicar su relación con el fallecido?
- Era mi tío –respondió Benji.
- ¿Es usted heredero?
- Sí, mi tío falleció sin descendencia ni ascendencia. Soy heredero junto con mis primos James y Liam.
- ¿Ha tenido usted acceso al testamento de su tío al completo?
- He tenido acceso a parte del testamento –dijo, mirando al juez como si fuera la víctima de una injusticia cósmica-. Desconozco la cláusula que mi tío dejó a mi primo para ser heredero universal de sus bienes. Por eso estoy aquí. Necesito saber si se ha cumplido.
- ¿Qué le hace pensar que la cláusula podría no haberse cumplido?
- Llamémoslo intuición. Y preocupación por el buen destino de la empresa familiar –dijo bajando un poco la voz, fingiendo gravedad.

El abogado terminó su interrogatorio y el juez volvió su mirada hacia mí.

- ¿Desea formular preguntas al solicitante?
- No, su señoría –decliné.

Con lo que había dicho ese inútil tenía suficiente. No iba a alimentar más su ego y que dijera alguna chorrada. Benji se sentó en el público. El juez continuó.

- Llamen a James Bernard.
- Don James Bernard –cantó el funcionario esta vez.

Entró en la sala con calma, paso firme, mirada directa y seguridad absoluta. Cada movimiento suyo irradiaba autoridad, y por un instante recordé por qué me había enamorado de ese hombre: porque no cedía ante nada ni nadie.

- Señor Bernard –comenzó a preguntar el abogado contrario-, necesito que nos cuente su relación con el fallecido.
- Era mi tío –respondió, firme, sin titubear.
- ¿Es usted heredero?
- Sí –dijo.
- ¿Quién más era heredero de su tío? –insistió el abogado contrario.
- Mi hermano Liam y mi primo Benjamín.
- ¿Conoce usted el contenido completo del testamento?
- Sí –contestó, con la misma serenidad que si leyera el periódico.
- ¿Podría explicarnos cuál era la cláusula específica que debe usted cumplir para obtener la herencia en su totalidad?
- La cláusula es privada, destinada exclusivamente a mí –dijo James, con la voz firme y autoritaria-. Y Benjamín estaba al tanto de que se aplicaría durante el primer año desde la apertura del fallecimiento. Año que aún no ha transcurrido.
- Gracias, señor Bernard –dijo el letrado contrario-. Por ahora eso es todo.

Cuando el juez me dio el turno hice lo mismo que con Benji, no formulé ninguna pregunta. James se sentó entre el público,

alejado de Benji.

El abogado contrario, de repente, pidió la palabra:

- Su señoría, quisiera proponer una prueba adicional.
- ¿Qué tipo de prueba? –preguntó el juez, curioso.
- Deseo llamar al notario que leyó el testamento del Sr. Bernard, se encuentra esperando fuera de la Sala –respondió con voz firme.

"LO SABÍA". Hijo de puta. Podía esperarme cualquier cosa de este tipo.

- Sr. Letrado, sabe perfectamente que en esta fase no es procedente… debió pedirlo junto con la solicitud -replicó el Juez.

El abogado insistió y el Juez me preguntó directamente:

- Sra. Letrada, ¿tiene algo que decir al respecto de esta prueba? ¿Desea mostrar su desacuerdo?

Instintivamente miré a James. Su mirada era clara: no revelar la cláusula hasta que se cumpliera el año, y si el notario entraba y respondía cualquier pregunta, todo se habría venido abajo. Pero mis planes habían cambiado antes de salir del despacho y James no lo sabía.

Asentí ligeramente.

- Su señoría –dije, manteniendo la calma-, no me opongo a que el notario entre y se le realicen las preguntas necesarias.

Al instante vi la reacción de todos: James abrió los ojos con asombro, claramente impresionado por mi respuesta, no estaba en los planes, no estaba en nuestra estrategia. Frunció el ceño y noté su cara de preocupación. Benji no podía ocultar su sonrisa maliciosa, triunfante como si ya hubiera ganado, creyendo que habían logrado ponerme contra las cuerdas y que me había ahorcado a mí misma. Gloria y Liam tenían la boca abierta, sin poder creer lo que acababa de pasar. Manuel, en cambio, me miró y sonrió ¿acaso sabía lo que iba a hacer?

Mientras el notario entraba en la sala, yo respiré hondo.

- Bien, si bien esta prueba es del todo improcedente solicitarla en el presente acto, a la vista de que la parte solicitada no ha mostrado ningún inconveniente, llamen al Notario –aceptó el Juez.

El funcionario salió fuera de la Sala y dejó entrar al Notario.

- Proceda señor letrado –le dijo el juez al abogado contrario.
- Bien, ¿recuerda usted el testamento del Sr. Antonio Jesús Bernard? –preguntó el abogado.

El notario se ajustó las gafas y respondió con voz firme:

- Sí, recuerdo perfectamente la lectura del testamento. El heredero universal del Sr. Bernard fue James Bernard –su voz sonaba neutral, como profesional que cumple con su deber.
- ¿Recuerda si existía alguna cláusula que condicionara la herencia a algún hecho concreto por parte del Sr. James Bernard?
- Sí, existía una cláusula recogida en una carta privada dirigida al Sr. James Bernard –contestó el notario.

El abogado de Benji, con aire de suficiencia, insistió:

- Señor, le solicito que lea el testamento completo, tal como fue redactado, junto con dicha cláusula privada.

Y entonces, yo permanecí en silencio, mirándolo con calma, dejando que mi estrategia fluyera. Mi silencio era calculado. Al mismo tiempo, sentí la mirada de James sobre mí. Estaba perplejo, claramente confundido. Su ceño fruncido delataba que no entendía por qué no intervenía, por qué no protestaba, por qué no hacía nada para impedir que el notario siguiera leyendo.

No impedí que el Notario leyera el testamento. Las sonrisas del abogado contrario y de Benji eran de satisfacción y de atención pues desconocían lo que la misma decía.

El notario comenzó a leer el testamento:

"Yo, Antonio Jesús Bernard, nombro como heredero universal de todos mis bienes, derechos y acciones a mi sobrino D. James Bernard, a quien confío la plena disposición y administración de mi patrimonio, libre de cargas o limitaciones, salvo las obligaciones legales que correspondan.

Asimismo, dispongo que, además de su designación como heredero universal, se le haga entrega a mi sobrino D. James Bernard de un sobre confidencial, que contendrá un requisito específico que deberá cumplir para poder hacerse efectivamente con mi herencia.

En caso de no cumplir esta condición dentro del plazo de un año, todos los bienes, derechos y patrimonio que le correspondieran como heredero universal se considerarán nulos, pasando automáticamente a los legitimados como herederos conforme a la línea de sucesión establecida por la ley."

- La cláusula exclusiva, que se estipula en la carta privada para el Sr. James Bernard, es la siguiente… –continuó el notario.

Todo el mundo en silencio y, a la vez todos, comiéndonos las uñas.

"Transcurrido un año, deberás encontrarte legalmente casado con la persona a quien ames de manera auténtica y libre para acceder como heredero universal a mi herencia."

Benji, abrió la boca y sonrió con malicia, sabía lo que estaba pasando por su cabeza. Miró a su abogado y se comunicaron la mirada. Sabía por donde iban a ir las conclusiones contrarias –sabían nuestro acuerdo.

El Juez, tras la lectura del testamento junto con su cláusula, siguió con la Vista:

- Bien, representación procesal de la parte solicitante, sus conclusiones.

El abogado contrario, tosió, hizo una mueca triunfal y comenzó a hablar:

- Con la venia, señoría. En la presente Vista ha quedado acreditado que la cláusula impuesta por el Sr. Antonio Jesús Bernard al heredero universal, el Sr. James Bernard,

consistía en contraer matrimonio en el plazo de un año desde la apertura del testamento para poder acceder íntegramente a la herencia.

Hizo una pausa estudiada, miró a Benji, luego a James –con una sonrisita satisfecha- y continuó:

- Esta parte ha tenido conocimiento de que, justo cuando dicho testamento fue abierto y el Sr. James Bernard tuvo conocimiento de la condición que debía cumplir, casualmente, anunció que mantenía una relación sentimental con la Srta. Mía Beltrán, aquí presente, su representación procesal en este acto.

Sentí su dedo invisible señalándome, como si quisiera subrayar cada palabra que decía sobre mí. Pero mantuve la mirada fría, fija en él, inmóvil.

- Es más –prosiguió, elevando la voz lo justo-, hace relativamente poco, ambos anunciaron su compromiso matrimonial. ¿Casualidad? –se encogió de hombros de manera casi burlesca-. No lo creo, señoría.

Respiré hondo. Noté cómo Gloria negó lentamente con la cabeza; Liam apretó los labios; Manuel cruzaba los brazos con una tranquilidad pasmosa y James solo tenía los ojos clavados en mí y no sabían si era desconcierto o enfado. Me parecían más la segunda opción.

El abogado remató:

- Lo que ha existido aquí, señoría, es un acuerdo, un pacto entre ambos para acceder a la herencia objeto de litigio. Un plan preconcebido desde el momento en que el Sr. James Bernard conoció la condición testamentaria. Por lo tanto, entendemos que la cláusula no ha sido cumplida, pues no existe, ni ha existido, un amor real que sustente tal compromiso, sino una simulación, un artificio, un proyecto común para obtener la totalidad de la herencia del Sr. Antonio Jesús Bernard.

Tomó aire, y con tono triunfal, concluyó:

- Por todo lo expuesto, señoría, solicitamos que se declare que el Sr. James Bernard no ha cumplido la condición impuesta por el causante y, en consecuencia, no procede reconocerle el derecho a la herencia íntegra. Es todo.

Se reclinó en la silla con la satisfacción repugnante de quien cree haber ganado la partida. Yo respiré despacio. Sabía que ahora venía mi turno.

- Su turno Sra. Letrada –señaló el juez.

Respiré hondo. Sentí cómo cada par de ojos en la sala se clavaba en mí. El juez asintió para que empezara. Miré mis folios y luego los dejé sobre la mesa. No los necesitaba.

- Con la venia, señoría.

Mi voz salió firme, limpia, más segura que nunca.

- Bien. Vayamos punto por punto sobre lo que acaba de manifestar la representación procesal del Sr. Benjamín Bernard.

El abogado contrario levantó la ceja. Perfecto.

- En primer lugar, afirma, sin prueba alguna, sin argumento alguno más allá de meras suposiciones, que el Sr. James Bernard y yo mantenemos una relación por puro acuerdo, por conveniencia.

Me giré un poco hacia el abogado, sin apartar mi serenidad.

- Creo que se equivoca. Y se equivoca profundamente. El Sr. James Bernard y yo estamos juntos porque nos queremos. Pero voy a hacer un ejercicio con usted: voy a suponer que lo que dice es cierto.

El murmullo en la sala fue mínimo, apenas un roce de ropa. James, en primera fila, abrió un poco los ojos, sorprendido por mi arranque.

- Supongamos –continué- que todo es un acuerdo al que hemos llegado ambos para cumplir la cláusula de la herencia. Aun así, la parte contraria impugna su

cumplimiento antes de que finalice el plazo de un año que el testamento establece.

Hice una pausa, dejando que el silencio cayera como una losa.

- Por lo tanto, su impugnación, a día de hoy, y más en el presente procedimiento, que le recuerdo que estamos en unas diligencias preliminares y no en una impugnación testamentaria, es jurídicamente inviable. No puede impugnar algo cuyo plazo todavía no ha concluido. Es tan sencillo como eso.

Vi cómo el abogado contrario tragaba saliva. Bien.

- Y en último lugar… me gustaría recordarle a la representación procesal del Sr. Benjamín Bernard la normativa española, porque parece ser… que la ha olvidado y así ahorrarle hacer el ridículo con una futura demanda de impugnación testamentaria.

Fue decir eso y notar el ambiente tensarse. James abrió los ojos como platos.

Gloria se llevó una mano al pecho. Liam susurró un "madre mía" casi inaudible. Y Manuel… Manuel sonreía. Una sonrisa lenta, orgullosa, confiada.

Yo continué:

- Artículos 792, 793 y 794 del Código Civil. Dichos artículos disponen -alcé un poco la voz- que nadie puede ser obligado a contraer matrimonio mediante una cláusula testamentaria. Que toda disposición que condicione una herencia al matrimonio… -hice mi pausa dramática- es nula de pleno derecho.

El abogado contrario palideció. Literalmente. Yo rematé:

- Así que, permítaseme la expresión, su señoría, a la parte contraria no le importa en absoluto si el Sr. James Bernard y yo hemos llegado a un acuerdo, porque nada afectaría a la herencia: la cláusula es nula. Al ser nula, se tiene por no

puesta. Y por lo tanto, el Sr. James Bernard será el heredero universal del fallecido Sr. Antonio Jesús Bernard.

Dejé que mi mirada recorriera toda la sala, y la fijé en Benji, mientras pronunciaba lo último:

- Le pese… a quien le pese.

Silencio absoluto. Un silencio tan profundo que pude escuchar mi propio latido. Benji se quedó tieso, descompuesto. El abogado contrario agachó la mirada hacia sus papeles, como si esperaba encontrar una salida allí. Gloria soltó por fin el aire que llevaba conteniendo. Liam me miraba como si acabara de ver a una superheroína.

Manuel… Manuel asentía. Con esa admiración serena que te hace contener las lágrimas.

Y James…

James tenía los ojos clavados en mí. Orgulloso. Emocionado. Como si nunca en su vida hubiera visto nada igual.

El juez cerró la carpeta, se ajustó las gafas y habló con ese tono neutro que siempre me ponía los nervios de punta:

- La vista ha concluido. El Auto será dictado en los próximos días. Pueden retirarse.

Un murmullo suave recorrió la sala. Yo respiré por primera vez en ¿minutos? ¿horas? Sentía el pulso en las sienes, la adrenalina aún caliente recorriéndome el cuerpo.

Me puse en pie. Los Bernard también se levantaron. Vi cómo Gloria me dedicaba una sonrisa temblorosa, Liam me hizo un gesto de orgullo y Manuel, simplemente, inclinó la cabeza. Aquel gesto suyo… valía más que mil abrazos.

Todos comenzaron a salir hacia la puerta. Excepto él. James se quedó donde estaba. De pie, inmóvil, mirándome. Con una expresión que no le había visto nunca.

Recogí mis papeles con manos que aún me temblaban un poco y avancé hacia él. No llegué a decir nada. En cuanto estuve a su alcance, me rodeó con los brazos y me atrajo contra su pecho con una fuerza tan intensa que me cortó la respiración. Literalmente. Me aplastó contra él.

- Joder, Mía… -murmuró con la voz rota, enterrando la cara en mi cuello-. Joder…

Sentí que me abrazaba como si hubiera estado conteniendo algo toda la mañana y por fin se hubiera roto por dentro. Le rodeé la cintura, hundiéndome en él.

- Lo has hecho –su voz vibró contra mi piel-. Lo has hecho. Eres increíble. Eres… joder Mía, no sé ni qué decir.

Me reí contra su pecho, aún atrapada en aquel abrazo brutal que no parecía pensar soltar.

- James… me estás asfixiando –susurré, medio entre risas, medio emocionada.

Él aflojó un poco, pero no demasiado. Levantó la cara y me miró con los ojos brillantes, llenos de orgullo, llenos de algo más profundo.

- Nunca había estado tan orgulloso de alguien en mi vida –dijo, sin apartar la mirada-. Jamás.

Me quedé sin palabras. Porque en su mirada no había solo admiración, había alivio, agradecimiento, había amor. Un amor transparente que me dejó sin aire otra vez… pero de otra manera.

- Vamos –dijo por fin, deslizando su mano por mi espalda-. Mi familia estará deseando abrazarte también.

Apenas cruzamos la puerta de salida de la sala, aún sintiendo la mano de James en mi cintura y el eco del abrazo en mi piel, escuché:

- ¡Maldita hija de…!

Benji venía directo hacia mí, rojo, desencajado, con los puños apretados. Ni siquiera llegó a terminar la frase porque James se adelantó tan rápido que apenas vi un destello de su traje oscuro. Se

plantó entre nosotros, tensísimo, como si un solo milímetro más de Benji pudiera significar el fin del mundo.

- Ni se te ocurra acabar esa frase –escupió James, con una furia que yo rara vez le había visto.

Su voz vibró en el pasillo como un golpe seco. Benji dio un paso más, desafiante.

- ¿Qué pasa, primito? ¿Has tenido que ligarte a la zorra de tu abogada para que alguien te defienda?

James dio un paso hacia él. Manuel y Liam lo sujetaron por los brazos al instante.

- Sigue provocando, Benjamín. Te juro que esta vez sí te rompo la cara, aunque me toque dormir en el calabozo esta noche –rugió James, tratando de avanzar.
- Oh, venga, te molesta que hable de esta zo… -señaló hacia mí con desprecio.
- Cállate –le gruñí, antes de que pudiera seguir insultándome.

La familia Bernard se puso a mi lado. Como un muro. Gloria me tomó la mano. Manuel se adelantó medio paso, listo para interponerse si hacía falta. Pero fui yo la que avanzó.

Con una rabia tan fría, tan nítida, que me sorprendió incluso a mí.

- Te lo advertí una vez… –hablé despacio, dejando que cada palabra cayera como una cuchilla- que no te metieras con James.

Benji abrió la boca seguramente para proferirme otro insulto, pero no le di tiempo.

- No me escuchaste. No te importó. Seguiste. Así que escucha ahora, porque no voy a repetirlo más –me acerqué un poco más, clavándole los ojos-. Mi amenaza se extiende a toda su familia. Tú elegiste enfrentarte a mí. Y ahora ya sabes con quién te estás metiendo. No vuelvas a tocarme los cojones, imbécil.

Hubo un silencio helado en el pasillo. James me miraba sorprendido, respirando agitado. Manuel sonreía con orgullo feroz. Gloria abrió la boca como si fuera un pez. Liam soltó una carcajada suave y murmuró "hostia…". Y Benji retrocedió medio paso.

- Esto no ha terminado –escupió, pero ya no sonaba tan seguro-. Me oís, ninguno de vosotros… -dijo apuntando a cada uno de la familia Bernard con un dedo acusador.
- Sí, sí –interrumpí, levantando una mano-. Vete a llorarle a tu abogado, anda. O mejor, a mi padre.

Benji soltó una maldición y se apartó, empujando al aire como si quisiera mantener alguna dignidad. Su abogado lo siguió, intentando recomponer la situación.

En cuanto dobló la esquina, James se giró hacia mí, todavía respirando hondo, todavía con el pulso acelerado, todavía mirándome como si acabara de incendiar el edificio entero delante de él.

- Joder, Mía… -dijo James, casi sin aire.
- Creo que ha quedado claro que no necesita de nuestra ayuda –dijo Manuel guiñándome un ojo, dándole una doble sentido a esa frase.

Al salir de los juzgados, el aire frío de la calle me golpeó en la cara como un cubo de agua. No sabía si estaba temblando por los nervios, por la adrenalina o por la discusión que acabábamos de dejar atrás.

James entrelazó sus dedos con los míos y Liam propuso:

- ¿Nos tomamos algo en el bar de la esquina? Algo para relajarnos y poder respirar…

Todos asintieron y comenzamos a avanzar, pero entonces Manuel levantó una mano.

- Id adelantándoos. Quiero hablar con Mía a solas un momento.

James frunció el ceño, dudando, pero yo le apreté la mano.

- Ve, estoy bien.

Liam y Gloria se llevaron a James casi del brazo. Cuando se alejaron unos metros, me di la vuelta hacia Manuel.

Él me miraba paternal con esa media sonrisa suya –que ha heredado su increíble hijo-, la que es mitad serenidad, mitad travesura, mitad "sé algo que tú no". Y lo supe. Lo supe al instante.

- ¿Lo sabías? –pregunté en un susurro que sonó más vulnerable de lo que pretendía-. ¿Sabías que todo esto pasaría?

Manuel soltó un leve bufido, como si la pregunta fuera obvia.

- Sabía –comenzó, despacio- que a James no se le pasaría por la cabeza impugnar la herencia de su tío. Jamás. Antony quería a James como si fuera su propio hijo. Y James lo adoraba. Siempre lo apoyó, siempre confió en él. Cumplir su última voluntad era incuestionable para mi hijo.

Me quedé mirándolo, sin atreverme a parpadear. Él continuó:

- También sabía que si te pedía que ayudaras a James… -inclinó ligeramente la cabeza- que si te proponía casarte con él, aceptarías sin dudarlo. Y lo hiciste.

Recordar aquel momento me golpeó con fuerza. Mi sí inmediato. Mi deuda saldada.

- Lo hiciste –repitió Manuel- porque creías que me debías algo. Pero –añadió, suavizando la voz- nunca me debiste nada, Mía. ¡Nunca!

Sentí los ojos arder un poco. Manuel respiró hondo, como si fuera a confesar un pecado menor.

- Verás… sinceramente vi la oportunidad y la aproveché -dijo, con una chispa pícara en los ojos-. La vi el primer día que os vi juntos en mi despacho. Noté esa electricidad. Esa forma en la que os buscabais sin daros cuenta. Y entonces las palabras de mi hermano en el testamento tuvieron sentido para mí. Él quería que James encontrara el amor. Que por fin dejara de vivir solo y en automático.

Sus ojos se volvieron más suaves.

- Y pensé que ese amor podías ser tú.

Me llevé una mano al pecho. No sabía si respirar o llorar.

- Así que sí –sonrió-. Seguí el juego. Observé y confié. Con la tranquilidad absoluta de que todo saldría bien. Con el paso del tiempo supe que no me equivocaba por apostar por vosotros.

Me quedé quieta, sin pronunciar ni una palabra durante todo su discurso.

- Y hoy, ahí dentro, en esa sala… -hizo un gesto hacia el juzgado-. Me has demostrado dos cosas: que amas a mi hijo y a mi familia y, además, algo que llevo diciendo desde que te conocí, que eres una gran abogada. La mejor que he tenido en mi vida.

Mi garganta se cerró. Él bajó una mano y me tocó el hombro, con la calidez de un padre que nunca tuve.

- Solo te falta creerlo tú –concluyó.

Le abracé como si abrazara a un padre que quería a su hija porque él me demostró que, aún no llevando su sangre, me quería y me protegía como si lo fuera. Me sequé las lágrimas que empezaron a resbalarme por las mejillas.

- Esto solo ha demostrado que soy una pésima abogada. Hasta el último minuto no me he dado cuenta y tú lo sabías desde el principio –dije con una medio sonrisa, mientras me separaba de él.
- Lo que demuestra es que, a pesar de tener una estrategia, de estar inmersa en un plan para ayudar a alguien, has sacado la abogada que llevas dentro –dijo Manuel sin titubear.
- En el último momento… -continué riéndome.
- En el momento exacto. Además, te saco años de ventaja. ¿No pensarás superar al maestro con tu edad no? –me dijo en tono burlón.

Ambos reímos. Sin duda era alguien a quien admirar en todos los sentidos.

- Gracias, Manuel –susurré-. Por todo.

Él sonrió.

- Vamos, hija. Nos están esperando. Y James parece que va a venir corriendo a buscarte si tardo medio minuto más.

Y caminamos juntos hacia el bar.

CAPÍTULO 34: JAMES

El resto de la semana voló. Literalmente. Entre expedientes acumulados, clientes que parecían haberse puesto de acuerdo para llamarnos todos a la vez y el caos típico de volver a la normalidad.

Aún así, mi mente, aun así, no paraba de viajar una y otra vez al mismo sitio: la sala de vistas. La voz de Mía. La seguridad con la que me defendió. La forma en la que se plantó ante Benji. La potencia, la firmeza, el fuego. Nunca la había visto así. Y jamás me había sentido tan orgulloso.

No volvimos a hablar del asunto en toda la semana. Era como si ambos necesitáramos digerirlo a nuestra manera. Hasta que llegó el viernes, porque ese día tocaba celebración con los de siempre. No había llegado aún el Auto, pero no cabía otra opción: lo que pedía era ver la cláusula, Mía se lo concedió (diligencias preliminares resueltas) y, encima, se había llevado un bofetón en la cara por parte de Mía al manifestarle que era nula, pues no se permiten ese tipo de condiciones en un testamento. Quería invitarlos a todos y reservé un restaurante bonito, íntimo, con luz cálida y música suave.

El ambiente era perfecto y, cuando sirvieron las bebidas, Adriana alzó su copa y no tardó en soltar:

- Vale, ahora sí, contadnos todo. ¿Qué pasó en la dichosa vista? ¿Qué cara puso Benji? ¡Por Dios, necesito saberlo todo ya!

Yo miré a Mía. Ella me miró a mí. Y los dos nos echamos a reír.

- A ver, lo primero –empecé apoyando un codo en la mesa-, os juro que jamás pensé que veríais una clausulita así en un testamento. Mi tío se lució.

- ¡Obligar a casarse para heredar! –repitió Enzo muerto de risa.
- Pero a ver, ¿vosotros fingisteis todo este tiempo? ¡¿En serio?! –gritó Adri, casi escupiendo el vino de la boca, mientras avanzamos en contarles todo desde el principio.

Mía dio un sorbo a su vino con una calma tan teatral que todos esperaron la bomba.

- Fingimos… lo justo –respondió Mía, con un brillo pícaro en los ojos.
- ¡MENTIRA! Si vosotros fingisteis, yo soy Beyoncé –dijo Cami lanzándole a Mía un trozo de pan.
- Sí, claro –remató Enzo-. Con esos ojos cuando la miras… y con esa cara cuando él te toca… sí, sí, fingidísima la cosa.
- Eh, que intentamos fingir pero se nos dio fatal –dije levantando las manos.
- Rematadamente mal –añadió Mía dándome un codazo, divertida.

Seguimos contando la historia: lo del acuerdo, lo del matrimonio, lo del plazo, la vista, la intervención de Mía dejándolos a todos hundidos, el enfrentamiento con Benji… Todos se quedaron boquiabiertos.

- ¡Tía! –exclamó Cami-. Quiero decirte que te amo. Literalmente quiero imprimir tu alegato y colgarlo en mi salón.
- ¿Y la cara de Benji? –preguntó Eric muerto de risa.
- Como si se hubiera tragado un limón entero –contestó Liam haciendo el gesto.

Las carcajadas fueron inmediatas. La cena fue un torbellino de bromas, brindis, chistes malos y miradas cómplices, que nunca faltaban, entre Mía y yo. No podíamos evitar rozarnos: el muslo, la mano, el hombro. Cada contacto era un recordatorio silencioso de todo lo que habíamos vivido. Y sobre todo… de lo que quedaba por vivir.

Cuando volvimos a casa, cerré la puerta y me dejé caer en el sofá. Mía se sentó a mi lado, descalzándose. Nos quedamos en silencio unos segundos, escuchando el eco suave de la noche.

- ¿Sabes…? –dije al fin-. Todo eso que hemos "fingido" ya no existe, ¿verdad?

Mía me miró seria, con esa claridad que solo me muestra a mí.

- Nunca existió, James. Fingimos… nada. Lo intentamos, vale. Pero desde muy pronto… -apoyó su mano en mi pecho- para mí, ya no era mentira.
- ¿Entonces…? –sentí cómo mi pulso se aceleraba.
- Entonces –sonrió-, ya no hay farsa. No hay acuerdo. No hay plazos. Solo nosotros. Lo que sentimos tú y yo.

Me acerqué despacio, rozando su frente con la mía.

- Es real –añadí.
- Es real –repitió ella.

La besé. Lento. Sin prisas. Sin contrato. Sin obligación. Solo nosotros dos. La mentira había terminado. Lo nuestro, en cambio… acababa de empezar.

Mía se movió despacio, como si temiera romper algo frágil, como si ese momento fuera de cristal. Se sentó a horcajadas sobre mí, sus manos rodeando mi rostro, y me miró con esos ojos que siempre lo dicen todo sin necesidad de palabras.

- James… -susurró casi sin voz.
- Dime.
- No quiero que nada de lo que pase esta noche tenga que ver con la cláusula, ni con el acuerdo, ni con herencias… ni con nada que no seas tú.
- No lo tendrá. Es más, nunca lo fue –le prometí-. Esto es nuestro.

Mía sonrió, esa sonrisa leve que siempre me derrite, y volvió a besarme. Esta vez más hondo, más seguro, más decidido. Sentí

cómo se relajaba, cómo cedía, cómo me dejaba entrar en su mundo.

La cargué despacio entre mis brazos, sin dejar de besarla ni un segundo, y la llevé hasta nuestra habitación. No había prisa. Nunca la había sentido tan cerca, tan presente, tan mía… pero no en el sentido de poseerla, sino en el sentido de compartirnos.

La dejé sobre la cama y ella me tendió la mano, guiándome hacia ella.

- Ven aquí –dijo con una ternura que me desarmó.

No dudé, me incliné hacia ella y la volví a besar. Era adicto a esos labios. El beso terminó cuando mi boca descendió a su cuello, presionando mi cuerpo contra el suyo. La lujuria ya era una necesidad urgente. Quería su piel desnuda bajo mis manos.

Mis dedos buscaron el último pedazo de tela que la cubría. Lo retiré con una brusquedad que ella agradeció con un gemido grave. Ver su cuerpo tendido, ofreciéndose, amplificó el calor en mi vientre.

Me arrastré sobre ella. Nos miramos y en sus ojos vi el mismo apetito que sentía yo. Ella apretó mi cadera con sus manos, guiando la fricción de nuestros cuerpos, una invitación y una orden. No había tiempo para juegos.

Me levanté lo justo para quitarme el resto de la ropa. El aire frío de la habitación me golpeó, pero la temperatura entre nosotros lo quemó de inmediato. Me coloqué entre sus piernas, sintiendo el calor que emanaba de su centro. El roce. Un jadeo escapó de mi garganta.

La levanté un poco por sus caderas. Un segundo de pausa, buscando la alineación.

Y luego entré. Fuerte, profundo. Ella arqueó la espalda, un grito atrapado en la garganta. El ajuste fue inmediato, total. Era la sensación de estar completo, de encajar en el único lugar que mi cuerpo deseaba.

Ella me apretó con sus muslos, cerrando la unión, intensificando el contacto. El ritmo se volvió salvaje, dictado por una necesidad que trascendía el pensamiento.

Mis ojos estaban fijos en su rostro: su boca entreabierta, sus cejas arqueadas por la sensación. Verla así, sabiendo que yo era la fuente de ese placer, era mi mayor gozo. Sus uñas se hundieron en mi espalda –dios, como me gustaba-, sin hacer daño, solo marcando la posesión –era suyo. Me moví con más fuerza, buscando la máxima fricción, sintiendo la contracción de sus músculos a mi alrededor.

- James… -Mía gritó mi nombre.

Y eso me llevó al límite. Sentí la explosión, una descarga eléctrica que me vació y me llenó a la vez.

Caí rendido sobre ella, con el sudor goteando. Mi corazón martilleaba en sus costillas. Me quedé quieto, sin moverme, sintiendo cada pulso de ella bajo mi cuerpo. Mi aliento era agitado, pero la satisfacción era absoluta. Hicimos el amor.

CAPÍTULO 35: MÍA

Diez días después de la Vista recibimos el Auto que resolvía las diligencias preliminares que presentí Benji. Como era lógico, y tras aceptar por mi parte lo que Benji pretendía con la formulación de las mismas –que se leyera el testamento íntegro junto con la cláusula-, el procedimiento, en palabras del Juez, "había quedado sin objeto". Sin embargo, el Juez, en su fundamentación, le hizo ver a Benji que, en la Vista se demostró que dicha cláusula era nula por lo que "la parte solicitante nada tiene que reclamar en un futuro pleito respecto a la impugnación de dicha cláusula". En palabras coloquiales, que dejara de dar por culo y aceptara la derrota. Sin duda, el Juez caló al tipo engreído.

Llegaron las Navidades. Las navidades con James fueron… un absoluto desastre adorable. La combinación perfecta entre quiero estrangularte y ven aquí ahora mismo. Muy nosotros.

El día que montamos el árbol, él insistió en que "tenía experiencia". Sí, claro. Tres minutos después, el árbol estaba ladeado, la guirnalda partida y James sujetándolo como si fuera una columna romana.

- No lo sueltes –le dije con el ceño fruncido.
- No lo estoy soltando –contestó él, ofendido-. Creo que está estable.
- James. Está cayéndose hacia ti. ¿Quieres que llame al 112 cuando te aplaste? –dije riéndome ante aquel espectáculo.
- Llámate a ti. Eres la única que sabe salvarme –me dijo intentando sostener el árbol y yo, bueno, me derretí.

Al final, cuando por fin lo enderezamos, James me tomó por la cintura, me giró hacia él y me susurró al oído:

- Quedó recto porque estaba yo, cariño. Te distraes conmigo.
- Sí, claro. –rodé los ojos-. Eso explica por qué la estrella está torcida.
- Eso fue porque estabas en mi cuello y no veía nada.
- Claro, ahora es culpa mía –reí.
- Eres culpable de absolutamente todo –sentenció besándome.

Febrero trajo frío, lluvia fina y ese tipo de cielo gris que te invita a quedarte en casa. Pero James insistió en que "necesitábamos salir".

- Confía en mí –me dijo mientras se ponía su abrigo.
- Tú prometiste que sabías montar un árbol de navidad –dije con retintín.
- Y lo monté –me dijo.
- Lo sujetaste para que no se cayera –le recordé.
- Parte fundamental del proceso –me dijo guiñándome un ojo.

Me reí, pero aún así me subí al coche sin saber adónde íbamos.

Cuando llegamos, me encontré frente a uno de mis lugares favoritos de la ciudad: el Mirador del Puente de Segovia, el aire olía a agua fría y a invierno. La luz dorada del puente caía sobre el río Manzanares creando una imagen invernal increíble, y desde allí se veían el Palacio Real y la Almudena iluminados. Parecía una postal, tan perfecta que daba rabia.

Pero no fue eso lo que me dejó sin respiración. Fue ver el sendero de pequeñas luces cálidas, colocadas en el suelo, dibujando un caminito hasta la barandilla del mirador. Había velas dentro de portavelas de cristal, pétalos rojos que el viento movía y una manta gruesa con dos copas de champán esperándonos.

Yo me quedé quieta. Estaba congelada y no era de frío.

- ¿Qué es todo esto? –pregunté, sin poder evitar la sonrisa.
- Una cena improvisada. Algo sencillo –se encogió de hombros, demasiado tranquilo para la escena que tenía frente a mí.

¿Improvisada? En el centro había una mesa baja, decorada con un mantel blanco y dos copas de cristal. No había platos, solo una botella de vino blanco y una caja de cartón con comida para llevar. Típico de James: lujo y normalidad en la misma bandeja.

Nos sentamos y empezamos a picotear algunos aperitivos que había en la caja mientras brindábamos por nosotros.

Pero en un momento dado, las luces empezaron a parpadear suavemente. No en el sentido de "parece que se va a ir la luz", sino en un parpadeo rítmico precioso. Me giré a mirarlas.

- ¿Programaste las luces? –pregunté, entre divertida y sorprendida.
- Puede.
- James…
- ¿Sí?
- Esto está siendo demasiado bonito. ¿Qué pretendes? –le pregunté ansiosa.
- Nada. –Se pasó una mano por la nuca-. Bueno… algo.

Y entonces lo vi ponerse de pie. Mi corazón dio un salto. Él respiró hondo.

- Mía… -dijo, mirándome como si yo fuera el único punto iluminado en todo el mirador-. Nunca he sido bueno con las palabras cuando se trata de algo que realmente me importa, así que intentaré no estropearlo.

Yo me levanté también, despacio, sin poder apartar los ojos de él.

- Sé que esto empezó como empezó –continuó-. Con un acuerdo absurdo, presiones familiares y una cláusula que parecía sacada de una película mala.

Me mordí el labio, porque sí, era exactamente eso.

- Pero lo que pasó después, no tuvo nada de acuerdo, ni de obligación, ni de actuación. Y no sé en qué momento dejó de haber una línea entre lo pactado y lo que de verdad sentía… solo sé que ya no existe.

Y entonces sacó una pequeña cajita negra. Se me paralizó el mundo.

- James… -susurré.
- No –me interrumpió suavemente-. Déjame terminar.

Abrió la caja y mis ojos se llenaron de lágrimas.

- Sé que ya no necesitamos casarnos. Que no hay herencias, ni cláusulas, ni plazos, ni primos locos. Lo sé –hizo una breve pausa-. Pero te quiero a ti. Contigo quiero discutir, contigo quiero reírme, contigo quiero celebrar navidades con árboles torcidos. Y… contigo quiero pasar el resto de mi vida.

Mi respiración se quebró y James se arrodilló.

- Mía Beltrán… ¿quieres casarte conmigo?

Lo miré. Me miró. Miré el anillo: era una pieza pequeña, delicada, sin exageraciones, el aro era fino, un trazo perfecto de oro blanco que parecía casi flotar sobre mi piel y en medio un diamante redondo, no enorme, no ostentoso, pero tan claro, tan nítido, tan luminoso… Miré de nuevo a James. Y la mezcla perfecta de amor, miedo, deseo y absoluta certeza se apoderó de mi pecho. Tragué saliva, sonreí entre lágrimas y dije:

- James… Ya no hay contrato.
- Lo sé –susurró.
- Entonces… -me acerqué, tomé su rostro entre mis manos-. Lo quiero hacer igual. Pero esta vez de verdad. Sí, claro que sí –y me lancé a su brazos.

James rió contra mi piel, me levantó del suelo y me dio vueltas mientras yo lloraba y reía a la vez, como una idiota enamorada.

- Te quiero –me dijo entre besos.

- Yo también te quiero. ¡Te amo! –contesté gritando.
- Para siempre, Mía.
- Para siempre, James.

Se inclinó y me besó como si en ese momento no existiera el río, ni la noche, ni el frío, ni el mundo entero. Solo nosotros dos. Y sí, quise, quise sin pensarlo, sin dudar, sin condiciones… James era lo que nunca pedí, pero lo que siempre necesité y la vida decidió darme –mierda, ahora, estaba en deuda con la vida.

EPÍLOGO: TRES MESES DESPUÉS…

MÍA

El jardín de Manuel estaba precioso. Mayo siempre le sentaba bien a Madrid, pero aquel día, especialmente, parecía sacado de una revista: mesas largas de madera rústica, manteles blancos, farolillos colgados entre los árboles, música suave y un sol que brillaba sin quemar.

Había pasado un año desde que se abrió la herencia. Por fin James era socio al 50% de Bernard Legal Group y eso merecía una celebración. Todo aquello que había sido una nube negra al principio, se había disuelto. Y yo estaba comprometida con James. Pero comprometida de verdad. Sin acuerdos. Sin presiones. Sin contratos escondidos en testamentos. Solo amor. Y la gente no podía estar más feliz por nosotros.

Eric, con una cerveza en la mano, estaba contándole a Enzo cómo casi incendia la cocina la semana anterior.

- Te juro por mi vida que la receta decía flamear –decía Eric con los brazos muy abiertos-. ¿Qué culpa tengo yo de que eso signifique "no quemes la puta cortina"?
- Hermano… -se carcajeó Enzo- tú eres un peligro con patas.

Cami, Adri y yo nos miramos y explotamos a reír.

- Os juro que no exagera –dijo Adri-. Cuando llegamos, aquello parecía una quema de brujas.
- Oye, oye –protestó Eric-. A ver si ahora nadie aquí ha quemado nunca nada.
- Yo sí –saltó James desde detrás de mí-. Tus neuronas, cada vez que hablas.

Le di un codazo suave en las costillas sin poder evitar la risa.

- Compórtate –le dije.
- ¿Por qué? Si voy a casarme contigo es porque eres la de peor carácter. Tengo que mantener el nivel.

Le lancé una mirada asesina que él recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

En un momento de la conversación les dije que iba al baño, todo lo que había bebido debía salir y yo no aguantaba más. James se ofreció a acompañarme pero le dije que no, que no tardaría mucho. El baño estaba en la planta baja, en el vestíbulo. Justo estaba saliendo del baño, cuando escuché el timbre. Como todos estaban en el jardín, asumí que sería algún repartidor o algún invitado tardío.

Me acerqué a la puerta secándome las manos. Abrí. Y el mundo se me cayó encima.

- Hola Mía.

Mi padre. Diego Beltrán. El hombre que desapareció de mi vida cuando tenía ocho años. El hombre que luego intentó destrozarla otra vez aliándose con Benji. Tragué saliva.

- ¿Qué haces aquí? –pregunté seria.
- ¿No vas a invitarme a pasar? –respondió, mirando alrededor, como si estuviera inspeccionando la casa-. Ya veo que vives bien.
- Contesta la pregunta. ¿Qué haces aquí? –volví a preguntarle.

Se cruzó de brazos.

- He venido a felicitarte. Han pasado seis meses desde… tu gran jugada. Has resultado ser buena abogada. Nunca pensé que tendrías tanta sangre fría para ir en contra de tu propio padre –dijo con un desdén en la voz que me dio escalofríos.

Me ardieron los ojos, no de tristeza, sino de rabia.

- ¿Vienes a felicitarme o a reprocharme que tu socio no haya conseguido lo que quería? –dije en tono aún más serio.
- Es mi socio. Y eres mi hija. Yo no pensé que me harías algo así.

Sentí cómo se me tensaba la mandíbula.

- ¿Algo así? ¿Quieres decir hacer lo correcto? ¿Quieres decir no permitir que destruyeras a la familia que me quiere? Tú fuiste quien me dejó. ¿Lo recuerdas? O ya también lo has olvidado –le dije lo más duramente que pude.

Sus ojos se entornaron con fastidio.

- Sigues siendo igual de melodramática que tu madre –contestó.

Me entró rabia escuchar como hablaba de mi madre. Sí, se olvidó de mí en cuanto enfermó. Se olvidó de luchar para poder ver crecer a su hija. Pero, muy en el fondo, podría llegar a comprenderla. Esa maldita enfermedad la destruyó y más cuando no tuvo a su marido para apoyarla.

- Y tú sigues siendo igual de cobarde –le contesté con rabia.

Él dio un paso hacia mí.

- Mira cómo hablas. Yo soy tu padre.
- Tú no eres nada mío –contesté alzando la voz.

El aire se volvió denso, me costaba respirar. Y entonces escuché una voz detrás de mí.

- Mía, te estaba buscando, ¿dónde te habías…?

James se detuvo a mitad de frase. Yo ni siquiera tuve tiempo de girarme a explicarle nada. James pasó a mi lado como una tormenta. Un segundo después su puño impactó con la mandíbula de mi padre. PUM.

Mi padre se tambaleó hacia atrás, chocó con la barandilla y casi cayó por las escaleras. Grité y agarré a James por el brazo para que no continuara.

- ¡James, para! –exclamé.

Pero él ya iba a por él otra vez, furioso. En ese mismo momento llegaron Manuel y Liam desde el pasillo.

- ¿Qué está pasando aquí? –preguntó Manuel.

Hasta que lo vio. Y Manuel, sin preguntar nada más, le soltó otro puñetazo tan fuerte que mi padre cayó de rodillas.

- ¡Basta! -grité, poniéndome en medio-. ¡Ya vale, por favor!

Los tres se detuvieron, respirando agitados. Mi padre se pasó la mano por la cara, limpiándose la sangre del labio. Se levantó torpemente, todavía mareado.

- Sí… te has convertido en una buena abogada –me dijo con voz ronca-. Pero esta vez has sido tú quien me ha hundido. Y no lo olvidaré. Me la pagarás.

Me quedé congelada. No entendía nada. ¿Cómo podía odiarme tanto? ¿Qué había hecho yo? ¿Amar a mis padres? ¿Sobrevivir? ¿No permitir que me pisotearan otra vez? Sentí que el mundo se me hacía pequeño, oscuro y frío.

James se colocó delante de mí. Alto, firme, temblando de ira.

- Diego –dijo con una voz tan peligrosa que incluso a mí me dio miedo-. Como vuelvas a amenazarla, te juro, por todo lo que tengo, que te mataré. Y no estoy bromeando.

Mi padre retrocedió. Manuel cruzó los brazos. Liam dio un paso adelante. Los tres parecían un muro.

Mi padre carraspeó, se recompuso como pudo y escupió:

- Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Y se fue. La puerta se cerró. El silencio que quedó fue brutal. Me quedé mirando un punto fijo, con un nudo enorme en el pecho. No sabía si llorar o gritar. Solo sabía que me dolía. Me dolía

demasiado. Mi padre no iba a quedarse quieto, iba a por mí, vi odio en su mirada y no lo entendía, era mi padre.

Manuel me tocó el hombro.

- Ya está, Mía. No va a volver a molestarte.

Liam asintió.

- Se ha ido calentito. Si vuelve, tendrá problemas de verdad, me he quedado con ganas de partirle la cara yo también –dijo finalmente mi amigo.

Yo apenas podía hablar. James se acercó y me rodeó con los brazos. Y ahí, por fin, respiré. Apoyé la frente en su clavícula y dije en un susurro:

- Me has quitado el primer puñetazo…

Él soltó una risa baja, suave, de esas que me aflojaban las rodillas.

- No he podido aguantarme. Si había un momento en el que poder cumplir mi deseo era ese, lo vi, y no pude contenerme. Lo que me sorprende es lo fuerte que eres, nunca he conocido a nadie más fuerte que tú –me dijo sin soltarme del abrazo que con cada palabra se hacía más fuerte.

Me apreté más a él, dejando que me sostuviera, mientras el dolor empezaba a convertirse poco a poco en algo menos insoportable. Yo ya no estaba sola.

Intenté no pensar en lo que había pasado, intenté relajarme, todos intentamos relajarnos y creo que lo conseguimos. Pasaron dos horas y la conversación fluía igual de rápido que las cervezas. Manuel y Gloria hablaban con unos familiares, relajados y felices. Eric y Cami estaban cerca, discutiendo sobre quién ganaba siempre al Mario Kart (spoiler: ninguno aceptaba la derrota). Liam y Arón estaban cuchicheando.

Hasta que, de repente, Arón levantó la mano.

- Un momento –dijo con el ceño fruncido-. Quiero… quiero decir una cosa.

Todos nos callamos. Su tono era serio. Liam lo miró, confundido.

- ¿Qué pasa? –preguntó mi amigo impaciente.

Y entonces lo vimos. Arón se agachó. Se arrodilló frente a él.

Mi mano voló automáticamente a mi boca.

Cami se quedó petrificada.

Adri dejó caer la copa.

Eric soltó un "hostia".

Enzo abrió los ojos como platos.

James se quedó a medio beber de su cerveza.

Manuel y Gloria giraron la cabeza al mismo tiempo, y Gloria instintivamente agarró el brazo de Manuel, emocionada.

El jardín entero guardó silencio.

Arón respiró hondo.

- Liam… -su voz le tembló, pero tenía una sonrisa preciosa-. Tú eres la persona más agotadora, impulsiva, ruidosa y desesperante que he conocido en mi vida.

Todos nos reímos bajito. Liam también, con los ojos vidriosos.

- Pero también eres lo más bonito que he tenido jamás. Tu locura me conquistó antes de que yo me diera cuenta. Y cada día, desde que estoy contigo, siento que estoy exactamente donde tengo que estar.

Liam ya estaba llorando abiertamente.

- Así que… –Arón sacó una cajita del bolsillo- si quieres seguir volviéndome loco toda la vida, ¿quieres casarte conmigo?

El silencio duró tan sólo un segundo.

- ¡SÍÍÍÍ! –gritó Liam lanzándose a sus brazos.

Todos estallamos en aplausos, gritos y risas. Eric casi tiró a Enzo al suelo abrazándolo. Adri lloraba como si fuera su propio hijo el que se casaba. Cami grababa la escena mientras lloraba y reía a la

vez. Yo fui la primera en abrazarlos cuando se incorporaron con los ojos vidriosos, Liam todavía temblando.

- Estoy tan feliz por vosotros… -les dije, apretándolos con fuerza.

James llegó detrás de mí, los abrazó también y les dio palmaditas en la espalda y echándole una mirada a mirando a Arón que decía: *recuerda que es mi hermano, a la mínima, te corto las pelotas.* Protector como siempre hacia Liam. Luego se giró hacia mí con esa mirada suya llena de peligro y humor. Se acercó a mi oído.

- Si mi hermano pequeño se casa antes que nosotros…

Yo arqueé una ceja.

- ¿Qué? ¿Te dará vergüenza? –pregunté riéndome.
- No, peor –susurró-. Te pido el divorcio antes del "sí, quiero".

Me eché a reír, empujándolo del pecho.

- Eres idiota.
- Pero tu idiota.
- Depende del día.
- Hoy sí –me guiñó un ojo-. Hoy estoy guapísimo.

Me reí mientras me rodeaba la cintura y me daba un beso en la mejilla.

- Tranquilo –le dije mordiéndome el labio-. Intentaré que nadie pase por el altar antes que nosotros, pero no prometo nada.
- Perfecto –murmuró con esa voz que me podía-. Porque me muero por verte vestida de blanco… y por quitártelo después.

Le pegué otro codazo.

- Eres insoportable.
- Y tú me amas.

Y sí, lo hacía. Con toda mi alma.

Y mientras todos celebraban el nuevo compromiso, rodeados de risas, abrazos y amor… me quedé mirando a James, a nuestra gente, y pensé que la vida, a veces, decidía compensarte de golpe.

JAMES

La fiesta que habían montado mis padres era una pasada: música suave, luces colgadas entre los árboles, el jardín enorme lleno de gente, risas por todas partes… y, encima, ahora, con el compromiso de Liam y Arón, todo el ambiente estaba más animado aún.

Mi madre no paraba de llorar de emoción. Mi padre tenía esa sonrisa orgullosa que solo saca cuando sus hijos hacen algo grande.

Y yo…Yo no soltaba a Mía ni un segundo. No lo podía evitar. Era instintivo. Además, ella estaba radiante. Una cosa exagerada.

Eric y Cami estaban al otro lado, hablando demasiado cerca para ser "solo amigos". Eric se inclinaba hacia ella cada dos frases. Cami se mordía el labio cada vez que él hablaba.

Me acerqué a Mía por detrás y murmuró justo antes de que yo lo dijera:

- ¿Lo estás viendo?
- ¿Lo estás viendo tú? –le respondí bajito, con una ceja levantada.

Nos giramos a la vez, cual agentes del FBI.

- Eso es tensión sexual –dijo ella.
- Eso es "vamos a acabar snogging en mi coche" –añadí.
- Podríamos apostar –propuso Mía con una media sonrisa.
- Pero ya sabes que yo nunca apuesto si no tengo garantizado ganar –repliqué.
- Pues hoy podrías perder –dijo con un tono peligroso.
- ¿Y desde cuándo me importa perder contigo? –sentencié.

Se mordió la sonrisa. Adoro cuando hace eso.

Un rato después nos unimos a mis padres, que hablaban con un grupo de amigos suyos y parientes. En cuanto nos vieron, dejaron el corrillo y nos llamaron con la mano.

Gloria, mi madre, abrazó a Mía con un cariño tan natural que todavía me sorprende.

- Mi niña… -le dijo mientras la separaba para mirarla mejor- gracias por rescatar a mi hijo.
- ¿Oye? –protesté yo- ¿rescatar? Que estoy aquí vivito y coleando, eh.
- Porque ella te rescató –replicó mi madre, dándome un toque en el brazo-. Hizo milagros contigo. O sea contigo y tu humor de mierda.

Mía se rió contra su copa de vino.

- Sí, por eso, ya nos compensó para toda la vida –añadió mi madre mirando a Mía-. No le pidáis nada más. Bastante ha hecho.

Mi padre, que llevaba escuchando en silencio con esa sonrisa suya, intervino:

- Bueno… yo sí tengo algo que pedir.

Mía frunció el ceño, inocente.

- ¿El qué? –preguntó.

Él señaló el jardín entero con la mano.

- Nietos. Quiero niños corriendo por aquí –dijo contundente mi padre sin perder la sonrisa.

Mía casi escupe el vino literalmente. Tuvo que tragar dos veces para no atragantarse.

- ¿Cómo? –preguntó, escandalizada.
- Niños, hija –repitió mi padre como si hablara de una compra semanal-. Uno, dos, tres…cuatro ya sería vicio –dijo riéndose mi padre- Este jardín necesita gritos, juguetes tirados, pelotas, bicicletas…
- Lo siento, pero no –dijo ella moviendo los dedos y la cabeza a la vez-. Yo no… eso no…

Intenté no reírme en voz alta. Era adorable cuando se ponía así.

- ¿No quieres tener hijos? –pregunté mirándola, sin presión pero con mi tono de provocación que me encanta sacar con ella.

Ella me devolvió la mirada con sinceridad y un toque de pánico.

- No me veo preparada aún.

Le pasé el brazo por la cintura, acercándola más a mí.

- Bueno… -dije bajito, rozando su mejilla con mis labios- ya veremos.

Me miró con los ojos entrecerrados.

- No insistas. No me vas a convencer.
- Yo no tengo prisa –murmuré sonriendo-. Pero quiero. Algún día. Contigo. –dije parándome en cada frase.

Su expresión cambió un poquito, como si mis palabras le hubieran tocado una fibra. Me apretó la mano. Le di un beso rápido en la sien. Mis padres se giraron al acercarse a nosotros un amigo de la familia.

- Pero oye –añadí bajito en tono burlón- si no quieres hijos todavía, al menos podemos practicar hasta que salga bien.

Mía me golpeó el pecho con la mano abierta.

- Eres imposible –me dijo riéndose.
- Y tú me aguantas –contesté.
- Por desgracia.
- Por amor –la corregí.
- Cállate –me amenazó riendo.
- Cuando me beses –contraataqué.

Y sí, me besó. Como siempre. Como nunca.

La fiesta siguió a nuestro alrededor, pero yo solo tenía ojos para ella.

Continuará…

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero agradecer a cada uno de los autores que han escrito novela romántico –y erótica, porqué no decirlo. Gracias a la lectura de todos esos libros que han pasado por mis manos, me vino la ilusión de escribir. De ahí me surgió una historia, una historia que ha estado en mi cabeza muchos años hasta que por fin me decidí.

Lo hablé con mi marido, que no dudó ni un segundo en mí, que me ayudó a darme horas de escritura mientras cuidaba de los pequeños de la casa. Porque escribir un libro es complicado, te abstrae en ocasiones, tu historia está en tu cabeza y hasta que no la plasmas sobre el papel no estás conformes y la revisas miles de veces hasta que todo cuadra. Y él es parte fundamental en la redacción de la historia de Mía y James.

Y, especialmente, quiero nombrar a una persona muy importante para que este proyecto pueda salir adelante. A ti, lector. Porque gracias a ti, este hobby por la lectura puede convertirse en un sueño y llegar a más personas que, como a mí, nos encantan este tipo de historias de amor, odio, drama y verdad.

Chicos, lo hice. Plasmé parte de la historia de Mía y James, porque al escribir supe que esta historia continuaría, porque su historia no había acabado, porque estoy deseando contarla hasta el final porque –como habréis visto-, no se puede plasmar en un solo libro.

Así que, hasta que sepáis la historia íntegra de Mía y James, sólo os puedo decir, hasta pronto, nos vemos en "Lo que nunca imaginé".